Alberto de la Rocha
Aquellos muchachos

Galaxia Gutenberg

AQUELLOS MUCHACHOS

ALBERTO DE LA ROCHA

Galaxia Gutenberg

© Victoria Aranda

ALBERTO DE LA ROCHA

Nació en Madrid en 1979. Formó parte de la tercera promoción de la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores (2004-2005). Ha publicado las novelas *El cuarto inclinado* (2006), que obtuvo el XXV Premio Felipe Trigo de narración corta; *El celado* (2014), VII Premio Encina de Plata; *Sumidero* (2015); *Los vertebrados* (2018), LXIV Premio de Novela Ateneo-Ciudad de Valladolid; *Recordaré abril* (2019), I Certamen Biblioteca Fundación Antonio Gala, y *Los años radicales* (Galaxia Gutenberg, 2021), por la que recibió el XIV Premio Málaga de Novela. Actualmente reside en Córdoba.

Esteban Walther, el mejor director de orquesta español de todos los tiempos, vio oscurecidos sus últimos años por un escándalo que conmocionó al país. Su brillante carrera internacional quedó destruida de la noche a la mañana. Walther, hombre culto y refinado, de agitada vida amorosa, cayó en desgracia y fue repudiado por todos sus poderosos e influyentes amigos.

Su enorme casa de Madrid, que en épocas pasadas fue el escenario de encuentros y fiestas legendarias, se queda vacía cuando los filipinos encargados de su mantenimiento se marchan a su país. En su ausencia, el chófer de Esteban Walther, Fernando, deberá trasladarse allí. Acosado por los recuerdos de aquel esplendor y con la única compañía de un achacoso perro, aprovechará sus noches de insomnio para escribir sobre los últimos años de su jefe. Él, un simple mecánico que fue testigo de aquella deslumbrante vida, nos contará a su manera esta historia.

Con una voz ambigua que oscila entre la justificación y la condena, Fernando irá desgranando los episodios de un incómodo pasado que se

resiste a morir y que aún le provoca un conflicto moral. ¿Acaso no siguen vivos todos aquellos muchachos?

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edici ón en formato digital: enero de 2023

© Alberto de la Rocha, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023
Imagen de portada: *Sustineo V*, 2017, óleo sobre tabla
© Paula Sánchez Benito, 2022

Conversión a formato digital: Fotocomposición gama, sl
ISBN: 978-84-18526-86-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Tania

Como siempre, la inminencia de trabajar toda la noche me produce de inmediato una sensación de alegría. La oscuridad es un paréntesis, toda la realidad está a la espera hasta la mañana siguiente.

R. PIGLIA

UNO

Los filipinos han vuelto a su país. Han ido a arreglar el papeleo de una herencia, o quizá a comprar unas tierras, nunca los entiendo demasiado bien. Hasta que regresen he de pasar las noches en la casa, y como nunca me he acostumbrado a dormir en camas que no sean la mía, se me ha ocurrido que podría ponerme a escribir algo. No sé todavía qué.

El ordenador emite un leve zumbido sobre esta mesa de cristal de la buhardilla y de vez en cuando suelta aire caliente por un lateral. Qué diferente es este teclado, blando y silencioso, comparado con el de aquellas pesadas máquinas en las que aprendí mecanografía en FP: la Olivetti Lexicon 80, abombada como un submarino, o la Línea 98, por la que nos peleábamos cada mañana al entrar en clase. Entonces nos parecía tan moderna y ya hace siglos que no se usa. Había que pulsar las duras teclas con energía, pero teniendo cuidado de no colar el dedo entre dos, podías pillártelo y hacerte daño, incluso sangre. Escribir en aquellas máquinas tenía algo de trabajo de mecánico. En el fondo, no era muy diferente a lo que hacíamos en las clases posteriores, por ejemplo ajustar las válvulas de un motor introduciendo galgas entre las levas y los balancines.

A través de la mesa transparente veo a Tristán durmiendo a mis pies. Su pequeño cuerpo se hincha con un silbido grave y se deshincha con uno más agudo. Tendrá bronquitis, o asma, o cáncer de pulmón. Aún acude cuando lo llamas, atraviesa cojeando la habitación para saludarte (tendrá también artrosis, o un tumor en los huesos), pero no me sorprenderá si cualquier día no es capaz de levantarse. Al lado del ordenador he puesto el interfono para bebés. Está en funcionamiento pero la pantalla permanece apagada. Si se produce algún ruido, la pantalla se encenderá y también se conectará el sonido. Pero no creo que suceda.

Me pregunto cuándo debo parar de escribir. O cuánto voy a escribir cada día, cada noche. Aunque antes tendría que saber por qué estoy escribiendo. ¿Pero necesito una razón? Durante sus últimos años, he sido el secretario personal de Esteban Walther, el gran director de orquesta español. Eso debería bastar, ¿no?

Voy a bajar a la cocina a prepararme un té, de todas formas no creo que pueda dormir hasta dentro de varias horas. Es la una menos veinte de la madrugada. Tristán ha abierto un ojo y me mira a través del cristal con la honda serenidad de los perros, que supongo que es simplemente falta de inteligencia. ¿Sabrá que se va a morir? El interfono permanece apagado.

¿Por qué estoy escribiendo? Ha sido esta mañana cuando le he pedido a Ramón que me trajera su ordenador y me enseñara a utilizarlo, así que ya tenía claro que iba a ponerme a escribir. Seguro que sospecha que lo quiero para buscar tonterías por internet, o esos vídeos que a veces vemos juntos y que en realidad le gustan más a él que a mí. ¿Pero qué quiero escribir? En ocasiones a nosotros mismos nos cuesta averiguar las cosas que ya sabemos. Sin embargo, no puede ser una coincidencia que todo esto ocurra al día siguiente de la visita del patrono, de Adrada. Su estancia de ayer en la casa tiene que estar detrás de este impulso que todavía no comprendo.

Los filipinos no dijeron cuándo volverían de su país y ni siquiera entendí bien qué iban a hacer allí, aunque es posible que tampoco me lo dijeran. Tienen la manía de moverse por la casa sin hacer ningún ruido y de aparecer por sorpresa detrás de una puerta o de un mueble, con sus trajes negros perfectamente planchados y esos ojos tan blancos que casi parecen brillar en la oscuridad. Si fueran de otra manera, uno pensaría que se divierten provocando ataques al corazón. Así lo hicieron el otro día. Estaba en el garaje limpiando el filtro del Audi y cuando me giré allí estaban plantados, al lado de la lona que protege al viejo Jaguar. Cada uno sostenía una maleta diminuta y me miraban sin pestañear. A punto estuve de pegar un grito. No vestían sus ropas negras de trabajo sino otras que nunca les había visto. Erlinda llevaba un vestido floreado de un extraño color verde que te obligaba a retirar la mirada, y Marco una camisa de manga corta y unos vaqueros de cintura alta, todo muy bien planchado y pasado de moda varias décadas. Me dijeron que se iban a su país y luego hablaron entre ellos en su idioma. Quizá no dijeron nada de una herencia y ese dato me lo he inventado. También he dado por sentado que volverán, aunque eso no me lo dijeron, sin duda. ¿Pero cómo no van a volver si solo se llevaron esas maletitas como de juguete?

Salieron de la casa por la puerta del garaje. Subieron la rampa uno junto al otro, sus piernas acompasadas como si estuvieran desfilando, y a mí se me pasó por la cabeza que no fueran marido y mujer sino hermanos gemelos. Otro invento mío, supongo. De esto han pasado tres o cuatro días, quizá seis. ¿Avisaron ellos a Adrada? ¿Le dijeron que ahora estoy solo en la casa y por eso se presentó aquí ayer? Ignoro qué relación tienen los filipinos con el patrono, pero en cualquier caso es anterior al momento en que yo empecé a trabajar para Esteban Walther.

Nunca me ha gustado el otoño, y menos sus noches. Cuando sufres insomnio en verano, al menos sabes que alguien se está divirtiendo ahí fuera, en las calles, en las terrazas de los bares, y sientes que puedes escapar, aunque luego nunca lo hagas. Pero en otoño los días se

acortan, la noche empieza cada vez más temprano, y siempre me acuerdo de esa angustiosa escena de *La guerra de las galaxias* en la que las paredes se mueven, se van juntando y dejan cada vez menos espacio a los protagonistas. Pero esto es una estupidez, no sé si se pueden escribir estas cosas.

Me he tomado el último sorbo de té y al devolver la taza a la bandeja china me he parado a observar la buhardilla. Y se me ha ocurrido que tal vez debería describirla. La llamo buhardilla pero Esteban Walther la llamaba de otra forma: mansarda. Yo nunca antes había escuchado esa palabra. Él la pronunciaba de ese modo suyo tan peculiar, estirando el cuello hacia arriba y balanceando ligeramente la cabeza hacia los lados: mansarda. Después hundía las mejillas hacia dentro como para parecer más delgado, aunque siempre fue muy delgado. Ese amaneramiento, del que todo el mundo se acordará, pues incluso lo imitaron varias veces aquellos humoristas que hacían el programa de televisión de fin de año, ese amaneramiento a mí me disgustaba al principio, me hacía sentir incómodo. Nadie tiene por qué saber cómo eres, lo que eres, por tu modo de hablar o de moverte, pienso yo.

La buhardilla ocupa la mitad de esta tercera planta. El resto del espacio lo completan el cuarto de la caldera, el trastero, un aseo y la habitación alargada con los archivadores y las cajas etiquetadas. Creo que Esteban Walther utilizaba la buhardilla, su mansarda, cuando estaba deprimido por alguna de sus rupturas y perdía hasta el apetito. Decía que se encerraba aquí para trabajar, pero no tiene sentido que lo hiciera fuera de su estudio, donde están el piano de cola y sus libros de partituras. Alguna vez dijo que aquí dentro componía mejor, aunque todo el mundo sabe que Esteban Walther nunca compuso nada importante, lo suyo era ser director de orquesta. O eso dicen los entendidos, yo no tengo la menor idea. A mí toda la música clásica me suena igual, o aburrida o molesta, y me da dolor de cabeza si la escucho más de diez minutos. Bueno, algunas canciones se parecen a bandas sonoras de películas y están algo mejor. Él se burlaba de mí por esto, y si estaba contrariado lo hacía con saña y delante de otras personas. Pero no me importaba demasiado, entendí desde el principio que era parte de mi trabajo.

Durante esos días, Esteban Walther solo dejaba entrar aquí a Erlinda para que le trajera algo de comida, que no solía tocar, y sobre todo bebida, whisky con coca-cola *light* en los últimos tiempos. Aunque tampoco era raro que me llamara a mí en cualquier momento, por lo general en mitad de la noche, para que lo llevara en el Audi a alguna dirección del centro de Madrid. Yo tenía que esperar en la calle. A veces bajaba a los cinco minutos, tan afectado que tenía que meterlo yo en el coche y ponerle el cinturón, y otras veces no lo hacía

hasta después del amanecer. Parte de mi trabajo, también.

Es gracioso, pero no consigo describir la buhardilla. En cuanto lo intento se me ocurren otras cosas y tengo que ponerlas aquí. Se escribe tan bien en este teclado, con tan poco esfuerzo. Yo era muy bueno en mecanografía, saqué los tres títulos con sobresaliente. Mi récord estaba en más de cuatrocientas pulsaciones por minuto, y con aquellas máquinas que te hacían sudar. Pero ya me está pasando de nuevo… ¡La buhardilla! Tendrá unos sesenta metros cuadrados. A mi espalda queda una librería que ocupa toda la pared, pero los libros son raros, son todos iguales. No me refiero a su contenido, que por supuesto es diferente, sino por fuera. Están todos encuadernados en piel de color azul oscuro y tienen exactamente la misma altura. En el canto, en letras doradas, además del título y del escritor, están las siglas E. W., como si los hubieran fabricado solo para él.

Estoy sentado en un sillón giratorio de respaldo alto, tapizado en piel, y delante tengo la mesa de cristal. En el resto de la buhardilla hay un sofá, un diván a juego, una mesa baja de patas muy gruesas y un armario japonés lacado, con mucho fondo, que contiene el tocadiscos y varios centenares de discos. El techo está inclinado, claro, como en todas las buhardillas, y tiene dos ventanas con persiana eléctrica incorporada. Como están orientadas al norte, la luz que entra por ellas nunca es directa, se desliza dentro de la buhardilla y va bajando despacio, palmo a palmo.

En esta mesa hay una lámpara con una pantalla de cristal verde. Mis manos, si las levanto del teclado y las coloco debajo de la lámpara, tienen un color verde, y también el bote con bolígrafos y lápices, el abrecartas de mango dorado, la campanilla de plata, el portafolios de cuero con las siglas E. W. y la bandeja china con la tetera y la taza. Hasta Tristán está teñido de verde, porque la luz atraviesa la mesa y llega al suelo, donde él está tumbado muy cerca de mi pie derecho, respirando ruidosamente, casi roncando.

De pronto me he acordado de que ayer Adrada, cuando nos despedíamos en la galería, se agachó para acariciar el pelo de Tristán y por un momento su mano me pareció una mano normal. Lo llamó «pequeño zascandil». La mano del patrono es normal, no es que sea la de un marciano, pero le faltan dos falanges en un dedo de la mano derecha, creo que el anular. Sí, el anular. Y ayer, al enterrar los dedos en el pelo de Tristán, su mano parecía estar completa. Mi cerebro imaginó que todos los dedos continuaban dentro del pelo y por tanto también el anular. Pero luego los sacó y el anular seguía amputado, con esa yema achatada, no redondeada. Aunque yema no será la palabra adecuada. ¿Muñón? Por cierto, hay que llevar a Tristán a que le corten el pelo, lo tiene demasiado largo y lleno de nudos. Estos *schnauzer* son muy delicados.

Nunca he sabido muy bien a qué se dedica Adrada. Fue patrono de la Fundación Esteban Walther hasta que hubo que disolverla, por eso se le conoce como «el patrono». Por supuesto había más patronos en la Fundación, pero él era el único que además era su amigo personal y venía a esta casa. «Va a venir el patrono», decíamos, y no podía tratarse de otro. ¿Pero cuál es su profesión? Una vez escuché que era directivo de una empresa de seguros, o tal vez de un banco, y que se conocieron cuando invitó a Esteban Walther a una especie de crucero cultural que organizaba su empresa. También dijeron que había comenzado desde muy abajo, de botones, o que había pasado por muchos empleos. O simplemente que venía de una familia muy humilde, no sé. El caso es que siempre que me fijo en su mano pienso que ha tenido que ser tornero. Es un accidente típico de torneros, perder alguna falange de algún dedo. Yo he conocido a dos. Pero es absurdo, y queda más absurdo aquí escrito. ¿Por qué iba a ser Adrada tornero? Igual se lo pregunto un día.

Estoy empezando a divagar. Es bastante tarde, las tres y media, y noto un hormigueo caliente en la mandíbula. Tal vez sea sueño, ojalá. No sé si seguiré escribiendo mañana, a lo mejor no me apetece o no tengo nada más que contar. ¿Pero qué es lo que tengo que contar? Sigo sin saberlo. Aunque quizá yo pueda aclarar algunas de las cosas que se han dicho sobre Esteban Walther. Quizá sea eso lo que estoy haciendo, lo que tengo que hacer. Otra cuestión es que a alguien le interese lo que pueda decir un simple secretario. O ni siquiera: un chófer venido a más. Veremos. La casa está en completo silencio.

El insomnio te deja tan molido como una buena resaca. Y también hace que las cosas sean más intensas: los objetos, los sonidos, los olores. Si miro el portafolios que hay sobre esta mesa, al alcance de mi mano, con las letras E. W. hundidas en el cuero, casi no puedo soportar la sensación que me transmite. Es como si lo que hay alrededor del portafolios no fuera esta buhardilla sino el vacío, o el espacio negro y sin aire en mitad del universo. En fin, el insomnio también te hace decir tonterías, o sentirlas. Por si acaso, esta noche no tomaré té sino un dedo de whisky. Aquí lo tengo, junto al ordenador, en un vaso de cristal tallado. Pura malta, sin hielo. «El whisky de pura malta se toma sin hielo, zopenco», me dijo Esteban Walther la primera vez, aunque luego él lo mezclaba con coca-cola *light*. La luz verde de la lámpara, al atravesar el vaso, se come el brillo anaranjado del líquido. Si lo miro unos cuantos segundos se me pone la carne de gallina. Maldito insomnio.

La segunda noche es la peor. Uno está tan cansado que debería ser mucho más fácil dormir, pero es al revés. Piensas en la posibilidad de no conseguirlo y en cómo estarás al día siguiente, después de dos noches seguidas de insomnio, y te entra una angustia tan grande que te impide dormir. Es para volverse loco. Encima, el hombro me ha estado doliendo desde media tarde. Ahora, al escribir, el dolor me baja por el brazo y me provoca calambres en los tendones de la mano, como chispazos cortos. Odio este dolor. Lo odio por partida doble: por el dolor en sí y porque significa que el tiempo va a cambiar y mañana probablemente lloverá. O por partida triple, si pienso en cómo me fracturé la clavícula hace ya… ¡veinte años! Pero esta noche, con los sentidos de punta por el insomnio, no me conviene pensar en episodios de esa clase. Y además yo no debería escribir sobre mí. No es eso lo que tengo que hacer aquí. Basta.

Anteayer, durante su visita, Adrada estuvo melancólico todo el rato. Aunque intentaba evitarlo visiblemente, incluso negando con la barbilla al recordar alguna anécdota, no podía dejar de referirse una y otra vez a los buenos tiempos, antes del escándalo, cuando a la casa venía tanta gente interesante y el amanecer nos sorprendía en el estudio, con Esteban Walther sentado al piano y alguien cantando, o bailando, o tocando otro instrumento. «¡Bajad la persiana, corred las cortinas! ¡Aquí no se hace de día si no lo mando yo!», solía decir él. Esto fue al principio de entrar yo a su servicio, por eso me gustó que el patrono hablara de esa época, a pesar de que lo hiciera con un tono entristecido. Hasta me pareció que se emocionaba al recordar a

Tristán de cachorro, correteando como loco entre las patas del piano y las piernas de la gente. Había olvidado que una vez se meó de pura alegría al escuchar un violín que alguien se puso a tocar.

Solo al final de su visita, cuando nos despedíamos en la galería, Adrada se mostró un poco más animado. Contó aquella historia de la princesa, o la repasamos juntos. He escrito «la princesa» y debería haber escrito «la reina». Siempre se me olvida. Él me corrigió cuatro o cinco veces: «La reina, Fernando, ya es la reina, un respeto». Pero entonces no era ni siquiera la princesa, faltaban unas semanas para que se anunciara su compromiso con el príncipe. Creo que el patrono recurrió a esa historia porque le permitía seguir hablando de los viejos tiempos sin apenarse demasiado. Estuvo divertido y hasta malicioso, cosa nada habitual en él, que es tan ecuánime, tan prudente. En algún momento creí detectar que imitaba la voz melosa y grandilocuente de Esteban Walther. Quizá la malicia venía de ahí y era otra forma de melancolía.

Después de tomar el té y estar charlando en el salón, Adrada se puso de pie y dijo que tenía que irse. Insistió en que no era necesario que lo acompañara hasta la puerta, pero lo hice. Ahora que los filipinos no están, se supone que también debo realizar sus funciones. Mientras cruzábamos la galería volvió a elogiar el té: «En esta casa siempre se ha tomado el mejor té de Madrid, y eso no ha cambiado, Fernando». Yo le dije que Marco lo prepara mejor y él hizo un gesto negativo con la mano, pero no añadió nada más. Ser educado consiste a menudo en mentir, pero no con demasiado énfasis, porque entonces estás tomando al otro por tonto.

Ya estaba atardeciendo y el sol enrojecido quedaba detrás del sauce del jardín. El viento movía ligeramente las ramas y entre ellas se colaban rayos de luz. Tristán caminaba a nuestra altura pero pegado a la cristalera. Ya no ve mucho y se siente más seguro cerca de los rincones y de las paredes. Me adelanté un poco para abrir la puerta y el patrono salió y se volvió para darme la mano. Cuando aprieta, su dedo amputado siempre me hace cosquillas en la palma, cosquillas como de ligera repugnancia. Fue en ese instante cuando hizo el amago de girar el tronco para irse, pero cambió de opinión y sacó el tema de la princesa, perdón, de la reina. Lo repitió luego varias veces: alzaba un poco el hombro, como si fuera a girarse y a ponerse en marcha, pero lo volvía a bajar y decía algo más, se acordaba de un detalle o me preguntaba si me acordaba yo, con una entonación muy semejante a la de Esteban Walther, amanerada y teatral. No sé si es que no quería dejar de hablar y buscaba nuevos temas, o todo lo contrario, si intentaba reprimirse pero no podía evitar que las palabras salieran de su boca. El caso es que estuvo así, de pie entre las dos coníferas de la entrada, diez o quince minutos: hablando, girándose para irse y

volviendo a hablar.

No sé si el whisky ha sido una buena idea. Seguramente me ayude a dormir dentro de un rato, pero me parece que no es lo más conveniente para escribir. Después de tomarme el segundo dedo, mi cabeza empieza a estar un poco confusa. Por mucho que lo intento, y eso que solo han pasado cuarenta y ocho horas, no consigo recordar si fue en ese punto cuando el patrono se agachó a acariciar a Tristán o si lo hizo al final, antes de girarse por última vez y marcharse definitivamente. Es cierto que no tiene ninguna importancia, ni siquiera Adrada se acordará ya y por lo tanto nadie podrá decir que no sucedió así. ¿Pero por qué voy a escribir algo sin estar completamente seguro de que sucedió? Y si las cosas sin importancia no son verdad, ¿qué pasa con las importantes?

Cuando el patrono se agachó para acariciar a Tristán y su mano se hundió en el pelo y por unos segundos su dedo anular recuperó las falanges amputadas, el sol se había puesto en el horizonte y las ramas del sauce ya no removían la luz naranja. Esto lo tengo claro. Lo que no puedo afirmar rotundamente es que ocurriera en ese punto de la conversación o justo al final. Queda dicho.

Cuando levantó la mano y su dedo volvió a perder las dos falanges, Adrada le dio a Tristán un golpecito cariñoso en la cabeza y lo llamó «pequeño zascandil». El perro emitió un gemido amodorrado, como si lo entendiera y contestara. Luego me dio a mí una palmada en el hombro, se giró, esta vez sí definitivamente, y bajó los escalones hasta el jardín. Aunque… Un segundo, un segundo. No fue así.

Esto es muy frustrante. He recordado que durante nuestra charla el patrono mencionó la enfermedad de Esteban Walther, el alzhéimer, que él pronunció de una manera rara, creo que en alemán. Y como he intentado reproducir nuestro encuentro y el alzhéimer no ha aparecido por ningún lado, eso significa que me he saltado alguna parte. Así que he bajado al estudio para servirme otro dedo de whisky, porque necesito fuerzas para seguir escribiendo un poco más, y con el primer sorbo, estando aún en el estudio, me ha venido todo a la cabeza. Ahora sé qué parte he olvidado contar y por qué lo he olvidado.

El patrono hizo aún un último amago de marcharse, y fue el amago más elaborado, no un simple giro de hombros. Todo lo que he contado es verdad: me dio una palmada para despedirse y bajó los escalones de la casa. Pero no se marchó. Aún se volvió hacia mí una vez más y desde esa distancia me hizo una pregunta. Y, conociendo al patrono, creo que el motivo real de su visita pudo ser esa pregunta. Quizá vino a la casa y tomó el té conmigo y repasó la rocambolesca historia de la princesa solamente para poder preguntarme aquello al final,

quitándole así importancia, o tratando de que no me fijara demasiado en ello y sospechara. Y no puede ser una coincidencia que Adrada planeara su visita justo cuando los filipinos han regresado a su país. Entonces, ¿no era sincera su melancolía? ¿Imitó a Esteban Walther, su tono y su malicia, por algún tipo de estrategia? Ciertamente, el patrono es una persona extraña.

Bajó los escalones, caminó un par de metros sobre las piedras planas del jardín y se volvió hacia mí, que ya estaba cerrando la puerta después de que Tristán entrara en la casa. Dijo:

-Oye, Fernando, una cosa. No sé por qué se me ha ocurrido, pero… ¿Esteban llegó a empezar sus memorias?

Esta fue su pregunta. Detuve la hoja de la puerta y cerré un poco los ojos, intentando ver mejor al patrono en la oscuridad del jardín, aunque más bien intentaba escucharlo mejor o entender lo que me estaba diciendo.

-¿Sus memorias?

-Sí. Cuando estalló el escándalo y esta casa estaba rodeada de periodistas día y noche, Esteban me dijo que iba a aprovechar el encierro obligado para ponerse a escribir sus memorias, algo para lo que nunca había encontrado tiempo. También creo que era una manera de llenar sus días hasta que se celebrara el juicio, después de que todos sus conciertos se hubieran anulado.

-El caso es que…

-¿A ti no te mencionó nada?

-¿Sobre sus memorias? No. Pero no solía compartir conmigo ese tipo de cuestiones, proyectos profesionales o cosas así. No debes olvidar, Adrada, que yo no soy más que un chófer, por más que él me hiciera algunos encargos que iban más allá de mis atribuciones.

-Oh, vamos, Fernando… ¿Chófer? No digas tonterías. Esteban tenía en ti a su mejor colaborador. Más que eso, a un fiel amigo. Y sé positivamente, porque él me lo confesó en alguna ocasión, que eras indispensable en su vida y que en los peores momentos no habría sabido qué hacer sin tu apoyo.

Aunque aquí no tengo que escribir sobre mí, no estará fuera de lugar decir que esas palabras del patrono me emocionaron. Y agradecí que fuera ya de noche para que no pudiera ver mis ojos, que me presioné disimuladamente con dos dedos, como si me picaran.

Esteban Walther no era una persona muy comunicativa, y menos conmigo. Le gustaba quejarse de mí delante de otras personas, incluso inventándose supuestos errores que yo había cometido, siempre un poco exagerados y casi increíbles, pero luego nunca me decía nada. No es que yo esperara que él, el gran Esteban Walther, se disculpara conmigo, qué absurdo, pero lo cierto es que nunca me explicó en

privado algunos comentarios suyos. Que quede claro que no tenía por qué hacerlo y yo nunca lo esperé. Él era mi jefe y mi trabajo de chófer con atribuciones especiales no era un trabajo normal. Yo intuía su cariño hacia mí, o su aprecio, y en cierto modo era una muestra de complicidad por su parte que no tuviera que manifestármelo. Siempre lo he pensado así, y las amables palabras del patrono lo confirmaron.

Por supuesto, el patrono pudo inventarse que Esteban Walther le habló de mí en esos términos. ¿Quién va a desmentirlo? Desde luego Esteban Walther ya no. En cualquier caso, si Adrada se lo inventó fue para ser amable conmigo, y se lo agradezco igualmente.

-Entonces, ¿no tienes noticia de que Esteban trabajara en sus memorias o algo parecido?

-El caso es que por aquella época, cuando había estallado el escándalo y solo Marco y yo salíamos en el coche para hacer la compra, él se pasaba prácticamente todo el día en la buhardilla. Con tanta cámara de televisión apuntando a la casa, era el sitio más seguro. Las veces que yo subía allí para llevarle algo, él estaba escribiendo a mano en un cuaderno grande, muy bonito, de tapas rojas y doradas, como si fueran una vidriera de una iglesia. Lo recuerdo porque al principio pensé que estaba componiendo, después de mucho tiempo sin hacerlo, pero al acercarme vi que las hojas del cuaderno eran blancas, no tenían pentagramas, y él sencillamente escribía en ellas. ¿Podría ser eso?

-Podría, podría ser. ¿No echaste un vistazo?

-No, claro que no.

-De todos modos, el alzhéimer no tardó en aparecer, ¿verdad?

-Unas semanas.

-Qué barbaridad. Nunca he visto a esa enfermedad avanzar tan rápido. Mi madre tardó bastantes años en morir. Pero lo de Esteban fue algo asombroso y terrible. Por eso no llegó a celebrarse el juicio. «Demencia sobrevenida», lo llamaron. Aunque no fueron pocos los que pusieron también eso en duda. Bien callados están ahora… Pero bueno, lo que quiero decir es que, en el caso de que empezara a escribir sus memorias, no le daría tiempo a avanzar demasiado. Y a saber si lo que escribió no estaba ya erosionado por los primeros síntomas. Porque él tuvo que darse cuenta antes que nadie, ¿no? Aunque dicen que a veces no es así, la propia enfermedad te impide percatarte de que estás enfermo. A lo mejor había notado ya algún síntoma y por eso se puso a escribir sus memorias, para salvar todos los recuerdos que pudiera antes de que fuera demasiado tarde. ¿No crees?

-Puede ser.

-En fin, Fernando. No sé por qué me he acordado de esto. Pero

sería interesante encontrar ese cuaderno, ¿no te parece? ¿Lo buscarás?

-Claro. Esteban lo guardaba todo. De estar, ese cuaderno estará en la habitación de los archivadores. Allí hay un millón de libros y de papeles, pero tampoco tengo tantas cosas que hacer durante el día.

-Muy bien. Pues no te olvides de avisarme si lo encuentras.

Así terminó nuestra conversación la otra tarde. El patrono y yo no hablamos nada más, ahora estoy seguro.

Y fue justo en ese instante, con el patrono sobre las piedras del jardín y yo asomado a la puerta, cuando me empezó a sonar el teléfono en el bolsillo del pantalón. Adrada levantó la barbilla hacia mí, indicándome que atendiera la llamada y que no me preocupara por él. Yo asentí y saqué el teléfono mientras cerraba la puerta. Era mi hermano Jorge. Hacía más de un año que no hablábamos, desde que nos vimos en el notario por el asunto del taller, y mi sorpresa fue tan grande que me puse a temblar un poco. Esta es la razón por la que antes me he olvidado de contar las últimas palabras que intercambié con el patrono. El impacto de la llamada de mi hermano se comió todo lo que quedaba cerca, como una gota de lejía que cae en una tela de color y se expande rápidamente. Pero aquí no tengo que escribir sobre mis problemas, sino sobre Esteban Walther, o en este caso sobre el patrono.

Caminé por la galería con el teléfono en la mano, sin decidirme a descolgar, y no sé por qué miré hacia el jardín a través de la cristalera y vi que Adrada seguía todavía ahí, plantado sobre dos piedras planas del sendero que lleva hasta la cancela de la calle. No creo que él me viera, la escasa luz del cielo se reflejaría en la cristalera como en un espejo. Y lo cierto es que yo lo veía a él muy mal, apenas una silueta oscura contra el fondo del jardín. Entonces el patrono levantó un brazo e hizo un gesto hacia arriba, hacia la primera planta de la casa, o más bien hacia las ventanas. No lo vi bien y fue bastante rápido. Pudo ser una especie de gesto de despedida, aunque a mí me recordó a ese ademán que hacen los toreros para brindar una faena a alguien del tendido, con la mano estirada hacia arriba y una pequeña sacudida al final. También he llegado a pensar que en el arranque de ese gesto, cuando su brazo quedaba solapado a su cuerpo y yo no podía distinguirlo en la oscuridad, quizá sus dedos rozaron sus labios antes de estirarse hacia arriba, como hacemos para lanzar un beso a alguien que se marcha o a alguien de quien nos separamos. Pero no creo que tenga mucho sentido y ya digo que no lo vi demasiado bien. Además, el patrono es una persona discreta y poco efusiva, a pesar de que el otro día se mostrara especialmente sentimental. Da igual, no tiene importancia. He escrito esto porque quería ser minucioso y contarlo todo hasta el final. Pero ya está.

Mañana buscaré ese cuaderno en la habitación de los archivadores.

Hace casi una semana que no escribo. Cinco o seis días, me parece, más o menos. No he dormido bien ninguna noche y se me mezclan las cosas. No estoy en la buhardilla, ni siquiera en la casa de Esteban Walther, sino en un tren, volviendo de Alcázar a Madrid. He abierto el ordenador sobre la mesa plegable que cuelga del asiento de delante y así puedo escribir sin ningún problema. Es una maravilla que esto funcione sin necesidad de estar enchufado. Espero que la batería dure lo suficiente. Por la ventanilla veo la llanura seca y casi sin relieve de La Mancha, que se desplaza ante mis ojos pero sin cambiar, como si recorriéramos una y otra vez el mismo tramo. Para mí este es el paisaje más deprimente del mundo.

Esta mañana, antes de saber que iba a volver al pueblo conduciendo el coche de mi hermano, se me ha ocurrido coger el ordenador y meterlo en una mochila. He pensado que podría aprovechar para escribir en el hospital. Al final no lo he hecho, me ha dado vergüenza que mi hermano o mi cuñada me preguntaran. Creo que siempre han pensado que intento hacerme el especial, el diferente, y se sienten insultados. Sin embargo, gracias a que he cogido el ordenador voy a poder aprovechar el viaje de vuelta en tren. La verdad es que echaba de menos escribir. Después del ajetreo de estos dos días, en los que apenas he estado solo, me apetecía mucho encender el ordenador y ponerme a teclear, simplemente a teclear.

Tengo coche desde los dieciocho años, desde el mismo día de mi cumpleaños, y conduzco desde los dieciséis. Aprendí en los caminos del pueblo con aquella C-15 roja del taller de mi padre. Hacía pequeños recados, traía y repartía piezas, y los fines de semana llevaba a los amigos de excursión al río o a la bodega abandonada. El guardia municipal lo sabía, me veía pasar por el pueblo con la furgoneta, y nunca me dijo nada, se limitaba a saludarme con un gesto de desaprobación.

Siempre he tenido coche y he viajado a todos lados con él. El primero fue el Ford Orion de segunda mano que me regaló mi padre por mi cumpleaños; después, el Renault Laguna que me compré nuevo y cuyo motor tuve que cambiar por problemas con la distribución; y ahora tengo un Peugeot 308 al que espero poder hacer cien mil kilómetros más. Con un buen mantenimiento, los motores diésel duran bastante más que los de gasolina.

Además de haber tenido siempre coche, me gusta mucho conducir, podría no hacer nada más en la vida y sería feliz. Por eso he usado tan

poco el transporte público. Este tren que va de Alcázar a Madrid, y que las personas de mi pueblo, por ejemplo mis compañeros de colegio, se conocerán de memoria por haberlo frecuentado durante décadas, yo apenas lo he cogido, no he tenido necesidad. De hecho, solo recuerdo dos de esas veces, ambas muy tristes: cuando tuve que marcharme del pueblo, pues mi padre no dejó que me llevará el Orion, y cuando él murió, o mejor dicho cuando me enteré de que había muerto, dos días después. Si me resulta tan deprimente este paisaje que desfila al otro lado de la ventanilla, que es diferente al que se ve desde un coche, es porque lo tengo asociado a esos dos tristes viajes en tren. Por suerte, escribir en el ordenador va a distraerme de estos pensamientos tan sombríos.

He dicho ya más de una vez que aquí no debería escribir sobre mí, solo sobre Esteban Walther, y me da apuro repetirlo de nuevo y precisamente para contradecirme. En fin, no debería escribir sobre mí y sin embargo voy a hacerlo. Mi disculpa es que no tengo la cabeza muy clara, está llena de los sucesos de estos días, y soy incapaz de salir de ellos y ponerme a rememorar algún episodio que tenga que ver con Esteban Walther. Y a lo mejor ya no se me ocurre nada más sobre él, lo cual tampoco sería demasiado grave. Desde luego, también puedo escribir sobre mí y después borrarlo todo. Al fin y al cabo he sacado el ordenador únicamente para no tener que mirar por la ventanilla y pensar en cosas tristes. Teclear ya supone un alivio.

La semana pasada no expliqué la razón por la que mi hermano Jorge, después de más de un año sin saber nada de él, me llamó por teléfono. Lo hizo él pero estoy convencido de que la idea fue de mi cuñada Fina, que le obligó a hacerlo. Aunque no la oí cuchicheando por lo bajo, sin duda estaría junto a él haciendo gestos para que dijera lo que habían acordado antes. Fina siempre ha sido un poco dominante (lo que, por otro lado, ha servido para encarrilar la ira destemplada de mi hermano), pero no creo que sea una mala persona. Si la idea de llamarme fue de ella, su motivación no fue mezquina.

La última vez que había visto a mi hermano también estaba mi cuñada presente, cuando en teoría no tenía nada que hacer allí. No lo voy a criticar, muchos matrimonios no saben vivir separados, y tiene que ser complicado encajar que nunca vas a tener hijos. Y ellos bien que lo intentaron, llegaron a recurrir a carísimos tratamientos médicos. Este drama ha de unir a una pareja, incluso aunque uno de sus miembros sea mi hermano.

Nuestro último encuentro, hace más de un año, tuvo lugar en una notaría de Almagro. No sé por qué se fueron tan lejos del pueblo. Recuerdo la larga mesa de madera abrillantada, las paredes forradas de libros muy gordos y la cara severa del notario, un cincuentón calvo y de cutis perfecto, uno de esos hombres que se hacen exfoliaciones y

se ponen cremas. Se comportó conmigo con una amabilidad tirante, como si estuviera obligado a ser neutral por su trabajo pero estuviera más bien de parte de ellos. Quizá mi hermano y mi cuñada lo conocían de algo, quizá era un cliente habitual del taller y por eso me citaron en esa notaría y no en una más cercana, de Tomelloso o de Manzanares, como hubiera sido lo lógico.

Me parece que ellos esperaban de mí algún tipo de resistencia, que intentara imponer una condición o una cifra inaceptable, pero firmé todos los papeles sin rechistar y mi parte del taller, el taller de nuestro padre, pasó a ser suya. La presencia de mi cuñada en la notaría, al otro extremo de la larga mesa junto a mi acobardado hermano, tendría como finalidad evitar que él flaqueara, pero no hizo falta su intervención. De todos modos no hablaron conmigo, no se dirigieron a mí ni una sola vez, utilizaron al notario como absurdo recadero entre las dos puntas de la mesa. Cuando acabamos, me despedí de ellos pronunciando sus nombres, Jorge, Fina, le di la mano al notario y me volví a Madrid. No había vuelto a saber nada de ellos hasta la llamada de la semana pasada.

Cuando descolgué, mi hermano balbuceó un saludo. Le costó dos o tres intentos pronunciarlo entero, se le atascó en particular mi nombre. Yo estaba nervioso, pero saber que a él le sucedía lo mismo me tranquilizó de golpe. Ahora creo que Jorge, además, tenía miedo, y como es natural todavía no se le ha pasado. Hace un rato, cuando me he despedido de él en el enorme portal de la casa en la que nací, sus ojos me han recordado a los de un animal que intuye una desgracia pero no es capaz de identificarla.

Jorge dio muchos rodeos hasta que empecé a entender para qué me había llamado. Se interesó por mí, quiso saber en qué consistía ahora mi trabajo, incluso me preguntó qué tal me iba el coche, si seguía teniendo el 308 o lo había cambiado. Después del tiempo transcurrido y de cómo se han portado conmigo, no sé qué era peor, si las preguntas banales sobre mi coche o las preguntas sobre mi vida. Cada dos o tres frases mi hermano se quedaba en silencio, y ahí es donde mi cuñada, si estaba a su lado, le acuciaría con la mirada o le daría golpecitos en la rodilla: «Venga, Jorge, dile lo que hemos hablado, no te quedes callado, ¡vamos!», le comunicarían sus ojos.

Cuando mi hermano, después de agotar todos los temas ridículos, empezó a dirigir la conversación hacia el verdadero motivo de su llamada, pensé que estaba bromeando o que había bebido. Bueno, no descarto que se hubiera tomado un trago para darse ánimos, para calmar su orgullo por tener que llamarme. Dijo algo de su estómago y de unos pinchazos en la paletilla. Eso dijo, paletilla, como si fuera un cordero. Luego mencionó la grúa del taller, había tenido que dejar de conducirla y ahora se encargaba de ello uno de sus empleados. ¿Por

qué me habla de la grúa del taller?, pensé yo. Y de pronto, no sé si porque mi cuñada le hizo alguna señal o porque él se cansó de dar vueltas, Jorge habló con una absoluta claridad. Llevaba semanas con dolores en el tronco, con pinchazos que habían ido aumentando y le molestaban para trabajar, había perdido el apetito y al final había acudido al médico, que le había recomendado que fuera a hacerse pruebas a Madrid, al Ramón y Cajal, donde trabajaba un conocido suyo. Tenían cita para cuatro días después.

Aquí mi hermano se paró, cogió fuerzas para la última parte, la más difícil. Le oí respirar contra el teléfono, aunque acaso ese ruido pudo ser, pienso ahora, el de mi cuñada Fina siseándole alguna orden: «Díselo de una vez, Jorge, válgame Dios, qué calamidad de hombre». Y mi hermano obedeció: Puesto que yo vivía en Madrid y ellos vendrían a hacerse las pruebas, y como no se manejan bien por la ciudad y a él los hospitales siempre le han puesto bastante nervioso, habían pensado que tal vez a mí no me importaría acompañarlos. Y añadió, con un tono de súplica que me dio lástima: «La familia está para eso, ¿no?».

Si yo fuera de otra manera, no digo rencoroso pero sí una persona con más amor propio, me habría indignado su llamada, su petición, y me habría negado o incluso habría colgado el teléfono sin responder. Hubiera estado en mi derecho, después de todo lo ocurrido. Pero no debo de tener demasiado amor propio, y algo aprendí de cómo se hicieron las cosas cuando mi padre murió. También pensé en mi cuñada, que sin duda estaba detrás de aquella iniciativa, y deduje que Fina también tendría miedo, tanto como para tragarse el orgullo. Pero lo hacía por el bien de mi hermano, por su tranquilidad ante el trance por el que estaba pasando, y ese es un gesto de una cierta generosidad. ¿Qué más daba que me estuvieran utilizando? A mí eso no me importa.

Sin pensarlo, le contesté a Jorge que sí, claro que los acompañaría al hospital, cómo no. Él resopló aliviado pero no me dio las gracias. Me dijo que ya concretaríamos el encuentro y se despidió. Creo que colgó antes de que yo terminara de pronunciar completa mi despedida.

Allí, en la galería a oscuras de la casa de Esteban Walther, me quedé mirando el teléfono hasta que la pantalla se apagó. Sacudí la cabeza y corté mi impulso habitual de autocompasión, que siempre me asalta cuando tengo contacto con mi familia. Durante muchos años he vivido permanentemente inmerso en ese sentimiento.

Ahora ya estoy en la buhardilla. Quería haber escrito un poco más en el tren, me quedaba batería de sobra hasta Atocha, pero en Aranjuez se ha subido una mujer que se ha sentado en el asiento de al

lado. Era muy guapa, tenía una larga melena castaña que olía a champú de melocotón y vestía un traje de chaqueta con falda, muy elegante, aunque era de ese tipo de mujeres a las que el estilo se les nota simplemente en la manera de caminar y llaman la atención con cualquier ropa. Tenía el dorso de la mano cubierto de pecas y llevaba un reloj un tanto llamativo, como de submarinista. Ha colocado su maletín en el portaequipajes del techo y me ha saludado mientras se sentaba. Ha sido entonces cuando el aire desplazado por su cuerpo me ha inundado con el mareante olor del melocotón. He sentido un cosquilleo en la parte baja de la espalda.

Me ha dado vergüenza escribir delante de ella. No es que esté escribiendo algo importante o confidencial, y nada le habrían dicho unas cuantas palabras leídas en un vistazo curioso, pero de repente me he sentido incómodo. ¿Por qué? No lo sé bien. Me he imaginado que la mujer me preguntaba qué estaba escribiendo y no se me ha ocurrido qué contestar. Es probable que me hubiera quedado callado, con una sonrisa tonta en los labios, y ella habría pensado que soy una especie de exhibicionista, no sé, o de impostor. Escribir estas tonterías en la casa de Esteban Walther, en esta buhardilla, sin que nadie me vea, es más o menos aceptable, es una forma de pasar el tiempo como otra cualquiera y a nadie le importa. Pero hacerlo en público tiene algo de pose para llamar la atención, ¿no? Algo así.

He guardado el ordenador, he plegado la mesita de delante, y me he dedicado a memorizar cómo era la mujer elegante para poder luego escribirlo aquí. Ha sido divertido, era como cometer una pequeña traición que no hace daño a nadie. En Atocha, cuando nos hemos puesto de pie, me ha sonreído y me ha dado las buenas tardes. Ha caminado delante de mí por el andén. Tenía una carrera en la media de la pierna derecha, lo cual la hacía casi más interesante.

Después de hablar con mi hermano por teléfono, caí en la cuenta de que tenía que buscar a alguien para que se quedara en la casa mientras yo estaba con ellos en el hospital. Hasta ese momento no había pensado en todas las implicaciones que conlleva la ausencia de los filipinos. Lo cual quiere decir, por otro lado, que estoy a gusto en la casa aunque me pase en ella día y noche. Podría haberme agobiado a los pocos días, y ya hace más de dos semanas que Marco y Erlinda se fueron. No descarto que escribir me esté ayudando, es un aliciente que me mantiene contento y hace que no tenga grandes deseos de salir. Desde fuera parecerá que soy la persona más aburrida del mundo. Y tal vez lo sea.

Estuve a punto de telefonear a Adrada, no para que se quedara él en la casa sino por si se le ocurría a quién podía llamar. Pero después me acordé de Mari Luz. Trabajó en la Fundación hasta que hubo que disolverla, era secretaria o quizá contable, algo relacionado con la

administración. No se puede decir que fuera amiga de Esteban Walther, pues no solía venir a esta casa, o solo en los eventos más señalados, como la comida de Navidad, pero siempre le tuvo mucho cariño. De vez en cuando le hacía regalos a Esteban Walther, una colonia o una bufanda (que acababan en mi casa), y siempre se compraba sus discos para que él se los firmara, en ocasiones varias copias para amigos y familiares, aunque no creo que fuera una gran aficionada a la música clásica. Cuando saltó el escándalo, Mari Luz nunca le dio crédito, o le dio crédito pero no le importó, no porque fuera una persona especialmente tolerante, sino por fidelidad. Quién mejor que ella para pedirle que se quedara en la casa mientras yo me ausentaba.

Mari Luz se ha ido hace un par de horas. Se ha empeñado en esperar a que volviera de la estación, había preparado la cena para los dos, así que hemos cenado juntos. Después hemos tomado una infusión en el salón y hemos estado charlando. Por supuesto el tema ha sido Esteban Walther, los buenos tiempos, que es sobre lo que a la gente le gusta hablar cuando viene aquí. La conversación ha sido irremediablemente triste y Mari Luz se ha llevado varias veces un pañuelo a los ojos. También ha mencionado un problema con su último trabajo, ¿ha dicho que la empresa iba a cerrar? Vaya, no he prestado mucha atención, estaba muy cansado. Tenía que haberme interesado por ella después del favor que me ha hecho. Antes de marcharse me ha llevado a la cocina y ha abierto el congelador: estaba lleno de purés. Se ha tirado toda la mañana haciéndolos con el robot de cocina, de modo que no tendré que preocuparme en bastante tiempo. Le he dado las gracias y ella ha bajado la cabeza y se ha sonrojado. En el jardín se ha parado a oler ese arbusto como japonés de hojas rojas, no me acuerdo cómo se llama, aunque dudo que tenga olor.

Pero estoy remoloneando. He de hablar de mi hermano, del hospital, y me doy cuenta de que estoy remoloneando, escribiendo cualquier cosa antes que eso. El olor del arbusto japonés… ¡Manda narices!

¿Saben los perros calcular el tiempo? ¿Sabrá Tristán cuánto tiempo he estado fuera? Desde luego, me ha recibido con la misma alegría de siempre, ladrando y agitando el rabo, aunque la vejez ya no le permite dar saltos ni ponerse a dar vueltas sobre sí mismo como hacía antes. Esteban Walther decía que eso era lo que le gustaba de los perros, que aunque salgas de casa cinco minutos para comprar tabaco, cuando vuelves el perro te recibe como si volvieras de la guerra. «El amor de los perros es incondicional, no como el de los hombres», decía él, alargando mucho las vocales, el amooor. Yo creo que eso significa más

bien que los perros no son tan inteligentes como dicen.

Aquí lo tengo, a Tristán, tumbado a mis pies. Está despierto y a través del cristal de la mesa me mira teclear con uno solo de sus ojos, el otro está guiñado. Yo diría que tiene cataratas. Bebo un té cargado para poder escribir pese al cansancio. Es la una. Mi hermano Jorge, vamos allá.

Me citaron ayer por la mañana directamente en el hospital, en la unidad de oncología, pero cuando llegué no los vi por ninguna parte. Eran las diez y cinco y me habían dicho a las diez. Los busqué por los pasillos y por varias salas, y después crucé la puerta cortafuegos que comunicaba con las escaleras; mi hermano era capaz de estar fumándose un cigarrillo para tranquilizarse. No estaban allí, pero al girarme para regresar al pasillo los vi a través del ojo de buey de la puerta. Era muy difícil que ellos me vieran, el cristal tenía además una malla metálica, y me quedé unos segundos observándolos. Habían salido del ascensor y movían la cabeza hacia los lados como si estuvieran atravesando una calle por un sitio indebido. En realidad no me fijé en mi cuñada, el aspecto de mi hermano me impresionó tanto que no pude quitar los ojos de él. No es que estuviera muchísimo más flaco que hace un año, aunque sí habrá perdido casi diez kilos, pero su forma de moverse, o simplemente la forma que tenía de mantenerse en pie, parecía la de otro hombre, transmitía una personalidad que no reconocí. Y mi primer pensamiento, anterior incluso a la desolación, fue que mi hermano ya no me daba miedo.

Empujé la puerta cortafuegos y caminé hacia ellos. Estaba sobrecogido por la desolación pero lo disimulé. Cuando me reconocieron no esbozaron ningún gesto de alegría, ni siquiera de simpatía, después de más de un año sin vernos. Mi cuñada alzó un poco una mano y mi hermano abrió la boca. Los saludé y los besé en las mejillas. Estaban bastante preocupados, y además se les notaba el complejo por estar en Madrid, ese temor a que alguien se dé cuenta de que eres de pueblo y se meta contigo. Lo primero que hicieron fue preguntarme dónde estaba la consulta número no sé qué, como si por vivir en la ciudad yo debiera conocer cómo es el Ramón y Cajal planta por planta. Pero comprendí su apuro, ya llegaban tarde a la cita, y en definitiva por algo me habían pedido que los acompañara. Con voz calmada les dije que buscaríamos la consulta. Mientras recorríamos el pasillo mi hermano se quejó de que no habían encontrado aparcamiento en la calle, ni siquiera en la zona que controlan los rumanos -a los que dedicó un comentario racista-. Al final habían tenido que ir al parking de la estación de Chamartín y habían venido caminando, por eso habían llegado tarde.

Casi no nos dio tiempo a sentarnos en la sala de espera, pues enseguida salió una enfermera y llamó a mi hermano. Yo me quedé

fuera.

Estuvieron dentro de la consulta más de media hora. Jorge levantó la voz en varias ocasiones, y aunque al otro lado de la puerta no se le entendía, conozco bien ese tono. Con él, mi hermano se coloca en la posición de la víctima airada de una injusticia. Puede traducirse como «a mí no se me engaña tan fácilmente, eso lo dirá usted, a ver por qué voy a creerle». Es frecuente que lo use con clientes del taller que ponen alguna pega, que no están de acuerdo con el arreglo de una avería o con la factura. Si se piensa que le hablaba así a un médico que solo intenta curarlo, se comprenderá un poco mejor cómo es mi hermano.

Jorge salió de la consulta el primero, apresurado y braceando, como si le acabaran de abrir la puerta de toriles, y mi cuñada lo hizo detrás, intentando pararlo y con cara de bochorno. Pasaron delante de mí y Fina, sin dejar de caminar, me dijo: «Ayúdame con él, por favor, Fernando». Hasta entonces ninguno de los dos había pronunciado mi nombre.

Los alcancé en el pasillo. Jorge se había detenido con la cabeza gacha y los puños cerrados junto a los costados, como un niño enfrentado contra el mundo. Fina le hablaba como una madre. Entre lo que ellos discutían y lo que ella me iba aclarando para que la apoyara, pude reconstruir lo que había sucedido en la consulta. Al parecer, a mi hermano ya le habían hecho algunas pruebas en Ciudad Real. El oncólogo del Ramón y Cajal vio esos resultados y determinó que había que hacerle más pruebas sin demora. Programó dos para la tarde y otra para la mañana siguiente, y además se quedaría ingresado en el hospital, ya que para una de las pruebas de ayer le iban a poner un contraste que suele sentar mal: náuseas, mareos, vértigos. Ahí estaba el problema. Mi hermano pensaba que podrían regresar al pueblo ayer y ahora tenían que quedarse una noche. «¡Yo me voy, yo me vuelvo ahora mismo al pueblo! ¿Cómo que me tengo que quedar ingresado? ¡Pero si me encuentro bien!», decía.

En un momento dado, después de que Fina le pusiera una mano en el hombro y Jorge se apartara con violencia, ella desistió y se giró hacia mí. Mi cuñada me miró con una mueca suplicante en la que también había humillación. Suele ser ella la que decide qué hacer, la que impone su criterio, pero esta vez no lo estaba logrando. Su poder quedaba cuestionado y tenía que recurrir a mí, nada menos que a mí. Entonces Jorge repitió una cosa que había dicho antes: su coche estaba en el parking y si no lo sacaban hasta mañana costaría un dineral. Era un planteamiento ridículo, a mi hermano no le falta precisamente el dinero, y en cualquier caso aquellas pruebas médicas eran vitales, pero no atendía a razones.

Sin pensármelo, aunque por algún motivo supe que a mí no me

rechazaría, alargué la mano hacia él y le cogí del antebrazo. Le dije: «Por eso no te preocupes, Jorge. Yo sacaré tu coche del parking y me lo llevaré a mi casa. Y mañana te lo traigo para que podáis volver al pueblo. El mío está bien aparcado en una calle cercana y puede quedarse ahí sin problemas». Él aceptó el arreglo que le planteé y se quedó súbitamente aplacado, como si ya no le importara someterse a esas complicadas pruebas ni quedarse una noche ingresado en el hospital, y como si el cáncer se hubiera evaporado de su cuerpo.

Estuvimos todo el día en el hospital. Comimos en la cafetería y por la tarde le hicieron las dos pruebas. No hablamos demasiado, solo de temas banales. Mi hermano se animó un poco cuando se refirió a los nuevos motores de gasolina que están ahora sacando todas las marcas, con turbo, tres cilindros y consumos muy bajos. Por supuesto, era un disparate que estuviéramos charlando los tres sin tensiones, después de todo lo que había pasado entre nosotros, pero como ellos estaban preocupados por la enfermedad de Jorge, el único que se percataba de ello era yo, así que daba igual. Su actitud era de nuevo egoísta, pero yo estoy cómodo con los egoístas, siempre están pensando en ellos y no se fijan en ti, no te reclaman nada, y para mí es mucho mejor. Quizá no debería decirlo, pero Esteban Walther se comportaba muchas veces de ese modo.

No me voy a extender sobre la tarde de ayer y la mañana de hoy, sobre las pruebas que le han hecho a mi hermano. Por desgracia todo el mundo ha vivido ese tipo de experiencias y sabe cómo son, aunque Jorge es un paciente particularmente malo, ansioso y terco. Ayer me marché a las nueve de la noche, después de dejarlos instalados en la habitación. Mi hermano ya casi no sufría arcadas y el sedante le estaba haciendo efecto.

Me vino bien caminar hasta el parking. La noche era fresca. Después de estar respirando todo el día el aire del hospital, siempre caliente y con ese olor a gasas mojadas, el aire de la calle me limpió los pulmones como si fuera oxígeno puro. También disfruté conduciendo el BMW de mi hermano; la tracción trasera es otro mundo.

Al salir del hospital había avisado a Mari Luz con un mensaje y cuando llegué a la casa tenía la cena preparada. Ella se fue enseguida, había quedado con unas amigas para ir al cine.

Me he acabado el té. Creo que voy a bajar la bandeja a la cocina y aprovecharé para echarme agua fría por la cara. Debo continuar.

Todas estas noches, desde que acepté acompañar a Jorge al hospital, he dormido muy poco. No he podido evitar darle vueltas al reencuentro. He estado horas y horas tumbado en la cama peleando con la autocompasión y a la vez temiendo que ellos me hagan algún

tipo de reproche. Y esto no tiene sentido, porque soy yo el que tendría derecho a hacer reproches, aunque nunca los vaya a hacer. Algunos no aprenderemos nunca a ser inocentes.

Esta última noche ha sido la peor. Después de las cinco, exhausto de retorcerme en la cama, me he ido al salón y me he echado en el sofá. Allí, tapado con una manta y con las manos cruzadas sobre el pecho como un cadáver, he estado mirando cómo se iluminaba la ventana con la claridad del amanecer. Aunque creo que no he llegado a dormirme ni un minuto, he podido descansar un poco. He conseguido que el ritmo de mi respiración descendiera y he dejado de sentirme mareado.

Mi hermano tenía hoy la prueba a las once. Cuando ha salido, tenía la cara contraída por el dolor y estupefacta, como si no comprendiera por qué tenía que suceder todo aquello, y precisamente a él. Me he levantado de la silla de la sala de espera y he caminado detrás de ellos por el pasillo. Jorge no se había vestido bien y el faldón de la camisa le asomaba por detrás. Se lo he metido yo. Al tirar de la cinturilla para meter la camisa me ha impresionado lo grande que le quedaba el pantalón.

Como mi hermano estaba en ayunas, hemos ido a comer algo a la cafetería del hospital. La nueva cita con el oncólogo era a la una, a esa hora ya tendría los resultados de las pruebas y establecería el tratamiento. Yo habría podido aprovechar ese rato libre para escribir, pues llevaba conmigo la mochila con el portátil, pero al final no me he decidido.

La gravedad exacta de la enfermedad de mi hermano, que yo en realidad solo puedo adivinar, estaría reflejada en el rostro del oncólogo mientras les hablaba en la consulta, pero yo no lo he visto, me he quedado fuera. No me han pedido que entrara y lo he respetado. Al salir, lo único que me han dicho es que en principio ya no tendrán que venir más al Ramón y Cajal, Jorge podrá seguir el tratamiento en el hospital de Ciudad Real. Ha sido entonces cuando mi cuñada me ha preguntado si podría conducir su coche de vuelta al pueblo. Jorge estaba muy cansado y dolorido y ella no sabe conducir. Bueno, Fina se sacó el carné hace años pero desde el día en que aprobó el examen no ha vuelto a coger un coche. He contestado que sí, faltaría más, y he hecho un gran esfuerzo para no mirar a mi hermano.

En cuanto hemos cogido la carretera de Andalucía, ambos se han quedado dormidos. La cabeza de mi hermano pendía sobre su pecho y Fina, a quien podía ver por el espejo, había apoyado la sien en la ventanilla. Los dos tenían la boca abierta y mi hermano roncaba. En ese momento he tenido una idea muy desagradable. Yo era el único de los tres que estaba despierto y conducía el coche a algo más de ciento

treinta. Lo que he pensado es que las vidas de mi hermano y de mi cuñada estaban en mis manos, literalmente, pues era yo el que estaba agarrando el volante, el que impedía que el coche se saliera en las curvas. Si hubiéramos tenido un accidente grave, por ejemplo un choque contra el pilar de un puente, ellos ni siquiera se habrían enterado de que morían, no habrían llegado a despertarse.

Me ha costado mucho borrar esa idea de mi cabeza, no podía esquivarla, no había ningún pensamiento más potente al que pudiera recurrir para olvidarla. No es que deseara girar el volante hacia el pilar de un puente, por Dios, esto debe quedar claro, pero ha sido terrorífico pensar que nada me lo impedía, que dependía solo de mí, que mi hermano no estaba despierto para coger el volante y evitar que hiciera esa maniobra suicida. La sensación ha durado varios minutos. Quizá no ha sido tan intensa como creo ahora, estoy mucho más cansado que este mediodía, pero ha sido muy angustiosa.

Me ha sorprendido no sentir nada especial al llegar al pueblo, y eso que han pasado tres años desde la última vez. Por el parabrisas iban desfilando las calles y las casas que conozco tan bien, en las que he vivido episodios cruciales de mi vida, y no me provocaban ninguna emoción, o solamente una especie de hartazgo, causado más bien por el enorme cansancio. Jorge y Fina se habían despertado después de tomar el desvío y me he dado cuenta de que iban pendientes de las personas que estaban en la calle y que podían vernos. Tampoco esto me ha importado.

He detenido el BMW delante de la puerta de la casa de mi hermano, que en su día fue la casa de mis padres, mi casa, y le he entregado la llave a Jorge. Le he dicho que el coche va muy bien, que dan ganas de seguir conduciendo durante horas. Era una simple frase amable, pero también era la verdad. Él ha cogido la llave y se ha quedado mirándola en la palma de la mano, parpadeando mucho, todavía aturdido por el sueño. He abierto la puerta del coche, me he bajado y he dicho que me marchaba, que iba a caminar hasta la plaza para coger un taxi que me llevara a la estación de Alcázar, donde tomaría el tren de Madrid. Pero entonces mi cuñada me ha preguntado: «¿Te vas ya? ¿No quieres descansar un poco o comer algo?».

No tengo remedio. Esas palabras de mi cuñada, que no ha pronunciado en un tono ofendido, ni mucho menos, me han hecho sentir culpable, como si Fina me acusara de ser descortés con ellos por no aceptar su hospitalidad, cuando era yo el que les había hecho el favor de conducir el coche. No obstante, no me he dejado vencer por ese sentimiento. En otras circunstancias habría entrado en la casa aunque no me hubiera apetecido y habría comido y bebido todo lo que me hubieran puesto delante. Pero hoy no podía perder tiempo,

tenía que volver lo antes posible a Madrid, no quería abusar de Mari Luz, y he repetido que tenía que irme. De todos modos, he añadido que no estaría mal beber un vaso de agua. No tenía sed, pero así Fina se sentiría mejor. Ella ha entrado en la casa y yo he cogido la mochila del maletero y he seguido a Jorge hasta el interior del portal.

Mi hermano y yo no hemos intercambiado ni una palabra, aunque al menos él ha tenido la deferencia de quedarse conmigo en el portal y no entrar en casa, como sin duda estaría deseando. Por suerte, Fina ha salido enseguida con el vaso de agua. Me lo he bebido entero obedientemente. He repetido que tenía que irme y les he besado las mejillas. Puede que mi cuñada, aunque muy bajo, me haya dado las gracias, pero no estoy seguro. Antes de abandonar la casa he mirado hacia atrás y en la penumbra del portal he distinguido los ojos de mi hermano. Estaban fijos en mí y un poco desorbitados. Creo que Jorge ha recuperado de golpe el miedo que había conseguido olvidar durante el viaje, como si al marcharme yo él se quedara solo con ese miedo, con la enfermedad, y me he sentido otra vez culpable. Absurdo.

De camino a la plaza me he cruzado con Paulina, una vieja del pueblo que me conoce desde niño, y me ha dado las buenas tardes con toda naturalidad, igual que si me hubiera visto el día anterior. He sonreído y se las he devuelto. El taxi de Ricardo estaba en la plaza, con las ventanillas abiertas, pero he tenido que entrar al bar a buscarlo. Ricardo tiene peor memoria que Paulina, o es más despistado, porque únicamente me ha reconocido cuando llevábamos un par de minutos en el coche rumbo a Alcázar: «¡Coño, Fernandito!».

He hablado lo menos posible. Hace años que tomé la determinación de que no tengo que justificarme, y mucho menos ante las personas del pueblo. Es agotador soportar el desprecio disfrazado de guasa o, en el mejor de los casos, de condescendencia. Y ellos no aprenderán nunca. Ricardo me ha hecho todas las preguntas que se le han pasado por la cabeza, incluso puede que haya reducido un poco la velocidad para alargar el trayecto. Yo he contestado con monosílabos y ante algunos comentarios ni siquiera he dicho nada o he hecho un ruido con la boca. Sin embargo, justo al final, cuando giraba en la rotonda que hay delante de la estación, me ha hecho la siguiente pregunta: «Oye, acabo de acordarme… ¿Tú no trabajaste para el músico ese con el apellido raro, el que salió tanto en los periódicos?». Y yo he contestado también con un monosílabo. He dicho: «No».

Estaba cansado, quería volver a Madrid, quizá el próximo tren estaba a punto de salir y lo iba a perder, así que he dicho que no para que me dejara en paz, para no dar explicaciones. Lo he tenido claro. Pero ahora me ha entrado un remordimiento insoportable, que se me ha agarrado al pecho y me ahoga. ¿Por qué he contestado que no?

Pero es demasiado tarde para ponerme a pensarlo. Tengo que seguir, terminar por hoy.

Ricardo no me ha cobrado la carrera. Ha dicho que mi hermano le hace favores en el taller con el taxi y que le debe mucho. Yo tenía que haber sacado mi orgullo y haberle dicho que ya no tengo nada que ver con el taller, cosa que por otro lado él sabrá, pero no lo he hecho. Le he dado las gracias y me he bajado del taxi.

Faltaban veinte minutos para el siguiente tren y he comprado el billete. Cuando estaba sentado en un banco del andén, esperando, se me ha ocurrido que podía sacar el ordenador en el vagón y ponerme a escribir. De repente, esa idea me ha alegrado, y tal vez me haya salvado de deprimirme, de sentirme realmente muy mal.

Hacía bastante tiempo que no pensaba en aquellos muchachos. Sé que sonará extraño. Seguro que cuando la gente se acuerda de Esteban Walther lo asocia inmediatamente a aquellos muchachos. Pero yo, que he sido su secretario y viví el escándalo muy de cerca, no suelo pensar en ellos. No me siento orgulloso pero es así. No podríamos seguir adelante si no olvidásemos ciertas cosas, supongo. Y yo no lo he olvidado, simplemente no lo tengo en la cabeza todo el rato. Pero esta mañana el chico de la compañía del gas, que ha venido a revisar la instalación, me ha recordado a aquellos muchachos. O mejor dicho, a uno en concreto.

¿Tenían algún rasgo en común? ¿Había algo que los distinguía? Eran jóvenes, desde luego, pero eso no hace falta que lo diga. Por lo general eran muy educados, quizá demasiado, con esa forma un tanto maniática de pronunciar las palabras, sin comerse ni una sola letra, o de realizar los gestos con mucho énfasis, anunciándolos con la postura del cuerpo antes de iniciarlos. Por ejemplo, cuando les abría la puerta del Audi para que entraran, ya adoptaban una pose en la que se adivinaba el movimiento de sentarse, aunque aún estuvieran a varios metros del coche. Separaban los brazos del cuerpo con las muñecas giradas hacia arriba y sacaban el culo un poco hacia afuera, como una mujer que viste una falda larga y se la tiene que recoger antes de sentarse.

Solían ser tímidos, no hablaban mucho conmigo, aunque es probable que al principio estuvieran cohibidos por ir en un vehículo con chófer. A la vuelta, cuando los llevaba a sus casas o adonde ellos me pedían, se mostraban más habladores. Y es que a la vuelta siempre estaban contentos, esto es algo que quiero dejar claro, porque es la verdad. Yo fui testigo y debo decirlo. Ninguno parecía triste o disgustado, todo lo contrario. Estaban más relajados que a la ida y charlaban conmigo, me hacían preguntas sobre Esteban Walther, sobre su fama o sus conciertos por todo el mundo. Es cierto que también los hubo más rudos, pero creo que era una actitud defensiva provocada por la inseguridad. Unos se volvían tímidos y otros bruscos, dos caras de la misma moneda.

Sin embargo, uno de ellos se comportó desde el primer momento de una manera diferente, antipática. Es de él de quien me he acordado esta mañana. Todos los muchachos se sentaban delante, en el asiento del copiloto, y eso que no siempre me daba tiempo a abrirles la puerta. Sencillamente entendían que ese era su sitio. Pero este chico no. Le abrí la puerta delantera y él me miró y arrugó los labios. Dijo:

«Si no te importa, iré mejor detrás». Y en lugar de abrir él mismo la puerta de atrás, esperó a que yo cerrara la delantera y se la abriera. Era mi trabajo y a mí me daba igual, ya he dicho que no soy orgulloso, pero me llamó la atención esa altanería. De todos modos, recuerdo en especial a este muchacho porque ahora es un actor de televisión de bastante éxito. No voy a escribir su nombre. Quizá esa actitud que manifestó conmigo sea la ambición que se necesita para triunfar. Por cierto, sale con frecuencia en las revistas del corazón posando junto a unas novias despampanantes, lo cual no deja de resultarme curioso.

Uno de los radiadores de la buhardilla hace ruido, el agua gorgotea en su interior. Me acabo de levantar para tocarlo y solo está caliente en la parte de abajo. Tiene gracia, pero después de todo sí hay aire en el circuito y tendré que purgarlo. Esta mañana, cuando se lo he dicho al chico de la compañía del gas, pensaba que no sería necesario, simplemente se lo he dicho para quitármelo de encima. Él ha insistido demasiado y ha habido un forcejeo absurdo, que es lo que me ha recordado al muchacho altanero, el actor de la televisión. Hoy es el primer día que pongo la calefacción y la casa no está demasiado fría, así que no corre prisa, purgaré mañana el circuito. Ni siquiera Tristán, tan friolero últimamente, se ha pegado al radiador. Prefiere quedarse a mis pies, hecho una bola, dormitando.

Ayer llamé a la compañía del gas y han mandado al técnico esta mañana. Era relativamente joven, no creo que llegara a los treinta, y aunque llevaba uno de esos cortes de pelo que están ahora tan de moda entre los futbolistas, rapado en los laterales y largo y repeinado arriba, no era feo. Hemos recorrido la casa parándonos en los diferentes puntos de la instalación: primero el contador, que está en el registro del jardín; después la cocina de gas del sótano, aunque hace años que Erlinda no la enciende, la usaba cuando venía mucha gente a comer o cuando elaboraba esas conservas de su país que olían a rayos; y por último la caldera, en la tercera planta. Allí ha estado más tiempo, encendiéndola, apagándola y haciendo mediciones con un aparato. Ha rellenado un papel y me ha dado una copia. La revisión había terminado.

Sin embargo, cuando bajábamos las escaleras, me ha preguntado si pensaba encender ya la calefacción y le he contestado que sí, por eso había llamado a su compañía. Entonces me ha dicho que convendría purgar los radiadores, ya que podría haber bolsas de aire que impidiesen que se calentaran bien, y se ha ofrecido a hacerlo. Aunque él solamente se encarga de la instalación del gas, tiene la costumbre de comprobarlo, sobre todo a las amas de casa.

Entiendo que quería ser amable, pero una vez que le he dicho que no hacía falta, él no tenía que haber insistido. No es obligatorio

aceptar favores. Pero creo que se lo ha tomado mal, se ha sentido ofendido por mi negativa, como si hubiera despreciado su gesto. Y no ha sido así, de hecho le he dado las gracias repetidas veces. Ha sido una situación bastante embarazosa. Él iba bajando las escaleras un poco adelantado, con la caja de herramientas al hombro, y yo iba detrás. Después de su ofrecimiento y de mi negativa, cuando él tenía que haber desistido, sin embargo ha continuado:

-No le voy a cobrar nada. No será más que un momento, tengo tiempo de sobra hasta la siguiente visita.

-Gracias, pero no es necesario.

-Es que si hay aire en el circuito, los radiadores no se van a calentar bien.

-Lo sé, lo sé, y se lo agradezco. Pero sé cómo funciona el circuito.

-Perfecto. Entonces sabrá que no voy a tardar nada.

-Es usted muy amable, de verdad, pero no es necesario.

-Ya verá, luego me lo agradecerá. Puedo empezar por esta primera planta, seguro que alguno de los radiadores tiene válvula.

Habíamos llegado al descansillo de la primera planta y el chico, con una obcecación infantil, ha caminado hacia la puerta de la habitación principal y ha estirado la mano hacia el picaporte. He de confesar que su actitud me ha contrariado enormemente. Me parece que no era una persona muy inteligente.

Como yo iba un poco retrasado respecto a él, he tenido que dar tres zancadas rápidas para interponerme entre él y la puerta que pretendía abrir. He ido a agarrar el picaporte pero se me había anticipado y he puesto mi mano sobre la suya. Aun así, he apretado fuerte. Si no había entendido mis palabras, entendería ese gesto firme.

-Los radiadores están purgados. Yo mismo lo he hecho. Gracias por su ayuda pero no es necesaria.

Yo prácticamente había corrido y él había tenido que frenar en seco, de tal modo que nos hemos quedado cara a cara, uno muy cerca del otro. Él me ha jadeado en el rostro, creo que por el susto, y yo también he resoplado, aunque ha sido por la pequeña carrera y por el temor a que hubiera abierto la habitación. Un mechón largo de su ridículo corte de pelo se le ha soltado de la parte alta de la cabeza y ha sacudido la barbilla para apartárselo. Si el muchacho no estaba enfadado, sin duda se ha enfadado a partir de ese instante. Guiñando los ojos y mordiéndose los labios, ha dado varios tirones para sacar su mano de debajo de la mía. Yo seguía un poco turbado, respirando rápido, y he tardado en darme cuenta de lo que estaba haciendo. El caso es que hemos estado forcejeando durante unos segundos. La culpa de esta situación tan incómoda ha sido tanto suya como mía, esto debo admitirlo, aunque solamente yo he pedido disculpas.

Cuando me he percatado, he levantado la mano.

-Lo siento, lo siento. Perdóneme.

Es posible que también me haya quedado bloqueado porque ha sido ahí, mientras forcejeábamos absurdamente, cuando me ha atravesado como un rayo el recuerdo de aquel muchacho altanero, el actor, y en general de todos aquellos muchachos, y he sentido el remordimiento por no pensar en ellos más a menudo.

Después de esta situación, el técnico se ha lanzado a bajar el último tramo de escaleras. Iba mascullando palabras. He salido tras él pero sin apresurarme, no quería que malinterpretara mi comportamiento, como quizá había malinterpretado el suceso del picaporte. Cuando ha llegado a la galería no ha esperado a que le abriera la puerta de salida y lo ha hecho él mismo. Lo he visto de espaldas, cruzando el jardín por el césped y no por el sendero de piedras planas.

Este radiador de la buhardilla sigue haciendo ruido, como si quisiera recordarme que le he mentido al chico al decirle que el circuito estaba purgado. Pero no he tenido otra opción. No creo que Tristán se vaya a despertar por el gorgoteo, está bastante sordo.

Ahora que lo pienso, mi trato con el técnico del gas no ha sido muy diferente del que tenía con aquellos muchachos. Un trato puramente profesional, laboral, basado en el respeto y en la buena fe. Y del mismo modo que a él no le he pedido su documentación para cerciorarme de que era de verdad el técnico de la compañía del gas, tampoco a aquellos muchachos les pedía la suya. Yo trabajaba para Esteban Walther y satisfacía sus encargos: llevarle en coche a tal sitio, recoger unos trajes de la tintorería, ayudar a Marco a mover el piano, revisar el motor del cortacésped cuando no funcionaba… No podía negarme, y si lo hubiera deseado, entonces lo lógico habría sido dejar el trabajo, nadie me obligaba. Pero nunca me lo planteé. He sido bastante feliz trabajando para Esteban Walther. Sería un ingrato si lo negara o si tuviera en cuenta las cuestiones desagradables por encima de las agradables.

No, al técnico no le he pedido el carné y a aquellos muchachos tampoco se lo pedía. Se me podrá decir que no fui muy perspicaz, que tenía que haberme percatado, que era obvio y saltaba a la vista. Pero no soy bueno calculando edades, y de eso no tengo la culpa. Además, casi todos vestían una ropa un tanto recargada, propia de personas más mayores: camisas bien planchadas, pantalones de vestir, casi nunca vaqueros, chaquetas elegantes. Recuerdo a uno con chaleco, pañuelo de seda al cuello y mocasines de terciopelo. Durante todo el tiempo que pasó dentro del coche no llegó a tocar el asiento con la espalda, iba recto como un espantapájaros. Estaba nervioso y no

paraba de hablar y de mover las manos, que llevaba plagadas de anillos. Ese amaneramiento a mí siempre me ha repelido un poco. No digo que haya que ocultarse, pero tampoco llamar la atención por llamar la atención, como si fueras buscando que se metan contigo para confirmar lo intolerantes que son los demás. Ya sabemos que la gente es intolerante.

De todos modos, a muchos de aquellos muchachos ni siquiera los conocí. Únicamente veía a los que Esteban Walther me mandaba recoger con el Audi. Cuando el encuentro tenía lugar fuera de la casa, me limitaba a llevarlo a él a una dirección, casi siempre de Madrid. Él subía al piso en cuestión y yo me quedaba esperando en el coche, en algunos casos apenas unos minutos y en otros varias horas o la noche entera. A estos muchachos no los veía, por lo tanto podían ser más mayores. O incluso mujeres, qué sé yo. Aunque… Bueno, francamente no creo que fueran mujeres.

Solo en dos encuentros fuera de la casa llegué a ver a los muchachos. En el primero de ellos, después de una espera de una hora, alguien salió del portal y vino hacia el coche. Ahí fue cuando lo vi. Golpeó con los nudillos en la ventanilla y la bajé. El muchacho tenía una barba muy rala, como si el pelo no tuviera aún suficiente fuerza, y estaba asustado. Me preguntó si yo era el ayudante de Esteban Walther (dijo «ayudante»), y después me pidió que por favor lo acompañara, porque le había ocurrido un percance y no se encontraba bien. No entraré en detalles, solamente diré que no fue nada grave.

La segunda vez Esteban Walther no se bajó del coche ni se metió en ningún portal, sino que me pidió que me bajara yo y que me diera un paseo, sin precisar durante cuánto tiempo. Pensé que el muchacho viviría con sus padres o en un piso compartido y que no podían verse allí. Aunque también pensé que en ese caso habría sido más razonable recogerlo en el Audi y llevarlo a casa como a los otros. Pero tendría sus motivos para hacerlo así.

Di varias vueltas por el barrio, cada vez en círculos más amplios. Era de madrugada, creo que entre semana, y no había nadie por las calles. Después de la tercera vuelta, al asomarme a la esquina, distinguí que en el interior del coche ya no había una cabeza sino dos. Seguí dando vueltas. Hacía un poco de frío y era mejor esperar caminando. Y esperé casi dos horas, hasta que me pareció ver que había movimiento dentro del coche. Los cristales estaban empañados por dentro y las cabezas se movían en un contraluz turbio. Al cabo de un minuto la puerta se abrió y el chico se bajó. En ese momento pude verlo, pero me encontraba lejos y la calle no estaba bien iluminada. Es cierto que era bastante menudo, flaco y delgado, pero eso no significa nada forzosamente. Lo que quiero explicar con este episodio es que

tampoco tuve manera de saber qué edad tenía aquel muchacho.

El actor altanero, sin embargo, sí que era mayor de edad, no me cabe ninguna duda. Para comprobarlo solo hay que buscar en internet su año de nacimiento. Lo hice hace un tiempo y me quedé más tranquilo, aunque es verdad que era el único con el que tenía esa posibilidad. De los otros nunca supe más que un nombre de pila, y no de todos, y así no se puede calcular la edad. Pero esto tampoco es mi culpa.

El actor frecuentó la casa durante un periodo de unos dos meses. Y creo que una noche Esteban Walther se citó con él en el Hotel Palace. No puedo asegurarlo porque no lo vi, solo llevé a Esteban Walther en el coche y lo recogí a la mañana siguiente, pero sucedió por aquella época y siempre sospeché que se trataba del actor. Pedir o incluso exigir una noche en el Palace era el tipo de cosas que le pegaban. Si tuviera que dar mi opinión, diría que era una persona un tanto pendenciera, pero por suerte Esteban Walther nunca pedía mi opinión.

El primer día, cuando lo llevé de regreso a su casa, ni siquiera me dirigió la palabra. Apareció en el garaje y se apoyó en la jamba de la puerta con una actitud que me recordó a la de un chulo de película. Probablemente este comentario no le habría molestado, al fin y al cabo por entonces su mayor ambición era dedicarse a la interpretación, como ha terminado consiguiendo. Se había metido los pulgares en las presillas de su pantalón ajustado y se miraba las botas. No iba vestido con tanta elegancia como otros, su estilo era más informal, no sé, como rockero o algo parecido. Le pregunté si lo llevaba a su casa, y aunque era una pregunta retórica no hubiera estado de más que me hubiera contestado. Pero no lo hizo, no dijo una palabra en todo el camino, repito. Esperó a que le abriera la puerta del Audi, por supuesto la trasera, y salimos de la casa. El único sonido que emitió mientras cruzábamos Madrid fue un chasquido de impaciencia que hacía con la lengua cada vez que me detenía ante un semáforo en rojo.

¿Cuántas veces pudo venir a la casa? Siete u ocho en la primera fase, por llamarla así, y otras dos después, aunque en estas lo hizo por su cuenta, no lo recogí yo. Quizá fue el que visitó con más frecuencia la casa en un espacio de tiempo más breve.

De la noche a la mañana dejó de venir. No lo atribuí a ninguna razón en particular. Siempre ocurría así con todos, antes o después. Nunca llegaban a mis oídos las causas de las rupturas (si se puede llamar ruptura al cese de aquellos contactos) y Esteban Walther no me explicaba nada, no tenía por qué hacerlo, y por supuesto yo no le preguntaba.

Entre lo que he llamado la primera fase y la segunda transcurrieron dos semanas. Durante esos quince días no se vieron,

aunque no descarto que hablaran por teléfono. Una mañana, mientras ayudaba a Esteban Walther a orientar unos focos halógenos de su estudio (tenía una verdadera fijación por las luces, decía que la iluminación era más importante que la decoración o el mobiliario), entró Marco y anunció que el actor estaba en la galería. «¿Lo has dejado pasar?», dijo Esteban Walther con evidente irritación, pero Marco no contestó, se quedó quieto con los brazos rectos a lo largo del cuerpo, su pose habitual de robot sin emociones. «Fernando, ve y échalo. Dile que no estoy, que he salido de viaje», me pidió. Y fui a la galería.

El actor altanero había entrado y estaba junto a la puerta cerrada, la que da al jardín. Tenía la espalda apoyada en ella y la rodilla doblada, de modo que la suela de su zapato estaba sobre la madera, estropeándola o al menos ensuciándola. Nunca comprendí por qué hacía esas cosas, que en realidad provocaban más bien risa, como si creyera que estaba dentro de una película del oeste. Aunque puede que eso fuera precisamente lo que a Esteban Walther le gustaba de él, quién sabe.

Nunca miraba a las personas, siempre tenía los ojos bajos, pero al oír que me acercaba venció su desgana y levantó un poco la barbilla. «Ah, eres tú», murmuró. Le dije que Esteban Walther no estaba, que se había ido de viaje, lo cual no era muy creíble, la verdad, porque por aquella época ya daba muchos menos conciertos. Él se observó las uñas y solamente dijo: «Mentira». Me acerqué hasta él y me paré delante con las piernas separadas. Me di cuenta de que, sin pretenderlo, lo estaba intimidando con mi mayor altura y mi fuerza. El muchacho tuvo que subir la cabeza para mirarme a la cara y no pudo evitar que durante un instante su expresión se alterara. Pero se recompuso enseguida y se retiró de la puerta, despegando la espalda y el zapato. Ladeó la boca y dijo: «Me voy», como si la decisión la hubiera tomado él. Y después, mientras daba un paso hacia mí para poder abrir la puerta, hizo una mueca rara, que tengo perfectamente grabada en la memoria: tensó el labio superior y lo subió por encima de la encía. Me vino a la mente la imagen de un perro o de un lobo enseñando los dientes, una especie de advertencia o amenaza. Aunque como lo hizo justo antes de irse, tal vez el animal adecuado sería uno más cobarde, ¿una hiena? Cuando se estaba girando para salir masculló unas palabras en inglés. No sé casi nada de inglés y no puedo afirmar que fuera un insulto.

La última vez que apareció por aquí también vino sin haber sido invitado y también se las arregló para entrar en la casa. Más tarde pensé que quizá se llevaba bien con los filipinos y consiguió embaucarlos para que le abrieran. Desde luego, con Marco hablaba más que conmigo, y en una ocasión escuché cómo le gastaba a Erlinda

una broma picante, de bastante mal gusto por cierto, que ella celebró con una de sus angustiosas risas, ese amago de asfixia que se le atascaba en la garganta como un hueso de pollo.

Me encontré al actor en las escaleras, él subiendo y yo bajando. Al verme se paró y lanzó un silbido como de chasco. Pero después hubo en él un cambio repentino y sorprendente que me dejó atónito, me paralizó. Y por eso mi reacción fue tan lenta e inadecuada. Todavía hoy me hago reproches por mi torpeza. ¿Pero quién podía esperar que se comportaría así conmigo, después de enseñarme los dientes la vez anterior? Para empezar me saludó y pronunció mi nombre, que yo hubiera dicho que no se había tomado la molestia de memorizar. A continuación esbozó una sonrisa que me inquietó, primero porque, cuando comenzó a formarse en su boca, pensé que iba a amenazarme de nuevo con sus colmillos, y después porque no daba crédito a que estuviera sonriendo y precisamente a mí. Tenía los pies en dos escalones diferentes, como si fuera a reanudar la subida en cualquier momento, y con la mano tamborileaba sobre su muslo. Lo que dijo tras el saludo me desconcertó aún más: «Contigo quería yo hablar. Ya sé que Esteban no está, por eso he venido». Pero Esteban Walther sí estaba en la casa, en su estudio, tras la puerta cerrada que había a mi espalda. Yo iba a mentirle al respecto, pero que asumiera la mentira incluso antes de que se la dijera terminó por descolocarme. ¿Y qué tenía que hablar conmigo? Todas estas incoherencias, sumadas a su postura de *cowboy* sobre las escaleras (del tamborileo había pasado a acariciarse el interior de la pierna), explican que mi reacción a su maniobra posterior no fuera la más conveniente.

Siempre que rememoro este episodio de la escalera me viene a la cabeza la imagen de una serpiente, una de esas cobras a las que hipnotizan con una flauta. En este caso la cobra fui yo, y el actor altanero me hipnotizó y no pude moverme. Con una agilidad asombrosa, o eso me pareció, dio un salto hacia mí y me arrinconó contra la pared. Ignoro cómo lo hizo, pero tuve la impresión de que me tenía encerrado, sin escapatoria. Tal vez tenía los brazos y las piernas abiertos y me envolvía con ellos, no estoy seguro. Empezó a hablarme muy cerca de la cara, susurrándome, echándome el aliento, y después noté una presión en el pantalón, pero tampoco estoy seguro. ¿Me tocó? Con toda franqueza, no lo sé. Y de lo que me hablaba, casi al oído, no recuerdo demasiado. Bueno, recuerdo solamente una frase: «Yo sé que a ti esto te gusta».

El comportamiento de aquel muchacho fue por completo improcedente y a mí me provocó repugnancia. Me la provocó entonces y me la sigue provocando ahora. Aunque he escrito más de una vez que aquí no deben figurar mis opiniones, creo tener derecho a decir esto, pues es una situación en la que estuve involucrado. El actor se

comportó conmigo de una manera indecente y también malvada, porque, además, aquel acercamiento fuera de lugar y aquella especie de invitación deshonesta eran un engaño. Estupefacto por su maniobra, hipnotizado, tardé unos instantes en darme cuenta de su siguiente movimiento, que no fue otro que desentenderse de mí, terminar de subir la escalera de dos saltos y precipitarse hacia la puerta del estudio de Esteban Walther.

Pese a todo, salí tras él con cierta rapidez. No llegué a tiempo de evitar que accionara el picaporte, pero por muy poco. La puerta se había abierto un par de palmos cuando puse mi mano sobre la del actor y lo detuve. Tengo que decir, y espero que no suene vanidoso, que físicamente habría podido impedir que entrara en el estudio, habría podido sacarlo de allí sin demasiados problemas. Si no lo hice fue porque Esteban Walther intervino.

Después de trabajar para él durante bastantes años, sería injusto si insinuara que Esteban Walther era un jefe poco razonable o que sus órdenes eran contradictorias y difíciles de obedecer. Pero para completar esta información no está de más añadir que cuando sus indicaciones no se seguían adecuadamente, aunque fuera por un comprensible descuido, solía ser implacable. Lo cual me parecía bien, que conste. Por eso, cuando me abalancé sobre el actor altanero y los dos irrumpimos un metro en el estudio, a mí dejó de importarme el muchacho y de repente temí cuál podía ser la reacción de Esteban Walther.

Miré al interior del estudio por encima del hombro del actor. Localicé a Esteban Walther detrás de su mesa, que era un tablero inclinado de arquitecto que usaba para colocar los enormes y pesados libros de partituras. Y en su rostro pude seguir una curiosa transformación: primero se sobresaltó por nuestra entrada, lógicamente, y enseguida apareció el enfado, no sé si dirigido a mí o al actor altanero, pero su expresión hizo un último cambio y transmitió una extraña alegría resignada, como si un minuto antes no hubiera deseado ver al actor bajo ningún concepto pero, ahora que estaba allí, delante de él, ya no quisiera que se fuera. Esta emoción fue la que ganó y la que quedó por encima de las demás. Esteban Walther levantó un brazo y me dijo: «Está bien, Fernando. Déjale pasar. No te preocupes». Y el actor, una vez que Esteban Walther le dio permiso, tiró de su mano con violencia hasta que la sacó de debajo de la mía. Retrocedí, esperé a que el muchacho entrara en el estudio y cerré la puerta.

No lo volví a ver nunca más. En persona, me refiero, porque en la televisión lo puede ver todo el mundo. Ahora sale a diario en una serie de sobremesa, una de esas que graban tan bien para que tardes en darte cuenta de que en realidad son culebrones. No es mal actor, o no

de los peores, aunque esto ya lo sabía yo: conmigo actuaba todo el tiempo. Creo que ha participado también en alguna obra de teatro y en musicales, por lo tanto el muchacho además canta. Su carrera no va nada mal, en fin. Y en su vida sentimental es muy afortunado, sus novias son siempre espectaculares, aunque le duran poco, ejem.

Dichoso radiador…

Iba a acostarme. Es la una y media y tenía sueño. He llegado a guardar el ordenador y he apagado la calefacción, así por lo menos el radiador dejará de hacer ruido (mañana purgaré el circuito sin falta). Sin embargo, cuando bajaba las escaleras para ir a mi habitación, he mirado a Tristán, que sufría en cada uno de los escalones, el pobre, y me he acordado de que el actor altanero lo trataba mal. Una tarde, cuando subíamos los dos del garaje, Tristán acudió a recibirnos con su habitual algarabía, dando saltos y moviendo el rabo, y el actor hizo el gesto de darle una patada. No soy un gran amante de los animales, ahora que están tan de moda y se los cuida como si fueran bebés (a los que hemos crecido en el campo rodeados de animales nos cuesta no reírnos de esas ñoñerías), pero aquel gesto del actor no estuvo bien y aumentó mi antipatía hacia él. Entonces he vuelto a subir a la buhardilla, con Tristán cogido en brazos, y he encendido de nuevo el ordenador. Seré rápido.

Me había propuesto no escribir sobre esto, al fin y al cabo es una mera sospecha. Pero también es cierto que estoy convencido de que tiene bastante de verdad y, en cualquier caso, es una explicación verosímil de las motivaciones de este individuo. Porque resulta fácil comprender los alicientes que encontraría Esteban Walther en el actor, ¿pero qué buscaba él en Esteban Walther? Solo diré dos cosas, dos datos verídicos.

Primero. Más o menos un año después, iba caminando por la Gran Vía cuando me fijé en el cartel de un musical y descubrí al actor altanero. Estaba disfrazado de animal y tenía la cara muy maquillada, con colores chillones y purpurina, pero sin duda era él. Yo sé que Esteban Walther, unos años antes, había hecho la música de uno de aquellos musicales, o mejor dicho, la había adaptado del original, inglés si no me equivoco. Pero debo decir que no era el mismo musical y ni siquiera el mismo teatro.

Y segundo. La primera serie en la que participó el actor altanero, o la primera en la que lo vi, fue una de aventuras cuyos protagonistas eran unos maestros de artes marciales que viajaban en el tiempo para ayudar a la gente. La echaban en la televisión pública pero no duró mucho (como era lógico y yo diría que justo). Él hacía un papel secundario. Pero unos meses después de que quitaran esa serie volvió a salir en el mismo canal, en un programa infantil con actores y

muñecos de gomaespuma. Y el culebrón en el que trabaja ahora también es de la televisión pública. No es necesario que recuerde que Esteban Walther tuvo durante años un exitoso programa en el que fomentaba la música clásica entre los niños. Era la época en que solo había dos canales y las audiencias eran enormes. No puedo asegurar que mantuviera contactos en la televisión pública desde entonces, pero tampoco lo contrario.

No diré más.

Ahora sí, me voy a dormir.

Cualquier persona que viera la televisión durante aquellos primeros días, cuando el escándalo salió a la luz, irremediablemente recordará un enorme ruido: el de las decenas de periodistas a la puerta de esta casa, el de la gente gritando insultos hacia las ventanas, el de las presentadoras de los programas matinales clamando de indignación y el de los tertulianos argumentando sin tener un solo dato. Todos condenaron a Esteban Walther de antemano. Sin embargo, para mí el principio del escándalo está asociado a un raro silencio. Aún puedo reproducirlo en mi cabeza si cierro los ojos y me concentro: el silencio que siguió al sonido del timbre de la puerta, que parecía sonar en una casa vacía (aunque en ella estábamos nada menos que cuatro personas), y el silencio de Esteban Walther cuando le dije que había dos policías en la entrada preguntando por él.

El timbre estuvo sonando mucho rato en mitad de aquel extraño silencio (¿dónde se habían metido los filipinos?) y decidí ir a la galería para abrir la puerta. Cuando lo hice y me encontré a los dos policías, lo primero que pensé fue que debía de tratarse de un error. A esta casa habían acudido grandes músicos de fama mundial, pintores y escritores famosos, varios ministros, y hasta el mismísimo rey con la futura reina. ¿Para qué iban a venir dos policías? Sin embargo, cuando les pregunté en qué podía ayudarles, uno de ellos dijo el nombre de Esteban Walther, habían venido a ver a Esteban Walther. Aunque es posible que dijera «buscar»: «Hemos venido a buscar a Esteban Walther». De modo que no habían cometido un error, no se habían equivocado de casa. Entonces me dije que tenía que tratarse de un malentendido. Si aquellos policías hubieran llamado a la puerta de mi casa me habría echado a temblar, habría temido ser acusado de cualquier delito. ¡Pero esta era la casa del gran Esteban Walther! Qué inocencia la mía…

He escrito «inocencia» y me refiero a los dos sentidos de la palabra: yo era inocente porque era ingenuo y no concebí que los policías pudieran acudir a esta casa por el mismo motivo por el que suelen acudir a las casas de la gente; y era inocente porque no había hecho nada malo. Me gustaría que se entendiera bien esto último. Yo no tenía conciencia de haber hecho nada malo ni de que nadie de la casa lo hubiera hecho, por eso al ver a los policías solamente se me ocurrió que tenían que estar equivocados. Y también por eso me sorprendió tanto que Esteban Walther, cuando subí a decirle que dos policías preguntaban por él, se quedara en silencio, no dijera nada, no hiciera uno de sus chistes ni de sus comentarios sarcásticos, no se metiera

conmigo ni me llamara zopenco ni palurdo ni alelado. Ese silencio significaba que a él no le sorprendía que unos policías vinieran a buscarlo. Ese silencio significaba que él sí tenía conciencia de haber hecho algo malo o de que alguien de la casa lo hubiera hecho. Esteban Walther se quedó en silencio, mirándome por encima del piano de su estudio, y yo sentí un escalofrío por lo que ese silencio significaba. Y ese escalofrío es la prueba de que yo, cuando iba a recoger a aquellos muchachos o llevaba a Esteban Walther a alguna dirección y lo esperaba en la calle, no era consciente de estar haciendo nada malo, de estar cometiendo un delito. Lo he dicho ya varias veces: yo solo me dedicaba a conducir, yo solo cumplía con mi trabajo.

Pero ya me estoy liando. Me entusiasmo, adelanto algunos hechos y luego me cuesta retomar el hilo. Y hoy me había propuesto ser ordenado. Antes, para no perderme, he cogido una de las tarjetas que usaba Esteban Walther para enviar mensajes o agradecer regalos y he apuntado en ella los episodios que quiero contar. La tarjeta lleva su nombre en letras doradas y la dirección de esta casa. Me ha dado reparo coger una, ¿pero para qué se van a necesitar ya? Quedan bastantes en uno de los cajones de esta mesa, dentro de un estuche plano de cuero marrón, parecido a los que se usan para guardar puros pero más grande. Me he acercado la tarjeta a la nariz y huele a un perfume muy suave, como el que desprenden algunas flores en las noches de verano. Estas eran las típicas cosas de Esteban Walther.

El primer episodio que he escrito en la tarjeta es el siguiente:

Los poderes mágicos de los filipinos.

Aunque me encontraba en el garaje como casi siempre, oí el timbre desde la primera vez que sonó, pero yo no era el encargado de abrir la puerta y no presté demasiada atención. Recuerdo que me prometí que avisaría al cerrajero para que arreglara la cancela del jardín, pues de nuevo se había quedado abierta y estaban llamando directamente al timbre de la galería. Creo que fue tras el tercer timbrazo cuando me pregunté dónde se habían metido los filipinos, por qué no iban ellos a abrir la puerta. Al fin y al cabo era su trabajo.

En más de una ocasión he pensado que Marco y Erlinda poseen un poder extrasensorial que les permite ver el futuro o al menos anticiparse a las situaciones complicadas. Cuando vislumbran un problema se las arreglan para quitarse del medio y desaparecer, quizá incluso físicamente, gracias a alguna técnica mágica aprendida en su país. Cuando los policías siguieron llamando y en la casa solo se escuchaba el silencio, tuve que subir del garaje y abrir yo la puerta.

Ya he contado que al encontrarme a los dos policías únicamente pude pensar en un error. Y lo seguí pensando incluso después de que

uno de ellos, que recuerdo que era alto y tenía dos arrugas muy profundas en las mejillas, como si le acabaran de hacer unos cortes y la sangre aún no hubiera comenzado a brotar, dijera que habían venido a buscar a Esteban Walther. Entonces el otro policía, el que no había hablado pero daba la impresión de que mandaba, de estatura baja pero muy fuerte, agitó una hoja de papel doblada, como si se abanicara con ella. A mí no se me ocurrió que me la estuviera ofreciendo para que le echara un vistazo, y él no insistió, así que no leí lo que ponía en ella. Más tarde, el abogado de Esteban Walther intentó utilizar este asunto de la orden judicial (porque ese papel era la orden judicial) para decir que había sido una detención ilegal. Pero esta maniobra solo sirvió para perder el tiempo y empeorar aún más la imagen de Esteban Walther. Los abogados tampoco son unas personas muy de fiar, o al menos esta es la conclusión que saqué. Al igual que los periodistas, los abogados son capaces de decir una cosa con la mayor convicción del mundo y al día siguiente haberse olvidado por completo. Quizá en eso consista su trabajo.

Después de que el policía bajito se abanicara con el papel, el de las mejillas acuchilladas dio un paso hacia delante y entró en la casa. A mí me pareció un gesto de muy mala educación, entrar en una casa ajena sin pedir permiso, pero luego supe por el abogado que tenían derecho a hacerlo, la orden judicial se lo permitía. Incluso podían haber tirado la puerta abajo y haberme detenido si me hubiera «puesto farruco» (esta es la expresión que usó el abogado, dudo mucho que aparezca en los libros de leyes). El policía que mandaba, que era sin duda más educado, entró en la galería en segundo lugar, con la cabeza baja y frunciendo los labios, como si le desagradara hacerlo pero no tuviera más remedio. Una vez en el interior se quedaron callados, mirándome. Entendí que estaban esperando a que fuera a buscar a Esteban Walther.

El silencio de Esteban Walther y la glicinia.

Llamé a la puerta de su estudio, como hacía siempre, y esperé a que me diera permiso. A veces se demoraba más de un minuto, pero no era muy frecuente que se olvidara de mí. Aquel día tardó bastante, aunque acaso no fue tanto tiempo y lo recuerdo así porque pensé muchas cosas mientras esperaba. Me imaginé varias razones por las que los policías podían haber venido a la casa: algún suceso en el vecindario sobre el que querían consultar a Esteban Walther, como ciudadano notable que era; un problema con su pasaporte, del que querían avisarle para sus futuros conciertos en el extranjero; y hasta me imaginé que traían una notificación oficial del Gobierno o de la Casa Real por la concesión de algún premio importante. Mi inocencia

no tenía límites. No me resignaba a lo que era obvio, el policía alto ya lo había dicho: habían venido a buscar a Esteban Walther, es decir, a llevárselo. Supongo que en el fondo lo sabía, pero no lo quería creer, y habría seguido pensando lo mismo incluso si hubiera leído la orden judicial que el policía bajito me ofreció y no cogí.

Esteban Walther dio por fin una voz y abrí la puerta. Estaba trabajando en su escritorio inclinado y no levantó los ojos hasta que no terminó lo que estaba haciendo. Entonces, sin vacilar, se lo dije: «En la puerta hay dos policías que preguntan por ti». Ya está. Y luego vino el silencio del que ya he hablado, que me dejó estupefacto por lo que significaba. Tras unos segundos, se levantó de la silla y se acercó a la ventana que daba al jardín.

Recuerdo, como si lo hubiera vivido ayer, la ropa que vestía Esteban Walther aquella tarde. Era un traje de verano con chaleco, de una tela clara que tendía a arrugarse, lino o alpaca o algo así, y lo complementaba con un pañuelo azul eléctrico alrededor del cuello. Adrada me dijo una vez que esa afición a los pañuelos en el cuello le venía de una faringitis muy fuerte que sufrió de joven, cuando todavía se dedicaba al canto. A causa de ella se vio obligado a orientar su carrera hacia la dirección de orquesta y desde entonces mantenía el detalle de los pañuelos como una parte imprescindible de su indumentaria. Ese traje claro le quedaba muy bien, subrayaba su delgadez sin hacerle parecer frágil. No obstante, si lo recuerdo con tanta nitidez es porque fue con él como salió en todos los medios al día siguiente, en las fotos y en las grabaciones de su salida de la comisaría, de madrugada. Todo el mundo lo recordará. Ese traje impecable, o impecablemente arrugado después de varias horas en la comisaría, fue utilizado por muchos para criticar a Esteban Walther, como si tener dinero agravara los delitos que hubiera podido cometer. Aunque nací en una familia humilde, nunca he entendido demasiado bien el odio que algunos sienten hacia la gente rica.

Esteban Walther miraba por la ventana de su estudio hacia el jardín y yo miraba su espalda recortada contra la luz. Yo aún esperaba que hiciera uno de sus comentarios ácidos para que aquella extrañísima atmósfera se disipara, un comentario sobre los policías o sobre mí, pero no lo hizo. En lugar de eso pronunció unas palabras que aumentaron mi confusión: «Creo que este otoño florecerá de nuevo la glicinia. Acuérdate de lo que te digo, Fernando». Su voz estaba un poco ronca tal vez pero la entonación era normal. En cualquier otro momento habría tomado ese comentario como uno de sus típicos ramalazos cursis, la gliciiiinia, pero no tenía ningún sentido que lo hiciera mientras unos policías lo esperaban en el piso de abajo.

¿El alzhéimer o una visión del futuro?

Desde que esto sucedió siempre he pensado que aquel comentario incongruente sobre las glicinias fue el primer brote que Esteban Walther tuvo de la enfermedad. La angustia que le provocó la noticia que acababa de darle hizo aflorar prematuramente el alzhéimer, que luego tardaría meses en manifestarse de manera más continua. Eso he pensado todo este tiempo. Sin embargo, cuando hace un rato estaba tomando notas en la tarjeta, se me ha ocurrido una idea deslumbrante, otra explicación de por qué dijo aquello. Quizá no sea acertada, y es algo que ya no se puede averiguar, pero antes tampoco tenía la seguridad absoluta de que la causa fuera el alzhéimer. En cualquier caso, me gusta más la idea nueva y me parece más digna de Esteban Walther.

Para que se entienda, antes debo contar algo sobre las glicinias que no todo el mundo sabrá. Yo no lo sabía hasta que no empecé a trabajar para Esteban Walther. Por lo general, las glicinias florecen una sola vez al año, en primavera. Pero excepcionalmente, e ignoro cuáles son los motivos, pueden hacerlo una segunda vez en otoño. Es un fenómeno bastante infrecuente, al menos en el clima de Madrid, y desde que entré en esta casa solo había ocurrido en una ocasión, el segundo o el tercer año. Esteban Walther, absolutamente entusiasmado, me lo explicó entonces. Pues bien, lo que he pensado esta noche es que al hacer aquel comentario (y no hay que olvidar que su detención fue en primavera) él temía no estar en la casa en otoño y perderse por tanto esa hipotética segunda floración de la glicinia. Es decir, no tuvo un brote de alzhéimer sino todo lo contrario: sabía perfectamente a qué habían venido los policías y de qué sería acusado, sabía de la gravedad de los cargos y de la condena que podría recibir. De modo que su confuso comentario era en realidad una pesimista y melancólica premonición: «Creo que este otoño florecerá de nuevo la glicinia. Acuérdate de lo que te digo, Fernando». La frase se podría traducir así: «Este otoño florecerá la glicinia pero yo no estaré aquí para verlo. Estarás tú, Fernando, acuérdate de lo que te digo, y te encargo que la disfrutes por mí».

No sé si era esto lo que Esteban Walther pensaba cuando pronunció esas palabras. Ahora que lo he escrito me parece menos probable. Bueno, no tiene importancia. El caso es que durante aquel otoño él sí estuvo en la casa (por más que a mucha gente le fastidió) pero la glicinia no floreció.

Como una pecera. Camiones de aceite pesado.

Todo lo que pasó durante los siguientes minutos, que no fueron más de dos o tres, quizá cinco, ha estado siempre muy poco claro en

mi memoria. Yo seguía desconcertado por el silencio de Esteban Walther y por su comentario posterior sobre las glicinias, y viví lo que vino a continuación como si fuera una pesadilla. Por un lado guardo unas imágenes extraordinariamente nítidas, que las sucesivas rememoraciones a lo largo de estos años han fijado aún más, y por otro lado unas imágenes muy borrosas, turbias, como vistas a través de una pecera sucia. Voy a centrarme en lo nítido y no hacer especulaciones sobre lo turbio.

La última vez que vi a Esteban Walther en su plenitud física, con esa dignidad y hasta arrogancia con que se movía, fue aquella tarde, durante los minutos anteriores a que lo metieran en el coche patrulla. Tan solo unas horas después, a la salida de la comisaría, acribillado por los flashes y los focos de las cámaras de televisión, ya se había convertido en otra persona, en una persona anciana y derrotada. Y luego vino el proceso judicial (hasta que fue suspendido) y la enfermedad y el deterioro definitivo. Pero en aquellos minutos finales, mientras rodeaba el piano y atravesaba su estudio y luego bajaba las escaleras delante de mí, aún se podía decir que Esteban Walther era un hombre guapo. Y eso que había cumplido ya los setenta años.

Llegamos a la planta baja y cruzamos el recibidor hacia la galería, donde los policías se habían quedado antes. Sin embargo, en ese rato no se habían estado quietos. Haciendo uso de la orden judicial que les hubiera permitido incluso tirar la puerta abajo, habían recorrido la galería y habían entrado en el salón (¿dónde demonios estaban los filipinos?, recuerdo que pensé de nuevo). No digo que no fuera necesario, pero también me molestó esa libertad que se tomaron.

Supimos que estaban en el salón porque al cruzar por delante oímos un ruido fuerte, algo metálico que se caía al suelo, seguido de una palabrota. Con una calma absoluta, con esa templanza de la que estaba consumiendo sus últimos minutos, Esteban Walther torció hacia el salón y se adentró en él con un par de zancadas. Después se quedó inmóvil, supongo que mirando a los policías, pero no estoy seguro porque yo estaba detrás de él.

El policía alto y de mejillas acuchilladas, que era claramente el policía tonto, había estado toqueteando sin ninguna vergüenza la vitrina de palo rosa y había dejado caer al suelo uno de los premios de Esteban Walther, una estatuilla de bronce que le habían entregado en Austria unos años antes. Cuando entramos en el salón el policía la estaba devolviendo a la vitrina. Carraspeó pero no dijo nada, no se disculpó. No creo que la orden judicial les diera permiso para hacer esas cosas.

A partir de aquí y hasta que Esteban Walther me habló en el jardín, mis recuerdos se vuelven turbios. La confusión se me subió a la cabeza como la fiebre y puede que estuviera cerca de desmayarme. El

policía listo le dijo varias cosas a Esteban Walther y él asintió. Después recuerdo un sonido, un tintineo metálico muy débil: el policía tonto dobló el brazo detrás de su cuerpo y se palpó algo en la cintura. Entonces el otro, rápido pero con suavidad, le hizo un pequeño gesto con la mano, la movió hacia un lado y hacia el otro una única vez, ordenando al tonto con una asombrosa autoridad que no hiciera lo que estaba a punto de hacer: que no cogiera las esposas de su cinturón, no era necesario esposar a Esteban Walther. A pesar de la desagradable situación a la que lo tengo asociado, siempre que pienso en aquel policía bajito y educado siento una cierta simpatía.

Aunque en efecto no le pusieron las esposas (la imagen de Esteban Walther esposado no existe, nunca se produjo, y para mí es una victoria, diminuta pero victoria al fin y al cabo), en el trayecto entre el salón y el coche patrulla los policías se situaron a ambos lados de él. Entiendo que esa medida busca prevenir la fuga del detenido, pero era contradictoria con la decisión de no ponerle las esposas. Aunque también entiendo que, si no lo hicieran así, podría parecer que son amigos del detenido y que los tres están dando un relajado paseo. En fin, no me voy a quejar del trato que le dieron.

En todo ese recorrido (salón-recibidor-galería-jardín-coche) yo los seguí a varios metros de distancia, pero me encontraba en un estado de pesadilla del que no lograba salir. Los tres se desplazaban delante de mí pero era como si estuvieran dentro de una burbuja que yo no pudiera atravesar. Por eso cuando cruzamos el recibidor no se me ocurrió sugerirle a Esteban Walther, como habría hecho en cualquier otro momento, que cogiera algo de abrigo del armario. De modo que salió de la casa vistiendo únicamente su elegante traje claro, y así se montó en el coche patrulla (sin esposar) y así apareció al día siguiente en todos los periódicos y los telediarios. Pero me he adelantado otra vez. A ver, vuelvo atrás.

Fue en el jardín, mientras los tres caminaban sobre las piedras planas del sendero, cuando el agua turbia que cubría mis ojos se volvió cristalina. Sin previo aviso (pero quizá les pidió permiso a los policías), Esteban Walther se detuvo y se giró hacia mí. Su rostro se perfiló súbitamente, todavía digno y arrogante, todavía guapo, y sus labios se movieron muy rápido: «Fernando, Fernando», repitió varias veces para asegurarse de que lo entendía. Asentí, parpadeando mucho, y él me dio un mensaje: «Llama a Barreiros. Y después, si quieres, a Adrada. Pero primero a Barreiros». Volví a asentir y él sonrió durante una décima de segundo. Se giró y continuó caminando.

Después de estas palabras de Esteban Walther no tengo mucho más que contar sobre la detención. El coche patrulla estaba aparcado justo delante de la cancela del jardín, en doble fila. El policía amable abrió la portezuela trasera y ayudó a Esteban Walther a meterse dentro,

poniéndole una mano en la cabeza para que no se golpeara. El tonto se sentó al volante. El coche arrancó y se alejó calle abajo en completo silencio. Recuerdo que miré a los dos extremos de la calle y no vi a nadie, ni a vecinos en las ventanas ni a personas caminando por la acera. Eso me alivió.

Barreiros era el abogado de Esteban Walther. No recuerdo haber escuchado su nombre antes de aquel día y creo que ni siquiera sabía que Esteban Walther tuviera un abogado. Si se hubiera apellidado de cualquier otra manera estoy convencido de que, tal y como me encontraba, no habría sido capaz de memorizarlo. Pero se me quedó grabado porque Barreiros es una vieja marca de coches y de camiones y se la oí pronunciar a mi padre muchas veces: «un Barreiros de aceite pesado». Decía lo de «aceite pesado» con una especie de satisfacción, como si fuera un dato técnico que poca gente conocía. A su nivel de persona casi analfabeta, era una forma de pedantería. Pero hablar de mi padre sí que es desviarse del tema.

Adrada y los ectoplasmas.

Memoricé el apellido, Barreiros, pero seguía sin saber quién era. Así que incumplí la orden que me había dado Esteban Walther y tuve que llamar primero a Adrada para que me explicara quién era Barreiros. Volví a la casa por el sendero de piedras, saqué el teléfono y marqué el número del patrono antes de entrar en la galería. La conversación duró poco y la recuerdo muy bien, prueba de que en efecto estaba más despejado, con la cabeza más clara. No llegué a responder a su saludo, le hice la pregunta directamente:

-Hombre, Fernando, ¿qué tal?

-¿Tú sabes quién es Barreiros?

-¿El abogado?

-Supongo que sí. ¿Es abogado?

-Claro, el que lleva los asuntos de Esteban. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo? Estás acelerado…

-Han venido dos policías a la casa y se lo han llevado detenido.

Aquí el patrono se quedó en silencio, pero quizá fue un silencio mucho más breve de lo que hubiera sido lógico, teniendo en cuenta la noticia que acababa de darle. Después dijo solamente:

-Entiendo.

Ahora, esta noche, me resulta incomprensible que Adrada dijera solamente «Entiendo». ¿Lo entendía? ¿Cómo iba a entenderlo, si yo no salía de mi asombro? ¿Lo entendía él y no yo, que había recogido con el coche a algunos de aquellos muchachos y aun así no entendía nada? ¿Cómo podía entenderlo Adrada?

Todos estos años he creído que esa respuesta del patrono era una muestra más de su habitual prudencia, de la sensatez y la calma que lo hacían tan valioso, por las que Esteban Walther lo apreciaba tanto. Pero hoy, esta noche, no consigo verlo de la misma manera. Desde su visita a esta casa hace unas semanas, cuando estuvimos hablando de los buenos tiempos, mi opinión sobre el patrono ha cambiado un poco. Siempre se ha comportado con prudencia, esto es un dato objetivo, ¿pero lo ha hecho porque es prudente o por alguna otra razón? Pero no quiero pensar más en ello, no quiero ser injusto. Además es tarde, las dos y media de la madrugada, y empiezo a estar cansado. La conversación telefónica continuó así:

-Esteban me ha dicho que llame a Barreiros.

-De acuerdo, de acuerdo. Yo lo haré, yo llamaré a Barreiros.

-Vale.

-¿Te ha dicho algo más?

-Sí, que te llamara a ti. Que llamara primero a Barreiros y después a ti. Pero como no sabía quién era Barreiros…

-Claro. ¿Algo más?

-No.

En ese instante entré en la galería y recordé la imagen de Esteban Walther escoltado por los policías. Había ocurrido en aquel lugar tres minutos antes, puede que menos, y su delgada figura con el traje claro estaba grabada en mis retinas como si hubiera estado mirando el filamento de una bombilla. Me paré y le dije a Adrada absurdamente:

-Se ha ido sin abrigo.

-¿Qué?

-Esteban. No se ha llevado abrigo.

-No te preocupes por eso. Gracias, Fernando.

Fue el patrono quien colgó, sin despedirse, lo cual me tranquilizó, pues pensé que tenía prisa por empezar a hacer llamadas y gestiones, y que lo iba a solucionar todo.

Cuando entré en el recibidor me encontré por fin con los filipinos. Estaban plantados al pie de la escalera, con su ropa negra impoluta y las manos entrelazadas delante del tronco. Me asaltó la idea de que habían permanecido ahí todo el tiempo pero en estado gaseoso, como un ectoplasma, y que por eso no los habíamos visto. Quizá incluso habíamos atravesado sus cuerpos al pasar por ahí.

Solo con mirarlos supe que no tenía que explicarles nada, que se habían enterado perfectamente de lo sucedido. Siempre lo saben todo, se enteran de todo. Pero nunca se les nota, nada los altera.

Habría servido de poco reprocharles su ausencia o preguntarles dónde habían estado y por qué no habían oído el timbre de la puerta. Con ellos no hay margen de maniobra, no se puede razonar. A veces

pienso que en el fondo estamos en sus manos, a su merced, y que son ellos los que determinan todos los sucesos importantes de esta casa. Por ejemplo: ¿Quiénes son los responsables de mi situación actual, aquí solo, encargándome de todo? Se marcharon sin dar apenas explicaciones y soy yo el que lo sufre. Pero no me voy a quejar.

Son casi las tres. Continuaré escribiendo mañana.

Todo el mundo recordará la salida de Esteban Walther de la comisaría y lo que se dijo de él los días siguientes, barbaridades casi todo. Así que no tiene sentido que lo repita. Debería acaso señalar lo que era incierto o falso, lo que se inventaron, pero fue tanto que no merece la pena ni siquiera empezar. Y muchas cosas se han caído por su propio peso al cabo del tiempo. No voy a escribir sobre aquellos padres que fueron entrevistados por la periodista de los labios operados del programa matinal, ni sobre las personas que vinieron a gritar a la puerta de esta casa y que lo único que querían era salir en la televisión. No voy a escribir sobre esos políticos que pidieron que le retiraran a Esteban Walther todos los reconocimientos oficiales que había recibido a lo largo de su carrera, ni sobre los articulistas y los tertulianos que, sin tener idea alguna sobre música, de repente cuestionaban su verdadera valía artística. No, no merece la pena.

Lo que sí puedo explicar es lo que los periodistas no lograron captar, por más que lo intentaron de todas las maneras imaginables. Puedo escribir sobre lo que ocurrió durante aquellos días en el interior de esta casa, rodeada de ruido y de gente. Porque después de salir aquella madrugada de la comisaría, Esteban Walther estuvo encerrado aquí durante más de una semana, puede que diez días. Pasó casi todo el tiempo en la buhardilla, donde las cámaras de la calle no podían grabarlo a través de las ventanas. Erlinda le subía la comida y sobre todo la bebida, su whisky con coca-cola *light*. Tiene gracia, no lo había pensado antes: para él la buhardilla fue un refugio. ¿Fue esa la razón por la que también yo la elegí para escribir?

Creo que el trabajo de los periodistas mejoraría mucho, sería mucho más decente, si pusieran el mismo interés en hacer bien las cosas que el que ponen en hacerlas rápido. No se me ocurre ninguna otra profesión en la que hacer las cosas mal, pero antes que nadie, sea preferible a hacerlas bien. No me extrañaría que la presentadora de los labios operados se sienta orgullosa todavía hoy de haber sido la primera en hincarle el diente al escándalo de Esteban Walther. ¿Cómo pudo reaccionar tan rápido? Desde luego hay que reconocerle el mérito: consiguió una entrevista con los padres de aquel muchacho al día siguiente de la detención. En realidad fue el mismo día, unas pocas horas más tarde, porque Barreiros había traído a Esteban Walther de la comisaría pasadas las dos de la madrugada y a media mañana, cuando él no había salido aún de su dormitorio ni había pedido el desayuno, ya estaban emitiendo la dichosa entrevista. ¿Cómo lo había conseguido?

Como es natural, yo no había abandonado la casa en toda la noche, no me había marchado a dormir a la mía (no lo hice hasta el cuarto día). Estuve casi todo el tiempo en el salón, sentado o tumbado en el sofá, por si Esteban Walther necesitaba algo y me llamaba. Los filipinos se movían sigilosamente de una habitación a otra y hacían pequeños ruidos en la cocina y en el cuarto de la lavadora. No obstante, debí de quedarme algo adormilado en algún momento, porque abrí los ojos después de un largo parpadeo y me encontré a Erlinda junto al sofá. Di un respingo y me llevé la mano al pecho. Sin decir nada alzó la barbilla y giró en redondo. Era su forma de indicar que la siguiera, y eso hice.

Me llevó a la cocina. En un rincón, sobre la encimera, había un pequeño televisor de catorce pulgadas que yo nunca había visto funcionando. Aquella mañana estaba encendido y Marco lo miraba con los brazos cruzados. Tardé en percatarme de que Erlinda había ido a buscarme para que viera lo que echaban en la televisión. Era la entrevista a los padres de aquel muchacho. Todavía me sube del estómago una oleada de malhumor cuando recuerdo las mentiras o las medias verdades que la presentadora operada le hizo decir a aquella pobre pareja, y las caritas de indignación que ella ponía, con los labios sacados hacia fuera y los ojos llameantes, como una actriz porno de cuarta fila. ¿Cómo puede considerarse periodismo un acto de deshonestidad semejante? Pero no insistiré, esas imágenes las pudo ver todo el mundo. En cuanto al muchacho en cuestión, que apareció más tarde en el mismo programa con el rostro oculto por ser menor de edad, no puedo afirmar que yo lo recogiera y lo trajera hasta aquí con el Audi. No lo puedo afirmar.

En todos los años que he estado trabajando para Esteban Walther solo soy consciente de haber cometido dos errores importantes. El segundo de ellos fue aquella mañana. Cuando comprendí que la entrevista estaba relacionada con Esteban Walther (la presentadora repetía su nombre todas las veces que podía, aunque pronunciaba mal su apellido, como si fuera inglés y no alemán), pensé que a él le interesaría mucho verla. ¿Por qué me habían llamado si no los filipinos? Pero no les echo la culpa a ellos. Sin perder tiempo por si la entrevista se terminaba pronto, subí las escaleras de dos en dos y fui a su dormitorio. Llamé a la puerta pero no esperé a que me diera permiso, entré directamente. Estaba acostado en la cama, con su antifaz puesto sobre los ojos, pero no dormía, estoy seguro, y eso que cuando llegó de madrugada de la comisaría oí que le pedía a Marco dos pastillas para dormir, «de las fuertes». Me detuve al pie de la cama y carraspeé, intentando compensar el atrevimiento de haber entrado con tanta brusquedad. Movió la cabeza sobre la almohada y sin mirar por debajo del antifaz, adivinando quién era, dijo: «Qué pasa,

Fernando». Entonces le conté que en ese momento estaban echando en la televisión una cosa que le interesaría mucho ver, pero no concreté qué era. Esteban Walther respiró hondo y dijo que bajaba enseguida. Con torpeza infinita, le insistí en que no tardara.

Los filipinos, dando una muestra más de su misteriosa inteligencia, habían huido de la cocina. De modo que cuando Esteban Walther bajó, con su batín de seda y el rostro arrasado por la mala noche, definitivamente anciano, yo era el único que estaba delante del televisor. No escuchó la entrevista más que unos segundos, medio minuto a lo sumo, y no hizo ningún comentario sobre ella. Yo hubiera preferido una retahíla de insultos antes que ese sobrecogedor silencio. Regresó otra vez hacia la puerta arrastrando sus pantuflas, que produjeron un sonido desolador, como si fuera un moribundo dando sus últimos pasos (¿acaso no lo era?). Pero antes de salir, sin volver la cabeza, murmuró con voz grave: «No quiero ver ni un solo televisor en esta casa. Nunca más. Llévatelos». No acerté a replicar nada, consciente de pronto de mi inmenso error.

Minutos después, Marco y yo desenchufamos todos los televisores y los guardamos en el trastero.

Necesito medio dedo de whisky.

Los periodistas comenzaron a llegar a la puerta de la casa esa misma mañana. Estacionaron sus furgonetas con antenas parabólicas entre la estrecha acera y la calzada, en un sitio no permitido (nunca vino la policía a poner ninguna multa ni a llevárselas con la grúa, me pregunto por qué). Montaron pequeñas plataformas para poder grabar por encima de las arizónicas del jardín. Los reporteros con micrófono se concentraban delante de la cancela y de la puerta del garaje, a la espera de que alguien saliera de la casa. Cuando oscurecía y se acercaba la hora de los telediarios de la noche, dirigían hacia la fachada la luz de varios focos muy potentes, que se alimentaban con ruidosos generadores. De madrugada siempre se quedaba alguno de cada televisión montando guardia. En esa calma se les podía escuchar charlando. Eran los más jóvenes, aprendices o becarios, y sobre todo se quejaban de sus jefes y de las condiciones de trabajo. Casi llegué a sentir conmiseración por ellos.

La gente apareció al segundo día. Nunca he llegado a entender quiénes eran ni de dónde venían. No eran vecinos del barrio, por supuesto, ni creo que conocieran personalmente a Esteban Walther, y desde luego no eran afectados directos del caso, por decirlo así, como los padres que salieron por la televisión. Entonces, ¿quiénes eran esas personas y por qué venían a gritar? Algunos llegaron a fabricar carteles en los que ponían mensajes insultantes. Por suerte dejaron de venir enseguida, en cuanto consiguieron salir en los telediarios y los

más afortunados hasta hablar ante las cámaras, repitiendo tópicos que podrían haber aplicado igualmente a un político corrupto o a un asesino en serie.

El encierro de Esteban Walther duró más de una semana, hasta la escapada nocturna que hicimos con el Jaguar (esto lo contaré después, tengo que ser ordenado y no adelantarme). No salió al jardín para dar un paseo, ni se asomó a la ventana para respirar el aire: las cámaras lo habrían grabado. Pasaba los días enteros en la buhardilla. Incluso alguna noche se quedó a dormir en ella, tumbado en el diván con varios whiskies en el cuerpo. Cuando abandonaba la buhardilla para ir al baño o a su dormitorio se movía muy lentamente, como si tuviera quince años más y no le quedaran fuerzas para arrastrar su propio peso. Claro que el alcohol también influiría, y los somníferos que me consta que tomaba.

La presión de los periodistas disminuyó a los tres o cuatro días. Supongo que comprendieron que las imágenes de la fachada de la casa o de un reportero ante la cancela cerrada no eran una información excesivamente relevante. Las unidades móviles se marcharon casi todas (tenían que cubrir la inminente entrada en prisión de un banquero) y se quedaron unos equipos más reducidos, aunque nunca había menos de una decena de periodistas. Fue entonces cuando Marco y yo pudimos hacer nuestra primera salida al supermercado, pues Erlinda echaba en falta bastantes productos en la despensa. Una vez que el morro del Audi asomó a la calle y los periodistas comprobaron que Esteban Walther no iba en él, nos permitieron salir sin problemas. Eso sí, dos motos nos siguieron hasta el supermercado y nos estuvieron fotografiando incluso dentro del establecimiento. Ignoro qué harían después con esas fotos, para qué las querrían. Sospecho que estaban cubriendo la posibilidad de que Esteban Walther hubiera salido escondido en el maletero del coche.

En los días siguientes Adrada nos visitó un par de veces. Fue la única persona que lo hizo después de que estallara el escándalo. El resto de «amigos» de Esteban Walther (pongo las comillas con amargura y rabia) tuvieron mucho cuidado de no quedar contaminados por su situación. En cambio Adrada… Pero un momento. Acabo de recordar que en esos días también vino Mari Luz a la casa. ¿Por qué lo había olvidado?

No sé si es justo o injusto que las personas discretas dejen menos huella, que se las recuerde menos que a las escandalosas, pero con frecuencia sucede así. Mari Luz es una de esas personas discretas. Puede que sea una consecuencia de su bondad desinteresada, y acaso también de su simpleza, pero cuántos escandalosos no son en el fondo más simples. En fin, solo quería decir que a mí me gustaría ser una de esas personas que no dejan huella, que los demás no recuerdan al

primer intento sino después, al descubrirlos con cierta sorpresa en un segundo plano, difuminados, imprecisos.

Mari Luz no avisó de su visita. Se había enterado de todo por la televisión, se había angustiado, y sin pensárselo había decidido venir a la casa para ver si Esteban Walther estaba bien. Trajo unas rosquillas de anís caseras y un tarro de miel de su pueblo. «La miel es muy buena para las defensas del cuerpo en los momentos difíciles», dijo mientras me la entregaba. Estaba nerviosa, temblaba un poco, y creo que habría aceptado sin disgustarse que Esteban Walther no la hubiera recibido. Pero, aunque él era impredecible ante estas situaciones, le dije a Mari Luz que estaba seguro de que se iba a poner muy contento de verla. Y acerté.

Estuvieron charlando en la buhardilla más de dos horas. Marco les subió té y las rosquillas que ella había traído. No tengo la más remota idea de cuál pudo ser el tema de conversación, pero sí sé que a él le vino muy bien y que su simpatía hacia Mari Luz aumentó considerablemente. Cuando me despedí de ella en la puerta, se acercó y bajó la voz para decirme: «Es imposible que el señor Esteban sea culpable de esas cosas». Yo no dije nada, solo sonreí.

Como he adelantado antes, Adrada fue el único de sus amigos que lo visitó durante los primeros días del encierro (Mari Luz no era realmente una amiga, sino una empleada de la Fundación). Aunque el patrono no necesitaba ninguna excusa para acudir a la casa y su principal preocupación era el estado de Esteban Walther, el motivo de aquellas dos visitas tuvo que ver también con la Fundación y con cómo quedaba afectada por el escándalo. No quiero extenderme sobre esto porque no tengo datos precisos, lo poco que sé lo averigüé más tarde por comentarios de Adrada. A decir verdad, y me da vergüenza admitirlo, nunca supe bien a qué se dedicaba la Fundación exactamente: organizaba conciertos benéficos, colaboraba con conservatorios de distintas ciudades, regalaba instrumentos musicales a niños de barrios pobres… No puedo añadir mucho más. Siempre he sido bastante torpe con las cuestiones que no me incumben.

Por lo que pude reconstruir después por los comentarios de Adrada, el escándalo puso nerviosa a bastante gente. Muchas instituciones que habían trabajado con la Fundación ahora se sentían lógicamente incómodas. Al parecer hubo llamadas de todo tipo, del más alto nivel. El ministerio retiró de inmediato su subvención, con la que se compraban los instrumentos que luego la Fundación repartía entre los niños pobres. Los donantes privados también retiraron su apoyo. Y hubo una aristócrata andaluza (había estado más de una vez en esta casa con sus maleducados perros de aguas, a los que había que permitir que se subieran al piano y lo arañaran con las patas) que exigió que le devolvieran su última donación. En fin, ni los

inaguantables donantes privados ni el mismísimo ministerio respetaron la presunción de inocencia de Esteban Walther. Que no lo hiciera la gente que vino a gritar barbaridades puede comprenderse, pero esas instituciones… Aunque mejor será que me calle. Este asunto sigue enfadándome tanto tiempo después.

El resultado de todo esto fue que la Fundación Esteban Walther tuvo que ser disuelta unos meses después. La decisión se tomó enseguida pero su anuncio se retrasó por dignidad, digamos. De todos aquellos hechos desagradables, la desaparición de la Fundación debió de ser el más doloroso para Esteban Walther. Siempre repetía en las entrevistas que la Fundación era su gran obra, su «hija más querida», pues él no había tenido hijos.

En la segunda visita de Adrada hubo, sin embargo, una cosa alegre. Y la alegría, igual que la tristeza, llega hasta hoy y me inunda con todo su poder intacto, incluso aumentado. ¡Ah! El patrono es una persona maravillosa.

Después de haber estado hablando con Esteban Walther en la buhardilla, el patrono vino a verme al garaje. Aunque siempre suele estar tranquilo, lo noté inquieto. No me decía nada y caminaba despacio entre las columnas, mirándose los pies. Tras ir varias veces hasta la puerta de salida y volver, por fin me habló:

-Fernando, Esteban no puede estar aquí encerrado todo el día, todos los días. Se va a volver loco.

-Sí, pero los periodistas…

-Ya, ya.

-Por las noches hay menos, pero siempre se quedan varios.

-Con todo lo que tiene encima, además tiene que aguantar a la prensa.

Echó a andar otra vez pero de pronto se paró y se dio la vuelta. En su cara había una sonrisa de niño travieso. Se acercó al bulto del Jaguar, que estaba tapado con la lona, y tiró de un extremo hasta descubrir una rueda. Me dijo:

-Oye, Fernando. ¿Este cacharro todavía funciona? ¿Podrías arrancarlo?

-Creo que sí. Me entretengo de vez en cuando poniéndolo a punto. Pero hace mucho que no lo saco a la calle.

-¿Y qué te parece si lo sacamos hoy?

Mientras esperábamos a que se hiciera de noche, el plan de Adrada se fue perfilando. Todos aportamos alguna idea y hasta los filipinos manifestaron cierto entusiasmo (Erlinda dio varias palmadas como un pingüino eufórico, aunque no descarto que estuviera intentando matar algún mosquito). Medí el nivel del aceite del Jaguar, comprobé la presión de los neumáticos y conseguí arrancarlo conectándolo a la

batería del Audi con unas pinzas. El olor de su vieja tapicería de cuero hizo que se me humedecieran los ojos. Siempre lo tendré asociado al viaje que hice con Esteban Walther justo antes de que me contratara.

El Jaguar es un modelo Mark II del año sesenta y seis. Está pintado en un blanco muy elegante, tiene llantas de radios y la tapicería es de color marrón claro. El motor es un seis cilindros en línea de 3,4 litros alimentado por carburadores dobles. Como es obvio, la caja de cambios es de cuatro velocidades, pero el motor tiene tanto par que no hace falta recurrir demasiado a la palanca para sacarle partido. Da igual a qué revoluciones esté girando: cuando pisas el acelerador, sale disparado.

La historia de cómo llegó el Jaguar a manos de Esteban Walther siempre me ha gustado. Además puede servir para hacer un retrato de su personalidad, por lo tanto es apropiado que la escriba aquí. A mí me la contó el mismo día en que lo conocí, de hecho podría decirse que nos conocimos gracias a ese coche. Después se la escuché contar muchas veces, la repetía siempre que alguien se enteraba de que tenía esa joya pero no carné de conducir. «No, no sé conducirlo, pero nadie ha disfrutado más de ese coche que yo», solía decir, y estiraba la barbilla y se chupaba las mejillas por dentro para sugerir un doble sentido.

Todo sucedió en la Costa Azul. Esteban Walther se encontraba en una de esas ciudades de veraneo tan distinguidas, llenas de gente con dinero, ahora no recuerdo cuál. Pasaba allí unos días de descanso entre dos conciertos, y lo acompañaba un amigo suyo, un violinista húngaro o checoslovaco de la orquesta que dirigía esa temporada. Era mediodía y estaban sentados en la terraza de un hotel frente al mar. No lejos de ellos vieron cómo aparcaba el coche más hermoso que jamás habían visto, «blanco y brillante como un lirio», así lo contaba Esteban Walther. El violinista sabía algo de coches, desde luego más que él, y reconoció la marca y el modelo. Cuando terminó la maniobra, de él se bajó un hombre atractivo, relativamente joven, de unos cuarenta años, que abrió la puerta trasera para que saliera su acompañante. Tardaba demasiado en salir y ellos imaginaron que sería una ancianita millonaria, la madre del conductor o quizá su amante octogenaria, a la que había engañado para que le dejara en herencia todas sus posesiones. Pero no fue así. Quien finalmente salió del Jaguar fue una niña de cuatro o cinco años, la hija del conductor, que llevaba a rastras una gigantesca muñeca. El hombre la agarró de la otra mano y se dirigieron directamente a la terraza del hotel, justo hacia la mesa contigua a la que ocupaban ellos dos. Pero, antes de sentarse, el padre se quedó mirando a Esteban Walther y lo reconoció. Muy educado, disculpándose de antemano por molestarlo, le dijo que era un gran melómano, que lo había visto dirigir varios conciertos y

admiraba su trabajo desde hacía años. Tenía todos sus discos y era un honor para él saludarlo. Su hija, a pesar de ser tan pequeña, iba ya a clases de música y estaba aprendiendo a tocar varios instrumentos. Esteban Walther, para devolverle el piropo pero también para hacerle un guiño al violinista, le respondió que lo que ellos admiraban sin embargo era su hermoso coche, «blanco y brillante como un lirio». Entonces el hombre, sin pensárselo siquiera, se metió la mano en el bolsillo, sacó las llaves del Jaguar y se las entregó: «A partir de ahora el coche es suyo», dijo. Cautivado por ese gesto, buscando una réplica que estuviera a la altura, a Esteban Walther no se le ocurrió otra cosa que coger el violín de su amigo, quien había estado ensayando antes de acudir al hotel, arrodillarse delante de la niña y regalárselo. «Dentro de diez años ven a verme», le dijo, y le acarició la mejilla. La niña soltó la muñeca y con una enorme sonrisa abrazó el estuche del violín, que era casi más grande que ella.

Ahora voy a intentar reproducir cómo contaba Esteban Walther el resto de la anécdota. Hay que recordar que cuando estaba a gusto (y, todo hay que decirlo, con un vaso de whisky en la mano, no el primero ni el segundo) imitaba a cada uno de los personajes de la historia. Por ejemplo, se arrodillaba literalmente en el suelo para entregarle un violín imaginario a la niña y, un instante después, sin moverse del sitio, se había convertido en la niña y se abrazaba al violín con cara de fascinación y mucho aleteo de pestañas.

La anécdota del Jaguar, como la contaba Esteban Walther, continuaba así:

-Modestia aparte, el trueque había salido maravillosamente bien. Cuando alguien hace algo tan genial como lo que hizo aquel hombre, regalarme su bonito coche como si me invitara a un cigarrillo, tú no puedes quedarte parado como un idiota, tienes que responder con lo más grande que tengas a mano. Es una cuestión de sentido del espectáculo, de sensibilidad dramática. Si yo hubiera tenido a mi bella mujer al lado, lo cual es mucho suponer, queridos, se la habría entregado a aquel hombre. Aquí tiene, caballero, mi señora esposa, para que la disfrute. Prepara unos martinis que quitan el sentido y en la cama es una auténtica leona. Y me habría levantado de la silla con la cabeza bien alta. Pero por desgracia aquel maldito violinista culibajo… ¿Os he dicho ya que era culibajo? Pues sí, terriblemente culibajo. Pues aquel violinista culibajo no lo veía de la misma manera. En cuanto entramos en el *hall* del hotel me montó un cirio. ¿Quién eres tú para regalar mi violín? ¿Sabes cuánto me costó? ¿Y ahora dónde encuentro yo un violín antes del siguiente concierto? En fin, además de ser anatómicamente defectuoso, el muchacho tenía muy poca sensibilidad. Es obvio que con esa actitud nunca iba a ser primer violín de ninguna orquesta. De modo que no solo perdí su amistad,

sino que tuve que pagarle un violín. Carísimo, un dineral. Y todo para que aquella mocosa repipi se quedara con uno de los cien mejores violines del continente, que seguro que acabó en su habitación de juegos, metido en un baúl lleno de muñecas calvas. Y yo me quedé con esa maravilla de coche, blanco y brillante como un lirio… que nunca he conducido. Tener sensibilidad es a veces una desgracia, queridos. No me tengáis envidia.

Esta es la historia del Jaguar. Me he desviado un poco del tema pero creo que merecía la pena. Ahora vuelvo a aquella segunda visita del patrono y lo que se le ocurrió para que Esteban Walther pudiera escaparse de la casa.

Quizá lo más divertido del plan era que Marco tenía que hacerse pasar por Esteban Walther y vestirse como él. Mientras anochecía y el número de periodistas en la puerta iba disminuyendo, nosotros nos metimos en el vestidor y nos dedicamos a probarle a Marco diferentes ropas. Al decir «nosotros» me refiero a Esteban Walther, a Adrada, a los filipinos y a mí. Marco estaba de pie en el centro del vestidor y se dejaba manipular sin resistencia, serio y silencioso como si estuviese realizando cualquier otro encargo, como cortar el césped, o preparar el té, o acompañar a una actriz famosa hasta la puerta. Solo por divertirnos, llegamos a probarle media docena de sombreros, entre ellos uno de gánster con una pluma violeta y otro cordobés particularmente absurdo. Esteban Walther lo observaba todo desde un rincón, sentado en una butaca, con la cabeza medio oculta entre un montón de mangas de chaqueta. Tenía una sonrisa ladeada en la boca y a ratos parecía tan contento como en una de sus fiestas, pero un brillo de emoción en sus ojos lo traicionaba. Estaba allí con nosotros, incluso hizo alguna sugerencia sobre el disfraz de Marco, pero yo creo que nos miraba desde otro lugar, como si estuviera a mucha distancia de aquel vestidor. También es verdad que no estaba muy sobrio. Sostenía en la mano su vaso de whisky con coca-cola *light* y agitaba los hielos cada cierto tiempo. En un momento dado pidió otro y le dije que yo me encargaba, pero al pasar junto al patrono este me hizo un gesto con la barbilla, negó muy suavemente, y yo lo entendí. Así que renové los hielos del vaso y eché coca-cola, pero no whisky. Seguro que se dio cuenta pero no me dijo nada. Tan solo una semana antes me habría dado terror desobedecer a Esteban Walther, pero ahora sabía que no corría ningún peligro, no me dedicaría ni siquiera uno de sus afilados comentarios. Lo cual también era triste.

Al final, Marco terminó vestido con un traje algo anticuado de color azul celeste y una camisa amarilla, una combinación arriesgada pero que llamaría la atención. Y lo más importante: le colocamos alrededor del cuello uno de los pañuelos de Esteban Walther, uno de los más extravagantes, rojo con lunares negros. Aunque yo dudé

cuando Adrada lo planteó, así disfrazado Marco tenía un notable parecido con Esteban Walther. Su rostro era menos enjuto y su piel tenía un tono más aceitunado, pero confiamos en que la diferencia quedara camuflada por la oscuridad y por el contraste con los colores chillones de la ropa.

Hacia las diez de la noche se marchaba la mayor parte de los periodistas y solo unos pocos se quedaban montando guardia. Bajamos todos al garaje y arrancamos los dos coches. Adrada salió del garaje al volante del Audi con Marco en el asiento de atrás disfrazado de Esteban Walther. Dejó la ventanilla medio abierta para que los periodistas pudieran verlo y creyeran que por fin Esteban Walther salía de la casa. Atravesaron despacio la acera y antes de incorporarse a la calle se detuvieron unos segundos, pero no demasiados para que los periodistas no tuvieran tiempo de descubrir la triquiñuela. Fue suficiente. Desde el garaje escuchamos el revuelo de voces y de gritos y después los motores de un coche y de un par de motos, que arrancaron y salieron a toda velocidad detrás del cebo.

Dejamos pasar unos minutos y Erlinda se asomó a la acera para comprobar si la calle estaba libre. Desde allí, nos hizo la señal acordada. Pisé con suavidad el acelerador del Jaguar y el motor ronroneó con un sonido grave y dulce; casi podían distinguirse cada uno de los seis pistones subiendo y bajando en mitad de un cálido baño de aceite. Subí despacio la rampa del garaje y atravesé el jardín. Al pasar al lado de Erlinda nos despidió moviendo el brazo exageradamente, como si zarpáramos en un transatlántico rumbo a las Américas.

Esteban Walther iba sentado en el asiento de atrás del Jaguar. Estaba encogido contra el ángulo de la puerta y se había agarrado a la correa de cuero del techo. Miraba hacia fuera por el cristal pequeño de la ventanilla: llevaba más de una semana sin ver el exterior. En la calle se habían quedado únicamente dos chicas muy jóvenes, que nos vieron pasar con la boca abierta, creo que sin comprender lo que había sucedido. Aceleré con decisión y el Jaguar se lanzó hacia delante con un rugido aterciopelado.

(Es curioso, pero ese paseo nocturno en coche mi cabeza lo sitúa en una época muy anterior, diez años anterior. Tengo asociado ese paseo con el viaje que hice junto a Esteban Walther al poco de conocernos. Es como si perteneciera a él y transcurriera en una de sus noches, o como si fuera una especie de epílogo muy tardío. Sé que debería escribir aquí sobre ese viaje, pero no creo que sea capaz. Aunque, ¿quién va a leer lo que yo escriba?)

El plan de la escapada no había contemplado el destino, hacia dónde nos dirigiríamos una vez que hubiésemos despistado a los periodistas. Es cierto que carecía de importancia, era lo de menos,

pero después de doblar un par de esquinas me pregunté hacia dónde tenía que conducir. Le transmití mi duda a él pero no me contestó. Pensé que estaría más borracho de lo que aparentaba o incluso que se había quedado dormido. Pero vi por el retrovisor que seguía mirando por la ventanilla: la luz de las farolas y de los letreros luminosos se reflejaba en sus ojos y marcaba dos destellos en la oscuridad del habitáculo. No insistí y llevé el coche hacia bulevares y avenidas anchas. Había muy poco tráfico y yo estaba disfrutando de conducir el Jaguar.

Después de veinte minutos de circular sin rumbo, Esteban Walther contestó a mi pregunta, como si no hubiera llegado a sus oídos hasta entonces. Me dijo que le apetecía ir a un parque que hay en la calle Alcalá, muy avanzado su recorrido. Yo no lo conocía pero me dijo que no me preocupara, que cogiera la calle y él me indicaría. Conseguí sincronizar nuestro ritmo con el de los semáforos y recorrimos varios kilómetros sin detenernos.

Después de sobrepasar el número quinientos de la calle Alcalá, me tocó el hombro y señaló hacia la acera contraria. Allí los edificios se interrumpían y daban paso a un extenso terreno arbolado, que estaba protegido por una valla de hierro. Frené el coche. Miré la hora en mi reloj, eran casi las once, y le pregunté: «¿Estará abierto?». Tampoco me contestó, pero era obvio que no lo estaba. Me pidió que me acercara y crucé al otro carril y me pegué a la acera. Dentro del parque no había iluminación alguna y no se veía demasiado más allá de los barrotes. «¿Quieres que nos bajemos?», le pregunté, y me contestó rápido que no. De hecho, no se bajó del coche en todo el paseo, no plantó un pie fuera del Jaguar.

Esteban Walther tenía la nariz pegada al cristal y achicaba los ojos para escudriñar el interior oscuro del jardín. Entonces me miró y me dijo: «Fernando, ¿podrías alumbrar hacia allí?». Antes de pensar en lo que me estaba pidiendo le respondí que sí, como habría contestado aquella noche a cualquier cosa que me hubiera pedido. Confié en que en ese rato no pasara un coche de la policía. Con cuidado de no golpear las llantas contra el bordillo, subí el morro del Jaguar a la acera y lo coloqué perpendicular a la valla. Cuadré lentamente el coche y el haz de los faros fue barriendo el interior del parque.

Junto a la valla, por dentro, había unos árboles altos que no impedían la vista, después un rectángulo de césped y unos pinos de tronco retorcido. Y al fondo, donde los faros ya casi no alcanzaban, se divisaban unas manchas grisáceas, como un vapor inmóvil que se mezclaba con la oscuridad. «Más luz, ¿puedes dar más luz?», dijo, y conecté las luces largas. Aquella zona más profunda se iluminó de golpe y el vapor grisáceo, como si alguien lo hubiera enchufado a la electricidad, se prendió hasta adquirir un intenso tono blanco con un

matiz rosáceo. Eran almendros florecidos. Él se había incorporado y miraba por el hueco entre los asientos delanteros. Yo tenía muy cerca su rostro y lo oía respirar con fuerza, casi jadeaba. Lo recuerdo como si hubiera sucedido ayer.

No sé cuánto tiempo permanecimos así, supongo que menos del que ahora me parece. Las flores de los almendros brillaban cada vez más intensamente y pensé que eran ellas las que nos alumbraban a nosotros. También creí oler su perfume, pero no es muy probable que se colara dentro del coche desde tan lejos. Ni siquiera sé si esas flores huelen. Sería la colonia de Esteban Walther, la que le enviaban todos los años de París, o quizá el cuero con el que estaban tapizados los asientos del Jaguar.

Soy sincero si digo que no tengo ninguna explicación para ese comportamiento de Esteban Walther. No me he planteado ninguna teoría sobre por qué quiso que fuéramos a ese jardín y viéramos aquellos árboles a la luz de los faros del coche. Podría inventármelo y jugar con ello. No lo haré.

Después de aquellos minutos volvió a recostarse en el asiento y me pidió que nos marcháramos. Bajé el Jaguar de la acera y emprendí el regreso a la casa. A mitad de camino empezó a llover débilmente.

En el garaje, cuando quité el contacto, vi que Esteban Walther, ahora sí, se había quedado dormido.

Hoy es temprano, más temprano que otros días. Se me hace raro estar aquí dentro mientras aún se oye tráfico en la calle y la gente está en su casa terminando de cenar o viendo algún tonto programa de la televisión. Me gusta más la sensación de que toda la ciudad está dormida y solo yo despierto, escribiendo en este ordenador historias que sucedieron en el pasado. Pero tengo que acabar de una vez y por eso he subido a la buhardilla antes. No me queda mucho por contar.

De la cocina me he traído la bandeja china con la tetera pero también la botella de whisky para después. Ya no me engaño, y así luego no pierdo tiempo bajando a la cocina. Tristán duerme a mis pies, bañado por la luz verde de la lámpara. Seguramente se despertará más tarde. Se duerme cuando no corresponde y abre el ojo en mitad de la noche. Si hay perros que sufren insomnio, Tristán es uno de ellos, como yo. Son las once menos diez.

A partir de aquella salida nocturna en coche, el humor de Esteban Walther mejoró. No estoy diciendo que fuera por la salida en sí, no creo que la visión de aquellos almendros cambiara algo en su interior, aunque… ¿qué significarían para él? ¿Vivió algo importante en aquel parque? ¿Los almendros le recordarían su infancia? Quizá lo que ocurrió simplemente fue que aquella salida coincidió con una disminución de la presión de los medios, y esto lo relajó. Dejaron de hablar de su caso en los programas matinales y de un día para otro los periodistas se esfumaron de la calle. Se marcharon igual que habían venido, todos a la vez, como si la decisión la hubiera tomado una sola persona. Ahora las grandes noticias eran la inminente entrada en prisión del banquero (que salió a los pocos días y nunca fue condenado, era inocente) y la desaparición de un niño en una ciudad costera, cuyos pobres padres eran acosados día y noche por los periodistas (su cadáver fue encontrado un año después dentro del tronco hueco de un árbol, todo el mundo lo recordará).

El proceso hasta el juicio contra Esteban Walther sería largo, duraría meses, y supongo que él, después del enorme disgusto de la detención, comprendió que contaba con todo ese tiempo y decidió que lo iba aprovechar. ¿Cómo lo aprovechó?

En su momento no le di importancia. Aunque ya no corriera el riesgo de ser fotografiado o grabado, Esteban Walther seguía pasando casi todo el día en la buhardilla. Pero es cierto que bebía menos. Yo no le subía el whisky, era Erlinda quien lo hacía, pero sí acompañaba a Marco al supermercado y sabía las botellas que se compraban. ¿Qué

hacía Esteban Walther en la buhardilla si ya no se encerraba en ella para emborracharse? Yo subía muy pocas veces, él no solía llamarme, pero en alguna ocasión sí entré y pude ver lo que hacía.

Sentado en esta misma mesa con tablero de cristal, bajo esta lámpara de pantalla verde, Esteban Walther escribía en un cuaderno (como yo escribo en este ordenador). El cuaderno tenía unas tapas de colores que imitaban la vidriera de una catedral. Al principio pensé que estaría componiendo música, labor que no practicaba desde hacía años, pero cuando me acerqué vi que las páginas no tenían pentagramas, en ellas estaba escribiendo solamente palabras. No le di importancia, ni siquiera había vuelto a pensar en ello. Fue el patrono quien me lo recordó en su visita del mes pasado. Él opina, porque por lo visto Esteban Walther se lo comentó, que aprovechó esas semanas posteriores a su detención para trabajar en sus memorias. Si fue así, me pone muy triste saber que estuvo escribiendo sus memorias justo antes de que el alzhéimer lo atacara tan rápida y brutalmente, justo antes de que perdiera la memoria para siempre.

Por cierto, le prometí al patrono buscar ese cuaderno y entre unas cosas y otras lo había olvidado. Aunque él tampoco ha insistido. A ver si lo busco uno de estos días.

No guardo un buen recuerdo de Barreiros, el abogado de Esteban Walther. Primero porque su nombre me hace pensar en mi padre («camiones de aceite pesado»), y segundo porque creo que no hizo su trabajo de la mejor manera posible. Tomó decisiones que aumentaron innecesariamente el sufrimiento de Esteban Walther. En aquel periodo vino a la casa bastantes veces, pero siempre daba la impresión de tener mucha prisa, como si algún otro caso lo reclamara, aunque no sé si llevaba otros casos. He conocido a algunas personas así y suele ser una estrategia para hacerse valer.

Barreiros era un hombre gordo. Tenía una obesidad como de otra época, de aspecto jovial y saludable: una gran barriga redonda y debajo unas piernas relativamente delgadas, que en lugar de apoyarse en el suelo parecía que le colgaban de la barriga. Pero su rasgo más llamativo era una voluminosa papada, de doble pliegue, que los cuellos de las camisas le oprimían angustiosamente. Esteban Walther dijo una vez, con esa malicia suya que ya apenas empleaba, que sufría al pensar que la papada de Barreiros pudiese engordar de pronto un milímetro y el abogado muriese ahorcado por su propia corbata. No sabría calcular su edad, entre treinta y muchos y cincuenta y pocos. La obesidad quizá lo envejecía o quizá rellenaba sus arrugas por dentro y le restaba años. A pesar de todo se movía con agilidad y hablaba muy rápido. También comía muy rápido. Ah, las alitas de pollo de Marco…

Aunque la maledicencia de Esteban Walther podía ensañarse con

cualquier persona si había delante un público al que escandalizar, tenía una particular fijación por las personas gordas. Y ahora que lo pienso, el tema de los gordos fue probablemente el único que durante aquellos meses conseguía que saliera por un momento de la depresión y lanzara alguna ingeniosa barbaridad. No entendía que por el simple placer de la comida («un acto tan ordinario que hasta las cucarachas lo realizan», decía) alguien deformara su propio cuerpo, entorpeciera sus movimientos y hasta acortara su vida. También es verdad que él no disfrutaba especialmente comiendo, a veces incluso se olvidaba de hacerlo y había que recordárselo. Por eso estaba tan flaco. En general, no entendía que los demás no hicieran exactamente lo mismo que hacía él. Lo cual es un poco absurdo, creo yo, porque entonces todos tendríamos que ser directores de orquesta.

El día en que conocí al abogado Barreiros, Marco había hecho sus famosas alitas de pollo fritas. Era Erlinda la encargada de la cocina, la que preparaba todas las comidas. Todas salvo las alitas de pollo, que por alguna razón eran una especialidad de Marco. Era lo único que cocinaba y tenían fama entre los amigos de Esteban Walther, sobre todo entre los más refinados, que disfrutaban de una comida tan vulgar como si se tratara de una exquisitez. Los ricos a menudo tienen esas cosas. A Marco le quedaban por fuera muy doradas y crujientes y la carne de dentro se deshacía en la boca. Estaban un poco picantes, creo que las maceraba durante horas con alguna especia exótica de su país.

Aquel día había preparado las alitas para una visita que al final no vino, uno de esos grandes «amigos» de Esteban Walther que le dieron la espalda en las horas bajas. Debió de cambiar de opinión en el último momento y encima se olvidó de avisar, en fin. Así que cuando Barreiros se presentó en la casa, el plato con la pirámide dorada de alitas de pollo estaba sobre la mesa del salón, intacta y ya fría. No sé cómo la vio desde el pasillo, quizá la percibió gracias a un sexto sentido de los gordos. Yo le había abierto la puerta de la galería y le dije que Esteban Walther lo esperaba en su estudio. Me estrechó la mano sin mirarme y casi corrió a través de la galería, delante de mí, con esa prisa con la que se movía siempre y que hacía pensar que estaba haciéndote un enorme favor, que por tu culpa había dejado esperando a un embajador o algo así. Sin embargo, al cruzar por delante del salón (y juraría que no había echado ni siquiera un vistazo a su interior), se frenó en seco y sus zapatos derraparon unos centímetros sobre el suelo. Su radar había localizado las alitas especiales de Marco.

Para hacer compatible la prisa con su hambre insaciable, Barreiros entró en el salón, cogió el plato con las alitas y, sin preguntar, como si fueran para él, se lo llevó escaleras arriba. Sucedió así, yo lo

presencié, pero ahora incluso a mí me resulta un comportamiento disparatado. Mientras subía los escalones con el plato, oí el sonido de sus dientes rompiendo el crujiente rebozado y justo después un murmullo de sorpresa y placer: «Mmmmmm». A partir de aquel día, Marco tuvo que preparar sus alitas de pollo cada vez que el abogado estaba citado con Esteban Walther. Nada más entrar, era lo primero que Barreiros preguntaba: «¿Hay alitas hoy?».

Ahora me voy a adelantar un poco en la historia, pero es necesario para rematar el tema de Barreiros y las alitas de pollo.

No es fácil describir el ambiente que reinó en esta casa cuando el juez dictaminó que el juicio contra Esteban Walther no se celebraría, que se suspendía para siempre debido a su grave enfermedad. Todos experimentamos una mezcla muy desagradable de alivio y desolación. Nos sentíamos culpables por sentirnos aliviados. El alzhéimer salvaba a Esteban Walther del juicio pero también lo condenaba para el resto de su vida. Aunque no me quiero extender ahora sobre esto. El caso es que al día siguiente de aquel giro en el proceso, en el que Barreiros lógicamente había colaborado, el abogado se presentó en la casa sin haber avisado antes. Recuerdo que Adrada estaba aquí, junto a Esteban Walther, compartiendo nuestro alivio envenenado. Llamaron al timbre y Erlinda hizo pasar a Barreiros al salón. Adrada le preguntó si había sucedido algo, si había alguna novedad del juzgado, pero él contestó tranquilamente que no. El abogado se paseó por el salón con las manos a la espalda, rápido, con prisa, como un animal enjaulado. Y recuerdo, y esta es una de las causas fundamentales de mi antipatía hacia él, que no se acercó ni una sola vez a Esteban Walther, quien estaba sentado en el sillón, cansado y muy confuso. No se interesó por su estado. Pero al cabo de unos minutos le preguntó a Adrada si podía hablar con él en privado. El patrono le contestó que por supuesto y salieron al jardín.

El tema de la breve conversación me lo contó Adrada después, cuando el abogado se marchó. Lo resumiré: ahora que Esteban Walther había sido incapacitado legalmente, el abogado quería saber con quién tenía que tratar sobre la cuestión de sus honorarios. Es decir, al día siguiente de aquel penoso hecho venía a reclamar su dinero. No juzgaré ese comportamiento, o no aquí. Lo que quiero contar es lo que vino después. Regresaron los dos al salón y el abogado, muy sonriente, fue hacia Marco y le pidió sin reparo alguno si podía freírle unas cuantas alitas de pollo. Marco, sorprendido, desorbitó un poco los ojos (él, que no se inmutaba por nada) y miró a Adrada esperando su aprobación. Y el patrono, con gesto calmado, asintió.

Cuando me enteré del motivo de la visita del abogado (reclamar su dinero delante de un Esteban Walther enfermo y acabado), no

comprendí que Adrada no solo no lo echara de la casa, como sin duda merecía, sino que mandara a Marco que le cocinara las alitas de pollo. Lo comprendí más tarde.

Marco se fue a la cocina para preparar las dichosas alitas. Después las llevó al salón y las colocó sobre la mesa. Barreiros se sentó y se las fue comiendo una a una con las manos, delante de Esteban Walther, del patrono, de los filipinos y de mí. Serían por lo menos una veintena. Cogía una alita, la devoraba haciendo ruido con la boca y, antes de dejar los huesos limpios, ya estaba cogiendo la siguiente con la otra mano para no perder ni un segundo. Se limpiaba los dedos en la servilleta de hilo que Erlinda le había llevado y cada cierto tiempo se detenía para eructar, aunque tosía para disimularlo. La papada le temblaba al ritmo de la frenética masticación y el nudo de la corbata se le iba clavando en la carne, o mejor dicho en la grasa, como si fuera la soga de un verdugo. Fue un espectáculo grotesco, que terminó de trazar una imagen muy repulsiva del abogado.

Más tarde comprendí que esa fue la venganza del patrono: nos mostró la verdadera cara de Barreiros para vengarse por la impertinencia que había cometido reclamando su dinero con tan poco tacto. Por eso no lo echó de la casa, por eso hizo que Marco le preparara las alitas de pollo.

El té, sobre todo cuando está cargado, me proporciona una suave lucidez que luego el whisky redondea. Mis nervios permanecen alerta pero sin que haya peligro de que aparezca la angustia que me ronda últimamente (pero aquí no debo hablar sobre ella). Son las doce, medianoche. Tristán se revuelve a mis pies, quizá esté soñando; no tardará en abrir un ojo. Al final he bajado a la cocina a por un cubito de hielo, solo uno (¡zopenco!). Bebo el primer sorbo de whisky y continúo.

Voy a pasar de puntillas sobre el tema de la rueda de prensa. Todo el mundo la tendrá en su cabeza pues fue retransmitida en directo por varias televisiones: esa era la estrategia de Barreiros. Fue el mayor error del abogado, insistir en que Esteban Walther diera esa rueda de prensa. En contra de la opinión del patrono, por ejemplo. Tal vez si Adrada se hubiera opuesto con más intensidad… No sé. Ahora pienso que si Adrada hubiera sabido entonces que Esteban Walther iba a caer fulminado por el alzhéimer en muy pocos meses, se habría opuesto a esa rueda de prensa. Sin embargo, las decisiones que se tomaron dependían solamente de Barreiros y de un Esteban Walther que acaso ya no estaba en las mejores condiciones para decidir. Pero es inútil seguir haciendo cábalas al respecto.

A raíz del escándalo, que en cuestión de horas dio la vuelta al mundo, o al menos al mundo de la música clásica, los conciertos que

Esteban Walther tenía contratados, aunque ya no eran tantos como en el pasado, se fueron cancelando. Algunas instituciones no daban ninguna explicación y otras las daban descabelladas. Incluso hubo una que argumentó con muy mal gusto que no veía compatible la dirección de una orquesta con ciertas «prácticas privadas». Pues bien, cuando Barreiros se enteró de las cancelaciones pensó que sería una jugada maestra que Esteban Walther diera una rueda de prensa para anunciar que anulaba todos sus conciertos y así poder dedicarse en cuerpo y alma a demostrar su inocencia. Pensó que sería una manera de «contraatacar y adelantarnos al enemigo», aunque nunca me quedó claro quién era ese «enemigo». Decía que sería un gesto de honradez que pondría a la opinión pública a nuestro favor, decía que provocaríamos nosotros los acontecimientos en lugar de sufrir sus consecuencias. En fin, Barreiros dijo muchas tonterías.

Por la razón que fuera, a Esteban Walther no le pareció una mala idea y accedió a ella. Durante varios días Barreiros estuvo preparando con él el comunicado de la rueda de prensa (una legión de pollos perdió sus extremidades para que el abogado estuviera contento). La imagen de Esteban Walther memorizando como un colegial aquel texto es una de las más patéticas que guardo de él.

La mañana de la rueda de prensa Esteban Walther estaba muy nervioso e inseguro. Para calmarse, se tomó un whisky en ayunas poco antes de que saliéramos en coche hacia la sede de la Fundación, donde se citó a los distintos medios. Afortunadamente yo me quedé esperando en la calle, dentro del Audi, y no vi nada más. Y después no quise saber cómo había salido, aunque fue inevitable enterarme de algunos detalles: las preguntas malintencionadas de los periodistas, los balbuceos de un Esteban Walther algo borracho… Pero no diré nada más. Quien lo viera en la televisión se acordará.

No obstante, el error más grave de Barreiros no fue exponerlo a aquello, sino subestimar a los periodistas, tomarlos por tontos (y creo que ha quedado suficientemente claro que no me caen nada simpáticos). Alguno de ellos debió de sospechar e investigó un poco. Le bastaría con hacer unas cuantas llamadas telefónicas. Y descubrió que no era cierto que Esteban Walther hubiera decidido, por honradez, cancelar todos sus conciertos, sino que habían sido las orquestas las que habían tomado la decisión, las que habían hecho las cancelaciones tiempo atrás, desvinculándose de él para no mancharse con un asunto tan turbio. Y Esteban Walther (porque nadie pensaría en su abogado) había intentado engañar a los periodistas y a toda la opinión pública.

A los pocos días de la rueda de prensa esto salió a la luz y el escándalo fue mayúsculo. La estrategia de Barreiros para mejorar la imagen de Esteban Walther se volvió en su contra multiplicada por

diez. Y lo que más me indigna es que tengo la certeza de que el abogado se inventó lo de la rueda de prensa solo para justificar su trabajo en los meses previos al juicio y así aumentar la cifra de sus honorarios, que después quiso cobrar tan apresuradamente, tan mezquinamente. Según mi experiencia en toda esta historia (que no tiene por qué ser objetiva, pido disculpas por ello), los abogados son unos personajes todavía más indeseables que los periodistas.

Ya está. Doy por cerrado el tema del abogado Barreiros. Intentaré no mencionarlo más aquí.

Últimamente he pensado que el alzhéimer de Esteban Walther pudo ser una elección suya. Es decir, la enfermedad lo atacó como a cualquier otra persona, pero luego él se abandonó a ella, se refugió en ella para huir de un presente malo y de unas perspectivas de futuro horribles: el juicio y tal vez una condena, y después la cárcel. Abandonarse a la enfermedad fue una manera de regresar al pasado. ¿No es eso lo que hace el alzhéimer, borrar los recuerdos recientes y dejar intactos los más lejanos? Pues Esteban Walther se entregó sin luchar, huyó hacia el pasado todo lo rápido que pudo. Esta sería una explicación de por qué la enfermedad avanzó a esa velocidad. Acaso también por eso se puso a escribir sus memorias (si es que lo hizo; aún tengo que buscar ese cuaderno en la habitación de los archivadores). Ya no le interesaba el presente y se refugió en esta buhardilla para escribir sobre el pasado. ¿Estaré haciendo yo lo mismo? Mi presente tampoco es una fiesta y a menudo me entran ganas de huir. ¿Me pondré enfermo yo también?

He escrito todo esto, que seguro que haría reír a un médico, porque el primer brote del alzhéimer me hizo pensar que la cabeza de Esteban Walther había retrocedido diez años. De pronto él creyó que estaba en el pasado, más o menos en la época en que empecé a trabajar para él. La enfermedad lo transportó a un tiempo mucho más benigno, menos agresivo y desagradable, y decidió quedarse a vivir allí. No le culpo. Yo también lo habría hecho. Quizá escribir en este ordenador sea una manera de hacerlo.

Únicamente voy a contar ese primer episodio y me ahorraré la degeneración posterior, tan rápida, tan triste. Tampoco es muy difícil de imaginar. Aunque Esteban Walther fuera un gran hombre, un genio para algunos, el derrumbe de su mente no fue distinto al de cualquier otro enfermo, fue igual de desolador. Pero aquel primer episodio, dejando a un lado lo que significaba, no me pone especialmente triste, casi lo recuerdo con cariño. Fue un detalle tan sutil que si alguien lo hubiera presenciado desde fuera no habría detectado nada raro. Quizá solamente yo estaba en condiciones de darme cuenta.

Como Esteban Walther se pasaba todo el día en la buhardilla, yo

trabajaba menos que nunca. Venía todas las mañanas a la casa, claro está, era mi trabajo, y me marchaba muchas veces de madrugada. Pero no tenía mucho que hacer. Él no salía y por tanto no tenía que llevarlo con el coche a ningún sitio. Prefería la presencia de los filipinos y creo que a mí me evitaba un poco. Había jornadas enteras en las que ni siquiera lo veía. Si no había que hacer ningún recado, como ir al supermercado o al veterinario a por la comida de Tristán, mataba el tiempo arreglando cosas. O simplemente las desmontaba, las limpiaba y las volvía a montar: enchufes sueltos, la batidora de Erlinda, alguna cisterna que gotease, un reloj de péndulo que llevaba años parado…

En estas circunstancias, se comprenderá mi sorpresa cuando vi aparecer en la caseta del jardín, donde me entretenía afilando las cuchillas del cortacésped, a Esteban Walther. Aquel fue el primer comportamiento anómalo que detecté, el primer indicio del alzhéimer: que Esteban Walther entrara en la caseta del jardín, donde nunca antes había estado, que yo recordara. Me sobresalté al descubrirlo encuadrado en la puerta. Paré la esmeriladora, cuyo ruido me había impedido oírlo, y le pregunté: «¿Ha pasado algo?». Recuerdo que pensé que alguno de los filipinos habría sufrido un accidente y por eso tenía que venir él a avisarme. «No», contestó, y me sonrió. Me sonrió: segundo indicio. ¿Hacía cuánto que no sonreía? Después de la noche de su detención, nunca, seguro. Y antes, ¿hacía cuánto que no me sonreía a mí de esa manera, con simpatía, alegrándose de verme? Mucho tiempo, años.

Balbuceé algo, no recuerdo qué, y me quedé paralizado, esperando su siguiente movimiento. Él dio un paso y entró en la caseta. Su presencia física en aquel lugar me produjo una sensación muy extraña. Su traje bien planchado y su elegante pañuelo no tenían nada en común con las herramientas que había allí o con las latas de gasolina. Era como si pertenecieran a dimensiones diferentes. Avanzó hacia mí, sus mocasines de ante pisaron el cemento con manchas de aceite, y se detuvo a mi lado. Entonces me hizo un gesto, una especie de caricia… Pero esto tengo que explicarlo.

Esteban Walther tenía una forma especial de coger los objetos, de tocarlos. Lo hacía con una delicadeza extrema pero a la vez muy firme, como si sus yemas reconocieran los objetos y se apropiaran de ellos solo con el tacto. No puedo expresarlo mejor. O sí, con un ejemplo: cómo cogía la batuta cuando dirigía una orquesta. Todo el mundo se acordará o podrá verlo en los vídeos de internet. Exactamente así lo tocaba todo: una taza de té, su vaso de whisky, el apoyabrazos de un sillón, una manzana, un bolígrafo. Pues bien, en la época en que lo conocí, poco antes de que me contratara como chófer, él hacía un gesto muy particular, muy suyo, que podía parecer una

caricia. Te posaba la mano en el hombro y después la deslizaba despacio hacia arriba con esa delicadeza de la que he hablado. Cuando sus dedos alcanzaban el cuello, con el pulgar y el índice te pellizcaba la vena yugular, muy flojo, una ligera presión, varias veces. A mí me daba un poco de dentera, la verdad. Había algo como maniático en ello, un leve sadismo, no sé, pero enseguida comprendí que era un gesto cariñoso y lo tomé como tal. Tampoco era muy desagradable. Más tarde vi que se lo hacía a uno de aquellos muchachos, cuando los llevaba a los dos con el coche a un restaurante de las afueras. Y ahora que lo pienso es posible que se lo hiciera al patrono en alguna ocasión, al saludarlo… Mmm, no, puede que a Adrada no. Da lo mismo. La cuestión es que ese gesto, esa caricia o lo que fuera, me lo volvió a hacer aquel día en la caseta del jardín, ocho o diez años después de la última vez.

Pero no fue solo eso. Me puso la mano en el hombro, me pellizcó la vena y después, sin retirar la mano, me dijo: «Acuérdate, Fernando, de que me tienes que dar un paseo en tu grúa. ¿Eh? Me lo has prometido». Me volvió a sonreír, me quitó la mano del cuello y se marchó.

Al verlo ahora escrito, me doy cuenta de que tal vez no se entiende demasiado bien. Pero precisamente a eso me refería antes: desde fuera, esa breve escena de la caseta parecería normal, una escena anodina, y sin embargo estaba plagada de indicios anómalos, de comportamientos alterados por el alzhéimer. Algunos de esos indicios solo yo podía detectarlos. Era anómalo que entrara en la caseta y que sonriera, pero esto lo podrían haber dicho también los filipinos. Solo yo podía saber que el gesto de su mano en mi cuello estaba fuera de lugar, o mejor dicho fuera de tiempo: era un gesto del pasado, de diez años antes. Y lo mismo sucedía con sus palabras sobre la grúa. Yo conducía una grúa cuando nos conocimos, pero la dejé al entrar a trabajar para él. En consecuencia, esas palabras llevaban caducadas más de una década.

Aquel día me quedé muy desconcertado pero no dije nada a nadie, no supe a qué achacar ese comportamiento. O lo achaqué al whisky, con franqueza, aunque Esteban Walther no olía a alcohol ni daba la impresión de estar borracho. Si después no se hubieran producido más episodios de ese tipo, seguramente lo habría olvidado. Pero por desgracia se produjeron y aquel cobró importancia. A la semana siguiente Esteban Walther se desorientó en la casa por primera vez, se metió en la despensa mientras buscaba el cuarto de baño.

¿Por qué he dicho al principio que no me entristece recordar esto? Puede sonar egoísta, y quizá lo sea un poco, pero aquí debo ser sincero. Recuerdo con cariño ese momento en la caseta del jardín, en especial el gesto de su mano en mi cuello, porque me hizo ver que

Esteban Walther me apreciaba, algo que en los últimos tiempos no acostumbraba a demostrar. Probablemente tenía otras cosas más importantes en las que pensar, otras personas. Pero gracias al alzhéimer (¿por qué le doy las gracias a esa maldita enfermedad?) su aprecio atravesó un túnel de diez años y me alcanzó, provocándome una diminuta y fugaz alegría. Al recordarla ahora, en esta noche de finales de noviembre, esa alegría me calienta suavemente el pecho y me hace olvidar por un instante la deprimente situación actual.

Me da un poco de vergüenza haber escrito esto. Pero puede que eso sea bueno, es posible que escribir sea eso, ¿no? Da igual. Me sirvo otro dedo de whisky. Tristán me mira con los ojos como platos.

Ahora me tocaría escribir sobre la anulación del juicio. A causa de su enfermedad el juez decidió que no podía ser juzgado. Lo llamaron «demencia sobrevenida», nunca se me olvidará. Sin embargo estoy cansado y sinceramente creo que no merece la pena que me extienda sobre ello. Además, hace un rato he hablado un poco sobre el tema, cuando he descrito el ambiente de esta casa tras la anulación del juicio: una mezcla de alivio y desolación. Creo que es suficiente.

Solo me gustaría que se comprendiera una cosa, ahora que ha pasado el tiempo y se ha demostrado quién llevaba razón. Me gustaría que se comprendiera lo doloroso que fue para nosotros que mucha gente (los periodistas, los tertulianos; hasta hubo un periódico que publicó un editorial al respecto, se titulaba «La ley y los privilegiados», lo recuerdo bien) cuestionara el dictamen médico únicamente porque el médico fuera amigo de Esteban Walther. Cuando un periodista lo descubrió y lo sacó a la luz, todo el mundo dio por sentado que había existido un fraude, que no estaba realmente enfermo y que se salvaba del juicio por ser quien era. Es cierto que el médico, Álvarez de Medinaceli, era su amigo desde hacía años, pero él conocía a mucha gente, tenía muchos amigos, lo cual no es un delito. Y eso no significa que el médico hiciera mal su trabajo, pues al fin y al cabo el juez aceptó su dictamen: demencia sobrevenida. Después se vio, por desgracia, que la enfermedad era real. Y tanto que lo era.

Solo me gustaría que se comprendiera que mientras en los medios se acusaba a Esteban Walther de ser un mentiroso, un tramposo, él se hundía en la desmemoria a un ritmo aterrador. Casi se le notaba de un día para otro. Cada vez estaba más confuso, cada vez se le olvidaban más nombres, más palabras. La inteligencia, esa chispa que brillaba en sus ojos y que llegaba a dar miedo, iba huyendo de su rostro como si se tratara de un barco que naufragara. Fue muy triste, muy muy triste. Y ellos no paraban de decir que todo era un invento, un montaje. Bien callados están ahora, los miserables.

Pero ya está, no merece la pena. Me voy a dormir.

Ya he escrito aquí todo lo que tenía que escribir, la historia de Esteban Walther, o la parte que yo he conocido.

No escribiré más.

Menos mal que nadie leerá nunca lo que estoy escribiendo aquí. Si alguien lo hiciera, pensaría que soy una persona muy poco fiable, una persona que miente, o que hace lo contrario de lo que había prometido. Ayer dije que no iba a escribir más, que ya lo había contado todo, y aquí estoy otra vez escribiendo. Es como si mi cuerpo se resistiera a dejar de hacerlo. Comienza a anochecer, llega la madrugada, y no puedo pensar en otra cosa que no sea subir a la buhardilla y ponerme a teclear en este ordenador sobre el asunto que sea. Aunque hoy tengo algo nuevo que contar, algo que me parece interesante, no sobre el pasado sino sobre el presente. Algo que ha sucedido hoy. He dicho un millón de veces que aquí no debería escribir sobre mí y voy a incumplir de nuevo mi palabra. Sí, soy una persona muy poco fiable. Pero es que he llegado a un punto en el que no puedo hablar de Esteban Walther sin hablar de mí. O al revés: hablar de mí es lo mismo que hacerlo de él. Pido perdón si esto suena egocéntrico.

Este mediodía, mientras estaba en la cocina a punto de hacer la comida, he oído unos ruidos en el jardín. Tristán estaba conmigo, mirándome fijamente y esperando a que le diera algún trozo de comida, así que él no podía estar haciendo esos ruidos. Lo primero que he pensado es que se trataba de un periodista que se había colado en el jardín para robar una foto, como pasó una vez hace años. He dejado a Tristán encerrado en la cocina y he cogido un paraguas grande, uno que tiene una empuñadura metálica muy pesada. Esta casa es una propiedad privada y si alguien entra sin permiso yo tengo derecho, por lo menos, a arrearle un paraguazo en la cabeza.

Cuando he abierto la puerta de la galería me he llevado una sorpresa y al mismo tiempo he pensado que era lógico. Delante de mí, con su cara de buena persona, estaba Ramón. He aflojado la mano con la que agarraba el paraguas y he sonreído. No sabía que me iba a alegrar tanto de verlo. Pero, claro, han pasado dos meses.

Con su habitual discreción Ramón ha dicho: «Si no es un buen momento, me voy. Tenía que haberte avisado pero…». Le he cogido del brazo para meterlo dentro y le he respondido: «No seas imbécil». Estaba muy guapo, con la barba más crecida y recortada, como se lleva ahora. También me ha dado la impresión de que estaba más fuerte. En fin, que no nos hemos podido resistir y no ha habido manera de evitar lo que ha venido después. No voy a dar detalles. Solo diré que hemos llegado de milagro al salón pero no al sofá: hemos acabado en el suelo, sobre la alfombra. Dos meses es mucho tiempo.

Aparte del sexo, nos ha sentado bien hablar un rato, los dos tirados en la alfombra, a un metro del sofá pero sin energía para llegar hasta él. Ramón se ha quedado más tranquilo, me ha sacado la promesa de que lo llamaré con mayor frecuencia y de que intentaré que nos veamos como mínimo cada quince días. Y yo me he sentido aliviado después de contarle la situación en la que se encuentra mi hermano. De todos modos no ha tardado en irse. Yo tenía que ponerme con la comida y ya había perdido demasiado tiempo.

Si cuento todo esto (que me provoca una extraordinaria vergüenza) es para que se entienda mi estado de ánimo durante el resto del día. Me he sentido de muy buen humor, sin duda mejor que en las últimas semanas. Solo así se explica que después de cenar me haya dado por escuchar música. No lo hago nunca, no me interesa, me aburre cualquier tipo de música. Esteban Walther decía que era un problema de mi cerebro, al que le faltaba de nacimiento la parte dedicada a la música. «Eres un minusválido, un paralítico musical», solía decirme. De todos sus comentarios burlones ese era el que menos podía enfadarme, pues estaba de acuerdo con él. Supongo que, como homenaje, me he puesto uno de sus discos.

Después de fregar los platos, he cogido a Tristán en brazos para que no se fatigase subiendo las escaleras y hemos venido a la buhardilla. En realidad esto ha pasado hace una hora. He abierto el armario japonés lacado donde están el tocadiscos y los discos y he estado un buen rato decidiendo cuál poner. De entre todos los de Esteban Walther he elegido uno de zarzuela, *Preludios e intermedios de zarzuela*. A mi padre le gustaba un poco la zarzuela, a veces silbaba la melodía de alguna mientras estaba metido en el foso arreglando un coche, el eco del silbido llenaba todo el taller. De las cosas que tengo asociadas a él, la zarzuela es la única que no me pone enfermo. He conectado el tocadiscos y he posado con mucho cuidado la aguja sobre el surco. Me he sentado en el sofá que hay delante de los altavoces y Tristán me ha tocado con su pata para que lo cogiera. Hace años se habría subido de un salto al sofá.

Quizá haya sido por el cansancio acumulado estos últimos días o por el reencuentro con Ramón de esta mañana, pero el caso es que la música me ha emocionado mucho. Otros se emocionarán con una sinfonía o con una pieza rara. Yo me emociono, y con suerte, escuchando zarzuela (soy un «paralítico musical»). Pues me he emocionado, y me he levantado del sofá para subir el volumen, primero una vez y después otra. El equipo sonaba muy bien y yo estaba eufórico, con una alegría en el pecho que casi me hacía llorar. La verdad es que la música estaba muy alta. Debajo de mi mano notaba el corazón de Tristán latiendo rápido. Entonces, al torcer la cabeza hacia el escritorio, he visto por el rabillo del ojo que la

pantalla del interfono para bebés se había encendido.

Me ha extrañado, hacía mucho que no sucedía. En teoría la pantalla se enciende cuando el otro aparato registra un sonido de una determinada intensidad. He pensado que la música estaba tan alta que llegaba hasta el primer piso y se colaba en el micrófono del otro aparato, activando el que tengo aquí. Me he puesto de pie y lo he cogido para comprobar si se veía algo en la pantalla, pero la cámara debe de estar mal orientada, se habrá movido desde la última vez que la coloqué, y la imagen estaba oscura. En ese momento Tristán se ha puesto a ladrar. Tenía las orejas de punta y daba vueltas sobre sí mismo encima del sofá, enloquecido. Con un ímpetu que le ha tenido que doler, se ha tirado al suelo y ha corrido hacia la puerta cerrada.

Cuando la he abierto, Tristán ha salido disparado hacia las escaleras, sin dejar de ladrar. La artrosis le afecta más a las patas traseras y son las delanteras las que hacen todo el esfuerzo, como si la mitad de su cuerpo arrastrara el remolque de la otra mitad. He salido tras él. Me ha dado miedo que con el entusiasmo no calcule bien y se caiga por las escaleras. En el pasillo me he percatado de que no había bajado el volumen del tocadiscos y la música inundaba toda la casa. Pero no he regresado a la buhardilla.

Como era de esperar, Tristán se había parado delante de la habitación principal, el dormitorio de Esteban Walther. En cuanto he abierto se ha colado dentro, y con él la música, que se oía demasiado alta incluso allí. Después de entrar he entornado la puerta para frenar un poco el sonido, lo cual ha provocado que la oscuridad fuera casi absoluta y que se empezara a distinguir un ruido continuo por encima de la zarzuela, un ruido grave y rasposo, como el de un serrucho cortando madera seca. Me he dicho que sería un efecto acústico producido por la música al atravesar las paredes, pues mantenía el mismo ritmo. Mientras mis pupilas se acostumbraban a la oscuridad, he avanzado a tientas por el dormitorio, con las manos por delante del cuerpo y sin levantar mucho los pies para no pisar a Tristán.

No he tardado en localizar un punto hacia el que dirigirme: la pequeña luz roja del otro interfono para bebés, el que se había activado al detectar un sonido. La oscuridad se iba aclarando y en ella he visto moverse la mancha grisácea del cuerpo de Tristán, que estaba en un lateral de la cama. Pero esta es demasiado alta para que él pueda subirse. He dado dos zancadas más y, en un segundo, he comprendido lo que había pasado.

El ruido grave, el ruido de madera cortada, provenía de la cama. Sobre ella, Esteban Walther estaba despierto e incorporado, o todo lo incorporado que le permiten las correas que atan sus muñecas a la cama. Tenía los ojos muy abiertos y su garganta emitía ese ruido ronco que se escuchaba. De modo que sí ha sido él quien ha activado

el interfono para bebés. Se le veía muy alterado, con el pelo blanco revuelto y los brazos en tensión, forcejeando con las correas. Sin embargo, después de unos instantes me he fijado en que sus brazos se movían más bien hacia los lados, y seguían una determinada cadencia, un ritmo. Y su voz rota no era del todo continua sino que fluctuaba, subía y bajaba. En su desvarío, estaba dirigiendo la orquesta que interpretaba la zarzuela, como hizo en su día para la grabación, veinte o treinta años atrás. Incluso intentaba canturrear la melodía, como hacía en ocasiones cuando estaba dirigiendo (y bien que lo criticaban sus detractores por ello).

Le he puesto las manos sobre los hombros y le he obligado a recostarse de nuevo. Le he aplacado el pelo, le he acariciado la mejilla. «Tranquilo, tranquilo», le he dicho. Sus ojos ni siquiera me encontraban. Entonces he notado que Tristán correteaba entre mis pies. Lo he subido a la cama y se ha puesto a lamer el rostro de su dueño, desde la barbilla hasta las sienes. Solo eso ha calmado a Esteban Walther. Su garganta ha dejado de hacer ruido y sus brazos han descansado sobre el colchón. Unos minutos después, cuando ha cerrado los ojos, Tristán y yo hemos salido del dormitorio.

Ha sido culpa mía, no tenía que haber puesto la música tan alta. Aunque también es cierto que Esteban Walther ha estado todo el día muy inquieto. Por la noche no ha comido apenas puré y me ha costado que se bebiera el zumo, ha tirado una parte. Es en el zumo donde le echo las gotas del sedante y es posible que por eso le haya hecho menos efecto y se haya despertado.

He contado este episodio, tan patético, tan triste, porque me ha parecido que tenía un lado bonito, no sé, o que se podía sacar de él una conclusión no tan desoladora. Me ha parecido que, a pesar de que tiene la cabeza completamente arrasada por la enfermedad y de que ya no habla ni reconoce a nadie, es hermoso que Esteban Walther aún posea ese impulso musical y que sea más fuerte que todo lo demás, más fuerte que el maldito alzhéimer.

En fin, es una tontería, pero igual que todo lo que he escrito en estos dos meses. Y quizá no esté del todo mal terminar así, con esta historia.

DOS

El invierno está siendo duro, especialmente lluvioso y frío. O ha llovido, o está lloviendo, o va a llover. Es raro el día en que no me duele el hombro. Incluso nevó un par de veces el mes pasado, una delgada capa de nieve que iluminó la ciudad durante unas horas con una luz gris y sucia. Imagino que a las personas que han crecido en el norte, acostumbradas a la lluvia y al frío, este tiempo no les afectará, pero a mí me provoca irremediablemente una tristeza negra. En un día como el de hoy, sin un minuto de sol y con este viento gélido, para mí todas las cosas están asociadas con la idea de la muerte: la espalda de un hombre por la calle, el sonido de una moto, este vaso. Aunque es cierto que los sucesos de los últimos meses no han ayudado a que tenga otro tipo de ideas, más alegres y optimistas, digamos.

Ramón se ha marchado de casa hace media hora, después de la cena y de que no me viera con ganas de acostarnos. Sé que se ha ido a regañadientes, lo conozco bien, pero ha tenido mucho cuidado de que no se le notara. Como siempre, no ha querido hacerme sentir mal. Si fuera por él, no se limitaría a pasar aquí dos o tres noches por semana -las que yo lo dejo- sino que se vendría encantado a vivir conmigo. Pero nunca me lo ha insinuado siquiera, tendría que ser yo quien se lo propusiera, y dudo mucho que llegue a hacerlo alguna vez. Pero es que hoy, después de varios meses, quería ponerme de nuevo a escribir, y no concibo hacerlo con nadie cerca, como tampoco concibo no hacerlo de noche. Será una manía. O una superstición.

Cuando ahora escribo «casa» ya no me refiero a la de Esteban Walther, sino a la mía. Desde que regresaron los filipinos ya no tengo que pasar las noches allí, ni encargarme de todo. De hecho, ahora no realizo demasiadas labores en la casa, lo cual es muy lógico: entré como chófer de Esteban Walther y luego fui además su secretario personal, pero él ya no necesita ni chófer ni secretario. Tendría que estar preocupado, tendría que pensar en mi futuro, pero sería una actitud egoísta por mi parte.

Durante estos meses, lo que más he echado de menos de escribir no ha sido contar historias, sino más bien el acto en sí de escribir, de teclear, casi diría la postura que tengo ante el ordenador: los diez dedos sobre el teclado, un vaso de whisky cerca, el silencio de la ciudad dormida a mi alrededor y toda la noche por delante. Qué más da el contenido, al fin y al cabo no estoy escribiendo para nadie.

Por desgracia me falta un elemento primordial de mis noches de escritura: Tristán. No está dormitando a mis pies ni mirándome desde abajo con sus ojillos escépticos, que parecían poner en duda mi

capacidad para escribir algo interesante (seguramente no le faltaba razón). Todas las tardes, cuando me voy de la casa de Esteban Walther, me despido de él con pena. ¿Lo tratarán bien los filipinos? Es absurdo que me lo pregunte porque sé de sobra que no. Muchas noches se olvidan de sacarlo a que haga sus necesidades (¿qué les costaría abrirle un minuto la puerta del jardín?) y cuando voy por la mañana me lo encuentro muy nervioso, temblando en la galería. Es un perro muy bien educado. Y cuando no se ha podido aguantar se queda cabizbajo y con las orejas lacias junto al lugar del crimen, no se aleja, como si estuviera avergonzado pero no quisiera eludir su responsabilidad ni que culpasen a otro. Es muy viejo ya, es un perro anciano, y no está bien que sufra así en sus últimos tiempos. Pero es inútil hablar de ello con los filipinos. En su país el perro no debe de ser un animal muy respetado, incluso me pregunto si no lo cocinarán. Podría buscarlo en internet. O mejor no.

Iba a escribir que es la una y cuarto de la madrugada, que hace unos días comenzó el mes de febrero, que estoy un poco cansado y que me duele el hombro, pero son informaciones irrelevantes y que no aportan nada. La semana pasada leí todo lo que escribí en otoño y me di cuenta de que cometo muchos errores. Por ejemplo, hablo todo el rato de lo que estoy bebiendo o de la hora que es, y se hace muy pesado. Esos datos no tienen interés ni siquiera para mí. De modo que, si sigo escribiendo, mañana o cuando sea, debería evitar esa clase de tonterías.

A pesar de todo, debo admitir que la lectura de lo que escribí en esos dos meses tan complicados (con los filipinos desaparecidos y yo un poco superado por la situación) no me ha resultado enteramente desagradable. Es por eso, supongo, por lo que estoy de nuevo aquí, escribiendo.

Intentaré ahora hacerlo mejor.

Si los filipinos no hubieran regresado de su país, ¿cómo habrían sido estas navidades? Hay personas que ni siquiera se preocupan por lo que les está pasando en el presente, o por lo que se les viene encima con toda seguridad, y sin embargo yo todavía me angustio por posibilidades que no se produjeron en el pasado y que ya jamás se producirán. La verdad es que no sé cómo me las habría arreglado estas navidades, sin los filipinos en la casa y con el patrono en Italia, de vacaciones con su familia. Siempre me consuela saber que Adrada está ahí para pedirle cualquier cosa o simplemente para hablar y que me tranquilice, pero no me habría atrevido a molestarlo en mitad de su viaje.

Desde luego habría tenido que pedir ayuda al menos el día de Reyes, habría tenido que buscar a alguien para que se quedara en la casa. Es muy probable que Mari Luz se hubiera prestado a venir, pero tal vez en esa fecha concreta estaba ocupada con sus sobrinos (a los que adora y de los que siempre está hablando).

Me cuesta creer que, en esta época difícil de su vida, Esteban Walther esté tan solo como parece. Alguno de sus grandes amigos, esos que en los buenos tiempos se presentaban en la casa con cualquier excusa, podría reconsiderar su decisión de desvincularse por completo de él. El escándalo está ahora algo más olvidado y su poder de manchar, de contaminar, es mucho menor. Ni siquiera tendría por qué enterarse nadie.

Pero no tiene sentido especular sobre unas navidades alternativas, unas navidades que no tuvieron lugar, porque el hecho es que los filipinos regresaron. Y lo hicieron tal y como se marcharon: por sorpresa, sin avisar, sigilosos e impredecibles. Fue el veinte de diciembre, cuatro días antes de Nochebuena. ¿Vinieron directos de su país o estuvieron en algún otro sitio? No se me ocurrió preguntárselo.

Desde que empezó a hacer más frío, decidí vestir a Esteban Walther en el cuarto de baño para que no se resfriara. Después de darle el desayuno lo llevaba al baño de la planta de abajo, que es el que está más caldeado gracias al viejo radiador de hierro fundido, y allí lo bañaba y lo vestía sin abrir la puerta ni una sola vez. Aunque a estas alturas de la enfermedad sería mucho más cómodo ducharlo que bañarlo, siempre recuerdo que a él le encantaba darse interminables baños y por eso sigo respetando su voluntad, a pesar de que ya no pueda imponerla, ni siquiera comunicarla. De todos modos, por las mañanas estaba bastante tranquilo, quizá aún adormilado por el

sedante de la noche, y podía manejarlo sin demasiados problemas. Si lo dejaba de pie o lo sentaba en un taburete él no se movía. Yo me quedaba todo el rato a su lado, vigilando para que no bebiera agua o se metiera espuma en la boca. Al principio me impactaba ver su cuerpo desnudo bajo la luz tan blanca del cuarto de baño, más delgado que antes pero además sin esa rectitud de la espalda que transmitía dignidad, nobleza, casi arrogancia (el alzhéimer también le quitó eso). Después me acostumbré y hasta descubrí una rara satisfacción en manipular ese cuerpo dócil e insignificante que sin embargo había dirigido a doscientas o trescientas personas con el simple movimiento de su brazo, sacando de ellas una música refinadísima y hermosa. Había sido un cuerpo poderoso y ahora estaba a mi merced, dependía por completo de mí.

Aquella mañana, la del veinte de diciembre, no me llevé toda su ropa al cuarto de baño, me olvidé el pañuelo para el cuello. No era imprescindible, podría haber ido a por él después, pero Esteban Walther estaba relajado dentro del agua, mirándose con fascinación las manos arrugadas, y pensé que en menos de un minuto me sería posible ir a su dormitorio y volver. ¿Qué le podría suceder en un minuto? Ni siquiera se daría cuenta de mi ausencia.

Me arrepentí unos segundos después, mientras subía las escaleras. Me imaginé que se deslizaba sobre el fondo de la bañera, su cabeza quedaba sumergida y él no era capaz de sacarla para respirar. Un minuto era tiempo suficiente para que se ahogara. También podría intentar salir del agua, resbalarse y romperse el cuello contra el lavabo o el inodoro. Pero me obligué a no alarmarme. Eso sí, fui todo lo rápido que pude y cogí el primer pañuelo que encontré en el cajón. A la vuelta bajé de tres en tres los peldaños de la escalera. Y en el centro del recibidor, donde sin duda no estaban treinta segundos antes, había dos maletas diminutas, idénticas, como de juguete. Frené en seco, me llevé la mano al pecho y no pude evitar soltar un grito. Los filipinos habían regresado.

Aunque los filipinos son misteriosos y sus actos resultan casi siempre impredecibles, algo he debido de aprender estos años de su comportamiento. Porque aquella mañana, paralizado delante de sus inquietantes maletitas, recuperándome del susto, supe con absoluta certeza dónde iba a encontrarlos. Volví al cuarto de baño y al empujar la puerta, en efecto, vi a Marco y a Erlinda al otro lado de una nube de vapor.

Ambos estaban doblados sobre la bañera, dándome la espalda, con los brazos sumergidos en el agua. Estaban haciendo mucho ruido y durante un instante se me pasó por la cabeza la idea de que estaban ahogando a Esteban Walther. Pero fue solo un pensamiento fugaz,

fruto del cansancio y del estrés que llevaba sufriendo demasiadas semanas. No, no estaban ahogando a Esteban Walther, estaban terminando de bañarlo. Sencillamente habían retomado su trabajo al minuto de regresar, como si no se hubieran ausentado más que una hora. Dentro de su singular lógica, que yo quizá empezaba a entender, su comportamiento tenía sentido, como también lo tenía que no me saludaran, que no me dieran explicaciones ni me preguntaran si podían terminar de bañarlo. Habían vuelto a la casa y se habían puesto a trabajar. ¿Qué otra cosa iban a hacer los filipinos? En un segundo, acababa de ser relevado de todas las funciones que había desempeñado sin ayuda durante meses. De hecho, ya no he vuelto a bañar a Esteban Walther ni una sola vez, ni le he dado de comer, ni lo he acostado en su cama, nada. Eso es trabajo de los filipinos.

Sin demasiadas esperanzas de que repararan en mí, ni mucho menos de que demostraran alegría por verme, me senté en el taburete y los observé durante unos minutos. En cierto modo yo sí me alegraba de verlos, he de reconocerlo. Sentí alivio de que estuvieran allí. A los filipinos se les pueden achacar muchos defectos, pero no cabe duda de que son trabajadores y no se quejan, de que hacen las labores hasta el final y parecen no agotarse nunca, y eso era lo que yo necesitaba. Pero también es cierto que al estar cerca de ellos después de mucho tiempo recuperé la desapacible sensación que siempre me producen. Es una especie de desconfianza, no sé, o de incertidumbre, como si el incomprensible mecanismo que los mueve pudiera desviarse en cualquier momento y entonces ellos pudieran comenzar a hacer tareas absurdas con su acostumbrada eficacia: darse cabezazos contra una pared, o pasar la fregona por un sofá, o meter manzanas en la lavadora, algo así. Es una sensación, nada más, pero delante de ellos nunca me abandona. No obstante, su aspecto y su ropa no ayudaban a disminuir mi desconcierto.

Para empezar, el color de su piel no era exactamente el mismo que tenían antes de irse, ya de por sí particular. Había cambiado hacia un verdoso pálido, amarillento, como de vientre de lagartija muerta, o como si hubieran tomado muchísimo el sol varias semanas antes y ahora estuvieran perdiendo el bronceado, destiñéndose. Las fibrosas pantorrillas de Marco tenían un matiz tornasolado y lanzaban suaves destellos rosas y azules, como una mancha de aceite flotando en el agua. ¿Pero por qué podía ver yo las pantorrillas de Marco? Esa es otra: la ropa que vestían. Marco llevaba un pantalón corto ceñido de color naranja y una camisa de cuello aflamencado cubierta por un jersey de nudos. ¿Qué hacía con pantalón corto en pleno diciembre, a pocos días de las navidades? Esta indumentaria confirmaría que habían venido directamente de su país (si es que en Filipinas hace calor en diciembre, suposición que acaso he hecho demasiado

alegremente). Por su parte, Erlinda llevaba un vestido de fiesta como de los años setenta, con falda hasta media pierna y muchos volantes de raso. Ambos calzaban zapatillas de esparto de tela rayada, muy inadecuadas para el frío y, en el caso de ella, absolutamente incongruentes con el vestido.

Cuando acabaron de lavarle el pelo (con menos cuidado que yo, debo decir, pues a Esteban Walther le entró champú en los ojos y se quejaba con unos gruñidos), Marco lo puso de pie en la bañera y Erlinda se giró para coger el albornoz. En ese momento me miró y yo diría que mantuvo sus pupilas en mí medio segundo. Después dijo claramente mi nombre, pero estaba dentro de una frase en su idioma que le dirigió a Marco. (Por cierto, desde que regresaron de su país hablan en su idioma mucho más que antes. Si conmigo apenas hablan y a Esteban Walther le da igual lo que le digan, ¿por qué no van a hablar entre ellos en su idioma? No me parece mal.) Erlinda descolgó el albornoz pero después se paró y se volvió de nuevo hacia mí, como si se hubiera acordado de algo. Sus ojos blanquísimos me produjeron escalofríos mientras caminaba hacia mí. Entonces, con un movimiento rápido de la mano que no sostenía el albornoz, me arrebató el pañuelo, que yo había olvidado que tenía agarrado. Comprendí que no tenía ya nada que hacer allí, que estorbaba, de modo que me levanté y salí del cuarto de baño después de pronunciar un tímido «hasta luego».

Una persona más orgullosa que yo a lo mejor se habría enfadado o resistido, habría reclamado algún reconocimiento por el trabajo abnegado de los meses anteriores. Pero no se me pasó por la cabeza, me dio lo mismo. Es más: me sentí aliviado, repito. Los filipinos habían venido a relevarme de un trabajo bastante penoso. Y recuerdo que pensé que el pañuelo de Esteban Walther había sido como ese cilindro que se van entregando sucesivamente los atletas de una carrera de relevos. Yo acababa de dárselo a Erlinda, a los filipinos, y podía dejar de correr después del enorme esfuerzo y descansar al fin.

Siempre que ocurre algún cambio importante me quedo bloqueado y no sé qué hacer, necesito que otra persona me oriente (por eso no podría ser el jefe de nadie, nunca he sabido dar órdenes). Aunque el regreso de los filipinos supusiese un enorme alivio, también me provocó una sensación de vértigo. En estos casos lo primero que pienso es en llamar al patrono. Y eso hice. Marqué su número mientras me dirigía al salón.

-¡Hombre, Fernando! Precisamente me he acordado de ti hace un momento.

-Hola, Adrada. ¿En serio?

-Sí. Es que… verás. Mi cuñado está pensando en comprarse un coche y resulta que es ecologista. En fin, uno no elige a la familia

política. Y, claro, ha estado mirando coches híbridos. Quería preguntarte qué te parecen a ti.

-Pues… La verdad es que no he conducido ninguno. Pero bueno, hay muchos taxis híbridos y los taxistas no son tontos, hacen muchísimos kilómetros a diario. Suelen ser japoneses y los coches japoneses son muy fiables, tienen muy pocas averías.

-Sí, sí. ¿Pero qué te parecen a ti?

-Ya te he dicho que no…

-Venga, no te hagas el diplomático.

-Yo soy más bien clásico, Adrada, ya lo sabes. Ni siquiera soy muy partidario de los motores turboalimentados, así que imagínate. Siempre preferiré un motor atmosférico. Me encanta cómo respiran al acelerar.

-Cómo respiran…

-Pero supongo que los híbridos son buenos coches. Seguro que sí.

-Hombre, gastan y contaminan menos.

-Sí, eso sí. Pero digo yo, aunque no quiero meterme donde no me llaman, digo yo que si tu cuñado es ecologista tal vez lo que debería hacer es no comprarse ningún coche, ¿no? Ir en bicicleta a todos los sitios.

Aquí Adrada lanzó una carcajada.

-Todos tenemos nuestras contradicciones, Fernando, pero los ecologistas tienen unas cuantas más que las personas normales. Pero perdona, que te he soltado el rollo de mi cuñado y no te he dejado hablar. Dime qué querías. ¿Esteban se encuentra bien?

-Sí, sí. Ningún problema.

Después de colgar, cuando me puse a darle vueltas a la conversación, me reproché haberle contado lo de los filipinos de la manera en que lo hice, con una pregunta que casi sugería la respuesta y que no me permitió deducir si el patrono poseía información al respecto. Tenía que habérselo contado de la manera más simple y haber estudiado su reacción. Pero no, se lo planteé como si fuera una adivinanza, torpemente:

-¿A que no sabes quiénes han regresado?

¿Cómo no iba a adivinarlo el patrono? ¿A quién más me podía estar refiriendo? Creo que es significativo que Adrada contestara a mi pregunta especialmente rápido (¿como si ya lo supiera?):

-Los filipinos.

-Exacto.

-¡Vaya! A tiempo para la Navidad.

-Han aparecido hace diez minutos. No me ha dado un ataque al corazón de milagro. ¿Por qué hacen los filipinos las cosas que hacen? ¿Tú crees que disfrutan?

-Ya sabes cómo son.

-Llevan una ropa estrambótica y creo que han tomado demasiado el sol en su país. O quizá se han intoxicado con algún alimento. Tienen un color de piel extrañísimo, como enfermizo.

-Bueno, pero ya están allí. Ya no tendrás que hacerlo tú todo. Tengo la impresión, Fernando, de que has estado más agobiado de lo que me decías.

-Estoy contento de que hayan vuelto, la verdad.

-Y además han llegado en el momento perfecto, justo antes de las navidades… -El patrono carraspeó-. No te lo dije la última vez, pero estas fiestas me iré con mi familia a Italia. Hasta después de Reyes. Hace tiempo que se lo había prometido a mi mujer. Ahora me quedo más tranquilo sabiendo que estaréis los tres en la casa. Mucho más tranquilo.

-Oh. Pues… que disfrutéis mucho por Italia.

-Gracias, Fernando. Oye, te dije que me pasaría por la casa antes de navidades, ¿recuerdas? Para recoger ese cuaderno en el que Esteban estuvo escribiendo poco antes de enfermar. El cuaderno con sus memorias o lo que fuera.

-Claro que lo recuerdo.

-¿Lo tienes localizado?

-Sí, lo encontré en la habitación de los archivadores y lo tengo guardado.

-Perfecto. Pues guárdalo un poco más porque no podré ir por la casa antes del viaje. Me pasaré por ahí cuando vuelva de Italia, ¿de acuerdo?

-Cuando quieras.

-¿Lo has hojeado?

-¿El qué?

-El cuaderno.

-No, por supuesto que no.

-Vale, vale. ¿Querías decirme algo más, aparte de lo de los filipinos?

-No, solo eso.

-Muy bien. Salúdales de mi parte, yo lo haré a la vuelta. Y haz el favor de descansar. Tómate unos días, todos los que quieras. Lo necesitas, Fernando, y lo tienes más que merecido.

-Ya veré.

-Hazme caso. Y ánimo con lo de tu hermano. Si hay alguna novedad no dudes en llamarme, aunque esté en Italia. Para eso o para cualquier otra cuestión. ¿De acuerdo?

-Sí.

-Bueno. Un abrazo fuerte, Fernando.

-Otro. Y… ¡buen viaje!

Qué difícil es saber por qué la gente hace las cosas que hace. Y ahora no me estoy refiriendo a los filipinos, ellos son un caso aparte. Me refiero al patrono. Nada más colgar el teléfono tuve la confusa sensación, que creció en mi pecho como una leve molestia semejante al flato, de que Adrada no había sido del todo sincero conmigo, de que ya sabía que los filipinos iban a regresar esa mañana. No había una causa concreta y única que sostuviera mi hipótesis, sino una serie de indicios tenues que terminaban formando una causa.

Desde luego, a mi entender no se mostró lo suficientemente sorprendido por el regreso de los filipinos, después de varios meses de ausencia y de no saber nada de ellos (pero era yo el que no había sabido nada de ellos, puede que el patrono sí: esta es precisamente la cuestión). ¿Y por qué me habló del coche de su cuñado antes de que yo le dijera para qué lo llamaba? Adrada es una persona muy educada y atenta, que sabe cómo comportarse en cada momento, y ese no es su estilo. Creo que al sacar el tema de su cuñado pretendía despistarme, hacerme creer que tenía la mente puesta en un tema ajeno por completo a los filipinos. Después, por supuesto, estaba su rápida contestación a mi pregunta: «¿A que no sabes quiénes han regresado?». Quizá pensó que quedaría sospechoso si no contestaba a esa pregunta tan obvia con la verdad, y por eso lo hizo rápido, acaso demasiado rápido: «Los filipinos». Un asesino no niega haber conocido a su víctima, sino que lo admite de inmediato para añadir a continuación que la noche del crimen se encontraba en otro lugar.

Pero el indicio más fuerte es el viaje a Italia con su familia. Sobre él he hecho muchas especulaciones, todas igual de inútiles. Por eso digo que es muy difícil saber por qué la gente hace las cosas que hace. Seguramente ni nosotros mismos, antes de hacerlas, lo sabemos.

¿Por qué Adrada no me había hablado de ese viaje? ¿Por qué me lo mencionó solamente después de que yo le anunciara el regreso de los filipinos? Un viaje así no se organiza de la noche a la mañana, hay que contratarlo con semanas de antelación, puede que más de un mes. Y en el mes anterior a esa llamada hablé con el patrono más de una vez, por ejemplo por el asunto del cuaderno, y no me dijo nada. No me puedo creer que Adrada, casi el único apoyo incondicional de Esteban Walther en este trance, planeara marcharse del país todas las navidades dejándome solo en la casa. O estoy muy equivocado o él sabía con bastante antelación que los filipinos regresarían a España antes de las navidades, a tiempo para marcharse él de vacaciones a Italia.

Sin embargo, todos estos tenues indicios me conducen a una pregunta desconcertante y sin salida: ¿Por qué iba a ocultarme el

patrono la llegada de los filipinos? ¿Para qué? ¿Con qué intención? Esta duda anula todas las demás y me deja en el mismo punto del principio. Porque si el patrono es tan atento y educado como creo, nunca me ocultaría a mí algo así. Por lo tanto… Por lo tanto, nada. No puedo saber por qué el patrono hizo lo que hizo, como no se puede saber de nadie. Estoy escribiendo por escribir, porque me gusta simplemente teclear, los dedos sobre el ordenador y el vaso de whisky cerca. No voy a decir qué hora es, a quién le importa la hora que es.

La mañana en que regresaron los filipinos Tristán no apareció hasta unos segundos después de colgar yo el teléfono. Salió tímidamente de debajo del sofá del salón, con el rabo caído y los ojos suspicaces. Es muy probable que hubiera visto entrar a los filipinos o que hubiera visto sus maletas. O le bastó con percibir su olor. En cualquier caso se había escondido debajo del sofá, se había refugiado allí. Tal vez su instinto le hizo vislumbrar el futuro que le esperaba con los filipinos. Pobre Tristán. Le puse la correa y lo saqué a dar un largo paseo.

Los filipinos habían vuelto por fin y era la primera vez después de varios meses en que yo estaba relajado, desentendido, en paz, sin la lucecita roja de Esteban Walther parpadeando incesantemente en mi cerebro.

Después de muchos días de frío y de lluvia, hoy el cielo ha amanecido despejado. Y esta mañana, mientras conducía mi coche hasta el trabajo, sin creerme que no me doliera el hombro cada vez que cambiaba de marcha, he pensado que podía sacar a Esteban Walther al jardín en cuanto los filipinos lo vistieran y esperar la llegada de Violeta tomando un poco el sol.

No sé a qué hora habrá dejado de llover esta madrugada, pero antes de las nueve de la mañana las aceras y el asfalto de las calles estaban completamente secos, como si no hubiera caído una gota de agua en varias semanas. Nos acostumbramos a una determinada situación y no somos capaces de imaginar el cambio, pero cuando de repente este se produce lo que nos cuesta es recordar cómo era la situación anterior, la que nos parecía interminable. (Hablo de la lluvia y del sol, pero también de mí y de los filipinos en la casa, antes y después de que regresaran de su país.) Más tarde, en el jardín, sí había restos de lluvia: gotas gordas como cristales sobre las plantas suculentas, el brillo de barniz fresco de las hojas del naranjo, los troncos empapados y más oscuros de los rosales, el tintineo del agua del tejado en los canalones de latón.

Violeta es la neuróloga de Esteban Walther. Trabaja en la clínica de Álvarez de Medinaceli, el médico que diagnosticó su «demencia sobrevenida» y que fue atacado por todo el mundo. La recomendó él mismo. Viene cada dos o tres semanas para hacerle un pequeño examen (que a mí se me antoja una pantomima, aunque qué sabré yo de esas cosas) y para traer las medicinas que se está tomando, así no tenemos que ir a comprarlas a la farmacia. Supongo que es un servicio que se inventan las clínicas caras para justificar el dinero que cobran. Aunque ella, Violeta, no tiene la culpa. Ella es muy maja y agradable.

Tristán estaba contento cuando he entrado en la casa, así que los filipinos se acordaron anoche de sacarlo para que hiciera sus necesidades. Ha salido a recibirme a la galería, me ha lamido los cordones de un zapato y después me ha guiado moviendo el rabo hasta el salón, donde se encontraba Esteban Walther sentado en el sofá, ya vestido y con el pelo un poco mojado por el baño. Cuando me he puesto delante de él ha parpadeado por el susto, pero luego sus pupilas no me han seguido. Tenía la mandíbula descolgada y se la he cerrado con el dorso de la mano. En ese momento ha entrado Marco al salón y le he dado los buenos días, que él ha contestado con un escueto «hola». Le he dicho que iba a sacar a Esteban Walther al jardín para tomar el sol y esperar allí a la neuróloga, pero que antes subiría a

su habitación para abrigarlo bien y secarle el pelo. Marco ha murmurado algo, seguramente en su idioma, y ha abierto la vitrina para coger el samovar. Lo abrillantan todos los meses a pesar de que ya no se usa.

Esteban Walther camina más o menos bien todavía y sube escaleras, pero por supuesto tienes que marcarle tú el camino, él no va a ningún lado. En un plazo que desconocemos y que la neuróloga no es capaz de precisar, o no se atreve, dejará de caminar. Adrada ha hablado de poner un ascensor en la casa. Yo sugerí instalar su dormitorio en una de las habitaciones de la planta baja. Arriba, en su vestidor, después de secarle el pelo, he buscado entre sus abrigos y he elegido uno largo de piel de camello. Está un poco pasado de moda, le da un aire de mafioso de película, pero es el más caliente de todos. Iba a elegir también una bufanda de las suyas, innumerables y preciosas, pero me he acordado del regalo que le hizo Mari Luz estas navidades.

Ella ha sido la única persona que nos ha visitado durante las fiestas. Vino la mañana del veintiuno de diciembre y casi se disculpó por molestarnos. Creo que piensa que Esteban Walther sigue estando tan solicitado como en los buenos tiempos. Yo no hice nada para hacerle comprender la verdad: que está solo, que sus amigos lo han abandonado. Trajo sus regalos de siempre: un frasco de colonia barata (en esta ocasión, la que promociona un cantante pop de pelo ensortijado) y una bufanda marrón de tela escocesa. Pero hubo un tercer regalo, muy desconcertante: un billete de lotería. Esos regalos terminaban antes en mi casa, Esteban Walther me los daba con algún comentario irónico (y sin embargo cariñoso) sobre Mari Luz, pero ahora ya no puede hacerlo.

Mari Luz estuvo dos horas en la casa, tomando el té, hablando conmigo y hablándole también a Esteban Walther mientras le acariciaba la cara y las manos. Me contó que se ha quedado sin trabajo y alguna historia sobre sus sobrinos que no recuerdo. Tiene absolutamente idealizada la época en la que trabajó para la Fundación. Me dio una batería de besos en cada mejilla y se marchó con lágrimas en los ojos. Por cierto, acabo de recordar que no miré si el billete de lotería resultó premiado.

Él nunca se habría puesto una bufanda así, o como mucho para hacer una broma o imitar a alguien en una fiesta en la que hubiera gente pendiente de él. Entonces, ¿por qué se la he puesto esta mañana? No hace falta que diga que no ha sido para burlarme de él ni para humillarlo. Tampoco lo he hecho para reivindicar las buenas intenciones de Mari Luz, ahora que Esteban Walther ya no puede ser irónico respecto a sus regalos. ¿Por qué, entonces? A ver. He sentido que si le ponía una de sus caras y bonitas bufandas, con las que acudía a una cena con personas famosas o a una de sus citas nocturnas,

estaría intentando olvidar su triste situación actual, estaría ocultándola. No lo estaría vistiendo, sino que de algún modo lo estaría disfrazando de Esteban Walther, igual que si me pusiera yo la bufanda y después copiara su peculiar forma de hablar. He sentido que eso sí sería una burla. Suena extraño, no sé. Por otro lado, la tela escocesa de color marrón combinaba bien con el abrigo de piel de camello, y esto él lo habría apreciado.

Tengo que admitir, no obstante, que lo de la colonia ha sido una pequeña tontería, no lo he pensado demasiado. Al abrir la bolsa con los regalos de Mari Luz para coger la bufanda, he visto también la colonia y he destapado el frasco. Lo he olido y sin mala intención le he echado un poco a Esteban Walther, muy poco en realidad. No creo que se hubiera enfadado, pese a que todos los años le enviaban desde París una colonia carísima que elaboraban especialmente para él. Con el abrigo de piel de camello y la bufanda de cuadros escoceses, hemos salido al jardín a esperar a Violeta. Tristán ha venido con nosotros, cómo no.

Antes he escrito que Esteban Walther todavía puede caminar y hasta subir escaleras (por supuesto con una persona que lo guíe), pero también es cierto que se cansa pronto, se impacienta al no saber hacia dónde se dirige. Empieza a respirar rápido y aprieta los puños. A veces tengo miedo de que afloje las rodillas y se deje caer. Así que he sacado al jardín una de las sillas del comedor y la he ido desplazando con antelación a los puntos en los que después parábamos para que él descansara. La primera parada ha sido la glicinia.

Las plantas del jardín estaban relucientes, lavadas por tantos días de lluvia, y los colores eran más oscuros e intensos. El césped se notaba mullido bajo los pies pero no había barro. Cuando llevo a Esteban Walther cogido del brazo él responde a cada presión de mis dedos y me acompaña automáticamente, siguiendo un instinto que la enfermedad no ha conseguido borrar, no todavía. Caminamos despacio, él arrastra un poco los pies, pero no hay ninguna prisa. Procuro llevarlo a sitios o ante objetos que antes conocía bien y que le gustaban, para ver si despiertan una chispa en su cabeza. Por eso lo he puesto delante de la glicinia y lo he sentado en la silla, que había llevado hasta allí unos minutos antes. Tristán se ha tumbado entre sus pies.

Ahora que Marco está más atareado cuidando de Esteban Walther y que yo casi no tengo que hacer de chófer, las tareas del jardín han recaído en mí. Yo no sabía mucho de plantas, lo que aprendí de los huertos que había en mi pueblo (tomates, pimientos, patatas, calabazas), pero me he dado cuenta de que no hay demasiada diferencia. Y cuando tengo alguna duda se la consulto a Marco. Creo que el de jardinero era su trabajo original, aquel por el que lo

contrataron: él para el jardín y Erlinda para la cocina.

Podé la glicinia hace un par de semanas (siguiendo las instrucciones de Marco, que no hablaba demasiado y más bien me indicaba por gestos) y el aspecto que tiene ahora es el menos espectacular de toda la temporada, el más pobre: una maraña de troncos que trepa por la fachada como una monstruosa salamanquesa. Quiero decir que si hubiera estado cargada con sus racimos malvas, como lo estará dentro de unos meses, tal vez Esteban Walther habría reaccionado ante ella de alguna forma. Pero no ha sido así. Después de esos minutos de descanso, lo he levantado de la silla y lo he dejado de pie mientras yo llevaba la silla hasta el sauce. Tristán no se ha movido de su lado, como si lo vigilara para que no le sucediera nada malo.

Las siguientes paradas han sido en el sauce, donde le he tenido que aflojar la bufanda porque estaba sudando, después en el macizo de lilos, y cuando íbamos de camino a los rosales se ha abierto la cancela del jardín y ha aparecido Violeta. Sonreía con una mezcla de timidez y optimismo que me ha puesto de buen humor al instante. Sin duda es una chica inteligente. Pero creo que antes de hablar de Violeta voy a contar cuáles son las labores que desempeño en la casa desde que regresaron los filipinos.

Nadie me ha dicho lo que tengo que hacer, ni Adrada ni los filipinos, y soy yo quien me busco las tareas, me las invento. Pero debo decir, con franqueza, que son necesarias, que si no las hiciera se generarían problemas que luego habría que solucionar pagando a alguien, gastando dinero. Todavía soy útil aquí. Si en algún momento me percato de que ya no lo soy, y aunque nadie me lo pida, me iré.

Aparte del jardín, me encargo del mantenimiento de la casa (reparaciones eléctricas, fontanería, calefacción) y por supuesto de los dos coches, que están en perfecto estado: se podría salir con cualquiera de ellos cuando se quisiera (y modestamente creo que es meritorio con el viejo y latoso Jaguar). Cuido de Tristán, lo llevo al veterinario, compenso la irritante dejadez de los filipinos con él. Ayudo en las operaciones más costosas de Esteban Walther, por ejemplo cuando hay que cargar con él o cuando está más inquieto y hay que sujetarlo con las correas. De mis anteriores funciones, las de chófer y secretario, aún realizo alguna que otra tarea. Dos veces a la semana Marco y yo vamos en coche al supermercado para comprar las cosas que Erlinda necesita para la casa, comida y todo lo demás, y no es raro que nos pasemos también por la ferretería o la tienda de electricidad. Cuando Esteban Walther tiene alguna revisión en el hospital o tiene que someterse a alguna prueba, obviamente soy yo quien conduce el Audi.

De las tareas de secretario ya solo me encargo del correo, bastante escaso en comparación con el que se recibía antes. Son casi todo

facturas y cartas de empresas, emitidas de manera automática por un ordenador. Ya nadie escribe deliberadamente en un sobre el nombre maldito de Esteban Walther. Aunque ahora recuerdo que estas navidades recibimos varias tarjetas de felicitación. Algunas venían del extranjero, de instituciones que no se enteraron del escándalo o que olvidaron eliminar su nombre de la lista de envíos. Otras eran de aficionados a la música para quienes el escándalo no ha empañado el trabajo de Esteban Walther durante décadas. Y después, sorprendentemente, llegó una tarjeta navideña de la aristócrata andaluza que donaba dinero a la Fundación todos los años, la que, cuando Esteban Walther fue detenido, exigió que se le devolviera de inmediato su última aportación. Hace tiempo que no hojeo una revista del corazón, pero creo recordar que esta mujer también estaba empezando a sufrir alzhéimer. Esta será la causa. De todos modos, apenas se entendía el mensaje escrito en la tarjeta, eran unas líneas temblorosas que manchaban el reverso de una foto de sus odiosos perros de aguas vestidos de Reyes Magos.

Llevo todo el día pensando por qué me ha provocado una sensación tan diferente (buena, muy buena) la visita de Violeta de esta mañana. Delante de Ramón, mientras cenábamos, incluso notaba dentro de mí un ligero remordimiento, como si le hubiera sido infiel en alguna medida y debiera confesárselo. He llegado a la conclusión de que me ha influido el tiempo que hacía. Después de tantas semanas desapacibles, dominadas por un clima negro que me ha dejado deprimido y exhausto, cualquier persona rodeada por la luz que había esta mañana en el jardín habría despertado mi instantánea simpatía. Aunque también es verdad que la frase que ha dicho al cerrar la cancela, con esa voz alegre y musical que tiene, era objetivamente optimista: «No puede pasar nada malo». Una luz muy clara y azul la iba alumbrando mientras se acercaba a nosotros, como si fuera un foco de teatro. No lo suelo pensar de una mujer, y de Violeta no lo había pensado hasta hoy, pero al verla venir me he dicho que era muy guapa.

Tendrá alrededor de treinta y cinco años. Es casi tan alta como yo y su cuerpo es delgado y fibroso (estoy seguro de que practica algún deporte, apostaría a que ciclismo, pero nunca me atreveré a preguntárselo). Tiene un mentón anguloso y marcado, quizá un poco masculino, pero hará que su rostro mantenga el carácter dentro de quince o veinte años; entonces, seguirá siendo una mujer guapa. Camina con la espalda muy recta, casi arqueada hacia atrás, y sus brazos y sus piernas se mueven con mucha suavidad, o más bien lentitud, como si estuvieran debajo del agua y tuvieran que vencer una mayor resistencia. Aunque la ropa que llevaba hoy la tapaba bastante (un traje de chaqueta y un abrigo de paño que no se ha

quitado, pues no hemos llegado a entrar en la casa), sé por otras veces que sus pechos no son grandes ni tampoco medianos, digamos. ¿Pero por qué escribo esto? A Ramón le haría mucha gracia descubrir que ocupo mi cabeza con estos pensamientos. Pues eso, que los pechos de Violeta son pequeños, aunque yo no tenga ninguna preferencia al respecto. Ahora no sabría decir si sus ojos son verdes o azules, pero poseen esa típica profundidad de los ojos claros, que cuando se posan sobre ti parece que captan más información. De todos modos, a lo largo de mi vida me he cruzado con muchos estúpidos con los ojos claros. Pero no es el caso de Violeta, en absoluto. ¿Qué más? Bueno, su nuca. Aunque de su nuca hablaré luego.

Pero vuelvo atrás. Esteban Walther y yo estábamos caminando desde el macizo de lilos hacia los rosales cuando la cancela del jardín se ha abierto y ha entrado Violeta. Tristán le ha lanzado un ladrido de alegría, a él también le cae bien. La neuróloga nos ha mirado con sus ojos claros (verdes o azules), ha echado un vistazo al jardín y después ha dicho: «En un día tan bueno como este, con este sol, no puede pasar nada malo, ¿verdad?». Y a mí me ha alegrado la mañana, me ha alegrado todo el día. No puede pasar nada malo: a ver si me lo repito más a menudo.

-Buenos días, señor Walther. Buenos días, Fernando. ¡Hola, Tristán!

A Esteban Walther le ha apretado el brazo, a mí me ha dado la mano, sonriéndome y mirándome a los ojos, y a Tristán le ha rascado detrás de la cabeza.

-Habéis tenido una muy buena idea saliendo al jardín. Al sol casi hace calor.

Violeta nos habla como si las decisiones las tomáramos entre los tres, por consenso, Tristán incluido.

-Sí, pero ya íbamos a volver dentro.

-Por mí no hace falta. Puedo examinar al señor Walther aquí mismo. Aunque… ¿me harías el favor de llevar esa silla a la sombra, Fernando?

-Cómo no.

He ido a por la silla y la he llevado hacia la amplia sombra que proyectaba la casa. La he asentado sobre una zona plana del césped y he clavado un poco las patas para que se mantuviera estable. Mientras, Violeta ha cogido a Esteban Walther del brazo y lo ha guiado. Le iba hablando al oído. Creo que le ha piropeado el abrigo de piel de camello. Y en un determinado momento ha soltado una risa corta y cristalina, que no se me ocurre calificar de otra manera que de luminosa (el sol lo inundaba todo esta mañana, se filtraba por las rendijas de todas las cosas).

Cuanto Esteban Walther está tranquilo, y esta mañana lo estaba,

obedece con docilidad a las indicaciones y maniobras que se le hacen, como si las comprendiera (aunque Violeta opina que no hay que descartar esa posibilidad). Yo diría que con la neuróloga es más obediente que conmigo. Se ha sentado a la primera, no se ha resistido a que le desabrochara el abrigo y en su boca había una especie de sonrisa. Ella ha abierto su maletín, ha sacado de él una serie de objetos (entre ellos, ese martillito de goma para golpear en la rodilla) y después ha depositado el maletín en el suelo. En esa zona de sombra la hierba estaba húmeda, todavía no le había dado el sol, así que me he agachado para levantar el maletín: «Se te va a mojar. Yo te lo sujeto».

No es que desconfíe del trabajo de la neuróloga ni de su profesionalidad, ya he dicho que me cae muy bien, además Álvarez de Medinaceli la puso por las nubes, pero me pregunto qué es lo que se supone que podría detectar en las pruebas que le hace a Esteban Walther cada vez que viene a casa. Entiendo que es un sencillo examen rutinario, las pruebas importantes las llevan a cabo en la clínica, y entiendo también que sus visitas servirán como una medida de apoyo a los cuidadores de los enfermos, para que sepan que no están solos (yo desde luego lo agradezco). Pero debo decir que me cuesta presenciar esas pruebas y no pensar que son una pantomima (escribo esto desde el respeto y desde mi inmensa ignorancia). Esta mañana, como tenía que sostener el maletín, he permanecido muy cerca, justo al lado de la silla, justo al lado de Violeta.

Hasta hoy nunca había prestado mucha atención, pero supongo que la neuróloga seguirá siempre el mismo procedimiento. A mí me recuerda a lo que hacen los curas durante la misa o cuando bendicen algo, esos movimientos muy precisos de los dedos que solo ellos entienden y con los que salvan a un moribundo de la condenación eterna o bautizan a un niño. De hecho, el martillito de goma se parecía a ese sonajero de metal (¿cómo se llama?) con el que los curas esparcen el agua bendita. Creo que al párroco de mi pueblo no le gustaría que dijera estas cosas.

Le ha observado los ojos con una linterna muy fina. Le ha cogido la cabeza y se la ha girado en diferentes ángulos. Ha hecho sonar un diapasón junto a sus oídos, lo que ha provocado que Esteban Walther se asustara. Le ha desabotonado la camisa y sobre la piel del pecho le ha marcado unas rayas con la uña del dedo pulgar (ahí he echado de menos que bisbiseara una oración). Por último, Violeta se ha acuclillado con el martillito de goma en la mano. Sin embargo, los pies de Esteban Walther estaban apoyados en el suelo y ella ha tenido que meter su puño debajo de la pierna para que esta quedara colgando y poder comprobar los reflejos de la rodilla. Antes he dicho que hablaría más tarde de su nuca. Pues bien, ahora.

La neuróloga llevaba hoy el pelo recogido en una coleta. No era una coleta recta, no le colgaba justo detrás de la cabeza, sino hacia un lado, detrás de la oreja izquierda. La coleta le pasaba por encima del hombro y le caía a lo largo de la solapa del abrigo, como si fuera la cola de un animal muy suave y pacífico, un castor o algo así. La cuestión es que desde mi perspectiva, de pie a menos de un metro de distancia, sosteniendo el maletín como un imbécil, he dejado de ver la coleta cuando ella se ha acuclillado. Solamente veía la parte derecha de su cabeza, que parecía la cabeza de una persona con el pelo corto, incluso muy corto. Con ese lateral despejado, sin el estorbo de la coleta, la piel de su nuca captaba la luz de la parte soleada del jardín y brillaba dentro de la sombra en la que estábamos metidos. La protuberancia del final de la nuca, tensa como el nudo de un árbol, tenía un tono sonrosado y pálido… En fin, no sé qué me ha sucedido.

La imagen de su nuca, que estoy viendo ahora mismo sin necesidad de cerrar los ojos, me ha tenido toda la tarde y toda la noche obsesionado. ¿Me había pasado esto antes con una mujer? Quizá en la adolescencia, antes de los quince. ¿Pero qué ha sido exactamente? Aunque muy flojo y sin consecuencias, y centrado únicamente en su nuca, lo cual es bastante ridículo, yo diría que he sufrido una especie de pequeño enamoramiento, microscópico. Ya está. Y estoy seguro de que mañana se me habrá pasado.

Después de que la pierna de Esteban Walther haya reaccionado con la correspondiente sacudida al martillo de goma (si esto no se hubiera producido, ¿qué habría significado?), Violeta se ha erguido de nuevo. Su cabeza, al cambiar de ángulo con respecto a mí, ha vuelto a tener el pelo largo. Y su nuca ha dejado de brillar, como si la hubieran apagado.

Mientras ella guardaba sus instrumentos he seguido sosteniendo el maletín. Después se lo he devuelto y ella me ha dado una bolsa de papel con las medicinas de Esteban Walther. Y entonces Violeta ha hecho algo que no había hecho nunca, y es posible que esto haya influido también en la grata sensación -enamoramiento lo he llamado, exagerando mucho- que me ha quedado tras su visita: me ha tocado. Antes de hoy, y más allá de estrecharme la mano al saludarnos, no me había tocado nunca, o solo roces casuales. Me ha rodeado el antebrazo con sus dedos, me ha mirado a los ojos y me ha preguntado:

-Y tú, Fernando, ¿qué tal estás?

La verdad es que no recuerdo lo que le he contestado. Que me encontraba bien, supongo, que todo estaba correcto, algo así. Siempre contesto lo mismo, nunca hablo de mí por muy mal o por muy bien que esté. Y enseguida ella se ha despedido de nosotros y se ha marchado. Pero quiero centrarme en su pregunta y en el gesto inusual de tocarme, de rodearme el brazo con sus dedos, como si temiera que

me fuera a escapar (no me han faltado ganas). Estoy convencido de que no ha sido una pregunta retórica. Retórica ha sido mi respuesta, pero no su pregunta. Es decir, que la neuróloga estaba interesada sinceramente en mi estado. ¿Por qué? La única razón que se me ocurre es que se haya enterado de lo de mi hermano, que alguien se lo haya dicho, y haya querido transmitirme su apoyo y su afecto, a pesar de lo poco que nos conocemos. ¿Pero quién ha podido contarle lo de mi hermano?

Lo cierto es que me ha dado un poco de vergüenza que esta mujer, la neuróloga, se preocupara por mí, pensara en mí al margen de Esteban Walther. En mí no tendría que fijarse nadie. Pero también es cierto que me ha gustado el detalle, lo admito. Violeta es una persona muy agradable.

Antes de marcharse ha jugado unos segundos con Tristán, que se ha puesto panza arriba, el muy tunante. Luego le ha abrochado a Esteban Walther un botón del cuello y a mí me ha dado la mano.

El abrigo de la neuróloga era de color verde, bastante oscuro, y mientras se alejaba a través del jardín sus faldones aleteaban a la luz del sol, esa luz tan especial que había esta mañana. El efecto producido era semejante al de la cámara lenta de una película, un movimiento pausado y majestuoso… Qué cosas escribo: majestuoso. Mañana se me habrá pasado.

Cuando pienso en mi último encuentro con el patrono, hace aproximadamente un mes, pocos días después de que regresara de Italia, la primera imagen que me viene a la cabeza es la de su mano derecha posada sobre el cuaderno de Esteban Walther y tamborileando sobre él con los cinco dedos. Bueno, con cuatro dedos y con el muñón del anular. Sobre la cubierta del cuaderno, que está decorada con hojas y con flores como si fuera la vidriera de una catedral, las yemas emitían un sonido más blando y elástico y el muñón un golpe seco, desagradable, que te hacía visualizar el hueso cortado debajo de la piel. El resultado de ese tamborileo cojo -por decirlo así- se parecía al ritmo pegajoso de una canción latina, de *reggaeton* o similar (Esteban Walther me habría matado si me hubiera oído mencionar esa clase de música). Juro que, mientras miraba la mano de Adrada sobre el cuaderno, por fin me decidí a preguntarle si alguna vez había trabajado de tornero, si había perdido las falanges en un accidente con el torno. Se lo iba a preguntar, lo juro, estaba ya tragando saliva para hacerlo, pero justo en ese momento la camarera trajo nuestras cervezas y él levantó la mano del cuaderno y agarró su vaso. Ya no me atreví.

De manera extraordinaria, el patrono no vino a la casa de Esteban Walther. Me citó en un bar irlandés del barrio de Argüelles, a unas pocas calles de donde él vive, según me indicó. En realidad sí propuso pasarse por la casa y aprovechar para saludar a Esteban Walther (para «felicitarle el año nuevo», añadió amablemente, concediéndole todavía alguna capacidad de entendimiento), pero dijo que solo podía a partir de las siete de la tarde. Entonces le recordé, aunque sin ningún ánimo de perturbar sus planes, que salgo de trabajar a las seis y media, pero aun así podía esperarlo en la casa el tiempo que hiciera falta. Achaqué su olvido sobre mis nuevos horarios, que él mismo estableció tras el regreso de los filipinos, a la relajación después de sus vacaciones en Italia. Más tarde deduje que el despiste se debía en efecto a sus vacaciones, pero no precisamente porque se hubiera relajado en ellas. Se disculpó y me dijo que no quería obligarme a permanecer en mi trabajo más tiempo del necesario, ya me había sacrificado demasiado los meses anteriores, saludaría a Esteban Walther en otra ocasión. Y me propuso que nos viéramos en ese bar de su barrio, pues quedaba más o menos de camino a mi casa. Estuve de acuerdo. Antes de colgar me dijo: «Ah, pero no te olvides de llevarme el cuaderno, ¿eh, Fernando?».

Siempre me han gustado los bares irlandeses. Es verdad que son

todos iguales, como un pequeño parque temático, con las paredes forradas de madera oscura, un montón de cervezas raras no especialmente baratas y una diana de dardos a la que nadie juega, pero el ambiente suele ser acogedor. De todos modos no tengo gustos muy refinados. El bar en el que me citó Adrada era además bastante antiguo, así que las maderas estaban gastadas y transmitían una cierta solera.

Aquel día había sido muy frío, como todo el mes de enero, y cuando crucé la puerta me envolvió el calor y una densa luz ámbar. La barra estaba a mi derecha y los ojos se me fueron hacia varias hileras de botellas de whisky, todas de distintas marcas. Mientras me quitaba la bufanda se me ocurrió que tanto aquel reconfortante calor como la luz ámbar provenían del interior de aquellas botellas. En el aire flotaba un olor a cereales mojados y a cuero.

El bar tenía muchos recovecos y compartimentos hechos con paneles de madera, y en un primer vistazo no encontré al patrono. Pero yo llegaba tarde, me había costado encontrar aparcamiento, y Adrada ya tenía que estar allí, siempre es muy puntual. Aunque había bastante gente en el local, quedaban mesas libres. Me acuerdo de un grupo de cuatro chicas que se reían sin parar y de dos hombres con barba larga que se miraban en silencio. Doblé una columna y, en un rincón medio escondido, debajo de una camiseta de rugby enmarcada, estaba el patrono. Al verme se levantó de un salto.

Me da un poco de apuro contar esto, pero si Adrada es tan detallista y cumplido no tengo por qué ocultarlo aquí, al contrario. Me sorprendió que diera ese salto al verme y todavía más que viniera hacia mí a grandes zancadas. Me quedé quieto, sin saber hacia dónde iba y para qué. Pensé que, como llegaba veinte minutos tarde y él me había estado esperando, se levantaba para ir a la barra y pedir nuestra consumición lo antes posible. Pero no fue eso. El patrono vino hasta mí, se detuvo, me clavó la mirada un segundo y después me abrazó. Me abrazó fuerte, durante mucho tiempo, o eso me pareció. Nunca antes lo había hecho. Debo confesar que no entendí nada, hasta que con voz afectada me habló al oído:

-Fernando, siento mucho lo de tu hermano. De corazón. Te acompaño en el sentimiento.

Francamente no me esperaba un recibimiento así. El patrono me había dado el pésame por teléfono días atrás, lo cual ya me resultó incómodo, y yo esperaba haber superado el mal trago y que no se volviera a repetir. No me gusta ser el centro de atención. Pero Adrada creyó oportuno hacerlo en persona, cara a cara. Quizá exista alguna norma de buena educación que lo estipule. No sé, a mí me abrumó, también por el afecto que ese gesto demostraba. Sin embargo, en ese momento habría preferido que el patrono hubiera sido un poco menos

atento. Aún con sus brazos rodeándome, lo único que atiné a decir fue lo siguiente:

-Llego tarde, perdona. He dado muchas vueltas hasta encontrar un sitio. He aparcado frente al parque del Oeste.

No respondió a mis palabras, como si no las hubiera oído. Al fin me soltó, dio un paso hacia atrás y arrugó los labios en una mueca de disgusto. Después habló con un leve tono de reproche:

-Te lo dije el otro día y no quiero insistir. Pero deberías haberme avisado, habría vuelto de Italia para el entierro.

-¿Cómo ibas a volver por una cosa así? ¡Qué tontería! Además, en un día tan especial, el día de Reyes… Estabas allí con tu mujer y con tus hijas…

Bajé la cabeza y me callé. Sobre la tarima desgastada mis zapatos estaban borrosos, turbios, como si la iluminación ámbar del irlandés fuera un ácido que los estuviera corroyendo. Adrada me puso una mano en el hombro, me lo apretó, y me dio su pañuelo, que era de tela, bien planchado, con sus iniciales. Yo estaba muy avergonzado. Para olvidar el tema, abrí la bolsa que llevaba debajo del brazo y saqué el cuaderno de Esteban Walther. Se lo entregué al patrono.

-¡Oh, el cuaderno! Perfecto, muchas gracias. Vamos a sentarnos, anda. Me alegro de verte, Fernando.

La mesa estaba en un rincón, detrás de una columna y de una estantería con libros viejos, y permanecía casi oculta, solo nos podían ver los camareros que entraban al almacén. La ubicación de la mesa aumentó el encanto de aquel bar, ya de por sí acogedor. Era como una cálida madriguera. Ni siquiera molestaba la música, que sonaba muy baja o quizá perdía fuerza al tener que dar muchas vueltas para dar con nuestro rincón (por otro lado era música *country*, un estilo que Esteban Walther odiaba). De repente me apeteció mucho estar allí, charlar con el patrono, tomarme algo. Le devolví su pañuelo.

No tardó en llegar la camarera, una veinteañera rubia que vestía unos vaqueros ajustados. No se me escapó la mirada apreciativa que le dedicó Adrada, de arriba abajo, sin disimular demasiado, lo cual me cogió desprevenido y, lo admito, me impactó un poco. Pero yo apenas había visto al patrono fuera de la casa de Esteban Walther, donde no solían ir chicas de aquel tipo, y me dije que podía tratarse de un comportamiento normal en él. Tampoco había sido un acto escandaloso, ni mucho menos, la mayoría de los hombres vive permanentemente en ese estado de rastreo. Esta podía ser otra de las facetas de la vida de Adrada que yo ignoraba, una más. Por recomendación del patrono le pedimos a la camarera dos pintas de cerveza de trigo.

Me había dado el pésame en persona por buena educación y,

también por buena educación, me dejó después unos minutos tranquilo para que pudiera reponerme del bochorno. El patrono me conoce bien, sin duda mucho mejor que yo a él. Fingió que le interesaba la música que sonaba en el bar, ese *country* que casi no se oía («El *country* es la prueba de que es el Diablo, y no Dios, quien gobierna el universo», decía Esteban Walther: univeeeerso), y se puso a tamborilear sobre la tapa del cuaderno. Por cierto, no lo abrió ni una sola vez, no lo hojeó, ni siquiera volvió a mencionarlo, y eso que el cuaderno era la razón principal por la que habíamos quedado esa tarde. Fue al día siguiente cuando me llamó para hacerme unas preguntas sobre él, pero esa extraña llamada la contaré luego.

Yo observaba su mano minusválida sobre el cuaderno y cuando el anular daba el golpe seco me imaginaba el hueso roto machacando la carne cicatrizada del muñón, y me producía dentera. Los dedos del patrono no seguían la música del bar, que apenas se distinguía, sino que marcaban un ritmo diferente, de *reggaeton* o bachata o cumbia, algo caliente y latino, en fin, ya lo he escrito antes. Y quizá porque su abrazo y su afectuoso pésame me habían acercado a él, me propuse preguntarle si en algún momento de su vida había trabajado como tornero. Respiré hondo, tragué saliva y entonces vino la camarera con nuestras cervezas y ya no se lo pregunté. No tengo remedio.

Después de que bebiéramos el primer sorbo de cerveza, que estaba en efecto muy rica, ácida y refrescante, Adrada comenzó a hablar:

-Pues mi cuñado, al final, se ha comprado un todoterreno ligero, un SUV. ¿Te lo puedes creer? Ni híbrido ni leches. A tomar por saco el medio ambiente.

-¿Al menos es cuatro por cuatro?

-No, tracción delantera.

-Ah, vaya. Son unos coches que no tienen razón de ser.

-¿Razón de ser?

-Sí. Son coches con carrocería de todoterreno pero que no son todoterreno. Puedo aceptar que no tengan reductora, hoy en día la electrónica suple algunas funciones de la mecánica, pero si ni siquiera tienen tracción a las cuatro ruedas… Son turismos disfrazados de otra cosa, una imitación. Al menos eso creo yo.

Cuando hace un par de semanas estuve leyendo lo que escribí meses atrás, eché en falta una descripción física del patrono. Ni siquiera expliqué si es moreno o rubio, alto o bajo, gordo o flaco. El patrono no es más que un borrón sin cara que dice y hace cosas, pero no visualizamos su cuerpo. Bueno, visualizamos su mano derecha con el dedo amputado, eso sí lo escribí. En todas esas páginas, Adrada es un hombre de humo que misteriosamente tiene una mano tangible y nítida, una mano que emerge de la niebla y se mueve y estrecha la

mía y acaricia el pelo enredado de Tristán.

A mí nunca me ha gustado físicamente, no es mi tipo, pero entiendo que una mujer pudiera afirmar que el patrono es bastante atractivo, incluso guapo. Se me ocurre que pertenece a esa clase de hombres que sus cuñadas admiran en secreto, hombres a los que comparan con su propio marido y que salen siempre ganando. Es de estatura media tirando a alta, yo solo le saco tres o cuatro dedos, y se mueve con agilidad, elásticamente, como si en su juventud hubiera practicado algún deporte. Aunque tiene unas entradas bastante pronunciadas, en la coronilla su pelo es todavía denso. El rasgo más característico de su rostro creo que es la mandíbula, cuadrada y con un hoyuelo, como la de un superhéroe de cómic. Eso será lo que a las mujeres les atraiga de él. El rasgo que a mí menos me gusta son sus ojos, oscuros y con un brillo metálico. Siempre he pensado que eran un poco fríos y huidizos, lo cual no se corresponde con su forma de ser, por lo tanto el problema es sin duda mío, estaré equivocado.

Así es el patrono. Después de haberlo escrito, no estoy convencido de que se le pueda visualizar mucho mejor. ¿Cómo se describe entonces a una persona? Ni idea. Continúo.

-¿Qué tal se encuentra Esteban? ¿Cómo ha pasado las navidades?

-Bien, bien.

A no ser que haya sufrido algún percance (como aquella vez que se atragantó, perdió el conocimiento y estuvo un día ingresado, por ejemplo), cuando me preguntan por la salud de Esteban Walther siempre contesto que está bien, aunque es evidente que no lo está y que «bien» significa mal pero sin cambios.

-¿Le han hecho alguna prueba recientemente?

-No.

-Pero la neuróloga sigue visitándolo, ¿no?

-Sí, sí. Cada quince días más o menos.

-Al parecer es muy buena, un cerebrito. Primera de su promoción y todo eso.

-Pues cuando viene a la casa no hace demasiado, la verdad. Yo no entiendo pero…

-Bueno, hará lo que tenga que hacer, ¿no, Fernando?

-Claro, claro.

-¿Cómo se llamaba?

-Violeta.

-Eso, Violeta.

Aquella tarde de enero, en el bar irlandés del barrio de Adrada, hice a la ligera ese injusto comentario sobre Violeta y después no tuve remordimientos. Es hoy, esta madrugada, mientras escribo en el comedor de mi casa, cuando los remordimientos me arañan el

estómago (aunque el whisky seguro que contribuye). Y no sé muy bien por qué… ¡Mentira! ¡Lo sé perfectamente, a quién voy a engañar! Aquella tarde, al hablar con el patrono de la neuróloga de Esteban Walther, ella era para mí una más de las personas con las que tengo un trato poco frecuente, como el veterinario de Tristán o la cajera del supermercado donde hacemos la compra. Sin embargo, cuando tecleo esta noche su nombre, Violeta, sus letras me dicen algo que no me decían hace un mes.

-¿Qué tal están Marco y Erlinda? ¿Les han sentado bien las vacaciones en su país?

-No sé qué decirte… Cada vez están más raros. Aunque quizá sea cosa mía.

-Bueno, siempre han sido un poco así.

-Sí, pero… Por ejemplo, ahora hablan entre ellos en su idioma. Aunque por supuesto a mí me hablan en español.

-¿Pero trabajan como siempre?

-Sí, eso sí. De eso no me quejo.

El patrono bebió de su cerveza y después desenfocó la mirada en el vaso empañado. Cuando volvió a hablar sonreía con la mitad de la boca:

-Esteban les tenía… les tiene mucho aprecio. Les ayudó mucho en el pasado, también económicamente. Hace años, en una gira de conciertos por el sudeste asiático, visitó a sus hijos, que viven con la hermana de Marco. Oficialmente, legalmente, son hijos de ella. Y a menos que se lo hayan contado después, al crecer, ellos creen que su madre es la hermana de Marco. Supongo que durante este viaje habrán estado con sus hijos.

-¿Marco y Erlinda tienen hijos? ¿En serio?

Para explicar el estupor que esta información me causó, simplemente diré que ha cambiado para siempre la imagen que tenía de los filipinos. Se han convertido para mí en unas personas algo más comprensibles, menos misteriosas, casi simpáticas y amigables. Casi. Adrada me dio una clave para interpretar sus comportamientos. Antes, al presenciar alguno de sus inquietantes actos, pensaba en ellos como si fueran robots o extraterrestres, lo cual era admitir que no entendía nada (¿cómo se comporta un extraterrestre?). Ahora puedo atribuir esos actos a un motivo.

Los filipinos tienen hijos. Cuando he estado con la cabeza ocupada en otro asunto y de repente lo vuelvo a recordar (los filipinos tienen hijos), todavía me quedo asombrado. Y también siento una punzada de mala conciencia, pues para intentar comprender cómo son, tan mimetizados el uno con el otro, tan semejantes en sus rarezas, he llegado a pensar con maldad que no eran pareja sino hermanos

gemelos. Y no es así, los filipinos tienen hijos. ¿Por qué nadie me había hablado nunca de sus hijos?

-¿Marco y Erlinda tienen hijos? ¿En serio?

-Sí. Dos. ¿No conoces la historia?

-No, claro que no.

Ese día el patrono tenía ganas de hablar. Bueno, siempre que nos vemos habla bastante, habla mucho más que yo, aunque suele hacerlo después de vencer una resistencia, como si no le pareciera educado hablar tanto pero la tentación de contarme alguna historia fuera demasiado fuerte para él. Tengo la impresión -y no es mérito mío, y seguramente me engaño- de que esto solo le pasa conmigo. Delante de otras personas lo habitual es que esté callado, escucha y no interviene, si le preguntan contesta y aporta algún dato, pero nunca lleva la voz cantante. Sin embargo, en el bar irlandés sí tenía ganas de hablar, no tenía que vencer ninguna resistencia. Después comprendí que no le apetecía demasiado volver a su casa.

No voy a ser capaz de escribir al pie de la letra lo que el patrono me contó acerca de los filipinos. Se extendió sobre temas políticos de Filipinas que no entendí mucho y que, después de un mes, casi he olvidado por completo. En FP no ponían mucho énfasis en la historia y a mí se me daban mal las asignaturas teóricas. Ahora bien, era muy bueno en las asignaturas de mecánica y el mejor en mecanografía, nadie escribía más rápido que yo, cerca de quinientas pulsaciones por minuto. Pero me estoy desviando.

A pesar de que me enteré poco de los líos políticos que me explicó el patrono, lo importante, lo que se refiere a los hijos de los filipinos, se me quedó grabado.

-Cuando vivían en Filipinas, antes de que tuvieran que huir, Marco era militar. ¿No sabías ni siquiera esto, Fernando? A un militar siempre se le nota que es militar, lleve la ropa que lleve y aunque haya abandonado el ejército hace mucho. Y a Marco se le nota, ya te fijarás. Una vez entré en la cocina y le pillé sacando brillo a los cubiertos de plata y parecía que estaba limpiando las distintas piezas de un fusil, rápida y meticulosamente. Es gracioso. Pues bien, Marco era militar y a inicios de los ochenta, cuando al presidente del país le interesó dar más protagonismo al ejército para mantenerse en el poder, cayó en desgracia. No formaba parte del grupo adecuado dentro del ejército. Al principio le hicieron la vida imposible y cuando las cosas se pusieron peor lo detuvieron. En una ocasión escuché a Esteban decir que le habían llegado a torturar, pero la información no está confirmada. No me extrañaría que Esteban se lo inventara para animar la conversación, un cotilleo morboso. ¿Verdad que le pega? En su momento lo intenté hablar con el propio Marco pero no soltó prenda, ni se inmutó. Una prueba más de su temple de militar. No

obstante… ¿has visto su cicatriz?

-¿Su cicatriz? ¡No!

-Tiene una en la espalda, bastante fea, en zigzag. Son tres rayas formando un ángulo de casi noventa grados entre ellas, como si fuera el dibujo de un rayo. Y uno no se hace una cicatriz así por accidente.

Iba a escribir que el patrono cogió su vaso y bebió un trago largo de cerveza, pero como es lógico no recuerdo, un mes después, si lo hizo exactamente en ese instante y si el trago fue largo o solo se mojó los labios. No tengo tan buena memoria. Por otro lado, tampoco usó estas mismas palabras, ya lo he advertido antes, así que todo es mentira en mayor o menor proporción.

-No estoy seguro de si a Marco lo soltaron o de si se escapó. Ahora creo recordar, fíjate, que la noche en que Esteban nos insinuó que lo habían torturado, también nos contó la peripecia de su fuga del cuartel en el que estaba detenido. Me vienen a la cabeza imágenes sueltas de Marco descolgándose por una ventana con una sábana y luego caminando por la selva y comiendo reptiles para sobrevivir. Suena demasiado tópico y peliculero, ¿no? Tal vez no le torturaron ni se fugó de esa manera y Esteban se lo inventó todo para entretenernos aquella noche. Da igual. El caso es que, tanto si se fugó como si lo soltaron, Marco se encontraba en una muy mala posición en el país, que cada vez se parecía más a una dictadura. Así que Erlinda y él optaron por exiliarse. Pero no pudieron llevarse a sus hijos, era peligroso. Eran muy pequeños, una niña de unos meses y un niño de un año y pico. O al revés, no sé, muy pequeños en cualquier caso. Y la decisión que tomaron, que tuvo que ser desgarradora, ponte en su lugar, fue dejarlos con la hermana de Marco, que haría de madre para ellos. A esa edad aún no se tiene memoria y los niños no echarían de menos a sus verdaderos padres. Los olvidarían a los pocos días o semanas, el bebé tan solo a las pocas horas y para siempre. Desconozco si este secreto se mantiene todavía hoy o si los hijos de Marco y Erlinda ya saben quiénes son sus padres. ¿Pero para qué complicar las cosas a estas alturas? A lo mejor siguen pensando que Marco y Erlinda son los tíos que viven en España y que trabajan en la casa de un famoso director de orquesta. Deben de tener ya más de treinta años.

Cuando terminó de contarme la historia de los hijos de los filipinos, estoy seguro de que el patrono sí bebió de su vaso de cerveza, y yo también. Aquella tarde me llamó la atención que Adrada bebiera con sed, como si buscara los efectos del alcohol. Relacioné después ese descontrol, insólito en él, con sus ganas de hablar sin reprimirse y de no volver pronto a casa y a lo mejor, solo a lo mejor, con su mirada ávida al cuerpo de la camarera rubia que tanto me había sorprendido.

Sin embargo, el patrono no estaba dispuesto a hablar de cualquier cosa. Tras la pausa para beber cerveza se quedó un rato callado, no sacó un tema nuevo de conversación. Temí que volviera al triste asunto de mi hermano, y para evitarlo le pregunté por su viaje a Italia, qué tal les había ido. No lo hice con ninguna otra intención. Y entonces él, con un cierto nerviosismo, frunció ligeramente el ceño y contestó: «Bien, bien. Italia es un país hermoso». Esa fue su breve respuesta, casi digna de mí, y no dijo nada más. De su viaje a Italia me habló después, en la calle, junto a mi coche, y sin necesidad de que yo se lo volviera a preguntar.

Dentro del bar ya no hablamos de nada importante, o lo he olvidado. Después de que esquivara mi pregunta sobre su viaje, me estuvo explicando cómo era su cuñado, el ecologista, y me relató varias anécdotas suyas. Pero el tono cómico no le salía del todo bien, era forzado, y aunque yo sonreía y le daba la razón a todo lo que decía, él se fue ensombreciendo cada vez más hasta que desistió. Bajó la mirada a la mesa, agarró el vaso de cerveza y lo apuró de un trago muy largo, con esa sed ansiosa de la que he hablado. Cuando lo soltó y respiró hondo, en sus ojos había un matiz de desesperación. Nunca había visto al patrono así.

Justo después, y aunque yo aún tenía más de media cerveza, me propuso que pidiéramos un whisky: «Aquí los hay muy buenos, viejos y con sabor a turba». Tengo claro que se bebió rápido la cerveza porque quería animarse, pero el alcohol le produjo el efecto contrario, lo deprimió más, a menudo sucede, y quiso darle la vuelta a la situación con una dosis mayor, un whisky después de la pinta de cerveza.

Rechacé su plan. Le dije que tenía que coger el coche para volver a mi casa y lo entendió, no insistió, hasta me pareció que se arrepentía de su propuesta. La verdad es que estuve torpe, tuve muy poco tacto. Tenía que haberme dado cuenta de que el patrono necesitaba ese whisky, necesitaba hablar conmigo y desahogarse. No obstante, sinceramente creo que no estropeé nada, creo que lo que me habría contado dentro del bar con el whisky fue lo que me contó luego en la calle, enseguida, cuando salimos.

Mientras me terminaba mi cerveza más rápido de lo que me apetecía, tenía una vaga sensación de incomodidad. Notaba que el patrono no estaba bien, o estaba diferente, sin ese aplomo que es su mayor virtud. Cuando fuimos a la barra a pagar (pagó él, dijo que yo me había tomado la molestia de llevarle el cuaderno), me fijé en que no miró apenas a la camarera rubia. De hecho torció la cabeza hacia otro lado mientras le daba el billete, casi fue maleducado con ella. No me extrañaría que, siendo como es, hubiera reflexionado sobre la mirada que le había echado al principio y hubiera concluido que no

había sido correcta. O no delante de mí.

Al salir del irlandés, donde la temperatura era cálida y reconfortante, recibimos el frío de la calle como una bofetada. Antes de empezar a andar nos enrollamos la bufanda al cuello y nos abrochamos los abrigos hasta arriba. Hacía más frío que una hora antes pero además había humedad. El patrono se sopló en las manos un chorro de vapor y volvió a hablar:

-¿Dónde me has dicho que habías dejado el coche? ¿Junto al parque del Oeste?

-Sí, bajando por esta calle.

-Pues te acompaño si no te importa. Así me despejo. Yo vivo a un par de manzanas, hacia allá.

Sin sacar las manos de los bolsillos, Adrada señaló con la barbilla en dirección contraria, calle arriba. Aunque yo podía haber aparcado en cualquier otro sitio y fue una coincidencia, más tarde pensé que era significativo que quisiera alejarse de su casa, no regresar a ella o no tan pronto. En cuanto echamos a andar calle abajo, el patrono comenzó a descubrirme la razón de ese comportamiento (y de su sed de alcohol, y de sus ganas de hablar, y hasta de su inapropiada mirada a la camarera). Así que en realidad no necesitó el whisky para darse ánimos.

-Fernando, ¿tú has visto alguna vez un cepo para lobos?

-¿Un cepo para lobos? Me parece que no. Quizá en alguna película.

-Claro, en La Mancha no hay muchos lobos. Entonces tampoco habrás visto a un lobo atrapado por uno de esos cepos. Un lobo o cualquier otro animal que haya caído en la trampa, un animal que pasaba por allí y que apoyó la pata en el punto equivocado, mala suerte.

-¿Tú sí lo has visto?

No suelo hacerle preguntas al patrono, ni a él ni a nadie. Acepto aquello que me quieran contar. Pero era tan desconcertante lo que me estaba diciendo que no pude evitar preguntarle. De todos modos no me contestó, lo cual hubiera aclarado algunas de las dudas que me surgieron después.

-El mecanismo es relativamente sencillo, incluso un herrero mañoso podría fabricarlo. Está formado por dos fauces de metal que son obligadas a cerrarse con mucha fuerza por una ballesta. Para armar el cepo hay que abrir las fauces y colocar una especie de pestillo. Cuando el lobo pisa en el centro de las fauces abiertas, en un resorte, el pestillo salta y las fauces se cierran con violencia, muerden con sus dientes metálicos la pata del animal. Por lo general el animal no muere, ni siquiera desangrado, y le queda por delante una angustiosa espera, hasta que el cazador haga su ronda revisando las

trampas. Pero olvídate del cazador, ponte en el lugar del pobre animal. ¿Te has puesto en el lugar del animal, Fernando? ¿Te has puesto en el lugar del lobo?

Me pregunto ahora si el patrono ya se habría bebido alguna cerveza antes de que yo llegara al irlandés. ¿Por eso estuvo tan efusivo dándome el pésame? Pero puede que todo se debiera a la desesperación, que es un estupefaciente tan poderoso como el alcohol. Yo le seguí la corriente, francamente intrigado por esa historia del cepo para lobos:

-Eh… Sí.

-Muy bien. El lobo tiene la pata atrapada y le duele, al principio mucho pero luego se acostumbra, y no va a morir por ello. Pero si se queda allí el cazador vendrá antes o después. Ponte en su lugar, Fernando. Si el lobo se queda, el cazador lo matará. Pero si tira de su pata, que está machacada y rota por el cepo, tal vez tenga una oportunidad de huir. Le dolerá mucho más que si se queda quieto, se dejará parte de la pata allí, amputada, pero el dolor durará menos. El lobo no sabe qué hacer, ¿entiendes, Fernando? No sabe si quedarse quieto o intentar liberarse.

Ahora me suena muy ridículo, porque sé que la historia del cepo era un simple ejemplo, un preámbulo de lo que me explicó a continuación, pero aquella tarde estaba convencido de que Adrada me iba a contar por fin el accidente en el que perdió las falanges de su mano. Me estaba hablando de cepos para lobos y de miembros amputados. ¿Cómo no iba yo a pensar en su mano? Era lo más normal del mundo.

-Este es el gran dilema, Fernando: esperar sin saber hasta cuándo, con un dolor desagradable pero no insoportable, o tirar con todas tus fuerzas y desgarrarte. En cualquier caso no hay escapatoria para el sufrimiento. ¿Qué hacer?

-Eeeh…

-Pues este es el mismo dilema al que tienes que enfrentarte, antes o después, en un matrimonio. En el fondo, en cualquier relación. A ti también te habrá pasado. No hay escapatoria para el sufrimiento. Sufres si aguantas y te quedas, y también sufres si cortas por lo sano de una sola vez, si tiras fuerte y te desgarras. Este es un sufrimiento más breve pero muy intenso, que te destroza y que te puede traumatizar para siempre. Y si no te traumatiza a ti, puede traumatizar a terceras personas, a los hijos. ¿Entiendes, Fernando? A mis hijas.

Al decir esto Adrada me cogió del brazo y me lo apretó para que me detuviera en la acera: «A mis hijas». El vapor de su aliento se quedó unos segundos suspendido en el aire. Cuando se disipó, tomé yo la iniciativa de hablar y tiré de mi brazo para que siguiéramos caminando:

-Vaya, no sabía que tu matrimonio fuera mal. Cuánto lo siento, Adrada.

-Te lo agradezco.

-Te parecerá raro, teniendo en cuenta el tiempo que hace que nos conocemos, pero tampoco sabía que tuvieras hijas. Quizá me sonaba algo. La verdad es que no suelo hacer preguntas, ni a ti ni a nadie.

-Tú no preguntas y yo no hablo. Vaya dos… Pero sí, tengo dos hijas. De trece y de quince años, Alba y Cristina. Podría ser peor.

-¿Peor?

-Me refiero a la edad. Todo esto podría haberlas cogido más jóvenes y habría sido peor. Por suerte son inteligentes y responsables. Aunque precisamente por eso captan cualquier problema entre su madre y yo, y sufren. Ellas también sufren y no tienen escapatoria.

Cuando llegamos a mi coche, en el lateral del parque del Oeste, Adrada se refirió a su viaje a Italia. Yo ni siquiera abrí la puerta, no quería que creyera que estaba deseando irme. Evidentemente él tenía ganas de hablar. Apoyó su mano en el techo congelado del coche, que ya estaba cubierto por los primeros cristales de hielo.

Empezó a hablar del viaje a Italia sin ningún preámbulo, directamente, nada de cepos para lobos, como si estuviera contestando a una pregunta mía. Bueno, y es que lo estaba haciendo: con media hora de retraso, me contestaba a la pregunta sobre su viaje que yo le había hecho en el irlandés y que él había despachado con cuatro palabras.

-Mi mujer y yo teníamos pendiente el viaje a Italia desde hacía mucho tiempo, desde antes de casarnos. Ambos hemos ido por separado por cuestiones de trabajo, pero nunca juntos. Estando todavía solteros, planeamos hacer un largo viaje con el R-5 de mi padre, una tartana, el modelo 950. ¿Lo recuerdas?

-Sí, claro. Ese motor venía del R-8.

-Aquel de mi padre estaba muy cascado. Lo metía hasta por el campo, en fin… Era de color amarillo, con asientos de cuero, bueno, o de escay. Planeamos la ruta en tres fases, de menor a mayor exigencia cultural, digamos. Primero subiríamos por la costa mediterránea hasta Gerona, disfrutando de las playas, relajándonos sin más pretensiones. Después recorreríamos el sur de Francia de bodega en bodega, probando los vinos. Y por último pasaríamos a Italia y visitaríamos las iglesias y los museos de las ciudades más importantes. Pero por desgracia el R-5 no aguantó nuestro ritmo. Tuvo una avería tras otra casi desde el principio. En Alicante se rajó un manguito del radiador y no gripé el motor de milagro. En Tarragona se estropeó el mecanismo de la ventanilla del acompañante y tuve que meter un destornillador para que no se deslizara hacia abajo. En la zona de Burdeos

pinchamos dos veces la misma rueda, la trasera derecha, en menos de cincuenta kilómetros. Y cuando estábamos a punto de cruzar la frontera italiana se rompió la palanca de cambios, me quedé con ella en la mano.

-Uf, mal arreglo…

-No te creas. Para salir del paso cogí el destornillador con el que sujetábamos la ventanilla rota y lo metí en el agujero de la palanca. Y el apaño nos funcionó hasta que encontramos al día siguiente una barra más adecuada en un taller. Pero claro, decidimos darnos la vuelta, no podíamos seguir con el coche así. De modo que nunca llegamos a entrar en Italia. Nos dio mucha rabia y nos prometimos que alguna vez volveríamos. Pero, por unas razones o por otras, en todos estos años no habíamos encontrado el momento.

El patrono levantó la mano del techo helado de mi coche, como si hablar le hubiera impedido percibir el intenso frío de la chapa, y arrugó la cara mirándose los dedos.

-No fue una buena idea. Las ideas desesperadas nunca lo son. Mi mujer y yo estamos mal desde hace varios meses, un año quizá. Y lo único que se nos ocurrió fue que las cosas se arreglarían si hacíamos por fin el viaje a Italia, postergado desde hacía tantos años. Además decidimos que vendrían con nosotros las niñas, probablemente porque cometimos la ingenuidad de pensar que con ellas delante los problemas se esfumarían. Y la verdad es que el viaje ha sido un desastre. Nada muy llamativo ni muy escandaloso, eso sí. Desde fuera daríamos el pego como familia feliz. Pero ha sido muy triste. Los problemas no desaparecen porque uno esté caminando junto a un canal de Venecia. Al revés, los problemas lo contaminan todo, lo convierten todo en algo grotesco y sin mucho sentido. Puta Venecia.

Supongo que no hace falta que aclare que el patrono no suele decir palabrotas. Es fácil deducir en qué estado de desesperación se hallaba para llegar a decir aquello.

Nos quedamos en silencio. Y entonces saqué las llaves del coche y accioné la cerradura, no porque quisiera irme o quisiera sugerir al patrono que terminámaros de hablar (aunque lo cierto es que yo estaba tiritando un poco), sino porque me puse nervioso y solo se me ocurrió eso. Sin embargo no me subí al coche, ni siquiera abrí la puerta. Y Adrada retomó la conversación con un tono diferente, yo diría que cínico, lo cual tampoco se correspondía demasiado con su forma de ser.

-Si al menos hubiera una tercera persona… Todo sería más sencillo. O más complicado, pero habría un aliciente que te compensaría del sufrimiento. Imagínate saber que después de una discusión absurda con tu mujer, o después de oír a tus hijas llorando a escondidas, imagínate lo que sería saber que vas a pasar una hora con

una mujer guapa y joven. O ni joven ni guapa, da igual, una mujer que te guste, otra mujer. Tiene que ser una liberación, ¿no crees?

No sé qué cara puse al escuchar esta fantasía, pero al mirarme él agitó rápido la mano, como si borrara las palabras que acababa de pronunciar y que aún flotaban en el aire gélido. Se apresuró a decirme:

-Perdona, Fernando. Estoy siendo desagradable. No me lo tengas en cuenta. Y anda, márchate ya, que nos estamos congelando aquí parados.

El patrono me dio un empujoncito en el hombro y yo abrí la puerta del coche, con bastante alivio, debo reconocer. Me estaba costando que no me castañetearan los dientes. Y mientras abría y me sentaba, recuerdo que volví a pensar en la camarera del irlandés y en la mirada que Adrada le había dedicado. Al mirarla así, quizá ya estuviera buscando a esa persona que le compensara de los sinsabores de su matrimonio. Desde luego, la camarera era joven y guapa, como él había descrito a esa hipotética mujer. No, no tuvo el patrono su mejor tarde, pero era comprensible dada su situación.

Con los dedos ateridos, introduje la llave en el contacto y la giré para desbloquear el volante. Las luces del cuadro se encendieron. El patrono me cerró la puerta del coche. Bajé el cristal para poder despedirnos, arranqué el motor y él me dio una palmada en el hombro a través de la ventanilla abierta.

-Nos vemos, Fernando. Ah, y muchas gracias por el cuaderno. Y por haberte acercado hasta mi barrio.

Levantó el cuaderno de Esteban Walther hasta la ventanilla y percutió la cubierta de colores con los dedos, un último tamborileo.

-No hay de qué, Adrada. Hasta la vista.

Lo pasé muy mal hasta que el motor alcanzó la temperatura suficiente para poder poner la calefacción. Y solo me quité la bufanda después de cruzar la puerta de mi casa.

Fue al día siguiente cuando el patrono me hizo la extraña llamada a propósito del cuaderno. En el bar no hablamos absolutamente nada de él a pesar de que era la causa por la que habíamos quedado. Si esa aparente indiferencia me hizo creer que el cuaderno no tendría apenas interés, la llamada de Adrada se lo dio de golpe. ¿Qué demonios habrá en sus páginas? Ahora me arrepiento de no haberle echado al menos un vistazo.

El pretexto que se inventó el patrono para llamarme (que como siempre yo comprendí después de colgar) fue la colección de plumas estilográficas de Esteban Walther. No era un mal pretexto. Es el tipo de asuntos nimios sobre los que él da vueltas y más vueltas,

desmenuzándolos con la profundidad que la gente normal dedica a los asuntos capitales de la vida. Y conste que no lo estoy criticando, al contrario. Las personas especiales y valiosas (y el patrono lo es, y mucho, por eso lo apreciaba tanto Esteban Walther) nos parecen raras a los demás, a la gente normal.

Pero aunque el pretexto era bueno, yo me di cuenta. Es cierto que después de colgar, un poco tarde, pero me di cuenta de la pequeña trampa que me tendió. Así que puede que Adrada esté perdiendo facultades, o se está confiando conmigo. Lo digo con toda humildad.

Voy a escribir la conversación entera sin comentar nada, sin interrumpirla cada dos por tres, como suelo hacer con torpeza.

Fue al final de la mañana. Había cambiado la manguera del jardín y estaba apretando la abrazadera que la ajusta al grifo para que no se suelte con la presión del agua. La conversación no duró mucho y tuve todo el rato el destornillador agarrado. En una mano el teléfono móvil y en la otra el destornillador. Tristán estaba tumbado en una de las piedras de pizarra del sendero, que el sol había estado calentando durante toda la mañana, aunque el día seguía siendo bastante frío.

-Buenos días, Fernando. ¿Cómo va eso?

-Hola, Adrada, buenos días.

-¿Estás ocupado?

-No, no.

-¿Llegaste ayer bien a tu casa?

-Sí, sin problemas.

-Bien. Esto… Me he acordado antes, no sé por qué, mientras hablaba con un colega alemán, me he acordado de las estilográficas de Esteban Walther. Su colección de estilográficas, ¿sabes?

-¿Colección?

-Bueno, es una manera de decirlo. Sus plumas, las que usaba para escribir. ¿Recuerdas?

-Más o menos.

-Pero… ¿sabes dónde podrían estar?

-Seguramente en el estudio, en alguno de los cajones del escritorio. ¿Por?

-No, por nada. Simplemente me he acordado.

-¿Quieres que las busque?

-No hace falta. O no de momento.

-Vale.

-Esteban lo escribía todo con estilográfica, ¿te acuerdas? Ya casi nadie lo hace, solo las personas un poco maniáticas. Yo mismo, en ocasiones. Un cheque por un importe grande, o tu testamento, o la rendición de tu país ante el enemigo hay que firmarlos siempre con estilográfica. Siempre, no lo olvides, Fernando.

-Creo que yo no he escrito nunca con una estilográfica…

-Pues tu jefe lo escribía todo con estilográfica, cualquier insignificante apunte o nota. Bueno, sin ir más lejos, el cuaderno que me diste ayer. Supongo que te fijarías…

-No.

-¿Ah, no? ¿No lo hojeaste un poco?

-Ni siquiera lo abrí.

-Oh.

(No voy a comentar nada. Solamente indicaré que aquí el patrono hizo una pausa. Una pausa breve pero significativa.)

-Pues sí, Esteban escribía siempre con estilográfica y usaba unos plumines especiales. De esto es de lo que me he acordado antes. Se llaman plumines musicales, como no podía ser de otro modo. Se inventaron para escribir las notas en una partitura. Permiten hacer el trazo más fino o más grueso dependiendo de la presión y de la posición de la mano. Así, con la misma pluma puedes trazar el cuerpo gordo de la nota y luego el palito fino que sale de él. Esteban se acostumbró a ellos en el conservatorio, tuvo un profesor que los recomendaba. ¿Era alemán este profesor? Tal vez, tal vez… Por eso me habré acordado. El caso es que esos plumines son más delicados que los normales. En lugar de tener dos laminillas en la punta, tienen tres, y se atascan con más facilidad cuando se seca la tinta. Y he pensado que si Esteban no limpió sus estilográficas, y no creo que lo hiciera, estarán todas atascadas. Una lástima.

-Las puedo buscar, si quieres.

-Cuando tengas un rato libre, sin prisa. Pero la verdad es que no estaría mal limpiarlas. Yo podría hacerlo. Aunque por otro lado… ¿para qué?

(Aquí el patrono se entristeció. O, si lo de las estilográficas era un pretexto, fingió entristecerse.)

-También le gustaba usar tintas diferentes para sus plumas. Tenía un montón.

-Sí, me suena haberlas visto. Muchos frasquitos pequeños de colores, ¿no? Creo que en la habitación de los archivadores hay una balda entera llena de ellos.

-Tenía unas tintas muy bonitas, muy peculiares, y las usaba. Antes de cada viaje largo, cuando iba a estar varias semanas dando conciertos en el extranjero, elegía las tintas que se iba a llevar. Yo diría que lo hacía con tanto esmero como con sus pañuelos.

-Puede ser.

-Por ejemplo, en el cuaderno que me diste ayer, Esteban usó dos tintas diferentes. Las dos azules, una un poco más oscura que la otra, muy poco, apenas se nota. Si solo lo miraste por encima igual no te

llamó la atención… ¿No, Fernando?

-No lo miré. Ni siquiera abrí el cuaderno, Adrada.

-Ah, es verdad, es verdad. Bueno. Me pareció llamativo, nada más. La tinta cambia a partir de un punto y yo diría que también la letra, la caligrafía. Se hace más descuidada, como lacia, sin energía. Se me ha pasado por la cabeza que a lo mejor transcurrió un tiempo entre una parte y la otra. Y en la segunda Esteban ya había sido atacado por… por la enfermedad. Da lo mismo, ya no lo podremos saber.

-No, claro.

-En fin, Fernando. No te entretengo más.

-¿Busco entonces las plumas?

-Pues… por ahora no. Lo meditaré y si acaso te aviso. ¿De acuerdo?

-Muy bien.

-Un abrazo, Fernando.

-Adiós, Adrada.

Colgué el teléfono, me lo guardé en el bolsillo y me quedé observando el destornillador en la otra mano. No tardé muchos segundos en sacar conclusiones, en darme cuenta de que el asunto de las estilográficas había sido un pretexto del patrono para preguntarme por el cuaderno de Esteban Walther. Por alguna razón quería saber si yo lo había leído, y quería además asegurarse, no tener dudas. Por eso me lo preguntó una primera vez y luego, tendiéndome una trampa con lo de las tintas, una segunda vez para comprobar si me contradecía. ¿Pero por qué iba a mentirle?

Mi opinión sobre el patrono no ha cambiado, y no creo que vaya a cambiar nunca. A causa de su matrimonio no está pasando ahora por una buena época, y esto explicaría ciertos comportamientos inusuales, desacostumbrados en alguien tan ecuánime y sensato. De todos modos conmigo no necesita ninguna disculpa. Lo único que su extraña llamada me provocó fue una enorme curiosidad por el cuaderno, en el que tal vez -o eso me comentó el patrono meses atrás- Esteban Walther había empezado a escribir sus memorias. No hace falta haberlo conocido íntimamente, en realidad basta con haber leído los titulares de los periódicos durante el escándalo, para saber el interés que esos escritos podrían tener.

Aunque me pregunto cuánto tiempo y cuánta lucidez le concedió el alzhéimer a Esteban Walther antes de dejar arrasada su cabeza. Desde luego, el tiempo no fue mucho.

Hoy no tengo la más mínima confianza en lo que escribo. Cualquier frase, por simple que sea, me produce una inseguridad terrible. Hace un momento he puesto los dedos sobre el ordenador para escribir «Anteayer me llamó mi cuñada Fina», pero he tenido que retirarlos, como si las teclas me quemaran. No sé si puedo hacer esa afirmación tranquilamente, sin miedo a estar equivocándome, con la certeza absoluta de decir la verdad, igual que si escribiera: «Hoy es lunes», o «Mi nombre es Fernando», o «Tristán es un perro muy viejo».

Creo que he bebido más whisky de la cuenta y es posible que el alcohol esté detrás de esta temblorosa incertidumbre al escribir. Bebo el Glenfiddich que me regaló Ramón, una botella a la que cada noche hago una marca en el vidrio con un rotulador para no beber demasiado y que me dure muchos días. La gente bebe para darse seguridad y a mí me sucede justamente lo contrario. Así que todo lo que escriba esta noche no será muy fiable, no servirá. Aunque… ¿y las demás noches? ¿Ha servido para algo lo que he escrito las demás noches?

Esta es la duda: ¿Sigue Fina siendo mi cuñada ahora que mi hermano está muerto? ¿Puedo seguir llamándola «mi cuñada»? ¿Y qué pasa con mi hermano? ¿Sigue siendo mi hermano ahora que está muerto y bajo tierra?

Tal vez dependa de mí, de que yo quiera, de que desee mantener el parentesco con ambos después de la muerte de mi hermano (y después de cómo se han portado conmigo desde hace años). Podría no querer, debería no querer, pero no me sale. No tengo remedio. Lo escribo.

Anteayer me llamó mi cuñada Fina. Y ayer fui al pueblo. Fui acompañado por Ramón y volví yo solo. En la autovía, de regreso, conduciendo a toda velocidad, no me maté de milagro.

Cuando sonó el teléfono yo estaba en el salón, haciendo compañía a Esteban Walther mientras los filipinos limpiaban todas las alfombras de la primera planta. Siguen empeñados en mantener la casa en perfecto estado, como si en cualquier momento fuera a celebrarse una de aquellas míticas fiestas con treinta o cuarenta invitados. Aunque supongo que yo hago un poco lo mismo, me aferro a los rituales de una normalidad que ya no existe y que con total certeza jamás volverá. ¿Por qué, si no, tengo el Jaguar siempre a punto? Ya nadie paseará en él. Si ocurre cualquier urgencia necesitaremos el Audi, o incluso mejor una ambulancia, pero no el Jaguar. Por otro lado, a Esteban Walther le encantaría hacer una aparatosa llegada al hospital

en su viejo Jaguar, blanco como un liiiirio, y hasta morir dentro de él, sobre sus confortables asientos de cuero granate.

En teoría no tengo que trabajar los sábados, pero suelo pasarme un rato por las mañanas por si los filipinos necesitan que les eche una mano y también para asegurarme de que Tristán sale unos minutos al jardín. (Ramón no está muy conforme con que vaya los sábados a la casa, pero disimula muy bien su contrariedad.) Anteayer me quedé con Esteban Walther en el salón mientras ellos se encargaban de las alfombras. Fue entonces cuando me llamó Fina (mi cuñada, mi cuñada Fina, la mujer de mi hermano Jorge).

-Hola, Fernando.

-Hola.

-Perdona que te llame. Si estás haciendo otra cosa o si no quieres hablar…

-No te preocupes. Está bien.

Ninguno de los dos le preguntó al otro qué tal estaba, ni siquiera retóricamente, a pesar de que hace unas semanas ella perdió a su marido y yo a mi único hermano. De lo que hablamos básicamente fue de dinero, que es algo que a mí apenas me interesa. Fue una conversación bastante aburrida, la verdad.

-Nunca te lo dije, nunca te lo dijimos, pero fuiste muy generoso con nosotros cuando nos vendiste tu parte del taller. Podías haber pedido mucho más dinero, de hecho nosotros contábamos con ello, pero aceptaste la primera oferta. Estábamos dispuestos a negociar, pero no nos diste la oportunidad.

-Eso no es ser generoso. Habría sido generoso si me hubiera interesado el taller, aunque fuera una pizca. Pero no me interesaba en absoluto. No me interesa nada que venga de mi padre.

-Ya, bueno. Lo que quiero decir es que a mí eso no se me olvida. Tu hermano era de otra manera, pero yo siempre te estaré… agradecida.

-Olvídalo, Fina.

-No, no lo olvido. Pero de acuerdo. El caso es que el taller…

-¿En serio me has llamado por el taller? Ya te he dicho que no me interesa nada. Es vuestro. Bueno, tuyo.

-No, no te he llamado por el taller. Te he llamado por la casa.

-Ah.

-El taller se lo he vendido a dos de los empleados de Jorge, los que llevaban más tiempo con él. Fermín y Eduardo, los recordarás.

-Sí.

-Lo querían, o no querían perder el trabajo, y han hecho un esfuerzo y se han quedado con él.

-Pues me alegro.

-Pero la casa…

-¿Qué pasa con la casa?

-La mitad de la casa es tuya, Fernando.

-No la quiero. Quédatela.

-No me la voy a quedar. ¿Qué hago yo en una casa tan grande? Ya era demasiado grande para los dos solos, sin hijos, pero ahora…

Pese a todo lo que pueda decir de ella, no especialmente bueno, no hay duda de que mi cuñada es una mujer fuerte. Había que serlo para aguantar a mi hermano. Sin embargo, sé que la cuestión de los hijos es su punto más débil. Anteayer, después de mencionarlos, después de mencionar a los hijos que no tuvieron, se quedó unos instantes callada. Nunca he visto a Fina llorar (en el entierro de mi hermano no lo hizo), pero durante ese silencio telefónico me la imaginé aguantando las lágrimas o secándoselas con la punta de un pañuelo. Tal vez debí ser menos duro con ella.

-He pensado en vender también la casa.

-Perfecto. Véndela.

-Pero la mitad es…

-No quiero mi mitad. Para ti. Véndela y quédate con mi mitad.

-Pero la puedo vender y darte el dinero que te corresponde.

-No, Fina. No quiero nada de mi padre. De verdad, nunca te lo voy a reclamar. ¿No te la puedo regalar? Habrá alguna forma de hacer eso, ¿no? Firmaré lo que sea.

-No me parece bien, Fernando. Y yo no necesito tanto dinero. Entre la venta del taller y el seguro de vida de Jorge…

-Pues yo tampoco quiero dinero. Regálaselo a quien te apetezca.

-No estaría bien, no estaría bien.

Sinceramente pensé que mi cuñada estaba intentando compensarme por el trato que han tenido conmigo durante años. Pensé que al insistir en darme el dinero de la casa pretendía lavar su conciencia. Sin embargo, después de estar con ella ayer en el pueblo y de hablar unos minutos, no lo tengo tan claro. Es muy improbable que la gente cambie, pero el motivo más poderoso para que esto suceda es que la muerte haga su aparición. Solamente entonces una persona puede replantearse ciertos asuntos. Quizá es lo que le ha sucedido a mi cuñada Fina.

-Fernando, todo esto está siendo muy difícil. Y muy triste. Mira, yo no quiero nada. A mí me da igual cómo se resuelvan las cosas, pero quiero que se resuelvan cuanto antes y olvidarme. Tantos trámites, tanto papeleo, ver a tanta gente… Lo del taller ha sido más o menos rápido, pero ha sido desagradable. Te sientes mezquina hablando de dinero, y eso que no he querido regatear, aunque tampoco quiero sentirme tonta, que se aprovechen. No por nada, te repito que el

dinero me da lo mismo, pero a Jorge no le habría gustado, y eso también me habría hecho sentir mal. No sé, es todo muy complicado. El coche, por ejemplo. ¿Qué hago yo con el coche? Tengo carné, me lo saqué hace muchos años, aunque después nunca he conducido. Te parecerá extraño, o a lo mejor no tanto, pero aquí nadie quiere comprarlo. Nadie quiere el coche de un muerto, o de un muerto al que han conocido de cerca.

-¿Ah, no? ¿En serio? ¿Nadie quiere el BMW?

Ramón siempre ha querido conocer el pueblo en el que nací. Al principio me preguntaba a menudo por él, hacía planes para que lo visitáramos, hasta que un día fui un poco más tajante y ya no insistió. No le expliqué las razones de mi negativa, pero supongo que las deduciría de mi relación con mi hermano y de mi silencio absoluto sobre mi padre.

Cuando ayer, después de meditarlo mucho, le propuse que me llevara al pueblo en mi coche, no pudo disimular su alegría. Le dije que no se hiciera ilusiones, que solo me iba a llevar y luego traer el coche de vuelta, pero a él le dio igual, estaba contento de todos modos. Yo no estaba seguro de si era una buena idea, pero cualquier otra opción (ir en tren o autobús, o pedirle a otra persona que me llevara) habría sido absurda pudiendo contar con él. Y tampoco estaba mal darle esa pequeña alegría para compensarlo por las horas que le robo los sábados, yendo a la casa de Esteban Walther sin que esté obligado a hacerlo, y en general por lo insoportable que he estado durante los últimos meses.

Hemos acordado que él se quede con mi coche, el 308. El suyo es un Seat León bastante viejo, con más de doscientos mil kilómetros; todos los años tiene que arreglarle algo para poder pasar la ITV y el embrague se romperá de un momento a otro. Quería pagarme por el 308, pero me negué. Después se le ocurrió que a cambio me regalaría un ordenador portátil, puesto que llevo más de medio año usando el suyo, pero tampoco accedí. Aunque en esto le fui sincero: ahora que he aprendido a manejar este, iba a ser un lío cambiarme a otro. Al final, el trato ha sido que él se comprará uno nuevo y a mí me ha regalado el suyo. Creo que no ha sido una mala solución.

Así que ayer por la mañana, poco después de las diez, salimos de Madrid hacia el pueblo. Ramón iba conduciendo el coche que, a partir de ese instante, era suyo. Me dio por pensar que era la primera vez después de muchos años en que yo no tenía coche, aunque esa situación iba a durar solo unas pocas horas.

El plan inicial era que Ramón me dejase en la puerta de la casa y se marchase. De esta forma, aunque no le presentase a mi cuñada ni le enseñase la casa en la que nací (pero no se me pasó por la cabeza ni

Ramón me lo insinuó), al menos él podría ver el centro del pueblo y las calles principales, que por otro lado son bastante feas. Sin embargo, conforme íbamos recorriendo kilómetros de la autovía, fui cambiando de opinión y fui desplazando mentalmente el lugar en el que Ramón me dejaría: de la puerta de la casa a la esquina, de la esquina a la plaza mayor, de la plaza a la parada del autobús, de la parada del autobús…

No estoy orgulloso, y sé que a Ramón lo defraudé, pero cuando tomó la salida de la autovía le pedí que me dejara en la rotonda de entrada al pueblo. No es que no quisiera que nos vieran juntos, es muchísimo más complicado, aunque… El whisky me hace dudar, quizá no es más complicado sino muchísimo más simple, quizá es exactamente eso: no quise que ningún conocido del pueblo nos viera juntos. Ya está, sin más. Ramón no dijo nada, está acostumbrado a estas reacciones mías (pero algún día se cansará). Él se marchó con el 308, su 308, y yo eché a andar por el arcén de la carretera hacia el centro del pueblo.

Llevaba tres años sin pisar el pueblo, pero en los últimos meses he ido tres veces. Si los recuerdos de mi infancia fueran más felices o si allí quedara alguna persona que me resultara mínimamente simpática, visitarlo me despertaría algún tipo de emoción. La realidad es que no siento apenas nada, una tenue indiferencia: no deseo marcharme acuciantemente, aunque preferiría estar en cualquier otro sitio. Únicamente cuando crucé por delante del ultramarinos de los extremeños el olor que percibí desde la acera, a pimentón con miles de cosas más, hizo saltar una chispa en mi cerebro: solía acompañar a mi madre a aquella tienda. Pero de eso hace muchísimo tiempo, yo tendría menos de seis años.

La casa de mi hermano (o la casa en la que vivieron mis padres y después mi hermano con mi cuñada y ahora ella sola) ha cambiado mucho. Mi hermano la fue reformando año tras año, con poco gusto en mi opinión: tiró tabiques, añadió una planta, y lo alicató todo con azulejos y baldosas de estilo árabe, incluido el patio, donde mi madre tenía un pequeño huerto con tomates. De modo que cuando he vuelto a ella no he tenido la verdadera impresión de volver. Es un lugar diferente, otro lugar.

Ayer, no obstante, no entré más que al portal de la casa, igual que hice la vez anterior, cuando traje a mi hermano y a mi cuñada desde el Ramón y Cajal. Recuerdo con nitidez, y esta sí es una sensación bastante intensa, la imagen de mi hermano en el portal oscuro, mirándome mientras Fina iba a buscar un vaso de agua para mí, mirándome con los ojos de un animal que intuye que algo se le viene encima. ¿Lo sabía ya?

Ayer el portal no estaba oscuro, entraba mucha luz por la ventana.

Mi cuñada estaba sentada al sol, en una silla, con las manos caídas sobre el regazo, sin hacer nada, con la mirada perdida, esperándome. Pude verla antes que ella a mí a través de la puerta de la calle, que estaba entornada. Tosí para avisarla (y para no verla en esa postura más tiempo) y empujé la puerta.

-Ah, hola, Fernando.

-Hola, Fina.

Mi cuñada se levantó y se tambaleó hasta encontrar el equilibrio. Pensé que llevaba bastante rato esperándome y que se le habían dormido las piernas. Durante todo el tiempo que estuve en el portal, escasos minutos, ella no movió ni un centímetro los pies del suelo, donde los tenía posados muy juntos. Seguía vistiendo toda de negro, como en el entierro, pero parecía aún más flaca, con las mejillas más hundidas. Caminé hasta ella y le di dos besos.

-No te he oído llegar, no he oído el coche.

-He venido en autobús.

-Ah, claro, qué tonta. Así es más fácil. ¿Te apetece tomar algo? ¿Has almorzado?

-No, gracias. Me esperan.

-Oh. Entonces…

Fina arrugó la frente, como si se esforzara por recordar algo, y luego se palpó la ropa. Introdujo la mano en su chaqueta de lana negra y la sacó con el puño cerrado. Lo abrió lentamente y la luz intensa se coló dentro, haciendo brillar, como si fuera un tesoro, el metal de la llave del BMW. Me sorprendió que hiciera esa efectista ceremonia, ella que nunca ha apreciado los coches a pesar de haber vivido de ellos (mi hermano sí los apreciaba y yo también). Se comportó como la madre que entrega un regalo muy deseado a un niño, poniéndose a la altura de la ilusión del niño y no de la suya, mucho menor o nula. Fue un insignificante gesto de generosidad, pero admito que me emocionó. Y sirvió para que empezara a cambiar la opinión que tenía de mi cuñada.

Cogí la llave de su mano, aunque no sé si lo hice con el debido énfasis. No le di las gracias pero agaché la cabeza. Me la guardé en el bolsillo de la cazadora. Yo sí sentí que acababa de apoderarme de una cosa muy valiosa. Me entraron unas ganas enormes de montarme en el coche, arrancarlo y salir de allí.

-El coche está en la calle, delante de la puerta de la cochera. Le he pedido al vecino que lo sacara. No sé si tendrá mucha gasolina…

-No te preocupes.

-Vale. ¿De verdad que no quieres tomar nada? ¿Un café?

-No, de verdad. Te lo agradezco.

Giré los hombros hacia un lado (ese movimiento que hacemos los

tímidos antes de iniciar cualquier acción y que puede prolongarse indefinidamente) y estuve a punto de lanzarme a besar sus mejillas, pero ella volvió a hablar:

-Al final no voy a vender la casa, no de momento. Dinero no necesito y ahora mismo estoy cansada de ventas y de papeleos.

-Claro.

-Me voy a ir a vivir a Fuengirola con mi hermana. Tiene sitio de sobra en la casa, sus hijos ya se independizaron, y el clima es agradable.

-Me parece una buena idea.

-Sí, yo creo que sí. Siempre puedo volver. Aunque aquí la verdad es que… Aquí ya no tengo nada, Fernando.

Quise decir algo para tapar esa frase sobrecogedora, pero no estuve rápido o no fui capaz, y el eco perduró demasiado tiempo en el portal. Después me incliné y le besé las mejillas a Fina. Mi cuñada Fina, la mujer de mi hermano Jorge.

-Bueno, me marcho.

-De acuerdo. Buen viaje.

-Gracias.

Me di la vuelta y caminé hacia la salida, decidido a no mirar atrás. Tampoco estuve rápido mentalmente y no conseguí pensar en algo que acallara la idea de que era muy probable que aquella fuera la última vez que veía a mi cuñada. Este pensamiento me acompañó, como un dolor vago, hasta que doblé la esquina de la casa y vi el coche de mi hermano, mi coche. Metí la mano en el bolsillo y el tacto de la llave me produjo una euforia instantánea. No me pude reprimir y troté hasta él.

Sin embargo, aunque el placer de conducir aquel coche era grande (qué dirección más precisa, qué bien empuja el motor desde muy abajo), no conseguí librarme en todo el viaje de la tristeza que me había dejado el encuentro con mi cuñada. También es cierto que cometí un error: para evitar el bar de la plaza, donde siempre hay gente fumando en la terraza o mirando a la calle, di un rodeo por la parte alta del pueblo y pasé por delante del cementerio.

No me arrepiento de haber aceptado el BMW. A mi cuñada le he quitado un problema de encima y el trato es más que justo, pues aunque no lo hayamos hablado se entiende que me he quedado con él en compensación por mi mitad de la casa, que vale muchísimo más. Aun así, sentí de pronto una asfixiante culpabilidad cuando pasé con el BMW por delante del cementerio, donde están los restos de mi hermano. Y mi malestar empeoró al revivir un recuerdo del día de Reyes, cuando lo enterraron.

El cura dijo esas palabras impresionantes que dicen los curas en los

entierros. Y los operarios del ayuntamiento bajaron el ataúd al hoyo con esas horribles sogas gruesas. Y la gente tiró puñados de tierra sobre la tapa del ataúd, que sonaron en el silencio del cementerio como un espeluznante granizo. Pero yo no miraba nada de eso a través de las gafas de sol. Yo miraba una tumba que había unos metros más allá, el nombre que formaban las letras de bronce sobre la lápida: el de mi padre. Y descubrí que esas simples letras me daban miedo, como si él todavía pudiera echarme la bronca o levantarme la mano por no estar mirándolo sin pestañear mientras se dirigía a mí. No tuve la valentía de llevar los ojos hacia otro punto.

Desde el cementerio hasta la salida del pueblo conduje con calma, pero en cuanto me incorporé a la carretera pisé el acelerador a fondo y empecé a tomar las curvas como un loco. Se me metió en la cabeza que, puesto que había estado con mi cuñada muy pocos minutos, aún podría alcanzar a Ramón en la autovía y adelantarlo con el BMW. Me pareció que sería gracioso. No me paré a calcular lo que había tardado en llegar hasta la casa de mi cuñada desde donde Ramón me había dejado, quince o veinte minutos. Era imposible que lo alcanzara, pero me propuse con rabia lograrlo.

No suelo correr con el coche, nunca me ha gustado, ni de joven. A mi padre y a mi hermano sí les gustaba, competían para ver cuál de los dos llegaba a una velocidad más alta. A veces Esteban Walther me decía que me diera prisa, pero era casi siempre por ciudad, eso no es correr. Aunque es verdad que en una ocasión me pidió que condujera todo lo rápido que pudiera por una autopista, mientras él iba en el asiento de atrás con uno de sus jóvenes amantes, haciendo no sé bien qué, pues no eché ni un solo vistazo al retrovisor.

Entonces, si no me gusta correr y era imposible cazar a Ramón, ¿por qué corrí ayer con el coche? Hace un par de horas, cuando cogía fuerzas con el whisky y me preparaba para escribir, he comprendido que huía. Lo que todavía no he descubierto es de qué. Se me han ocurrido varios motivos, pero no soy capaz de determinar cuál fue. Pudieron ser todos juntos.

Huía del miedo que aún me despierta mi padre, lo que queda de él, las letras de su nombre en una losa de piedra. Huía del cementerio, donde están ya mi padre y mi hermano y donde hace más de cuarenta años que está mi madre (ella en el osario, mi padre no quiso renovar en su día la cuota del ayuntamiento), y donde he de acabar yo también si no dispongo otra cosa (y para qué hacerlo, qué más da). Huía del pueblo, donde a mí tampoco, como a mi cuñada, me queda ya nada ni nadie, casi ni siquiera ella, que se irá en breve a Málaga y probablemente ya no volverá o solo por cuestiones puntuales. O huía de la muerte, que está detrás de todos estos motivos.

Huía de la muerte pero quizá inconscientemente la buscaba.

Porque cuando ya me acercaba a Madrid, mientras adelantaba a más de doscientos kilómetros por hora a una fila de camiones, un monovolumen rojo salió de entre dos de ellos y ocupó el carril por el que yo circulaba. Tuve que echarme a la izquierda de un volantazo (dar un frenazo hubiera sido una locura a esa velocidad) y pasé de milagro entre la mediana y el monovolumen. Todavía no sé cómo entró el BMW por ese hueco tan estrecho. A partir de ahí conduje mucho más despacio.

Obviamente no alcancé a Ramón, que llevaba diez minutos en casa cuando llegué. Se sorprendió mucho al verme, eso sí. No le dije que había estado a punto de matarme.

He escrito un poco más arriba que no me arrepiento de haber aceptado el BMW, y sin embargo me siento culpable. Yo me siento culpable por todo, cada vez más. Ayer me sentía culpable mientras conducía a toda velocidad, enloquecidamente. Iba pensando que era una traición que me quedara el coche de mi hermano, cuando él aprendió a conducir antes que yo y luego me enseñó a mí, cuando él tuvo su primer coche antes que yo y también desmontó un motor antes que yo. Ahora era yo el que conducía su coche, su magnífico coche, mientras él estaba muerto. Supongo que por eso me despisté, o no estuve lo suficientemente atento, y casi me mato.

Detrás del taller de mi padre había un terreno en el que se iban acumulando coches desguazados, piezas sueltas, montones de chatarra. Allí jugábamos mi hermano y yo después del colegio y los sábados por la mañana. Cuando yo tenía unos siete años y Jorge seis más, mi padre construyó en ese terreno dos coches con troncos de madera, parecidos al de los Picapiedra. Les colocó un volante, asientos de coche, un salpicadero y faros delanteros y traseros. Hizo una pequeña instalación eléctrica y la conectó a una batería, de manera que con los mandos se podían encender las luces, los intermitentes y se podía tocar el claxon. Nunca hacía ese tipo de cosas para nosotros, esa es la única que recuerdo. Pero los coches le importaban, tenía un taller mecánico, y estaba obsesionado con que aprendiéramos a conducir lo antes posible, así que no fue un gesto excesivamente desinteresado. En esos coches, mitad de madera y mitad de chatarra, Jorge y yo pasamos infinidad de horas imaginándonos que conducíamos por carreteras de todo tipo, con agua, con nieve, entre montañas, por un bosque, todo sin movernos del descampado trasero del taller de mi padre.

Un par de años después, aprovechando que mi padre se había ido a Ciudad Real a hacer unos trámites, Jorge y yo nos acercamos al taller a la hora de la comida, cuando estaba cerrado, y tomamos prestado uno de los coches. Era un Citroën GS naranja butano, lo recuerdo bien,

de los que tenían amortiguación neumática regulable, que se subía y bajaba con una palanquita entre los asientos. Solamente lo condujo mi hermano, yo iba de copiloto, y recorrimos unos cuantos kilómetros por un camino de tierra, sin pasar de segunda. Mi padre terminó enterándose y nos pegó a los dos. Pero a Jorge, al menos, le dio su primera clase de conducir a la semana siguiente. Yo era aún demasiado pequeño.

Cuando Jorge se sacó el carné, mi padre le regaló un R-12 de color granate. Lo primero que hizo mi hermano fue llevarme a dar una vuelta por las calles del pueblo, presumiendo, y luego por la carretera de Andalucía, a todo lo que daba el coche, que no sería mucho más de ciento cincuenta. Antes de volver al pueblo, paró en uno de los clubes que había junto a la carretera e insistió en que entrara con él. Creo que mi hermano tenía ya sospechas sobre mí. No entiendo cómo dejaban entrar a niños a lugares de ese tipo.

He empezado a escribir sobre los coches de mi hermano con una finalidad, pero la he olvidado. He bebido demasiado whisky. La idea creo que era unir ese primer coche de madera con el BMW, el último coche de la vida de mi hermano, que ahora es mío. Era una idea muy triste, pero la he olvidado.

Me voy a dormir, son casi las cinco de la madrugada.

Cuando empecé a escribir aquí el otoño pasado, me prometí a mí mismo que no hablaría de mi padre, me prometí que ni siquiera lo mencionaría. Pero por la razón que fuera no pude evitarlo. Esta vez me hice la misma promesa, pero… ¿cómo voy a conseguirlo, si cada tres por dos me está doliendo el hombro? Por más que me empeñara en olvidar a mi padre, en convencerme de que jamás existió (como él seguro que llegó a convencerse de que yo no era hijo suyo: «Tú no eres mi hijo», eso me gritó escupiendo saliva mientras yo estaba tirado en el suelo del taller), por más que intentara no pensar nunca más en mi padre, el dolor en el hombro vendría a recordármelo cada vez que el tiempo fuera a cambiar, como ha pasado hoy de nuevo. Mañana lloverá.

El dolor comienza con un leve hormigueo en la parte alta de la espalda. A menudo tardo en identificarlo, me creo que es un problema de circulación o la picadura de un mosquito, y me rasco. Me doy cuenta después, cuando el hormigueo se transforma en un calor de fiebre que me llega hasta el hueso. Entonces, sin necesidad de consultar el pronóstico de la televisión, sé que el tiempo va a cambiar. El dolor me baja luego por el brazo y me produce calambres en los tendones de la mano derecha. Me suele durar unos días; los analgésicos no hacen demasiado. Tendría que ser un salvaje para no acordarme de mi padre al menos en esos momentos. Es inútil que luche contra ello.

Además ya hablé de él la otra noche, lo mencioné varias veces mientras contaba cosas de mi hermano y de sus coches. ¿Pero qué voy a hacer? Yo soy lo que soy por mi padre. Y no me refiero a que me diera la vida o algo así, sino a que si estoy con Esteban Walther es porque mi padre tenía un taller de coches donde estuve trabajando. Cuando me echó (la clavícula rota y un dolor en el hombro para siempre), seguí trabajando con coches, de gruista en Castellón, y gracias a ello conocí a Esteban Walther y entré a trabajar para él. Así que le debo a mi padre el haber conocido a Esteban Walther, uno de los pocos hechos buenos que me han sucedido en la vida. No, el mejor. Por lo tanto, ya es hora de que escriba sobre él, ¿no?, de que deje el tema zanjado, liquidado. Después lo podré borrar, si quiero, y será como si nunca lo hubiera contado. Pero ya lo habré escrito, estaré en paz, y no tendré la tentación de volver a hacerlo. Intentaré ser muy breve.

Siempre me quedará la duda de si fue mi hermano la persona que se lo contó a mi padre, la persona que le fue con la historia de que me habían visto en aquel bar de Alcázar. Ya no se lo podré preguntar a Jorge, aunque lo cierto es que tuve más de veinte años para hacerlo y no se lo pregunté. Ni en veinte siglos lo hubiera hecho. Quizá fue Jorge o quizá fue otra persona, alguien que me vio y se lo contó a otro, que luego se lo contó a otro, y la historia terminó llegando a oídos de mi padre. Da igual. Lo que es seguro es que mi hermano no estuvo en ese bar, no me vio con sus propios ojos. Se lo contarían y él se lo dijo a mi padre. ¿Qué iba a hacer mi hermano en aquel ambiente? Además, por esa época ya estaba de novio con Fina, ni siquiera habría podido ir con sus amigos, de broma, para divertirse, para burlarse. Sin embargo, aunque mi hermano no estuvo allí (pero quizá no fue él quien se lo contó a mi padre), guardo en mi memoria la imagen de Jorge en un rincón de aquel bar, entre una máquina de *pinball* y una pared de ladrillos, mirándome (mirándonos) con esos ojos turbios que se le ponían cuando estaba borracho, muy fijos y sin parpadear, como los de una vaca que te mira sin comprender nada pero no puede dejar de mirarte.

Él se llamaba Félix, tenía casi cuarenta años, una mujer y dos hijos (una niña y un niño, creo), y no era guapo. Tenía barriga y los dientes muy separados. Pero a mí me daba lo mismo con quién fuera, lo importante es que por fin me había decidido, y no había sido fácil. Yo tenía veintiún años. Nos habíamos acostado una única vez, en el piso que él tenía alquilado para dormir entre semana, pues montaba los cuadros eléctricos de una urbanización de chalets en Toledo, lejos de su familia, que vivía en Extremadura. Aquella noche habíamos quedado en ese bar de Alcázar para tomar algo, nada más; él tenía que madrugar mucho al día siguiente. No estuvimos ni una hora juntos. Nos tomamos una copa y nos besamos junto a la barra, ni siquiera muy efusivamente. Aunque se sabía la clase de clientes que iban a ese bar, los dueños preferían la discreción; aquello era Alcázar, no Madrid.

Pensándolo después en el hospital, mientras pasaba los días más negros de mi vida, imaginé que mi hermano se encontraba también dentro del bar, entre la máquina de *pinball* de Indiana Jones y la pared de ladrillos, emborrachándose y mirándonos con sus ojos bovinos para luego contárselo a mi padre. Desde entonces no he podido borrar esa imagen de mi cabeza, aunque tenga la absoluta certeza de que Jorge no estuvo allí. Y quizá ni siquiera fue él la persona que se lo contó a mi padre. Al taller iba tanta gente que pudo ser cualquiera.

No volví a acostarme con Félix ni a verlo nunca más: aquella noche solo nos besamos y al día siguiente yo estaba en el hospital con la clavícula rota. Puede parecer una tontería, pero me acuerdo mucho de

la vuelta al pueblo desde Alcázar. Yo iba feliz conduciendo el Ford Orion, mi primer coche, con las ventanillas abiertas y la radio puesta. No recuerdo qué escuchaba pero sí que iba cantando; nunca me ha gustado la música, sería alguna canción vulgar. Esa fue la última vez que conduje el Orion, unas horas más tarde mi padre me lo quitaría, no me dejaría llevármelo. Me lo había regalado el mismo día en que cumplí los dieciocho.

Si cierro los ojos aún noto en mi mano el tacto preciso de la palanca de cambios, redondeada y un poco rugosa, y la resistencia progresiva de los mandos de la calefacción. Me encantaba el sonido de los botones del elevalunas eléctrico, un clic sutil pero seco, brillante, mágico, no sé. Los elevalunas eléctricos eran un lujo del acabado Ghia, y yo estaba muy orgulloso.

Podría calcular la hora exacta, casi al minuto, en que a mi padre le contaron (mi hermano u otra persona) que la noche anterior me habían visto en un bar de Alcázar besándome con un hombre. Sabiendo cómo era, es imposible que contuviera su reacción ni un solo momento. Un segundo después de que se lo contaran, sin permitir al informante (¿Jorge?) que añadiera detalles, mi padre saldría disparado hacia el taller, donde yo estaba revisando la alineación de las ruedas de un coche. Era mediodía, sobre las doce, y por lo tanto él estaría en el bar de la plaza. Siempre hacía un descanso a esa hora para comer algo y tomarse el segundo orujo blanco del día. Iba y volvía en coche, aunque la distancia es de trescientos o cuatrocientos metros.

Fue allí, en el bar de la plaza, donde se lo contarían. En ese instante, nada más saberlo, sin pedir detalles y sin dudar de lo que le contaban, tomó la decisión y salió corriendo del bar, probablemente blasfemando (si no había apurado el orujo, se echó el resto en la boca de un golpe). Su orgullo estaba en juego en la rapidez de esa reacción, en su negativa a plantear la más mínima duda o a demostrar una vacilación que pudiera hacer creer que toleraba el aberrante comportamiento de su hijo. No obstante, pagó la cuenta, eso también lo sé, incluso invitaría al informante. También su orgullo estaba siempre en juego con el dinero, con las deudas, pagarlas sin demora, no dejar nunca que lo invitaran, invitar él antes, echar la mano a la cartera más rápido que nadie, agarrar y hasta retorcer la mano del otro si se le había pasado por la cabeza pagar.

Podría calcular el tiempo que transcurrió desde que mi padre tiró las monedas o el billete sobre la barra del bar hasta que me golpeó en la nuca, por la espalda, sin pronunciar una sola palabra, sin que yo pudiera anticiparlo. Salió del bar y montó en su coche, que siempre aparcaba a la puerta, en doble fila si no había sitio, y dio la vuelta a la

plaza: un minuto. Recorrió las tres calles que lo separaban del taller, con dos esquinas en las que tuvo que frenar para comprobar si venía alguien: dos minutos, o menos si condujo más rápido de lo habitual, enfurecido, rabioso, todavía blasfemando. Frenó delante del taller, echaría el freno de mano antes de que el coche se detuviera por completo (un Ford Mondeo tenía entonces). Hasta pudo dejar la portezuela abierta para no perder más tiempo, para no añadir ni un sospechoso segundo de indecisión a su castigo sobre mí y a su repudio.

No, no vi venir a mi padre por detrás con los puños cerrados. Ni siquiera oí sus pasos sobre el cemento del taller, cubierto de virutas de metal y trocitos de chapa y hasta algún tornillo. Estaba concentrado en el coche que había sobre el elevador (un Renault 21 Nevada, lo recuerdo perfectamente), al que le estaba alineando las ruedas. No estaba preparado y recibí el fuerte golpe en la nuca con el cuerpo relajado, blando, fácil de derribar.

Hubo una época en que pensé, para sentirme menos mal, menos humillado, que si hubiera visto venir a mi padre habría podido defenderme de su ataque. Y no solo defenderme sino devolvérselo y vencer: yo era más alto y corpulento que él, más fuerte y por supuesto más joven. Físicamente habría podido. Sin embargo, tuve que confesarme en una época posterior que, aunque lo hubiera visto venir hacia mí con los puños apretados, no habría sido capaz de hacer nada, me habría dejado golpear esa vez y todas las que él hubiera querido. Ese acto era para mí inconcebible. Pero no lo fue para él. Golpeó a su hijo de esa manera, con esa fuerza y por la espalda y en la nuca.

De todos modos solo me golpeó esa única vez. El golpe fue suficiente para que yo, desprevenido, me desequilibrara hacia delante y cayera con todo mi peso contra una de las columnas de acero del elevador de coches. Eso bastó para romperme la clavícula y quedarme tirado en el suelo, sin posibilidad de defenderme.

Con mucho dolor, pude darme la vuelta. Aún no sabía quién me había atacado ni por qué. Me giré y lo vi a él, vi a mi padre, con la cara congestionada de rabia, de desprecio, de vergüenza por tener un hijo así. Estaba tan enfurecido que no acertaba a vocalizar. Tardó varios segundos en poder hablar, en decir la frase que desde entonces no he dejado de repetirme casi cada día de mi vida. Le costó construirla en su cabeza y después juntar todas las palabras en la boca, donde se mezclaron con saliva y con los restos del orujo. Los labios le temblaban y la cara se le iba hinchando, muy roja, parecía que le iba a explotar. Y al cabo de todos esos segundos mi padre hizo aquella afirmación simple que era literalmente falsa, pero justo por ello resultaba terrible. Al pronunciarla negaba el parentesco que lo unía a mí, lo borraba, borraba el parentesco y me borraba a mí, como si me estuviera lanzando un rayo que me hacía desaparecer, que

eliminaba todo lo que yo era, o al menos todo lo que yo era con respecto a él. Escupió: «Tú no eres mi hijo». Y yo, en efecto, desaparecí.

Desaparecí para él, y desde ese instante mi padre se comportó como si yo no existiera. O peor aún: como si nunca hubiera existido. De hecho, aquellas fueron las últimas palabras que me dirigió, no volví a escuchar su voz jamás. A cambio, es raro el día en que no me repito esa frase, en que mi cerebro no la reproduce: «Tú no eres mi hijo». Así que casi todos los días mi padre me vuelve a hablar, incluso después de muerto, me escupe su rayo y me aniquila. ¿Cómo no iba a escribir aquí sobre él?

Sin embargo, si cuando recibí el fuerte golpe por la espalda no sabía quién me estaba atacando, en cuanto me di la vuelta en el suelo y lo vi a él, vi a mi padre congestionado, sí supe de inmediato por qué lo había hecho, no tuve que preguntármelo, no me extrañó. Al revés, de alguna manera lo estaba esperando, era consciente de que antes o después sucedería. Vi a mi padre desde el suelo, hinchado de rabia y retorciendo la lengua dentro de la boca antes de soltarme su última frase, y no necesité oírla para saber por qué me había golpeado y lo que ello conllevaría: marcharme del pueblo, romper con la que había sido mi vida hasta entonces. No obstante, él sí necesitó decir la frase, escucharse a sí mismo diciéndola: «Tú no eres mi hijo».

Creo que no voy a contar nada más. No merece la pena. He dicho que iba a escribir sobre mi padre, y como después de aquella mañana ya no lo volví a ver, he terminado.

Aunque… aún recibí un mensaje suyo al día siguiente, o más bien una orden. Me lo trajo mi hermano al hospital, donde me habían operado la clavícula. (Por cierto, Jorge no me miró ni una sola vez a la cara, y ya no podré saber si el motivo era que se avergonzaba de mí o de sí mismo por haberme delatado ante mi padre. Bueno, de mí se avergonzaba sin ninguna duda, la otra parte es la que ya nunca sabré.) Sin mirarme, Jorge me dijo que no me podía llevar mi coche, el que me había regalado mi padre cuando cumplí los dieciocho. Él no me dejaba, me quitaba el regalo que me había hecho tres años antes. Me dijo solamente eso pero todo lo demás se sobreentendía: que tenía que desaparecer del pueblo y no volver. Y eso hice.

En Madrid vivía un primo lejano que se había ido del pueblo de la noche a la mañana, y yo siempre había sospechado que lo hizo por la misma causa que yo. No me equivocaba. Cuando me dieron el alta, me puse en contacto con él y aceptó generosamente acogerme en su casa. Pero esta es otra historia.

A la botella de Glenfiddich le queda un dedo en el fondo, y aunque esta noche ya he bebido suficiente, sé de antemano que no voy a encontrar razones para contenerme, hoy no. Por lo tanto me acabaré

la botella, ahora, en cuanto apague el ordenador, y pensaré, como hago cada vez que rememoro este penoso episodio, qué habría pasado si mi madre hubiera seguido viva. En ocasiones logro convencerme de que ella lo habría evitado.

Son las dos y cuarto, me duele menos el hombro. El alcohol disminuye el dolor o hace que no me importe. Mañana tendré que comprar otra botella.

Quizá la única utilidad de estas páginas será demostrar -solo ante mí mismo, pues nadie las leerá nunca- que soy una mala persona. Desde la última vez que escribí aquí, hace unas semanas (estamos a finales de marzo), han tenido lugar dos hechos negativos, dos malas noticias. Y resulta que en la que menos pienso es en el tumor de Esteban Walther. Trabajo para él, su salud y su bienestar deberían ser mi prioridad absoluta, y sin embargo estos días he estado más preocupado por el suceso que me atañe a mí. Soy una mala persona y encima egoísta. Porque además… ¿qué esperaba yo de Violeta? ¡Yo! No se puede ser más ridículo.

Aunque debo decir que el tumor que le han detectado a Esteban Walther no supone un empeoramiento muy grave de su salud. Cuesta creerlo pero es así. En una persona joven o de mediana edad, con muchos años por delante, la noticia sería una tragedia demoledora, pero en alguien tan enfermo e incapacitado la cuestión queda rebajada casi a una anécdota, a una siniestra paradoja. Según los cálculos de la neuróloga, el tumor se desarrollará bastante más lento que el alzhéimer, de manera que no hay que preocuparse demasiado, no tiene sentido operar o empezar un tratamiento. En la carrera entre el tumor y el alzhéimer, este último lleva ya mucha ventaja y llegará antes a la meta. Incluso una gripe un poco fuerte, dijo Violeta para que lo entendiéramos, podría ser más peligrosa, podría adelantar por la derecha al tumor y al alzhéimer y ganar la carrera.

Mis remordimientos se calman un poco si pienso que el patrono, siempre tan generoso y tan pendiente de Esteban Walther, tampoco está sufriendo demasiado por el tumor, tiene otras preocupaciones bien distintas. No lo culpo. Aunque me sienta traicionado, no lo culpo, no se lo tengo en cuenta. Él no sabía nada, como tampoco lo sabía ella. Todo estaba dentro de mi cabeza. ¿Cómo iban ellos a conocer mis sentimientos, mis ridículos e ilusos sentimientos? No se puede traicionar algo que se ignora. No obstante, y aunque sea injusto, me siento traicionado y siento un irreprimible rencor. Pero ya se me pasará. Ese rencor está también dentro de mi cabeza, y de ahí no saldrá.

Nunca he presumido de tener un buen paladar. Y además me resultan antipáticas esas personas, tan frecuentes hoy en día, que hacen alharacas con el vino o con la alta cocina. Pero habría que ser un inepto para no notar que este Johnnie Walker es mucho más áspero que el Glenfiddich que me regaló Ramón. Como siga así, terminaré pareciéndome a aquellos tipos refinados que venían a la casa de

Esteban Walther en los buenos tiempos.

Con qué triste ilusión esperaba la llegada de Violeta aquella mañana. (Lo de triste lo añado ahora, porque sé lo que vino después: la traición, la caricia en el espejo, esas palabras susurradas, mi patética decepción, y el tumor, también el tumor de Esteban Walther, claro.) No diré que la noche anterior había dormido mal, siempre duermo mal aunque nada me preocupe, pero no miento si digo que me levanté de la cama nervioso, con una rara energía, impaciente por desayunar, darme una ducha y salir rápido hacia el trabajo. Ramón, que se había quedado a dormir en mi casa, se alegró de verme así después de bastantes semanas de malhumor. Esto también me apena: que se alegrara por mi buen humor cuando la causa era otra persona y cuando los resultados además han sido humillantes. Estoy acostumbrado a la autocompasión, casi es mi estado natural, pero la compasión por los demás es una tortura para mí. Aunque por supuesto a Ramón tampoco le he dicho nada de todo esto. Repito que todo está, o ha estado, exclusivamente dentro de mi cabeza.

Espié la llegada de Violeta desde la ventana del salón, no quería perderme ni un segundo de su desplazamiento por el jardín, desprevenida, ajena a mi mirada. Esteban Walther estaba ya vestido y listo en el sofá, esperando también a la neuróloga, quizá también ilusionado, quién puede saberlo. Tristán estaba echado a sus pies.

Sin embargo, podía haberme ahorrado los quince o veinte minutos que estuve mirando por la ventana, ya que Violeta no empujó la cancela del jardín sino que llamó al portero automático. Salí corriendo para que ninguno de los filipinos se me adelantara y la encantadora sonrisa de la neuróloga fuera recibida por una persona equivocada. No había egoísmo en ello, de verdad, simplemente es que ni Marco ni Erlinda habrían sabido apreciar esa sonrisa, disfrutarla como yo. Tristán respondió al timbre con varios ladridos, pero no se levantó. Cada vez le cuesta más moverse y suele estar peor por las mañanas, como un anciano con artrosis cuyas extremidades van entrando en calor según avanza el día.

Por lo tanto, no pude observar a la neuróloga mientras atravesaba el jardín, pero recibí de lleno su aparición cuando abrí la puerta de la casa, allí mismo, al alcance de mi mano, tan cerca. Oh, entonces fui consciente de cuánto había imaginado ese momento desde su última visita, algo absolutamente absurdo y desatinado, vergonzoso si lo pienso ahora, ay.

Abrí la puerta y allí estaba ella, Violeta. Casi lo único que vi en ese primer instante fueron sus ojos azules (son azules y no verdes, durante un tiempo lo dudé). La saludé, no sé exactamente qué dije, y ella respondió con una de esas frases suyas que te animan para el resto del

día: «Fernando, ¿no te huele ya a primavera?». Le contesté cualquier cosa y apreté su mano estrecha y suave. Ahí, en la entrada, yo solo veía sus ojos azules, y fue después cuando me fijé en su peinado y en su ropa, mientras ella examinaba a Esteban Walther en el salón y yo daba vueltas alrededor como un acosador indeciso. Se había cortado el pelo desde la última vez y llevaba una melenita capeada, peinada de peluquería, que le sobrepasaba un poco el mentón y lo resaltaba. Vestía un pantalón a cuadros blancos y negros (muy pequeños, de lejos se transformaban en un gris claro) y un jersey negro con cuello de pico. Era una ropa no muy juvenil, como de señora, supongo que del gusto de los pacientes de la clínica cara en la que trabaja. A mí no me disgustó, o mejor dicho me dio igual: Violeta estaba allí, qué importaba su ropa.

Mientras recorríamos la galería uno al lado del otro, como si acudiéramos a los ladridos que Tristán nos lanzaba desde el salón, dentro de mi pecho había una alegría que hacía años que no experimentaba. Al recordarlo ahora, no puedo dejar de apiadarme de mí mismo. Es una sensación semejante a la que me provoca acordarme de cuando era muy niño, en Navidad, los días anteriores a la noche de Reyes, esa ingenuidad que da tantísima pena.

Tristán no vino hacia nosotros cuando entramos en el salón pero se revolcó por el suelo como un loco, moviendo el rabo, con la seguridad de que la neuróloga se acercaría a él y le haría unas carantoñas, como en efecto hizo. A continuación ella le dio a Esteban Walther los buenos días y le preguntó, con la misma entonación que usaría si él estuviera bien y pudiera contestar, qué tal se encontraba. Él tal vez parpadeó; tal vez fue una coincidencia. Después Violeta y yo hicimos lo que ya se ha convertido en una rutina: llevamos a Esteban Walther hasta la mesa y lo subimos encima, sentado, para que ella pueda realizar su examen. Así las piernas quedan en alto, sin tocar el suelo, y pueden reaccionar al golpe del martillito de goma. La neuróloga abrió su maletín y comenzó.

Ya conté aquí cómo es el examen rutinario que Violeta le hace, todas esas pruebas que parecen un juego, una pantomima. También dije que no creía que sirvieran para nada, solo para demostrar que llevan a cabo una atención personalizada y justificar el dinero que cobran. Pues bien, me equivocaba. Las curiosas pruebas sí sirven para algo, o al menos una de ellas sí sirvió: no la del martillito de goma, que Esteban Walther debió de superar sin problemas, sino la del diapasón.

Ese día no presté mucha atención, supuse que el examen sería el de siempre, y también el resultado. Estaba más pendiente de Violeta, de memorizar su nuevo peinado y su ropa y el modo que tenía de fruncir levemente los labios cuando realizaba un ligero esfuerzo, como

levantar los brazos de Esteban Walther, o desabrocharle los botones de la camisa, o tocar con el diapasón el borde de la mesa para que empezase a vibrar y a emitir su sutil sonido. Daba vueltas alrededor de la mesa y guardaba en mi cabeza todas esas imágenes, todos esos detalles de Violeta, para alimentar durante las siguientes semanas mi absurdo y triste enamoramiento.

No, no presté mucha atención al examen. Supe que hubo un problema porque Violeta repitió una de las pruebas varias veces. Hacía sonar el diapasón contra la mesa, un toque delicado, y aproximaba el metal vibrante a un oído de Esteban Walther y luego al otro, y repetía de nuevo todo el proceso. Me fijé en esa insistencia y dejé de observar la esbelta mano de la neuróloga y observé lo que hacía con ella. Ignoro cómo tendría que haber reaccionado Esteban Walther al diapasón, ignoro cómo reaccionaba en otras ocasiones (él ya no reacciona a casi nada: a la temperatura del agua del baño, a la de los purés, al sol si le da en la cara y lo deslumbra), pero Violeta descubrió con esa simple prueba que algo no iba bien.

Oí a la neuróloga chasquear la lengua con disgusto, puso el diapasón cerca de su propia oreja para comprobar que sonaba, y después alzó sus ojos hacia mí.

-¿Tienes algo que hacer, Fernando?

-¿Cuándo? ¿Ahora?

-Sí, ahora.

-No. Bueno, tenía pensado abonar las arizónicas, pero…

-¿Podrías traer al señor Walther a la clínica?

-¿Ahora?

-Sí, ahora. Os montáis en el coche y me seguís. Ahora.

-Claro, claro.

-Perfecto. Pues vamos.

Aquel día, horas después, mientras daba vueltas en la cama con la certeza de que no podría dormir, recordé de golpe que años atrás había visto a Esteban Walther manejando un diapasón. No había vuelto a pensar en ello. A veces la memoria hace cosas por su cuenta, asocia vivencias diferentes y te las entrega sin que tú se lo hayas pedido, como aquella vez en que Tristán y yo estábamos jugando en el jardín con un palo y después de lanzárselo detrás de los rosales vino hacia mí trayendo en la boca, no el palo, sino un pájaro muerto. Pues la memoria hace algo así.

Hace ya más de un año que el piano no se afina, pero es que nadie lo ha vuelto a tocar. Antes se llamaba cada cierto tiempo a un afinador. Yo lo acompañaba hasta el estudio y él hacía su trabajo. Generalmente Esteban Walther no se dejaba ver, pero aquel día, no sé

cómo, se enteró de que el afinador era guapo y se presentó en el estudio con una expresión de despiste, el muy farsante. Le dijo que no se preocupara por él, que no lo molestaría, pero por supuesto fue incapaz de cumplir su palabra. En un momento dado presumió de que podría afinar el piano sin necesidad del aparato electrónico que usaba el hombre. A continuación fue al mueble de la pared y de una cajita india con piedras incrustadas sacó un diapasón de color plateado. Poco después le había pasado al afinador un brazo por el hombro y le tocaba con el diapasón en distintas partes de su cuerpo. Ahí me marché.

Cuento esto, interrumpiendo la historia de Violeta y el tumor, porque creo que es curioso que haya sido con un artilugio que se emplea en música con lo que le han diagnosticado a Esteban Walther el tumor. Es como si se lo hubieran diagnosticado con un violonchelo o con una trompeta. Aunque, en realidad, lo que Violeta le diagnosticó con el diapasón fue solamente la sordera, lo del tumor lo descubrirían en la clínica, después de la resonancia. Pero es que eso también es curioso: que con una especie de instrumento musical, un diminuto hierrecillo que suena, le hayan diagnosticado la sordera al mejor director de orquesta español de todos los tiempos.

¿Qué hace falta para que los filipinos se alteren? Ellos también son humanos, y quiero creer que cuando tuvieron que escapar de su país y dejar allí a sus hijos pequeños se alterarían, sufrirían, mostrarían sus sentimientos de alguna manera, ¿no? Aunque se me olvida lo que me contó el patrono en el bar irlandés: Marco era militar en Filipinas y en consecuencia Erlinda es la mujer de un militar. Los militares están hechos de otra pasta.

Otra explicación es que sientan y sufran como los demás pero que no lo manifiesten, que disimulen, que actúen. En ese caso, Marco y Erlinda son unos actores de primera categoría. Me pregunto qué harán cuando Esteban Walther muera, cómo se comportarán.

La cuestión es que cuando fui a la cocina para decirles que me llevaba a Esteban Walther a la clínica, que la neuróloga lo había aconsejado porque había encontrado algo raro durante su examen, ellos, los filipinos, ni se inmutaron, como siempre. Continuaron limpiando entre los dos una fuente entera de sepias (ahora no recuerdo que comiésemos sepias en los días siguientes, qué habrá pasado con esas sepias). Solo Erlinda hizo un ruido indefinido con la garganta, pero pudo ser el gorgoteo viscoso de una sepia al ser vaciada.

¿Intuían los filipinos que lo de Esteban Walther no sería muy grave? ¿Sabían ya, de alguna misteriosa forma, que tenía un tumor pero que no morirá a causa de él? ¿Por eso no me hicieron caso?

Atribuyo a los filipinos una sabiduría que probablemente no tengan. El silencio se confunde a menudo con sabiduría. Aunque yo estoy siempre callado y no creo que nadie me tome por un sabio.

Una de las pruebas de que Esteban Walther todavía percibe algunas cosas es lo que hace cuando va en coche. Lo coloco en el asiento trasero derecho (para poder controlarlo por el retrovisor), le pongo el cinturón y en cuanto arrancamos y el paisaje comienza a desplazarse -los edificios, los árboles, los otros coches- él tuerce la cara hacia la ventanilla. No falla. Digo yo que si no percibiera nada o si le diera lo mismo, miraría por ejemplo hacia delante, hacia el respaldo del asiento del copiloto, o hacia el lado contrario o hacia abajo. Pero no, siempre mira hacia la calle, y esta es una buena señal. ¿Señal de qué? Cuando se lo conté a Violeta ella sonrió y dijo «claro». Pero ella es tan amable que seguramente lo dijo y demostró alegría solo para que yo me sintiera bien, nada más. Ese comportamiento de Esteban Walther no significará nada. Y significará menos dentro de tres meses, de seis, en fin.

Le puse el cinturón a Esteban Walther, subí con el Audi la rampa del garaje y accioné la puerta automática con el mando a distancia. No tuve que buscar el coche de Violeta, pues cuando asomé el morro a la calle un par de ráfagas me indicaron su posición. Estaba en doble fila, ya preparada para salir. Un segundo después aceleró con bastante brío y cruzó por delante de mí. Iba al volante de un pequeño y pizpireto Hyundai rojo. Me incorporé a la calle para seguirla.

Me sorprendió lo rápido que conducía. Apuraba los semáforos en ámbar y serpenteaba entre los coches pero sin dejar de ir pendiente de mí para no perderme. Debo decir que su forma de conducir me gustó, me reveló una faceta de su personalidad que también me resultaba atractiva. Luego, cuando se dirigió como una exhalación a la puerta de Urgencias de la clínica y no a la principal, me preocupé: quizá conducía con esa prisa porque el problema de Esteban Walther era grave y necesitaba ser tratado sin pérdida de tiempo.

Me acabo de dar cuenta de que no es la primera vez que escribo aquí sobre hospitales. Lo hice para hablar de mi hermano y de mi clavícula. Y ya estoy de nuevo a punto de hacerlo. ¿Pero cómo evitarlo? Intentaré no describir demasiado el ambiente, que a mí tanto me deprime. Aunque lo cierto es que la clínica donde trabaja Violeta, la clínica de Álvarez de Medinaceli (pero él ya no está allí, se jubiló), se parece más a un hotel de lujo. Concretamente, a un hotel de lujo con spa, ya que en esos sitios también hay gente que viste batas blancas y empuja carritos con ruedas.

Mientras yo bajaba a Esteban Walther del Audi, Violeta entró en la clínica y salió con una silla de ruedas. A pesar de lo delgada que es, tiene mucha fuerza, y cuando agarró la silla con las dos manos su

cuerpo se tensó y propulsó a Esteban Walther a una velocidad increíble, como si aún estuviera a los mandos de su ágil Hyundai. Yo me quedé quieto, dudando entre seguirla o salir a aparcar el coche, pero ella me adivinó el pensamiento sin mirarme siquiera y dijo en alto: «Deja las llaves en el mostrador, mis compañeros lo aparcarán». En efecto, la clínica se parece a un hotel de lujo, con aparcacoches y todo. Salí corriendo detrás de ella, que ya se dirigía con Esteban Walther hacia los ascensores.

Fue en el interior del ascensor, mientras subíamos a la planta de radiología, donde recibí la primera pista que debería haberme hecho sospechar, la primera pista en la que ya estaba contenida mi desgracia. Bueno, no exageraré, soy un dramático: diré mejor mi desilusión, mi actual tristeza, la pequeña traición de la que he sido víctima. Até todos los cabos después, no en ese momento, pero si hubiera sido más perspicaz lo habría podido descubrir ya en el ascensor.

Yo estaba contemplando el mentón de Violeta desde atrás, entre la cortina oscilante de su melena, y aspiraba el aire que la envolvía, me llenaba los pulmones con él. Entonces ella giró la cabeza hacia mí y dijo lo siguiente:

-Vamos a hacerle al señor Walther una resonancia. Como no se quedará quieto durante tanto tiempo, le tendremos que sedar, ¿de acuerdo? Todo irá bien, Fernando, no quiero que te preocupes. Será sencillo, también lo hacemos así con los niños. No obstante, yo avisaría a Juan Luis. Por lo menos para que esté enterado, aunque no pueda venir ahora. Tampoco es que le necesitemos aquí…

Creo que únicamente asentí. Enseguida se abrieron las puertas del ascensor.

No es que yo no supiera quién era Juan Luis, por supuesto, pero me chocó que Violeta lo llamara así, con esa familiaridad, y no Adrada, como hacemos nosotros (sin embargo no hubiera tenido sentido que dijera «el patrono»). Me chocó pero no pensé nada más, no saqué conclusiones, no até los pocos cabos que estaban a esas alturas a mi disposición.

No quiero repetir aquí, de nuevo, otra historia de hospitales. Me aburren, me deprimen. Lo mejor será que explique rápido lo del tumor de Esteban Walther y que me centre después en la otra cuestión, la que me ha perturbado más en los últimos días, la que ha confirmado, al menos ante mí mismo, que soy una mala persona.

Como me había informado Violeta, tuvieron que sedar a Esteban Walther para que no se moviera. Lo acompañé hasta la sala de resonancia, donde tienen esa máquina que es como una rueda gigante, y le estuve sosteniendo la mano mientras le hacía efecto la sedación

(pero no estoy seguro de que respondiera a la presión de mis dedos). Cuando se quedó dormido salí de allí. Como había sugerido Violeta, tenía que llamar a Adrada.

Ignoro cómo lo hace, pero el patrono siempre está cerca cuando se lo necesita. Siempre es una casualidad, una casualidad que se repite todas las veces. Lo llamé por teléfono, le conté la situación, y él me dijo que precisamente estaba por la zona y que en diez minutos vendría a la clínica.

Pero voy a terminar de contar lo del tumor para quitármelo del medio, aunque anticipe detalles e informaciones que supe después.

Como he escrito más arriba, lo que la neuróloga diagnosticó con la prueba del diapasón fue que Esteban Walther no oía bien o no oía nada. En su estado, es difícil saber con exactitud cuánta audición ha perdido, obviamente no se le puede preguntar, pero es muy probable que ya apenas oiga. Para lo que sirvió la resonancia fue para detectar que tiene un tumor en el cerebro, en la parte que se encarga del oído, o quizá justo al lado. El tumor va creciendo, va aplastando esa parte, y él va perdiendo audición, si no la ha perdido ya por completo. De todos modos, parece ser que el tumor es benigno -signifique eso lo que signifique- y es menos peligroso que otros. Violeta nos explicó que en realidad es como si fuera un quiste: el problema no es el tumor en sí, sino el espacio que va ocupando, el aplastamiento de esa parte del cerebro. Dado que Esteban Walther es tan mayor y encima tiene alzhéimer, y como el tumor además es benigno, no merece la pena operarlo.

Esto es todo lo que sé del tumor. Creo que no se me olvida nada.

El patrono llegó a la clínica quince minutos después de mi llamada. No recuerdo dónde me dijo que estaba, ni haciendo qué, aunque ahora veo perfectamente factible que me mintiera (pero no tengo pruebas de ello). A continuación se disculpó por el tiempo que había tardado, lo cual no tenía ningún sentido, pues había venido en un cuarto de hora en plena mañana laboral. Entonces, ¿de qué se disculpaba? (Que conste que todos los comportamientos extraños de Adrada de aquel día me parecieron extraños después, cuando até todos los cabos, no mientras sucedían. Ya he dicho que no soy lo suficientemente perspicaz.) ¿De qué se disculpaba? Tengo la teoría de que, de una manera vaga e inconsciente, el patrono se disculpaba porque tenía mala conciencia -¿ante su mujer y sus hijas?-. De hecho, antes de preguntarme por el estado de Esteban Walther, que hubiera sido lo lógico, me informó de que se estaba separando de su mujer.

Otra persona, una persona diferente a mí, le habría preguntado por su separación: cómo estaban sus hijas, su mujer, cómo estaba él, si había abandonado el piso familiar, si era una cuestión temporal o no

admitía vuelta atrás. Esa persona diferente a mí -que es lo mismo que decir cualquier persona normal- le habría ofrecido ayuda o consuelo o le habría cedido su piso para dormir, si había abandonado la casa familiar. En cambio, me limité a mirar al suelo y murmurar que lo sentía, que era una lástima, o algo por el estilo.

Después de anunciarme su separación, por fin me preguntó por Esteban Walther. Yo no tenía mucho más que añadir a lo que le había contado por teléfono, pero le expliqué cómo habíamos venido al hospital, que los filipinos se habían quedado en casa, en fin, datos irrelevantes. No sé si el patrono, en ese primer contacto, mencionó siquiera a la neuróloga, y de haberlo hecho, si la llamó Violeta (como ella lo había llamado a él Juan Luis). No lo recuerdo. Todavía no sospechaba nada y no presté atención. Ahora me gustaría enormemente saberlo, ser capaz de recordar.

Si a Esteban Walther no lo hubieran sedado, nos habríamos podido ir a casa nada más terminar la resonancia, pero tuvimos que esperar durante varias horas a que se recuperara. Adrada y yo comimos en la cafetería de la clínica y luego estuvimos hasta media tarde en la habitación a la que lo habían subido. El patrono no estaba muy hablador. Ambos, en algún momento de la tarde, dimos una cabezada en los sillones que había junto a la cama. Fueron unas horas bastante aburridas, la verdad. En mi caso, la razón fundamental de ese aburrimiento fue que no vi a Violeta. Llegué a pensar que se había ido a su casa, que su turno había concluido. Pero me equivocaba. Hacia las seis de la tarde la puerta se abrió y ella asomó la cabeza.

En este punto, cuando Violeta se asomó y Adrada se puso de pie (¿demasiado rápido?), también lamento no haber prestado la suficiente atención, no haber sido más perspicaz. Miré a Violeta y no a Adrada, aunque si lo hubiera mirado a él probablemente tampoco habría detectado nada extraño, pues no tenía la clave para interpretar sus comportamientos, aún no había atado los cabos. Por ejemplo, acabo de insinuar que Adrada se levantó del sillón demasiado rápido, pero en realidad no tengo la certeza, lo estoy interpretando ahora basándome en lo que supe después. Pues todo es así. No soy nada fiable, lo admito. Si me dejo llevar, cometeré errores, escribiré mentiras. Por eso es mejor que no especule, porque además el rencor del que he hablado al principio podría interferir y deformar lo que sucedió.

Después de levantarse del sillón, Adrada caminó hacia la puerta al encuentro de la neuróloga. Al cruzar por delante de mí sí recuerdo haberme fijado en que estaba más delgado, lo que achaqué a su separación, y me dije que le sentaba bien, que estaba más guapo. Como saludo, se dieron la mano (¡cuánto podría especular ahora sobre ese apretón de manos!). Violeta se acercó a Esteban Walther, que

llevaba un buen rato con los ojos abiertos y muy tranquilo, y le tocó la frente. Fue entonces cuando nos explicó lo del tumor (ya lo he contado) y después propuso que Esteban Walther volviera a casa en ambulancia. Y añadió, con su habitual dedicación que nunca parece un sacrificio, que ella lo acompañaría. Hasta ahí todo normal, de acuerdo, ella es la neuróloga de Esteban Walther. ¿Pero por qué tuvo que ir Adrada también dentro de la ambulancia?, ¿por qué no se fue en su coche o se vino conmigo en el Audi? No tiene ninguna justificación, no la tiene ahora pero tampoco aquel día. Y lo peor de todo es que a mí no me extrañó, aún no sospeché nada. Soy tan tonto que hube de tenerlo delante de mis ojos, más tarde, en el espejo del salón, para comprenderlo. Tonto de remate.

A los mandos del Audi, seguí a la ambulancia desde la clínica hasta la casa. Circulaba sin la sirena, en completo silencio, pero llevaba encendidas todas las luces de emergencia. Como no fui en la ambulancia, no puedo escribir nada de lo que pasó en su interior, aunque mis especulaciones han sido infinitas. He llegado a exigir a mi memoria que me entregara la imagen de las siluetas de Adrada y Violeta en los cristales esmerilados de la ambulancia, pero en verdad esa imagen no existió. Si no quiero escribir mentiras, tengo que saltarme el trayecto hasta la casa y aterrizar en el salón. Allí sí estuve yo presente, viendo con mis propios ojos, oyendo con mis propios oídos.

Voy a intentar contar el episodio del salón sin cometer errores, sin mentir, sin que el rencor intervenga y lo distorsione.

La fiesta que montó Tristán al vernos entrar en la casa (hasta recorrió parte de la galería arrastrando las patas traseras) contrastó con el gélido recibimiento de los filipinos. Estaban plantados en la puerta del salón, con sus uniformes oscuros y las manos entrelazadas delante del cuerpo. Pensé -y en realidad no es inconcebible- que habían estado ahí desde por la mañana, inmóviles y en formación, como dos reclutas obedeciendo el castigo de un sargento sádico. Marco rompió la formación y vino hacia mí. Me preguntó si alguien más se quedaría a cenar, aludiendo a la neuróloga y al patrono sin nombrarlos. Pero ellos oyeron la pregunta y se apresuraron a contestar al unísono que no (¿habríamos comido sepia si se hubieran quedado?). Los filipinos giraron sobre sus pies y se fueron hacia la cocina. Adrada, con cierta ironía pues los conoce bien, levantó la voz para decirles «hasta luego». Entramos en el salón.

El salón de la casa de Esteban Walther es muy grande y tiene dos puertas. Nosotros entramos por la principal, la que da al recibidor, que es ancha y tiene dos hojas corredizas. La otra puerta, de una hoja simple, da al pasillo que lleva a la cocina y a las escaleras. Esteban

Walther iba del brazo de Violeta y ella siempre consigue, no sé cómo lo hará, que dé la impresión de que es él quien la guía, como un ceremonioso bailarín, y no al revés. Lo sentó en el sofá y el patrono, resoplando de cansancio, se dejó caer al lado.

Durante un instante, viendo juntos a los dos antiguos amigos, tuve la sensación de que aquella era una estampa del pasado y que los dos iban a ponerse a charlar alegremente como en los viejos tiempos, mientras alguien, yo mismo, les traía un whisky a cada uno. Fue solo un instante. Un segundo después, la mirada perdida de Esteban Walther me devolvió a la realidad, al desolador presente.

La neuróloga y yo estábamos de pie delante del sofá, delante de ellos dos, y Tristán rondaba por la alfombra. Ella bajó la cabeza hacia las piernas de Esteban Walther y se fijó en sus mocasines.

-Oye, Fernando, ¿podrías traerle al señor Walther sus zapatillas? Así estará más cómodo.

-Por supuesto.

-Muchas gracias.

Qué educada ha sido siempre Violeta, pero qué educada, demonios. Me di la vuelta y salí del salón por la puerta principal, por la que habíamos entrado, que era la más cercana. Atravesé el recibidor y doblé hacia las escaleras, pero al pisar el primer peldaño me acordé de que las zapatillas no estaban en el dormitorio sino en el salón. Por la mañana, con las prisas de irnos a la clínica, las había dejado allí, debajo del escritorio estrecho de patas curvadas, al que Esteban Walther se refería con un nombre en inglés, ahora no me viene la palabra. Así que me di la vuelta para regresar al salón, pero ahora me venía mejor la puerta pequeña, ese camino era más directo para llegar hasta las zapatillas. ¿Cuántos segundos estuve fuera? ¿Diez? ¿Quince?

Ellos no me vieron entrar al salón por esa otra puerta. Pero yo tampoco los miré, caminé recto hacia el escritorio sobre las mullidas y silenciosas alfombras, preguntándome si los filipinos habrían encontrado las zapatillas y las habrían devuelto a su sitio, al dormitorio. Cuando rodeé la mesa de comedor pude ver que seguían donde las había dejado por la mañana, junto a una de las patas curvadas del escritorio. Son unas zapatillas de gamuza granate con un violín bordado en el empeine con hilo de oro. A mí nunca me gustaron demasiado, siempre me parecieron cursis. Ahora las odio. Me agaché para recogerlas del suelo y al incorporarme me quedé frente al espejo que hay encima del escritorio. Allí lo vi, dentro del espejo. ¿Dentro del espejo? Ojalá hubiera sucedido solamente dentro del espejo…

¡Chippendale! ¡El escritorio es un Chippendale! Me ha venido la palabra a la cabeza pero no sabía exactamente cómo se escribía, he tenido que buscarla en internet: Chippendale. Esteban Walther la pronunciaba sacando los labios hacia afuera y… ¿Pero por qué escribo

esto? ¿Qué más da? Estoy retrasando el momento de… ¡Venga, cuéntalo! En realidad no fue nada.

Cuando me levanté con las zapatillas en la mano y me asomé al espejo vi reflejada en él la figura de Violeta, su mitad superior, la que no tapaba el sofá, y también las cabezas, tanto de Esteban Walther como del patrono, que sobresalían por encima del respaldo. No, no fue nada: vi cómo Violeta alargaba un brazo hasta la cabeza del patrono, hasta su mejilla, y le colocaba la mano encima, la posaba. Ni siquiera fue una caricia, ahora que lo pienso, simplemente la dejó allí, sin moverla, mucho rato, o así lo sentí yo. Pero mientras Violeta hacía eso y miraba al patrono con una sonrisa embobada, no se me ocurre de qué otra forma decirlo, mientras ambos se miraban embobados, pues seguro que el patrono también tenía esa misma expresión -pero ya estoy inventando, seguramente mintiendo-, mientras se miraban a los ojos ella susurró una frase y pude oír una parte, pude oír al menos dos palabras, las últimas dos palabras de la frase: «amor mío».

Juro que mi primer pensamiento fue para Esteban Walther y no para mí. Me escandalizó que delante de él hicieran aquello -tocarse, decirse esas palabras-, aprovechándose de que ya no se entera de nada. Aquello no estaba bien, era malvado y obsceno, un abuso hacia el pobre Esteban Walther en sus lamentables circunstancias y en su propia casa. Eso fue lo primero que pensé, lo juro. Y justo después pensé en mí. Me sentí traicionado, sentí que Violeta y Adrada se burlaban de mis ridículos sentimientos hacia ella, aunque ninguno de los dos estuviese al tanto (y nunca lo estarán) y en consecuencia no se pueda hablar de traición.

Volví a agacharme con las zapatillas en la mano. ¿Qué debía hacer? Que ya no los estuviera viendo en el espejo no significaba que Violeta no pudiera verme si dejaba de mirar al patrono -y de acariciarlo y de decirle palabras- y miraba hacia donde yo me encontraba. ¿Qué debía hacer? Me quedé bloqueado, acuclillado a los pies del escritorio.

Y entonces en mi cabeza, sin que lo pretendiera, se ataron súbitamente todos los cabos. Comprendí por qué Violeta me había pedido que avisara al patrono y por qué lo había llamado «Juan Luis». Comprendí por qué él había ido a la clínica sin dudarlo y tan pronto, cuando no era necesario, y por qué, antes de preguntar por la salud de Esteban Walther, me había dicho que se había separado de su mujer. Pero mi cabeza ató un cabo todavía más lejano… ¡Ah! ¡Pensé tantas cosas en tan poco tiempo! En ocasiones creo que aún estoy allí acuclillado, bajo el espejo y el Chippendale, con las zapatillas en la mano, pensando cosas, sufriendo. Recordé, allí agachado sobre la alfombra, que la mañana en que Violeta le hizo el examen a Esteban

Walther en el jardín, después de muchos días de lluvia, me preguntó antes de irse qué tal me encontraba y deduje que sabía que mi hermano había muerto hacía poco. ¡Claro! ¡Se lo había dicho el patrono! ¡En aquel momento ya eran amantes (o lo que sean, a mí me da igual)! ¿Cuánto tiempo llevan juntos? ¿Estaban juntos cuando quedé con el patrono en el bar irlandés y me confesó que su matrimonio no iba bien? ¿Desde cuándo no va bien? ¿La culpa es de Violeta? ¿Adrada ha dejado a su mujer por Violeta?

Tosí varias veces, luego carraspeé haciendo todo el ruido que pude, y me puse de pie. Esperé unos segundos más, les concedí unos segundos más para que disimularan, y me giré.

Me parece que no voy a contar lo que queda de aquel día. Realmente no ocurrió nada importante después del episodio del espejo. Y además estoy cansado y bastante borracho. Intento que el Johnnie Walker me dé la suavidad del Glenfiddich y bebo un poco más, y luego otro poco más. Pero obviamente el Johnnie Walker no me da eso y solo acabo más borracho.

Tengo que olvidarme de Violeta. Y también del patrono, en la medida en que pueda. Los seguiré viendo a los dos, claro, pero ya será diferente para mí. Aunque entonces, ¿sobre qué más podré escribir aquí? Bueno, seguramente ya he escrito demasiado y no pasará nada si lo dejo. Para lo que ha servido…

No sé qué hora es. ¿Está amaneciendo?

No creo que nadie haya visto a Esteban Walther como yo lo vi aquel verano, el verano en que lo conocí, cuando recorrimos durante diez días la costa de Levante a bordo del viejo Jaguar. Al final de aquel viaje me contrató como chófer y me vine a Madrid. Y aquí sigo, a su lado. Él, tan distinguido y culto, tan exquisito, nunca había estado en lugares parecidos a los que visitamos, a los que me pidió que lo llevara. Solo yo he visto a Esteban Walther así.

Escribo esto, que sonará presuntuoso, porque esta mañana he recordado una imagen insólita, extravagante tratándose de él, que me ha sorprendido y me ha hecho llorar. He tenido que bajar al garaje para que los filipinos no me descubrieran. Llevo muchas noches bebiendo demasiado y ha empezado a afectarme. Estoy más susceptible y nervioso durante el día. Hoy no voy a beber whisky, ni una gota, tengo que estar lúcido. En su lugar me he preparado un té fuerte, como hacía al principio, meses atrás, cuando me puse a escribir en la buhardilla.

El recuerdo que me ha hecho llorar esta mañana ha sido el de Esteban Walther con un bañador de cuadros escoceses en un entorno que no tiene nada que ver con él: una playa llena de veraneantes. Es una playa familiar, vulgar, como hay cientos en España, y él está de pie, alto y erguido, rodeado de mujeres gordas y de niños que gritan. Hace viento y el pelo largo que llevaba entonces le revolotea alrededor de los ojos azules, que se mueven con rapidez de un punto a otro, observándolo todo con fascinación, sin su malicia habitual. ¿Qué hacía allí Esteban Walther, el gran director de orquesta, entre sombrillas de colores chillones y mujeres gordas, entre niños con flotadores y neveras de camping, con su incongruente bañador de cuadros escoceses? ¿Quién habría sido capaz de imaginárselo allí? Pues bien, yo lo vi, yo estaba presente, y por eso puedo recordarlo y lo escribo aquí. Él aún no había cumplido los sesenta años, era aún muy guapo. Yo tenía treinta y dos.

En aquella playa (¿Benicasim?, ¿Peñíscola?) Esteban Walther estaba completamente fuera de sitio, como si lo hubieran dejado caer desde un avión, o mejor desde un platillo volante. Era un marciano al que han soltado en un planeta desconocido, cuya atmósfera tal vez sea mortal para él. Sin embargo, esa diferencia con el entorno precisamente lo realzaba con una luz especial, muy concentrada y deslumbrante. Allí, aislado por la gente que tenía alrededor, señalado por esa extrañeza, Esteban Walther era más él mismo que en su ambiente cotidiano. Y yo, mientras lo contemplaba a una cierta

distancia, me sentía un privilegiado por estar allí con él, me sentía también tocado por aquella luz, elegido. Ah, me vuelven las ganas de llorar…

Hasta ahora no he contado cómo conocí a Esteban Walther, ni el viaje que emprendimos justo después en el Jaguar. Hasta ahora había creído que no tenía derecho, que sería un acto egocéntrico e indiscreto y que al hacerlo traicionaría la confianza que él depositó en mí hace ya tantos años. Pero últimamente he cambiado de opinión, no sé en qué momento. Quizá por fin he sido consciente de que Esteban Walther se va a morir (espero que no en breve, ya dije que el tumor no lo matará) y de que si no cuento lo que solamente yo vi, nadie lo hará y se perderá para siempre. Desde luego, él ya no puede contarlo, ni siquiera podría oírlo si yo se lo contara.

A ratos pienso que esta historia es la que tenía que haber escrito al principio, hace meses, cuando me puse a escribir en este ordenador. Hubiera sido lo más natural, respetar el orden cronológico. Incluso he pensado que empecé a escribir únicamente para contar esto, cómo nos conocimos y el viaje que realizamos en coche. Acaso todo lo anterior no haya sido más que una especie de penitencia para ganarme un derecho que antes no tenía. O acaso ha sido un entrenamiento, sin más. Si es así, creo que ya estoy listo.

¿Qué hubiera sido de mi vida si aquella tarde no hubiera circulado con la grúa por la carretera nacional sino por la autopista de peaje, como era mi costumbre? En verano, cuando no acudía a ningún aviso y simplemente daba vueltas con la grúa en busca de coches averiados, casi siempre escogía la autopista. Era por ella por donde solían ir los veraneantes. La carretera nacional tenía más tráfico, es cierto, pero era sobre todo de profesionales: transportistas y camioneros que se ahorraban el peaje yendo por allí. Sin embargo, aquel día, no sé bien por qué, iba circulando por la nacional. ¿Dónde estaría yo hoy si hubiera elegido la autopista, como hacía casi siempre? No habría visto el Jaguar detenido en el almacén de cerámica, no me habría parado para saber si necesitaba algo, y nunca habría conocido a Esteban Walther. Por lo tanto a mi vida le faltaría su pedazo mejor, casi el único bueno. Sería un ingrato, y sobre todo un mentiroso, si lo negara.

Conducía mi grúa por la carretera nacional, en dirección a Castellón. Por la ventanilla abierta entraba el aire tibio del arranque del verano y el olor pegajoso y mareante de las jaras. A las afueras de Nules, en el aparcamiento de un almacén de cerámica, de esos que tienen expuestos sus productos para los conductores que pasan -fuentes de jardín, chimeneas, grandes vasijas-, vi el destello blanco de un capó levantado. Antes de distinguir de qué coche se trataba ya sabía que era uno antiguo, pues la chapa del capó tenía una forma

muy abombada, no plana o ligeramente curvada como en los coches modernos. Para un taxista, un brazo levantado al borde de la acera supone una llamada irresistible, la seguridad de que va a realizar un servicio. Para los gruistas, esa llamada es un capó levantado. Puse el intermitente y giré hacia el aparcamiento del almacén de cerámica.

¿Cuándo vi por primera vez a Esteban Walther? La verdad, aunque no sea muy romántico y no me deje en un buen lugar, es que me fijé primero en el coche, en el Jaguar detenido en el aparcamiento. Durante los primeros momentos solo tuve ojos para él. Fuera de las concentraciones de vehículos antiguos, no se encuentran joyas así por la carretera, nadie usa un Jaguar de los años sesenta simplemente para desplazarse. Frené a su altura. Antes de bajarme (y de ver a Esteban Walther por primera vez), recuerdo que me impactó el hueco del motor, con esa forma de triángulo que se estrecha hacia el morro y con los cilindros en posición longitudinal. Parecía la boca de un animal. Pensé que si la avería era grave y había que cambiar alguna pieza, el mecánico tardaría semanas en conseguirla. Solamente después de mirar con bastante detenimiento el coche, me pregunté quién lo conduciría, dónde estaba el dueño de aquel Jaguar. Me bajé de la grúa y al dar la vuelta a la cabina lo vi, vi a Esteban Walther por primera vez.

Se había alejado un poco y se había metido entre las piezas del almacén de cerámica. Antes de nada vi su cabeza, que tenía un ángulo inusual, altivo, orgulloso, con la barbilla apuntando hacia arriba, como si quisiera despegarse del resto del cuerpo. Llevaba gafas de sol y me sorprendió el tono tan pálido de su piel. El viento le revolvía el pelo y él se lo rastrilló con los dedos de una mano, un gesto también peculiar, de una dignidad excesiva y amanerada, que me informó sin un resquicio de duda sobre su condición. ¿Me alegró saberlo? ¿Se generó dentro de mí, tan pronto, alguna expectativa? Es difícil precisarlo ahora, separar esa primera impresión de la que tuve unos minutos después. En cualquier caso, estoy seguro de que ni por un instante se me pasó por la mente que no fuera un hombre guapo.

El viento zarandeaba también su ropa, unos pantalones claros de lino y una camisa arremangada de un azul muy tenue, como lavado o quemado por el sol, y evidenciaba la delgadez del cuerpo que había debajo, fibroso y elegante. Bueno, toda su persona y su manera de moverse transmitían una enorme elegancia, distinción, no sé cómo decirlo… Yo nunca había visto a nadie así. En aquel aparcamiento convertido en exposición al aire libre, rodeado de fuentes con gnomos y barbacoas prefabricadas, él era una especie de pájaro exótico y remilgado.

No tardó en verme. Sacudió la cabeza para que el viento le apartara el pelo de la cara y me vio. Aunque los cristales oscuros le

ocultaban los ojos, supe que me estaba mirando, y no solo eso, también que le gusté. Estuvo así varios segundos, inmóvil, mirándome, y se chupó las mejillas por dentro, ese gesto tan característico suyo. Después echó a andar hacia mí. Su figura flaca y distinguida fue esquivando los objetos de la exposición con un movimiento raro de sus caderas, como si fuera una marioneta guiada por las manos más diestras y delicadas del mundo.

Cuando estuvo al alcance de mi voz, le pregunté:

-¿Necesita algo?

-Ay, joven. Yo necesito tantas cosas…

Pensé que no me había visto parar y no había comprendido que era el gruista. Señalé mi grúa, luego el Jaguar, e insistí:

-¿No funciona bien el coche? ¿Le pasa algo?

-Créame que no tengo la más remota idea.

-Ah, perdone… ¿No es su coche?

-Claro que sí. ¿De quién si no? No me diga que no es una auténtica maravilla.

-Pues…

-Es igual que un gigantesco y deslumbrante lirio. ¿Verdad que sí, joven?

Me desconcertó su rimbombante forma de hablar, parecía tener el acento de un idioma que no había existido nunca. Alargaba las vocales exageradamente y acompañaba cada palabra con un bamboleo de la cabeza, como si en lugar de palabras lanzara pompas de jabón. Además, yo no comprendía que el coche fuera suyo y no supiera qué le ocurría, que no tuviera la más remota idea. Después me enteré de que no lo había conducido hasta allí. Por supuesto Esteban Walther nunca ha sabido conducir.

Llegó hasta mí, delante del morro del Jaguar, y debió de apiadarse de mi cara de desconcierto, porque me dio una explicación, todo lo que él sabía del problema:

-Creo que se ha calentado. Los coches también se calientan, ¿no?

-¿Ha comprobado el nivel del anticongelante?

-¿Yo? ¡Obviamente no!

Dijo esto último con un gritito y llevándose al pecho la mano abierta. Puso una mueca de ofensa, casi de repugnancia, como si lo hubiera acusado de un gravísimo y denigrante delito. Pero, un segundo después, esbozó una espléndida sonrisa y basculó blandamente la mano hacia delante, apuntando con un dedo al Jaguar. Me fijé en que tenía unas uñas impecables, perfectamente recortadas y pulidas, de manicura. En ese brusco salto, entre la histriónica indignación y la sonrisa zalamera, Esteban Walther pasó a tutearme (¿se formó en su cabeza un plan que requería una mayor

cercanía?). Confieso que me gustó.

-Tú lo podrás arreglar, ¿verdad?

-No lo sé. Pero puedo echarle un vistazo.

-Qué amable.

Yo jamás había tocado un motor así. En el Jaguar, con sus líneas robustas y a la vez deportivas, la estética está por encima de todo lo demás y es el motor el que tiene que adaptarse al diseño de la carrocería, no al revés. Por eso la distribución de los elementos es diferente a la de un coche actual o incluso a uno de aquella época pero más común, un turismo familiar por ejemplo. No obstante, para alguien que sabe de mecánica no debería suponer ningún problema encontrar el vaso de expansión de cualquier motor, cuestión de segundos, y yo tardé una eternidad. La razón es que me puso nervioso la cercanía de Esteban Walther (pero aún ignoraba que ese era su nombre), me alteró e hizo que no viera lo que tenía delante de mis narices.

Metí medio cuerpo debajo del capó levantado y me puse a buscar el vaso de expansión. Por el rabillo del ojo, sin embargo, capté los extraños movimientos que él realizó a mi alrededor. Fue una especie de danza estrambótica, de estrafalario ritual que me tenía a mí como centro, aunque no pude verlo más que de refilón. Mientras me zambullía en el abigarrado motor del Jaguar, Esteban Walther comenzó a pasear detrás de mí, a trazar medios círculos desde mi derecha hasta mi izquierda. Yo solo veía algo cuando él estaba en los extremos o si me giraba para mirarlo. ¿Cómo explicarlo? Había llevado los brazos a su espalda, con las manos enlazadas, y había sacado el pecho hacia delante y el culo hacia atrás. Caminaba con zancadas largas pero muy lentas, haciendo pausas prolongadas durante las que se quedaba en equilibrio sobre un solo pie. Y con cada desplazamiento su cabeza avanzaba hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás, como si picoteara el aire con la nariz. Antes he comparado a Esteban Walther con un pájaro exótico, y su manera de moverse a mi alrededor podía parecerse a la de un pájaro, sí, un pájaro que ronda a una presa pero que al mismo tiempo da la impresión de que no le interesa lo más mínimo, de que la desprecia. Y claro, con esa distracción a mi espalda, no encontraba nada dentro del motor.

El vaso de expansión del Jaguar está en un lugar poco frecuente, justo encima del radiador, y además tiene una forma alargada, del mismo ancho de la calandra. Lo digo para justificar un poco mi torpeza. Lo tenía delante de los ojos pero no lo veía. Cuando lo encontré, toqué con cuidado el tapón metálico por si estaba demasiado caliente. Pero el motor llevaba bastante tiempo apagado, sin duda más de media hora. Desenrosqué el tapón y me asomé al

depósito, desde fuera no se apreciaba el nivel del líquido. Estaba casi seco.

-Hay que rellenar con anticongelante. El nivel está bajísimo.

-¡Oh! ¿Y eso es malo? Suena horrible.

-Si no se ha calentado demasiado, la solución es rellenar y listo. Pero si se ha circulado mucho tiempo con el motor caliente, incluso se podría haber gripado. ¿Se ha parado solo? ¿Ha hecho algún ruido raro antes de pararse? Al menos no huelo a quemado… No ha salido humo, ¿verdad?

-Querido, me haces unas preguntas muuuy complicadas. Voy a tener que llamar a mi abogado.

En ese instante Esteban Walther me tocó. Alargó el brazo hacia mí y me rozó el hombro con los dedos, a la vez que se chupó las mejillas por dentro, como si yo le hubiera hecho unas preguntas inadecuadas pero él, con su magnanimidad, perdonara mi impertinencia.

-Bueno, tengo una lata de anticongelante en el camión. Voy a por ella.

Cuando caminé hacia la grúa noté en la espalda un ligero cosquilleo, un escalofrío más bien agradable: era la seguridad de que él no me quitaba el ojo de encima. Y mientras buscaba el anticongelante debajo de la plataforma y él estaba de frente, también sentía sus ojos clavados en mí, aunque no pudiera verlos a través de sus gafas de sol. Curiosamente, las gafas no disminuían la intensidad de su mirada sino que ponían de manifiesto que las estaba utilizando para mirarme sin disimulo, descaradamente. Y a mí me gustaba.

Al depósito le entró casi un litro de anticongelante. Mientras lo llenaba, Esteban Walther no se separó de mi lado ni un centímetro, lo cual era casi una declaración de intenciones, pues el motor no le podía interesar menos. Su aliento tibio me acariciaba la oreja y la nuca, aunque quizá lo que yo sentía era la intensidad de su mirada, aumentada por los cristales de las gafas de sol, que actuaban como potentes lupas y me quemaban.

-Esto ya está. Voy a arrancar el motor y a esperar unos minutos para comprobar que la temperatura no suba más de la cuenta. Eso podría significar que el problema es de la bomba del agua o del termostato. No lo creo, pero así nos aseguramos.

-Lo que tú digas, querido.

El Jaguar arrancó a la primera. Aún recuerdo el calambrazo de placer que me recorrió la espina dorsal cuando pisé el acelerador y el motor subió de vueltas con un contundente bramido, haciendo que el coche vibrara y se retorciera sin moverse del sitio. La gente no es consciente del prodigio que es un motor de explosión. Para mí supone un milagro que a una masa de metales se le añada un simple líquido y

cobre vida, se agite y lata como un corazón, y te pueda transportar a muchos kilómetros de distancia. Siempre, desde que era niño, me ha fascinado. Un motor al ralentí es la cosa más estimulante del mundo, ya sea el de un ciclomotor o el de un autobús, y en su ronroneo tranquilo y expectante me imagino una infinidad de posibilidades, de rutas, de viajes.

Mientras el Jaguar se calentaba y yo controlaba que la aguja del indicador no subiera demasiado, Esteban Walther montaba guardia delante de la puerta abierta, como si temiera que fuera a escaparme. De vez en cuando apoyaba el codo en el marco de la puerta, se asomaba dentro y me preguntaba: «¿Hay novedades?» o «¿Todo va bien por aquí?». Yo no comprendía por qué hablaba de esa manera tan afectada, pero debo decir que no me provocaba rechazo, solo despertaba mi curiosidad. ¿Dónde había que nacer y crecer para hablar así?

Cuando la aguja de la temperatura se estabilizó en un punto intermedio y no subió más, quité el contacto y salí del coche.

-Solucionado. Era solo falta de líquido.

-¡Bravo! ¡Bravo!

-Habría sido una catástrofe gripar un motor como este por esa tontería. Suena a música celestial.

-¿A música celestial? ¡No me digas! Eres muuuy divertido, querido.

Ahora entiendo que hablarle a un director de orquesta de la música celestial de un motor era un disparate, pero entonces no podía saberlo.

Bajé el capó del Jaguar, guardé la lata de anticongelante en la grúa y volví para despedirme. Juro que esa era mi intención, que no me había creado ninguna expectativa. ¿Qué iba a querer de mí ese hombre, que tenía aquel fabuloso coche y hablaba de una manera tan ajena a mí, tan de otro planeta? Es cierto que su forma de mirarme y algunos de sus comentarios podrían tomarse como una insinuación, casi una invitación, pero quizá lo había malinterpretado. No voy a negar, de todos modos, que me resultaba muy atractivo. Siempre me han gustado los hombres mayores que yo.

Él me esperaba con los puños plantados en la cintura y balanceando levemente las caderas, como si estuviera rematando el extraño baile que había realizado antes a mi alrededor.

-Bueno, querido, ya me dirás qué te debo. Has hecho un trabajo formidable.

-No me debe nada, no se preocupe. El líquido anticongelante es muy barato. Y la verdad es que ha sido una gozada poder escuchar este motor. Con eso ya me ha pagado usted.

-¡Por nada del mundo voy a tolerar que me hables de usted!

Como había hecho antes, Esteban Walther cambió súbitamente la

expresión de su rostro y esbozó una indignación desaforada, en el fondo muy cómica, si sabías que era una impostura. Yo ya lo había aprendido y sonreí.

-De acuerdo, de acuerdo. No tienes que pagarme nada, en serio. Ha sido un placer.

-Eso está mucho mejor, querido. Y eres muy amable. Mi gratitud será eteeerna.

-Que continúes bien tu viaje.

Ya había empezado a girarme para volver a la grúa, cuando él dijo:

-¿Continuar mi viaje? Pues no sé cómo voy a hacer tal cosa, porque yo no tengo ni idea de manejar este cacharro.

Me detuve en seco. Durante un segundo no entendí nada y justo después lo entendí todo, o al menos entendí la ineptitud absoluta que él había demostrado con respecto al coche.

-¿Cómo has dicho?

-Perdona, he querido decir este maravilloso cacharro. Blanco y estilizado como un liiirio.

-¿No sabes conducir?

-¿Yo? ¡La duda ofende, querido! ¡Por quién me has tomado!

-Pero entonces… ¿quién ha traído el coche hasta aquí?

-Un impresentable. Un rufián desconsiderado.

-¿Y dónde está?

-Digamos que le han entrado unas ganas irresistibles de comprar tabaco.

-¿Pero va a volver?

-Antes cantarán las piedras. Y más le vale. Espero que ese chulo, que Dios confunda, no vuelva jamás. Pero desde este instante queda prohibido hablar más de él, ¿de acuerdo? No se lo merece.

Sin embargo, fue él quien incumplió su palabra un par de horas después, en mi casa. Con el desprecio jactancioso que solía emplear con sus examantes, me contó unos cuantos detalles del individuo con el que había llegado hasta allí, el conductor del Jaguar. Lo llamó «el surfero checoslovaco», pero él siempre ponía motes a sus parejas basándose en una anécdota o un comentario, así que aquel tipo podía perfectamente no ser ni surfero ni checoslovaco. Habían salido de Madrid esa misma mañana y no creo que se conocieran desde mucho antes. Cuando tuvieron que parar en el almacén de cerámica porque el motor se calentaba, habían terminado discutiendo y el surfero checoslovaco se había marchado. Aunque la explicación fue poco realista, creí entender que el tipo se había llevado bastante dinero de Esteban Walther, nunca supe si con su consentimiento. Pudo ser un chantajista o directamente un ladrón. Esteban Walther, por su forma de ser, por su ansia permanente de aventuras, estaba expuesto a esta

clase de personas. Durante los últimos años, aprender a detectarlas y espantarlas ha sido una de mis funciones.

Él seguía junto al Jaguar en la misma postura, balanceándose muy suavemente con los brazos en jarras. Ahora que yo tenía la información de que no sabía conducir, de que el coche estaba allí varado a la espera de que alguien lo condujera, esa postura parecía reclamarme algo, me exigía que interviniera. Además, sus insistentes ojos, que sentía detrás de las gafas aunque no los viera, añadían una presión a la que no podía resistirme, o no quería. De todos modos él se me adelantó y habló primero, pero yo ya lo había decidido.

-Oye, querido, ¿tú sabrías conducir mi coche?

-Sí, claro.

-Me harías un gigantesco favor que te agradecería toda la vida. ¿Podrías? ¿Ahora?

-Eh… Sí, por qué no.

-¡Oh! Sería realmente fantástico. ¡Fantástico!

Separó las manos de las caderas y palmoteó mientras daba saltitos. Y sin perder tiempo se montó rápidamente en el Jaguar, en el asiento del copiloto, y cerró la puerta. Sacó el codo por la ventanilla abierta y miró hacia el frente con la barbilla altísima, como si el coche ya estuviera en marcha y el aire de la velocidad le diera en la cara. De pronto pensé, o deduje de ese gesto, que Esteban Walther tenía mucha prisa, que debía acudir a una cita y que llegaba tarde por el contratiempo del Jaguar. Desde luego parecía una persona muy importante. Balbuceé:

-Dame un minuto para que quite el camión del medio.

Contagiado por su repentina prisa, troté hasta la grúa y la aparqué frente a la nave del almacén de cerámica, donde no estorbaría. Cogí mi documentación y me monté al volante del Jaguar.

El salpicadero de madera brillante, con todas aquellas esferas incrustadas que daban tanta información, desde la presión del aceite hasta el amperaje de la batería, me recordó a la cabina de un caza de la Segunda Guerra Mundial. Giré la llave y pulsé el botón de arranque. Ahora que el motor estaba caliente sonaba aún mejor, redondo y graso. Aceleré un par de veces en vacío y percibí el excitante silbido de la admisión. Metí primera, agarré el fino volante y, con un ímpetu rotundo y sedoso, nos incorporamos a la carretera.

Conduje durante más de un minuto en silencio, extasiado por las sensaciones que me transmitía el coche, sin hacer ningún caso -lo confieso- a la persona que llevaba a mi lado. Solo cuando tuve que frenar ante un semáforo en rojo desperté del trance.

-Perdona, perdóname. No te he preguntado dónde tienes que ir. Es que el coche va tan bien… Es una maravilla.

-¿Verdad que sí?

-¿Dónde tienes que ir?

Ahí fue cuando Esteban Walther se quitó las gafas de sol y me miró con sus ojos azules, que destellaban con un matiz travieso e irresistible. Respondió:

-¿Yo? A ninguna parte. ¿Y tú, querido?

-Ah, pero pensé que…

-Por cierto, somos una calamidad, no nos hemos presentado. Me llamo Esteban.

Al decir esto alargó hacia mí su mano derecha, arqueada en un ángulo raro, con la muñeca lacia pero a la vez firme. Era el mismo ademán -pienso ahora- con el que movía la batuta en el aire para dirigir las mejores orquestas del mundo. Deslumbrado, definitivamente seducido, se la estreché.

-Yo me llamo Fernando.

-Es un auténtico placer conocerte, Fernando.

-Lo mismo digo.

-Oye, Fernando, ¿vives muy lejos? Porque se me ocurre que tu casa no sería un mal sitio al que ir. ¿No crees, querido?

El semáforo se había puesto en verde y el coche que teníamos detrás comenzó a pitar. Miré por el retrovisor, hice con el brazo un gesto de disculpa y arranqué.

Dejé sin contestar la pregunta que me había hecho Esteban Walther. Pero conduje el Jaguar hacia Castellón, hacia mi casa.

Creo que no es necesario que explique por qué me atrajo Esteban Walther. Yo no había conocido a nadie así en toda mi vida. Desprendía una luz que lo hacía irresistible, ya lo he dicho antes, y el simple hecho de que se hubiera fijado en mí me provocó una euforia instantánea, como la sensación que tendrán las personas que han ganado la lotería. Su atención era el mayor de los halagos, y para corresponderlo solamente tenía que quedarme con él, no huir, no rechazarlo. ¿Quién rechaza un premio de lotería?

En aquella época, además, ya estaba cansado de relaciones esporádicas y breves, del regusto arenoso de las cosas que no dejan huella. En una ciudad pequeña como Castellón, enseguida conoces a todos los que se mueven en el mismo ambiente, pronto agotas lo que te gusta y terminas sucumbiendo ante lo que te disgustaba al principio. El lado positivo de haber tenido que escapar del pueblo era la libertad que de repente se abrió ante mí. Pero pasado un tiempo, los primeros años, la desgana también me alcanzó y ya no me quedaba el recurso mental de luchar por lo que no tenía, porque ya lo tenía y también me había cansado de ello. En esa situación, aburrido y

desencantado, vi aparecer ante mí a Esteban Walther. ¿Cómo iba a resistirme a lo que quizá llevaba años buscando?

Sin embargo, si mi postura tiene fácil explicación, la de él es más misteriosa, incluso para mí. ¿Qué iba buscando? ¿Y por qué lo encontró en mí, un gruista que había estudiado Formación Profesional?

A Esteban Walther le gustaban los extremos. Perseguía siempre la diversión pero no cualquier diversión, tenía que ser intensa y diferente, por eso se hartaba rápido de las cosas y de las personas. Ese afán de aventura se veía satisfecho en los extremos. Solo disfrutaba de la compañía de las personas más refinadas y excepcionales, como los príncipes o el mejor pianista del mundo, o de las personas menos sofisticadas, más vulgares. Y aborrecía todo lo que quedaba entremedias. Por ejemplo, no soportaba a los melómanos, aunque debido a su trabajo se viera acosado por infinidad de ellos. Cuando se topaba con alguno, jugaba a escandalizarlo. Yo lo he visto decir barbaridades a ancianas millonarias que le pedían un autógrafo y he presenciado cómo echaba a empujones del camerino a un famoso juez. Antes que con un melómano, prefería tratar con un camarero ordinario que nunca iría a uno de sus conciertos. Y más -todo hay que decirlo- si el camarero era guapo.

Esa predilección por los extremos iba oscilando. Había temporadas en las que se relacionaba más con aristócratas (o con sus hijos, mejor dicho) y temporadas en las que únicamente conseguía esquivar el tedio entre los barrenderos que acudían de madrugada a un determinado bar. A veces no obtenía gran cosa, pero la expectativa de hacerlo era suficiente para que su hambre de novedades se apaciguara. Aquel verano, el verano en que lo conocí, supongo que estaba pasando por una temporada del segundo tipo. De lo poco que me contó del surfero checoslovaco deduje que no era ningún genio de la música ni el hijo un tanto confundido de un marqués. Y justo después vine yo.

Aquel verano, Esteban Walther andaba detrás de otra clase de experiencias, no sé cómo llamarlas… Experiencias populares, quizá. Y esa búsqueda lo llevó hasta una playa con flotadores y con gordas, y hasta un mercadillo de baratijas, y hasta un hostal con humedades, y hasta la cama de un gruista que había estudiado FP.

Guardo un recuerdo muy nítido de Esteban Walther en mi casa de Castellón, en mi cama, la tarde en que nos conocimos. No es exactamente una imagen de su cuerpo, aunque esta tampoco la he olvidado (y la puedo comparar, con desolación y angustia, con la imagen actual, porque lo he estado bañando durante meses, mientras los filipinos estaban en su país), sino que es más bien la sensación que

me transmitía su presencia dentro de mi casa. Por el mero hecho de estar allí, toda mi casa era diferente, estaba cambiada: los muebles, las puertas, el dibujo de las baldosas del suelo, los objetos que había en mi dormitorio, la esfera del despertador… Recuerdo haberme quedado mucho rato mirando el despertador. Reconocía las agujas y la forma de los números y a la vez sentía que nunca lo había visto de aquella manera. No sé, he hablado antes de la luz que él desprendía y puede que fuera eso, su luz modificaba todo lo que tocaba, incluidas las personas. Yo también me notaba cambiado, era otro. Nunca antes me había encontrado así.

También recuerdo que me sentía como borracho. Me sentía borracho después de habernos acostado pero también por sus palabras, porque Esteban Walther no paraba de hablar. Lo hacía con esa entonación suya tan particular, que te envolvía con sus vocales interminables y sus finales enroscados. Y yo lo escuchaba con los oídos y también con los ojos, pues gesticulaba con un amaneramiento exagerado, se chupaba las mejillas por dentro y pestañeaba como si tuviera en sus párpados un mecanismo de muñeca. Mientras aún estábamos en la cama, me habló del surfero checoslovaco y también me escenificó, dando vueltas desnudo por el dormitorio, la historia del Jaguar, cómo había llegado a sus manos, en Francia, en la Costa Azul. Pero esto ya lo he escrito aquí. Yo no decía ni una palabra, solo lo escuchaba y presenciaba su interpretación, borracho por su manera de hablar y por las cosas tan curiosas de las que hablaba.

Después de uno de sus histriónicos monólogos, dijo que tenía mucha sed y me preguntó si no tendría una botella de champán en la nevera. Todavía hoy no estoy seguro de si lo preguntaba en serio. Le contesté que no (no le confesé que en mi nevera no había entrado nunca una botella de champán), que tenía solamente latas de cerveza y fuera, caliente, una botella de vino blanco. Eligió la cerveza y salió al pasillo sin ponerse nada encima, desnudo como estaba. El exhibicionismo formaba parte de su personalidad. Pero esto no hace falta que lo diga, lo sabe todo el mundo, no hay más que recordar su estilo al dirigir una orquesta.

Uno de los lugares insólitos en los que estuvo Esteban Walther durante aquellos días fue la cocina de mi casa: el gran Esteban Walther en la cocina desordenada y no muy limpia de un modesto piso de Castellón. ¿Habría vivido con anterioridad una experiencia semejante? Su comportamiento allí me sirvió para saber mejor cómo era y aprender a tratarlo.

Cuando entré medio minuto después (yo sí me puse algo de ropa), me lo encontré delante del frigorífico, observando un imán que estaba pegado en la puerta, creo que de Barcelona, me lo había regalado un amigo. Le pregunté:

-¿No hay cervezas? Juraría que quedaban varias.

-No lo sé.

De pronto temí que no hubiera cervezas en el frigorífico, no poder ofrecerle nada frío aparte de agua. Sin embargo lo abrí y había seis u ocho. Cogí dos, cerré y alargué el brazo hacia atrás para darle una. Pero pasaron los segundos y él no la agarraba. Me giré. Esteban Walther estaba mirando la lata del mismo modo en que miraba un momento antes el imán del frigorífico. Y por alguna razón, acaso porque ya había presenciado su relación con los objetos, por ejemplo con el Jaguar o con su propia ropa cuando se había desvestido, comprendí en ese instante que tenía que abrirle la lata, que si no no la cogería, seguiría mirándola como si esta estuviera al otro lado de un cristal o en una dimensión inaccesible para él. A ver si soy capaz de expresarlo… No era egoísmo, ni una comodidad extrema, no era eso; tampoco desprecio por las personas que tenía alrededor, yo en este caso. Es más simple, aunque quizá cueste entenderlo. Igual que yo no sé tocar el piano ni leer una partitura, Esteban Walther no sabía abrir un frigorífico, coger una lata de cerveza y abrirla. Él solo sabía bebérsela, igual que yo solo sé escuchar el piano (y encima no lo disfruto). Algo así. Pero cuidado: seguramente tampoco sabía abrir una botella de champán. La cuestión no tenía que ver con el tipo de bebida, que fuera más exquisita o menos.

Abrí su lata y se la di. Mientras bebíamos la cerveza, los dos de pie en la cocina, Esteban Walther iba estudiando con un interés genuino todo lo que había en ella. No fingía ser amable, estaba sinceramente fascinado. Sobre la lavadora había una sandwichera eléctrica que le llamó la atención y me preguntó qué era. Se lo dije, le expliqué cómo funcionaba, y abrió mucho los párpados, impresionado, pero estoy convencido de que no comprendió nada. Pensaría que el aparato se enchufaba y automáticamente comenzaba a soltar sándwiches, ya hechos y calientes, como una máquina expendedora.

Después de repasar la cocina, detuvo su mirada en mí y me contempló de arriba abajo. Sus ojos azules volcaron sobre mí esa luz transformadora que volvía diferente todo lo que tocaba, y me sentí privilegiado y nuevo. ¿Qué vio Esteban Walther? ¿Estaba valorando si debía pedirme lo que a continuación me pidió? ¿Mi vida desde entonces hasta hoy estuvo en juego ahí, en esa cocina, aquella tarde?

Cuando al fin habló, me pareció que su voz tenía un matiz ligeramente distinto, más serio, con las palabras no tan exageradamente alargadas:

-Dime una cosa, Fernando, querido. ¿En qué consiste tu trabajo?

-¿Mi trabajo? Pues… Bueno, conduzco mi grúa, ya lo has visto. Trabajo para los talleres de la zona, pero no únicamente para ellos. A veces un cliente quiere que arreglen su coche en su taller habitual y, si

su seguro da el visto bueno, tengo que llevarlo hasta allí. A Madrid, a Barcelona, donde sea.

-Conduces.

-Sí, es decir… Antes, hace años, trabajaba como mecánico en un taller. Pero eso ya se acabó.

-Comprendo. ¿Y por qué no conduces durante unos días mi maravilloso coche?

-¿Conducir tu coche? ¿Pero adónde?

-Ah, el destino es lo de menos. Por aquí, por allá… Esta zona me gusta, no la conozco. Pongamos que por aquí, unos días. A la playa, a la montaña, lo que haya cerca, me da igual.

-Pero…

-Puedo pagarte si lo prefieres. Es tu trabajo.

-No, no. El caso es que…

-¿Qué?

-Pues que no me vendrían mal unas pequeñas vacaciones.

-¡Fantástico! Unas vacaciones, eso es. ¡Bien pensado! ¿Te apetece?

No pude reprimir una sonrisa. ¿Iba a ser así de fácil? ¿Algo tan bueno dependía solamente de mí? ¿No tenía que pelear por ello con todas mis fuerzas?

Le quité de la mano la lata vacía de cerveza y contesté:

-Sí, claro que me apetece, Esteban.

Ese fue el principio de nuestro viaje. El periodo de mi vida en el que he sido más feliz.

Desde que escribo en mi casa y no en la buhardilla de Esteban Walther, no ha habido una sola noche en la que haya estado sobrio. He escrito siempre con el vaso de whisky cerca. Y hoy me pregunto si habrá influido en el resultado. Por ejemplo, tenía que haber explicado en algún momento cómo es esta habitación, al igual que hice al principio con la buhardilla, y no lo he hecho. Y la causa ha tenido que ser el whisky. Pero ya es tarde, no tendría sentido. Por lo tanto mi habitación quedará a oscuras, un vacío negro en el que solo se verán, iluminados por el flexo, los objetos que hay sobre la mesa: la lata redonda y plana de caramelos de naranja, un bolígrafo que no funciona, el pequeño estuche doble para guardar las lentillas, la taza de té sin asa, mis manos sobre el teclado del ordenador, la pantalla.

Ayer no escribí nada, y eso que tuve tiempo. Incluso volví a casa antes de lo habitual, directo desde el veterinario, pero no me quedaban ganas de escribir. (No escribí y tampoco bebí whisky, que conste, ni siquiera una cerveza.) Hoy, en cambio, la perspectiva de sentarme ante el ordenador para regresar a aquel feliz verano, al viaje con Esteban Walther en el Jaguar, me ha dado ánimos durante todo el día.

Ramón se ha marchado hace poco. Aún no han dado las doce. Vuelvo a aquel verano.

Uno de los principales atractivos que tuvo Esteban Walther para mí fue que me mostró un mundo que desconocía. Cuando me hablaba de sus viajes o de personas importantes o de determinadas partes de una sinfonía -aunque no lo entendiera-, vislumbraba una vida que nunca había estado a mi alcance, que ni había imaginado que existiera. No era una cuestión de exclusividad o de dinero, a mí eso siempre me ha dado igual. Lo que me atraía era simplemente la diferencia, la distancia que había entre mi vida hasta entonces y las cosas que él me contaba, deslumbrantes y exóticas. De repente se abrió ante mí una ventana y al asomarme por ella vi un paraíso extraordinario. Y repito que lo que me atrajo no fue el paraíso, sino que fuera extraordinario.

Pero si fue deslumbrante para mí, algo semejante tuvo que ocurrirle a él. Aquel verano se interesó por un mundo que era tan extraño para él como para mí lo era el suyo. No quiero atribuirme ningún mérito, fue una absoluta coincidencia, yo solamente circulaba por casualidad con mi grúa por aquella carretera, pero el caso es que tuve la suerte de ver a Esteban Walther en lugares insólitos para él. Y

por desgracia soy el único que puede contarlo, él ya no. Eso es lo que estoy haciendo aquí.

Las imágenes de aquel viaje están desordenadas en mi cabeza, y también las ciudades, los pueblos por los que pasamos. Hay escenas que tienen el regusto del inicio del viaje y sin embargo tuvieron que ocurrir al final, y al contrario. Ha transcurrido bastante tiempo, casi quince años, pero no creo que sea una razón suficiente, pues hay vivencias anteriores (algunas, traumáticas, las he escrito aquí) que recuerdo a la perfección. Quizá la explicación esté en el deslumbramiento que me provocó Esteban Walther y que trastocó el modo en que mi memoria guardó aquellos hechos. Si la luz que desprendía Esteban Walther lo cambiaba todo, ¿por qué no iba a cambiar también las ciudades o sus nombres?

Podría coger un mapa y calcular cuál pudo ser nuestro itinerario más lógico. Pero después de todo, qué más da. Qué más da que diga que algo sucedió en Peñíscola y que fuera en Oropesa o al revés. Cuando empecé a escribir en este ordenador, el año pasado, me atormentaba la posibilidad de hacer una afirmación que no fuera cierta al cien por cien. Hoy apenas me importa.

Las ciudades están desordenadas, los pueblos mezclados unos con otros, pero no los detalles. Estos son claros y minuciosos, los tengo grabados en mi cabeza como si los hubiera visto ayer. En mitad de una niebla espesa se abre una zona de nitidez en la que las escenas se desarrollan con una claridad total. Es igual -pienso ahora- que esta habitación: toda oscuridad y unos cuantos objetos brillando bajo el flexo, casi dolorosamente nítidos.

En consecuencia, da lo mismo por dónde empiece. He escrito más arriba Peñíscola. Pues Peñíscola.

Con Peñíscola no tengo ninguna duda. Su castillo es inconfundible y estoy seguro. Pero es más que probable que fuéramos allí al cabo de unos días, no al principio del viaje, pues está más al norte que Oropesa, por ejemplo, y no tiene sentido que subiéramos para después bajar. Así que empiezo saltándome adrede el orden.

Lo primero que recuerdo de Peñíscola es que aparqué el Jaguar sobre arena de playa, en un aparcamiento que había cerca de la lonja de pescado. La tracción trasera y el embrague no muy preciso del Jaguar provocaron que las ruedas patinaran. Después hicimos lo que hacía todo el mundo, subir hasta el castillo por las calles en cuesta, parándonos en los miradores que dan al mar y en las innumerables tiendas de *souvenirs*. A Esteban Walther le interesaba todo: el paisaje, los edificios, las personas que atestaban las calles… Entramos en no menos de diez tiendas y en muchas compró algo: postales, figuritas de

cerámica, un horroroso monedero de colores. Todas estas cosas nos las olvidamos luego en un hotel y él nunca las mencionó, ni se acordó de ellas. Lo que le hacía gracia era comprar, la facilidad de entrar en una tienda, elegir algo y llevárselo. Por supuesto él no manejaba dinero, ni siquiera lo tocaba, era yo el que iba pagando en las tiendas y cargaba con los pequeños paquetes.

El castillo le gustó más de lo que esperaba, sobre todo las vistas que se tienen desde él. Estuvimos casi una hora en el punto más alto, asomándonos al vacío y contemplando las casitas a nuestros pies y el mar justo detrás, con ese azul intenso que tiene cuando se ve desde las alturas, igual que desde un avión.

Creo que en su fascinación había algo de condescendencia, como si lo viera todo con los ojos de los veraneantes que teníamos alrededor y jugara a sentirse uno de ellos. En realidad, para él el viaje entero debió de ser eso, una especie de actuación, de interpretación de un papel que por sus orígenes y su entorno estaba alejadísimo de su vida, en el otro extremo. Por eso compraba cosas que en el fondo no le interesaban en absoluto.

Cuando llegó la hora de comer, aún estábamos en la parte alta de Peñíscola y a Esteban Walther se le antojó entrar a un restaurante que había sobre la muralla. Las mesas casi colgaban sobre el mar y las vistas eran impresionantes, pero la comida fue un desastre. Desde el primer momento él estuvo incómodo. Le molestaban el resto de los clientes, familias con niños gritones y extranjeros de piel abrasada, y le impacientaba tener que esperar el turno. Según él, todos se nos colaban y los camareros no nos hacían caso. No recuerdo qué pedimos de primero pero sí lo que él pidió de segundo, pez espada. No hizo más que probarlo y soltó el tenedor ruidosamente sobre el plato. Tragó el trozo que tenía en la boca con una mueca de asco infinito y dijo que aquello no se podía comer, que habían hecho el pescado en la misma plancha de la carne y que sabía a carne. Intenté probarlo pero no me dejó: «¡Te envenenaríííííías!». No pongo en duda que tuviera razón, aquel era un restaurante para turistas, pero no sería para tanto.

No merece la pena que me extienda sobre el numerito que montó en el restaurante. Solo diré que tuvieron que venir el dueño y el cocinero y que terminé sacando a Esteban Walther de allí para evitar que la situación empeorara. Lo llevé frente al escaparate de una tienda de artesanía de cuero y volví al restaurante para disculparme y pagar la cuenta. Cuando me reuní con él me dijo: «Espero que no hayas pagado a esos bribones». Y le mentí. Fue la primera vez. Después he tenido que hacerlo con frecuencia, decenas, cientos de veces. Ha sido parte de mi trabajo: mentirle a él y mentir sobre él. Pero es curioso, ni siquiera aquella primera vez sentí que hacía algo malo. Esteban Walther era una persona excepcional, lo sigue siendo, y las personas

excepcionales están al margen, hay que tratarlas de otra manera. Para ellos tiene que haber unas normas diferentes. Ya en aquel viaje lo intuí, aunque no supiera bien el motivo.

Pero vuelvo un momento al episodio del restaurante. ¿Por qué tuvo esa reacción, si hasta entonces había disfrutado interpretando su papel de turista? Porque en el restaurante él ya no decidía. Comer allí como un turista cualquiera era un juego que no podía abandonar cuando quisiera. Eran los camareros los que dirigían el juego y a él lo trataban como a uno más. Comer allí no era lo mismo que entrar en una tienda, elegir una tontería y comprarla (pagándola yo). Allí debía someterse a las reglas generales, debía esperar su turno, y eso era humillante para él, Esteban Walther, el gran director de orquesta de fama mundial. La única forma que tuvo de destacar, de reclamar que era alguien especial en aquel restaurante, fue montar un numerito, manifestar con una indignación desorbitada que la comida que a todo el mundo le parecía bien él no podía ni probarla.

Durante aquel viaje, sin embargo, hubo una situación similar en la que tuvo una reacción opuesta. Como la tengo asociada a la del restaurante, siempre la visualizo también en Peñíscola, por la tarde, en la playa que se prolonga bajo el castillo, pero francamente no creo que sucediera allí. Hay algunos elementos que no cuadran. Por ejemplo, ¿llevábamos los bañadores debajo de la ropa mientras visitábamos Peñíscola? Me extraña. ¿Volvimos al coche para ponérnoslos? No veo a Esteban Walther desnudándose dentro del Jaguar, lo recordaría. Pero no importa. Diré que fue en la playa de Peñíscola, por la tarde, aunque casi tenga la certeza de que no es verdad. Al fin y al cabo estas dos facetas suyas podían alternarse en periodos muy breves de tiempo.

La escena en cuestión ya la esbocé el otro día: él, con un bañador de cuadros escoceses, deambulando por una playa abarrotada. No caminaba por la orilla, en la zona lisa de arena mojada, sino más adentro, donde la arena está seca y forma pequeños montículos por las pisadas de la gente, donde se clavan las sombrillas y se extienden las toallas y las hamacas. Movido por un interés que yo no comprendía muy bien, se desentendió de mí y me dejó atrás. Yo iba por la orilla, con los pies metidos en el agua, y lo vigilaba a una cierta distancia. El pelo largo le revoloteaba alrededor de los ojos azules y la piel tan pálida contrastaba con los colores del absurdo bañador. Era una figura completamente fuera de sitio, extravagante, marciana, y yo no podía quitarle los ojos de encima. Por otro lado, me inquietaba que caminara por allí, esquivando las toallas y las sombrillas. No era un comportamiento muy normal, iba curioseando entre la gente con descaro, mirándolo todo sin disimular.

Cuando Esteban Walther llegó a la altura de una familia muy numerosa, que ocupaba el espacio de varias sombrillas, se detuvo

junto a una mujer gorda que abría una nevera de camping. Estiró el cuello y se asomó para ver lo que sacaba de la nevera. Yo también me paré, en la orilla, y observé la escena con temor aunque también con una enorme curiosidad. Su actitud podía interpretarse como la de un molesto entrometido pero también como la de un hombre con problemas mentales. ¿Por qué miraba la nevera de aquella familia? Cuando la mujer alzó la vista y lo vio allí plantado, se quedó quieta con una lata de refresco en la mano. Esa mirada duró bastantes segundos, yo permanecí en vilo, y justo después la mujer se puso a hablar con él.

No sé de qué pudieron hablar, ni siquiera soy capaz de hacerme una idea, pero calculo que la conversación duró cuatro o cinco minutos, nada menos. Se sumó a ella una niña también gordita con un flotador amarillo en la cintura. En un momento dado, la mujer se acuclilló de nuevo junto a la nevera, le preguntó algo y él asintió con una de sus encantadoras sonrisas. Entonces ella le dio un vaso de plástico y echó en él vino tinto de un tetrabrik y luego gaseosa. Cuando la mezcla estuvo hecha, él levantó el vaso delante de sus ojos, lo contempló al trasluz y, de un solo golpe, sin respirar, se lo bebió entero.

Devolvió el vaso a la mujer con una lenta inclinación de cabeza, igual que le he visto hacer ante una duquesa o ante la mismísima madre del rey. Le desordenó el pelo a la niña del flotador y se despidió de ellas. Siguió caminando entre las sombrillas y se unió a mí un poco más adelante, ya en la orilla. En sus labios había una sonrisa débil pero persistente, que después he aprendido a identificar como de euforia. En todos estos años, Esteban Walther no ha demostrado tanto entusiasmo al probar los selectos tés que le traían de la India o sus carísimas botellas de whisky.

Lo único que se me ocurrió preguntarle fue:

-¿Qué tal?

-Maravilloso, maravilloso.

-¿Ah, sí? ¿Te ha gustado?

-¿La bebida esa? Estaba repugnante. ¡Un brebaje inmundo!

No me atreví a expresar mi desconcierto, mi absoluta incomprensión. Si tanto el pez espada como la bebida le habían desagradado, ¿por qué con el primero había armado un escándalo y la segunda le había entusiasmado? Lo más difícil de encajar de su particular forma de ser ha sido siempre lo imprevisible de sus reacciones, al menos para mí. Bueno, o no tan difícil: hay que esperar cualquier cosa y aceptarla sin rechistar.

Sin embargo, a menudo el humor de Esteban Walther se

ensombrecía. De pronto dejaba de hablar y lo que había a su alrededor ya no le interesaba, y aparentemente no había sucedido nada, o yo no me había dado cuenta. Durante aquellos días aprendí también a manejar esas situaciones, a detectar ese primer silencio enrarecido. Cualquier intento de animarlo era inútil y además podía provocar su enfado, en ocasiones su ira. Siempre he creído que Esteban Walther me puso a prueba durante aquel viaje y que lo hice bien, y por eso me ofreció trabajar a su servicio. Ese estado en el que entraba, que podía durar solo unas horas o varios días, lo empujaba siempre a la bebida.

El pueblo donde sufrió el primero de estos ataques (el patrono los llamaba «ataques de melancolía») está borrado de mi cabeza. Podría elegir uno al azar de aquella zona, uno cualquiera en el que hubiera un hostal con una fachada blanca y una plaza donde se celebrara una verbena a principios de julio, pero qué más da. También recuerdo, en una esquina de aquella plaza, una enorme piedra de molino que la gente usaba para sentarse. Supongo que con este dato podría dar con el pueblo, pero sería demasiado esfuerzo para no encontrar nada más que un nombre.

Por la mañana habíamos visitado un mercadillo, donde Esteban Walther compró una armónica de hojalata, muy mala. Hacia el mediodía, mientras caminábamos por una calle de casitas bajas, se detuvo de repente y se llevó las manos a las sienes, se presionó la cabeza con los nudillos. Es posible que llevara algunos minutos callado, siempre ocurría de la misma manera, pero entonces no me llamó la atención. Le hice varias preguntas, si se había mareado o si quería beber agua, y contestó a todas que no. Después levantó un poco la barbilla, sin llegar a mirarme a la cara, y dijo: «Vamos a un hotel, por favor, uno que esté cerca».

No parecía dispuesto a andar demasiado, así que acabamos en un sencillo hostal situado a un par de manzanas, con toallas de playa colgando de las ventanas y un patio interior con una fea fuente de cemento. En la habitación no había aire acondicionado pero era sorprendentemente fresca, no necesitamos encender el ventilador de techo. Nada más entrar me pidió que cerrara las contraventanas, que eran de lamas de madera. Nos quedamos casi a oscuras, en una penumbra solo rota por las rayas de luz, que estuvieron avanzando por el suelo y por una de las paredes durante el resto del día. Esteban Walther se sentó en la cama con los brazos lacios sobre las piernas y dijo una de sus frases desatinadas, extraterrestres, que en boca de cualquier otra persona serían chistes pero que él pronunciaba en serio: «Querido, ¿podrías hacer que nos subieran unos cuantos martinis de vodka?». Yo empezaba a conocerlo y contesté: «Claro». Y salí de la habitación.

En un supermercado de la misma calle del hostal compré una bolsa

de hielos, una botella de vodka, unos limones, una jarra de plástico y dos copas de vino de cristal grueso. De vuelta a la habitación preparé la bebida en la jarra. No era más que vodka puro con unas gotas de limón y trozos de cáscara. Esperé a que estuviera muy fría y la serví en las copas. Se bebió la primera de un trago, sin extrañarse de que no fuera un verdadero martini, y de inmediato me pidió con un gesto que le sirviera otra. Probó un sorbo de la segunda y la dejó en la mesilla. La mía estaba intacta, no me apetecía beber.

¿Qué cruzaba por su cabeza durante los ataques? ¿Qué le pasaba? El patrono siempre lo ha definido como melancolía pero creo que hablaba irónicamente, con una ironía enrevesada que nunca he comprendido del todo. Esteban Walther necesitaba diversión permanentemente, estímulos nuevos, ya lo expliqué, y quizá cuando no los tenía y no había una perspectiva de encontrarlos a corto plazo se angustiaba, se asfixiaba dentro de la normalidad de la que siempre estaba huyendo. Y entonces recurría al alcohol. El alcohol anestesiaba esa angustia o tal vez le proporcionaba los estímulos que la realidad le negaba. Habría un poco de ambas cosas, anestesia y estímulo.

Sin embargo, puede que aquel primer ataque de melancolía -o el primero que viví a su lado- tuviera un desencadenante real. Ignoro cuál pudo ser, no tengo ni siquiera una teoría, pero Esteban Walther no estuvo encerrado todo el tiempo en aquella habitación en penumbra, emborrachándose en silencio hasta que se le pasó, ya de noche, sino que salió en dos ocasiones para usar el teléfono que había en la planta baja del hostal. Nunca he sabido con quién habló ni sobre qué, y desde luego no me sentí con derecho a preguntarle. ¿Esas llamadas tenían relación con su estado depresivo? Es una posibilidad. De todos modos debo confesar, y me da vergüenza hacerlo, que tuve una punzada de celos. Pero a esos celos tampoco tenía derecho.

Cuando Esteban Walther bebía en una fiesta, por ejemplo, lo hacía de una manera más normal, con calma, aunque al final acabara muy borracho. En los ataques bebía fuerte al principio, como si se diera un cabezazo contra la pared para aturdirse, y luego mantenía ese nivel durante horas, bebiendo poca cantidad pero sin pausa. En aquel hostal se tomó dos copas de vodka puro en quince minutos y la tercera durante la siguiente hora y media. A mí nunca me ha sentado bien el alcohol tan temprano y no le seguí el ritmo, pero él tampoco me empujaba a que bebiera, como hacen la mayoría de los bebedores para sentirse menos culpables.

Al mediodía bajé de nuevo al supermercado y compré algunas cosas de comer. Yo comí bastante, me vino bien, pero él casi no probó nada, picaba de vez en cuando de una bolsa de frutos secos. Aun así, aunque ya digo que yo bebía despacio, al principio de la tarde -las rayas de luz que filtraban los postigos comenzaban a subir por la

pared- también estaba borracho.

Perdí la noción del tiempo. Él estaba al pie de la cama y golpeaba con la uña el cristal de la copa intentando sacarle sonidos. Ninguno de los dos hablaba, o solo frases sueltas que he olvidado, pero el ambiente era de comodidad absoluta, sin un ápice de tensión, como si nos conociéramos desde hacía años. Y de pronto, con una agilidad asombrosa teniendo en cuenta todo el vodka que había tomado, Esteban Walther se puso de pie de un salto y en dos zancadas llegó a la ventana.

Abrió los postigos, sacó la cabeza a la calle y empezó a moverla hacia un lado y hacia el otro, olfateando el aire como un perro de caza. En ese momento fui consciente de que ya era de noche. Me levanté de la cama, caminé torpemente hasta la ventana y me asomé. Recuerdo que respiré el penetrante perfume de un jazmín. Pensé que era eso lo que había hecho que se levantara, pero me equivocaba. Se giró hacia mí, me agarró fuerte del brazo, me lo estrujó, y con un dedo de la otra mano señaló hacia arriba. Tonto de mí, miré al cielo para ver qué me señalaba, pero el negó con la cabeza y dijo: «¿Lo oyes?». Y después de unos segundos lo capté. Muy lejana y fluctuante, subiendo y bajando de intensidad por el viento, se oía una música.

La siguiente imagen que guardo de aquel día, ya de aquella noche, es la de la espalda de Esteban Walther delante de mí, caminando por el centro de la calle del hostal. Recuerdo el mareante perfume del jazmín, que estaba encaramado a la fachada del hostal y que sin embargo olía en toda la calle, a muchos metros de él. Recuerdo haber pensado que estábamos persiguiendo ese olor, pero en un segundo el olor se transformó en música, la música que habíamos oído desde la ventana.

Doblamos una esquina y la música estalló. Acabábamos de entrar en la plaza del pueblo, donde había un escenario en el que estaba tocando una banda. Delante bailaban varias decenas de personas: gente mayor, matrimonios, algún niño. Nos detuvimos al lado de una piedra de molino que se usaba como banco. Esteban Walther se puso a escuchar muy atento la música, que era vulgar, como de verbena, no sé. Seguía el ritmo con la cabeza y movía en el aire los dedos de una mano, como si pulsase las teclas de un piano invisible. Recuerdo que me sorprendió que le interesara ese tipo de música, tan diferente a la clásica, aunque aquella banda, como me dio a entender después, era bastante buena. En cualquier caso, lo que a mí me alegró (y me impactó darme cuenta de lo mucho que me alegró) fue que había salido del misterioso estado en el que llevaba sumido tantas horas. Había encontrado un nuevo estímulo y la vida volvía a ser excitante.

No llevábamos mucho tiempo en la plaza, junto a la piedra de molino, cuando la banda tocó el pasodoble. En todos estos años, desde

aquella noche, siempre he querido preguntarle a Esteban Walther por él, por el nombre de ese pasodoble, pero nunca me he atrevido. Al principio temía que se burlara de mí y de mi nulo oído para la música, y a partir de cierto momento dudé de que él mismo se acordara. Ya no puedo preguntárselo. Alguna vez me ha parecido identificarlo, cuando sonaba en un bar o en la radio, pero no he estado del todo seguro. Hoy daría cualquier cosa por saber qué pasodoble era aquel. Incluso me arriesgaría con gusto a un comentario cruel de Esteban Walther con tal de que me diera el nombre.

A los pocos segundos de empezar a sonar, él se me acercó, me pasó un brazo por el hombro y me dijo al oído que prestara atención. Sinceramente, pensé que bromeaba o que estaba desvariando por el alcohol, aquella era una música como de corrida de toros, no podía estar hablando en serio. Además, he de decir que me molestó que se me acercara así en público, que me rodeara con el brazo, aunque fuera de una forma discreta. Nunca me ha gustado. Incómodo, aguanté el pasodoble con los ojos puestos en las parejas que bailaban delante de nosotros. Pero entonces el volumen de la banda disminuyó de repente y un músico, un saxofonista, se puso de pie. A la vez, la mano de Esteban Walther, con la que tamborileaba en el aire siguiendo la música, se elevó. El saxofonista comenzó a tocar unas frases larguísimas, muy enrevesadas, que se retorcían y dibujaban tirabuzones, y los dedos de Esteban Walther las iban acariciando, moldeando, casi como si fuera él quien las dirigía. Fue algo mágico que me emocionó muchísimo, a mí que no me gusta nada la música. La melodía del saxofón flotaba sobre la plaza de aquel pueblo, empujada por la mano de Esteban Walther, y sentí que el tiempo se había parado y que, sin embargo, las notas seguían sonando, dando infinitos giros y piruetas por encima de nosotros. Estaba borracho, es verdad, y eso influiría, pero en toda mi vida nunca he disfrutado tanto de la música como aquella noche en esa plaza, con ese pasodoble, al lado de Esteban Walther.

Durante aquel viaje hubo más episodios como los que he contado. De vez en cuando me gusta recordarlos con todos los detalles y me tiro varias horas sumergido en ellos, viviendo en ellos. Quizá no sea un ejercicio muy sano, aunque no hago daño a nadie, o solo a mí. Pero es que en mi memoria no hay recuerdos mejores, más felices. Mi infancia fue bastante triste, sobre todo desde que mi madre murió, y en las malas temporadas no puedo recurrir a ella en busca de consuelo, me hundiría aún más. En alguna ocasión he pensado que, en cierto modo, mi infancia fue aquel viaje en coche con Esteban Walther.

Sin embargo, hace unos días recordé un episodio que ha

permanecido olvidado en mi cabeza durante años. No es un recuerdo al que tenga especial cariño, por eso no lo he echado de menos, aunque he descubierto que tiene algo de enigmático. No me lo pareció cuando lo viví, pero fue porque aún no conocía bien a Esteban Walther y aceptaba todo lo que hacía sin cuestionarlo. En realidad todo lo que él hacía era bastante raro, y este episodio acaso un poco más. Puede ser perfecto, por lo tanto, para que lo escriba en último lugar y así terminar de contar aquel viaje.

Por supuesto no recuerdo dónde sucedió, en qué pueblo o ciudad, pero en este caso ni siquiera tengo una idea de lo que había alrededor: dónde estaban los edificios más cercanos o la carretera, dónde habíamos dejado el Jaguar, en qué dirección y a cuánta distancia estaba el mar. Todos los años que he estado sin rememorarlo han lavado este recuerdo, han eliminado de él todas las referencias que no eran esenciales. Estuve allí, lo viví, pero la sensación que me transmite es más semejante a la de un sueño.

En mitad de esa niebla, como si alguien subiera el volumen de un equipo de música, el ruido de las chicharras va creciendo poco a poco hasta saturar los oídos. Este es el sonido de fondo de las siestas de verano en el Levante. Sería a primera hora de la tarde y haría bastante calor. Esteban Walther camina delante de mí siguiendo un nuevo estímulo que ignoro, como hizo tan a menudo durante aquel viaje: entre las sombrillas de la playa, en el mercadillo, en las tiendas de Peñíscola, a la caza de la música que el viento traía hasta el hostal. Esta vez no hay apenas nada alrededor, solamente árboles, decenas y decenas de almendros plantados en hileras que se juntan en el infinito. Él va caminando por la tierra, entre dos hileras, levantando pequeñas nubes de polvo con sus mocasines. Lleva una camisa de un tono claro, rosa o naranja, y el aire la agita. Quizá la lleva abierta por el calor y los faldones ondean como una bandera.

La monotonía del paisaje queda rota por un montón de piedras de un metro de alto, una especie de pirámide muy irregular. El dueño del campo las ha ido acumulando ahí para que no estorben al tractor cuando pasa el cultivador entre los árboles. Esteban Walther va directo hacia las piedras, pero de camino se agacha y coge del suelo un par de almendrucos. Con ellos en la mano llega al montón de piedras, gira un poco el cuerpo -le veo al fin el rostro- y se sienta sobre ellas. Las chicharras y el calor, como si hubieran estado esperando ese momento, aumentan de intensidad.

¿Por qué quiso Esteban Walther ir a ese campo de almendros? ¿Por qué? Puedo entender su curiosidad en la playa y en el mercadillo, incluso su interés por aquella banda de música que tocaba en la plaza. Pero allí, en aquel campo, no había nada. Es precisamente mi incomprensión lo que vuelve enigmático este recuerdo.

Esa estampa de él sentado sobre las piedras tal vez sea la más extraña de las que protagonizó en aquel viaje, insólitas casi todas. Su delgada figura, aplanada por el sol, está doblada como un insecto sobre ese montón de piedras, y a su alrededor no hay más que tierra seca y árboles polvorientos. Cuando llegué hasta él, me alargó su brazo con el puño cerrado, vuelto hacia el suelo como para entregarme algo. Puse debajo la mano abierta, él abrió la suya, y cayeron en mi palma los dos almendrucos que había recogido un poco antes. Lo que hablamos aquella tarde, si es que hablamos algo, también está borrado de mi memoria. Supongo que me dijo «Toma» y después algo parecido a «Ábrelos».

Busqué por el suelo una piedra que sirviera como martillo y luego otra más grande, estable y plana, para golpear sobre ella. La encontré en el montón sobre el que él estaba sentado, justo bajo uno de sus pies. Sin pedirle permiso, le agarré el tobillo y suavemente moví su pierna hasta la piedra de al lado. Con cuidado de no machacarme los dedos, poniendo los almendrucos con la parte estrecha hacia arriba, golpeé con la piedra hasta que los abrí. Noté, mientras hacía esto, que él me pasaba una mano por el pelo, me acariciaba la cabeza, un gesto cariñoso que no era habitual en él y que lo sería menos durante los meses siguientes y aún menos en los años que vinieron después. ¿Me gusta esa escena por ese gesto que tuvo conmigo?

Le ofrecí las dos almendras peladas. Él cogió solamente una y me dijo que me comiera yo la otra, o me lo indicó sin palabras, empujándola hacia mí. Estaban bastante verdes, era el mes de julio, y a mí me costó no escupir aquella masa amarga que hacía rechinar los dientes. Sin embargo, por alguna razón, a él no le disgustó: cerró los ojos y los mantuvo cerrados mientras masticaba despacio e iba tragando la almendra, como si fuera un exquisito manjar. ¿Era eso lo que fue a buscar a aquel campo? ¿Qué significaba para él el sabor de una almendra verde?

Como esto es lo último que contaré de aquel viaje, debo añadir, aunque no sea cierto -pero pudo serlo-, que con el regusto amargo de las almendras en la boca volvimos al Jaguar y dentro de él tuvo lugar la conversación que cambiaría mi vida. (Me suena vagamente que estábamos frente al mar, no frente al campo de almendros, es decir, que se oía el rumor de las olas y no el de las chicharras, pero no importa.)

Fue una conversación muy breve, duró menos de un minuto. Esteban Walther me propuso que lo acompañara a Madrid, que trabajara para él como chófer, y yo sin pensarlo contesté que sí.

Si he de escribir sobre la felicidad plena de aquel viaje tengo que dejarlo aquí, no contar nada más. No solamente porque el viaje en

efecto terminara tras esa breve conversación, sino porque con él acabó también, para mí, la felicidad. Todo empeoró. En cuanto pasé a ser empleado de Esteban Walther, su trato hacia mí cambió. Pero comprendo que era lógico, no lo culparé a estas alturas.

Mi llegada a Madrid fue una dolorosa decepción. En la casa había demasiada gente y casi no quedaba espacio para mí. O bueno, el espacio ínfimo del chófer, el espacio que me correspondía, supongo. En la casa estaban los filipinos, tan a menudo incomprensibles, con su sigiloso poder sobre todo lo que ocurría entre aquellas cuatro paredes. También estaba el secretario de Esteban Walther, un pomposo pelirrojo con las manos llenas de anillitos, que lo acompañaba en sus conciertos por el mundo y que fue despedido en cuanto estos disminuyeron drásticamente (y yo pasé a realizar su labor, la escasa que quedaba). Y enseguida, a los pocos días de mi llegada, hicieron su aparición los amantes de Esteban Walther, múltiples, inagotables, a quienes yo encima tenía que tratar, llevar de aquí para allá, servir, y sin decir una palabra. Pero era mi trabajo.

Solo hallé comprensión y cariño en el patrono (Adrada fue amable conmigo desde el primer momento, esto nunca lo olvidaré) y en el perro que tenía Esteban Walther por aquella época, el predecesor de Tristán. Se llamaba Marcel y era un revoltoso e inteligente *cocker*. Murió un año después de una indigestión.

Sí, todo empeoró después de aquella conversación en el Jaguar. Pero esa es otra historia.

TRES

La dueña de la casa se ha marchado. La he visto alejarse por la estrecha carretera con su viejísimo y simpático Méhari y entonces he sacado el ordenador y me he puesto a escribir en la terraza grande, la que está orientada hacia el mar. Soy el único huésped y por lo tanto estoy solo en la casa; nadie viene aquí de vacaciones a principios de mayo. Bueno, también están los gatos, en alguna parte. Me rehúyen, no quieren saber nada de mí (mi ropa olerá todavía a perro, ay). De todos modos nunca me han gustado los gatos, son imprevisibles y traicioneros. Mejor así.

El suelo de la terraza es de ladrillo naranja y desprende un agradable calor, el que ha acumulado durante el día. Hay ráfagas de aire, no muy fuerte, pero es un aire seco, no viene del mar sino del interior. Por algo dicen que esta zona es un desierto. Creo que aún quedarán unas dos horas de luz. La dueña me ha dicho que volverá ya de noche, después de cenar, así que tengo bastante tiempo para escribir. Antes de irse, supongo que para compensar que hoy no hará la cena, me ha ofrecido algo de beber, una cerveza o un vino blanco frío, y sin ningún esfuerzo le he contestado que no, que no bebo. En la cocina hay muchas cosas para comer: fruta, fiambre, queso, y restos de las comidas de estos días. No pasaré hambre. La verdad es que no cocina mal. ¿Qué edad tendrá? ¿Habrá cumplido ya los sesenta? Es una vieja *hippy*, de las que tanto abundan en Almería. Que conste que no tengo nada en contra, me caen bien. Se llama Aura. ¿Será su nombre real?

El suelo de la terraza acaba en un pretil blanco sin ningún adorno, solo líneas rectas y un color puro. Y por encima del pretil se ven las demás casas de San José descendiendo hacia la costa, todas blancas también, más africanas que europeas (pero qué sabré yo, si nunca he estado en África). Al fondo, creando un contraste muy fuerte, están las montañas, oscuras y de líneas suaves. La vegetación está compuesta únicamente por matorrales y yerbajos.

Sin embargo, por mucho que intente evitarlo, mis ojos terminan siempre, por supuesto, en el mar, que los atrae como una piedra imantada. Desde aquí tiene un color y una textura muy extraños, nada que ver con el mar de Castellón o de Valencia, que es el que mejor conozco. No sé si será por este viento que sopla del interior, pero su superficie tiene una apariencia rugosa, con infinidad de puntitos, como si fuera una chapa de acero granallado. Su color es un azul profundo y variable, que se riza y se aclara con las corrientes y quizá también con el viento. Incluso me cuesta dejar de mirar el mar para

volver a esta pantalla y seguir escribiendo. Pero debo escribir.

Llevo seis días en esta casa. Me escapé de Madrid a la mañana siguiente de su muerte. De repente, sin haberlo pensado nunca antes, después de tantos años, no le encontré sentido a seguir allí. En el fondo, quizá estaba en esa casa solo por él, para atenderlo a él, para cuidarlo. Y una vez muerto, se acabó mi trabajo. Sonará un poco cruel, pero es como si hubiera firmado un contrato por obra y la obra hubiera llegado a su fin.

He de aclarar que nadie me pidió que me fuera, ni siquiera se sugirió la idea, me fui por mi propia voluntad. De hecho, no avisé a nadie, y reconozco que eso estuvo mal. Pero es que estaba enfadado, también triste, sí, pero sobre todo enfadado. Con los filipinos, fundamentalmente. En un primer momento, para mí fueron ellos los responsables de la muerte, con su negligencia, con su falta de sensibilidad, con ese imperturbable desprecio hacia todo lo que no entre en sus esquemas, en sus enrevesados e incomprensibles esquemas. Aún se me llena el estómago de ira cuando me acuerdo de mi llegada a la casa por la mañana. Abrí la puerta y allí estaba tirado, en el suelo de la galería, muerto, como si me hubiera estado esperando toda la noche para que le abriera la puerta y él pudiera salir al jardín. Era tan obediente, estaba tan bien educado, el pobre.

No me detuve más que unos segundos en la galería, ni siquiera lo toqué, y salí disparado hacia el piso de arriba, rabioso, dispuesto a echarles la bronca a los filipinos, a gritarles que Tristán había muerto por su culpa, por no haberle sacado la noche anterior al jardín para que hiciera sus necesidades. Sin embargo, conforme subía los escalones de dos en dos, llegó a mis oídos la voz de Esteban Walther, o bueno, esos desagradables chillidos que emite su garganta cuando se pone nervioso y se rebela. Sonaban muy altos, amplificados por la acústica del cuarto del baño. Llegué hasta la puerta y escuché: los chillidos de Esteban Walther, mucho ruido de chapoteos en la bañera, de agua cayendo al suelo, esa resistencia cada vez más frecuente a ser bañado -y a comer, y a ser vestido-. Pero no oí a los filipinos, ni a Marco ni a Erlinda, nada, ni una palabra. Estaban haciendo su ingrato trabajo en silencio, con una infinita paciencia.

No llamé a la puerta, no entré en el baño. Me di la vuelta y bajé de nuevo. Ya les comunicaría a los filipinos más tarde, cuando tuvieran un poco de tiempo, la muerte de Tristán. Comprendí que no tenía derecho a reprocharles nada. Se dedican en cuerpo y alma a Esteban Walther, llevan haciéndolo muchos años, con su fidelidad ciega y casi maniática de siempre. ¿Qué importaba un perro viejo con artrosis? La culpa de su muerte, más bien, la tenía yo, y mientras bajaba las escaleras y regresaba a la galería me enfadé conmigo mismo. Era yo

quien tenía que haberme llevado a Tristán a mi casa, haberlo cuidado allí, porque sabía que los filipinos no le prestaban mucha atención. Pero es que están todo el día ocupados con Esteban Walther, no se les puede pedir más, no sería justo. Yo tenía que haber evitado su muerte.

Sin embargo, cuando volví a la galería, cuando volví a ver a Tristán caído en el suelo junto a la puerta de entrada, todo mi enfado, hacia los filipinos primero y luego hacia mí, se diluyó. Mi búsqueda de culpables se desmoronó ante aquel animal evidentemente anciano que parecía dormir en paz sobre las baldosas. Había muerto de viejo, nadie tenía la culpa. En la última visita al veterinario, la semana anterior, le pregunté si no se podía hacer nada para que pudiera mover mejor las patas traseras, que casi arrastraba, una operación o lo que fuera, y el hombre me sonrió con una comprensiva ternura y ni siquiera me contestó. Se puso a acariciar a Tristán debajo del hocico y a decirle palabras cariñosas. Probablemente el veterinario ya esperaba este final.

¿Pero de verdad me he ido de Madrid y he dejado mi trabajo durante tantos años porque un perro se ha muerto? Bueno, si Tristán siguiera vivo yo aún estaría allí, esto es cierto, pero supongo que no es una razón sino una especie de excusa, la última cuerda que se rompe de una soga que fue muy gruesa. Entré en esa casa para trabajar como chófer de Esteban Walther, después desempeñé también las funciones de secretario personal, muy escasas, y en los últimos tiempos, desde que él ya no necesitaba chófer ni secretario personal… ¿qué he estado haciendo? Cuidé de él mientras los filipinos estuvieron en su país, un periodo muy intenso y duro, desde luego. Pero en cuanto ellos volvieron, mi trabajo se vio reducido a encargarme del jardín, a arreglar enchufes y grifos, y a quitarle el polvo a los coches, o poco más. Y eso lo puede hacer cualquiera.

Repito que nadie me pidió que me fuera. O no lo hizo el patrono, que era la única persona que podría hacerlo. Aunque también he de decir que fue después de hablar con él cuando tomé la decisión de marcharme.

Lo llamé por teléfono enseguida, en cuanto retiré al pobre Tristán de la galería. (Elegí al principio una simple bolsa de basura, pero de pronto me pareció una barbaridad y no la llegué a usar. Busqué a continuación una bolsa más digna, la de una tienda de ropa cara, de tela negra y asas de cuerda granate. Metí a Tristán ahí pero al instante me pareció casi peor, una aberración, como si intentara hacer pasar su pequeño cadáver por uno de los pañuelos de Esteban Walther, esos de seda salvaje que costaban cientos de euros.) Bien sé que últimamente el patrono está distraído, pendiente de otras cosas que le interesan más, y ha perdido ese tacto que lo caracterizaba, pero aun así me sorprendió su reacción ante mi anuncio de que Tristán había muerto.

Dijo algo semejante a «Vaya, qué lástima, qué lástima», como si se lamentara por un jarrón que se ha roto, y no me preguntó cómo había ocurrido ni si necesitaba ayuda. Permaneció en silencio unos segundos -recuerdo que pensé, idiota de mí, que se había emocionado y no podía seguir hablando- y luego pronunció una frase que ya en ese momento me sonó muy poco delicada, incluso ligeramente cínica, y que ha ido empeorando en mi cabeza cada vez que la he recordado. Fue una forma de cambiar de tema, de enlazar con lo que me contó después. La frase fue «Pero no todo van a ser malas noticias».

El patrono dijo «Pero no todo van a ser malas noticias» y acto seguido me anunció lo que yo ya sabía, lo que descubrí hace semanas, cuando vi en el espejo del salón cómo la neuróloga le acariciaba la mejilla y le susurraba «amor mío». Me lo contó dando algún rodeo, preparándome para que no me impactara, pero con una exultante alegría. Esa era la buena noticia que contrastaba con la muerte de Tristán. Tristán había muerto pero no todo iban a ser malas noticias, no, porque la neuróloga y él estaban saliendo. Y no solo eso, sino que se iban a vivir juntos. Tristán había muerto pero no había que preocuparse, ¡no!, porque Violeta y Adrada se habían enamorado. ¡Fantástico!

Por supuesto no volvió a mencionar a Tristán. Yo diría que cuando colgó ya se había olvidado de él. No todo van a ser malas noticias.

Me quedé mirando el teléfono en la palma de la mano, sintiéndome mal, muy mal. Si Tristán había muerto, si Esteban Walther y el patrono no eran más que una sombra de lo que habían sido -por razones muy diferentes- y si los filipinos seguían siendo… los filipinos, ¿qué estaba haciendo yo allí, en aquella casa?

Confieso, y quizá fuera una frivolidad, que lo único que me frenó para tomar la decisión fue el Jaguar. Si me marchaba y dejaba de encargarme de su mantenimiento, esa joya se deterioraría rápidamente. En unos pocos meses ya no arrancaría o el ralentí, tan sensible, perdería el punto y el motor se ahogaría nada más arrancarlo. Y si ningún mecánico hacía nada y seguían pasando los meses, el Jaguar se convertiría muy pronto en un montón de chatarra inútil.

De Esteban Walther, la verdad, no me preocupé. Los filipinos lo cuidarían bien, como han hecho siempre, y además la neuróloga estaría ahora más encima de él, aún más pendiente. Seguro que lo visitaría con más frecuencia, ella y el patrono, los dos juntitos. Digo esto sin ningún rencor. Bueno, o muy poco.

No recuerdo bien, y solamente ha pasado una semana, lo que hice el resto del día. Me moví como un zombi por la casa, conmocionado por mi decisión. Veía los objetos y a las personas -a Esteban Walther, a los filipinos y al chico que vino a llevarse al pobre Tristán- con esa

sensación de irrealidad que te asalta cuando sabes que jamás volverás a un sitio pero aún estás en ese sitio. Y por culpa de este aturdimiento se me olvidó coger algunas cosas mías que había ido llevando a la casa: unas cuantas herramientas, un voltímetro y unos zapatos viejos. Es decir, que tuve que volver a la mañana siguiente. Fue muy temprano, la última parada antes de salir de viaje y venir aquí (pero todavía no sabía que vendría aquí).

No había avisado a nadie de mi marcha, de mi abandono del trabajo, ni al patrono ni a los filipinos, y por lo tanto no me había despedido. No tenía ninguna intención de hacerlo, claro, pero me pregunto si no regresé de nuevo a la casa para, de algún modo, despedirme. Al fin y al cabo no necesitaba realmente esas herramientas ni esos zapatos rotos, no valían nada. ¿Regresé entonces para despedirme? ¿Y de quién? ¿De Esteban Walther? ¿De los filipinos? ¿De la casa? De Esteban Walther desde luego que no, no quería verlo más, esa persona ya no es Esteban Walther. Y la casa ya no tiene para mí el encanto que tenía antes. Después de todo lo que he vivido en ella estos últimos meses, he llegado a tener pesadillas que transcurrían allí. ¿Y los filipinos? Sinceramente no creo que quisiera despedirme de ellos. Pero el caso es que, sin haberlo planeado, lo hice.

Aún no había amanecido del todo. Las farolas estaban encendidas cuando salí de mi casa pero se apagaron mientras esperaba ante un semáforo en rojo. Aparqué en la calle de la casa de Esteban Walther, como todos los días desde hace tantos años. Intenté no hacer demasiado ruido al abrir la puerta de entrada ni al bajar al garaje a por mis cosas. Tuve un momento de flaqueza junto al Jaguar, llegué a agacharme y a agarrar una punta de la lona que lo protege, pero la volví a soltar. Durante un segundo vislumbré el brillo mortecino y excitante de los radios de la llanta. Metí en una bolsa de deportes las herramientas y los zapatos, y subí.

¿Cómo demonios lo hacen? ¿Cómo se enteran de todo? Deposité con cuidado mis llaves en la repisa de la galería, ya no las iba a necesitar más, y al estirar el brazo para abrir la puerta giré levemente la cabeza y vi por el rabillo del ojo dos manchas paralelas, negras y alargadas. Los filipinos. Di un grito y me llevé la mano al pecho. Estaban al pie de la escalera, inmóviles, con sus trajes negros y sus ojos blanquísimos. Era imposible que me hubieran oído, su habitación está al otro lado de la cocina. ¿Y por qué tenían ya puesta su ropa de trabajo, a esas horas? ¿Duermen vestidos? ¿O es que no duermen?

Fue en ese mismo sitio donde los conocí, donde los vi por primera vez. El viaje en coche con Esteban Walther había terminado y me acababa de contratar como chófer. Dejé mi piso de Castellón, vendí la grúa, vine a Madrid y me presenté en la dirección que me había dado. Por alguna razón todas las puertas estaban abiertas y crucé el jardín y

entré en la casa sin que nadie me lo impidiera, sintiéndome un intruso. Y como si me hubieran estado esperando, allí estaban los filipinos, al pie de la escalera, exactamente igual que hace una semana, en la misma postura y con la misma ropa.

Es difícil hacer una comparación a lo largo de tanto tiempo, quince años. Los minúsculos cambios del día a día no se perciben y la memoria tiende a ajustarse al presente. Aun así, juraría que a los filipinos no les ha afectado apenas el paso del tiempo, físicamente están igual que hace quince años. ¿Cómo puede ser? ¿Serán inmortales? A lo mejor todo se debe a esa piel que tienen, tan tersa, tan grasa, como de tortuga centenaria que sobrevive a varias generaciones de dueños.

No me dijeron nada, no abrieron la boca. ¿Comprendieron que me estaba marchando, que ya no volvería? A veces tengo la impresión de que los filipinos lo saben todo, incluso antes que yo, y otras veces que no saben nada y no les importa, ellos están por encima, sobrevuelan las situaciones que a los demás nos inquietan o nos vuelven locos. No obstante, me sentí obligado a hacer algo, a no irme como un ladrón. Levanté una mano para hacer un gesto de despedida, pero me pareció insuficiente después de tantos años, así que levanté también la otra mano. Luego no supe qué más hacer. Lo único que se me ocurrió fue entrelazarlas por encima de mi cabeza y agitarlas. Fue un gesto absurdo, como el de un campeón deportivo de hace cincuenta años, un boxeador o un jinete de carreras. Puede que los filipinos lo entendieran. O puede que ni siquiera me vieran desde su extraño y misterioso mundo. Bajé los brazos y salí.

No tenía decidido ningún destino para mi viaje, cualquiera me serviría. Se huye de un lugar, no hacia un lugar. Me apetecía la costa, eso sí, ver el mar, y para mí el mar siempre ha sido el Mediterráneo. De manera que, como si me abandonara a la fuerza de la gravedad, cogí la carretera de Valencia y avancé en esa dirección.

Cuando llevaba una hora conduciendo, me acordé de que hace unos años un amigo me había hablado de San José. Me dijo una curiosa frase que se me quedó grabada, me dijo que si él tuviera que elegir un lugar en el mundo donde vivir, elegiría el cuartel de la Guardia Civil de San José. Decía que desde ese edificio puede verse el sol saliendo del mar y, al atardecer, metiéndose otra vez en él.

Desde esta terraza diviso el cuartel, allá abajo, sobre la pequeña península de rocas. Ya hay luz en algunas de sus ventanas.

He bajado a la cocina a por un vaso de té frío y cuando he regresado a la terraza la pantalla de mi teléfono, que estaba sobre la mesa del ordenador, se había encendido. Alguien me estaba llamando. Estaba casi seguro de quién era y no me he apresurado. Ha dejado de

sonar un segundo después de que me sentara. Me ha dado tiempo a ver que, en efecto, se trataba del patrono. Adrada me ha llamado todos los días desde que me fui, una sola vez pero todos los días. Ahí se ve su educación, no quiere ser demasiado insistente, a pesar de que estará muy desconcertado. Aún no se lo he cogido y no sé si lo haré. ¿Qué le voy a decir? Creo que no estoy enfadado con él, creo que no es eso, es otra cosa. ¿Pero qué?

Con quien sí he hablado a diario es con Ramón, lo he llamado yo. Quizá no debería haberlo hecho, no hasta que no tome una decisión con respecto a él. No le he dicho dónde estoy y su voz suena cada día más triste, más pesimista. Me conoce bien, acaso mejor de lo que creo. Quizá mañana no lo llame para ver qué sucede, para ver si me llama él. ¿Pero qué me gustaría que hiciera? No tengo ni idea. Ni idea.

El té frío está demasiado amargo y me deja la boca áspera. Lo hace ella misma, la dueña de la casa, Aura. El té es ecológico, se lo trae un amigo. Por supuesto está mucho peor que el que se compra en la tienda, los *hippies* son así. Pero repito que me cae bien. Y fue muy amable la semana pasada. Como no hay más huéspedes y la casa está vacía, me dio la mejor habitación al precio de la más barata: «Yo no saco nada con que esté vacía y tú estarás más a gusto». Me deja tranquilo todo el día y no me hace preguntas. Solo frunció ligeramente el ceño al ver mi coche, mi estupendo BMW. En ocasiones los *hippies* son un poco moralistas. Los dos coches, el mío y su destartalado Méhari, forman una estampa muy graciosa a la puerta de la casa. Lo cierto es que me gusta tener el coche de mi hermano Jorge ahí.

El viento ha parado y el cielo tiene ahora el mismo azul oscuro que tenía el mar hace un rato, cuando he empezado a escribir. Da la sensación de que la luz ya no viene de arriba sino de abajo, de los muros blancos de las casas del pueblo, que la irradian como si fueran lámparas de mesilla de noche. La tierra, alrededor, se ve negra. Este es un paisaje muy raro, no estoy acostumbrado.

Ayer por la tarde estuve paseando por una playa del Cabo de Gata. Todo era arena, rocas puntiagudas y ni un árbol a la vista. Y me dio por pensar, mientras estaba con los pies metidos dentro del agua, en Esteban Walther. Mejor dicho, en su muerte, cuando sea, espero que dentro del mayor tiempo posible. Y allí, mirando aquel paisaje que los ojos no abarcaban de una vez, me pareció que era menos importante de lo que creía antes, por ejemplo hace un mes, o incluso que no tenía ninguna importancia en absoluto. Su muerte, me refiero. Supongo que se me ocurrió esto porque ya no estoy cerca de él, a su lado, tantísimas horas todos los días. Pero este pensamiento no tiene por qué ser menos objetivo. Al revés: quizá la objetividad la alcancé precisamente allí, en esa playa. Bueno, yo qué sé.

¿Dejo aquí de escribir? ¿Paro ya, en esta línea? Cuesta separar los

dedos del teclado sabiendo que no voy a escribir nada más. Podría teclear algo, cualquier cosa. Pero ¿para qué?

Sí, lo dejo aquí.